G.R. OLIVEIRA



HELLO azúcar

HIELO Y AZÚCAR: UN ROMANCE DE HOCKEY UNIVERSITARIO

(2026)

Copyright © G.R. OLIVEIRA

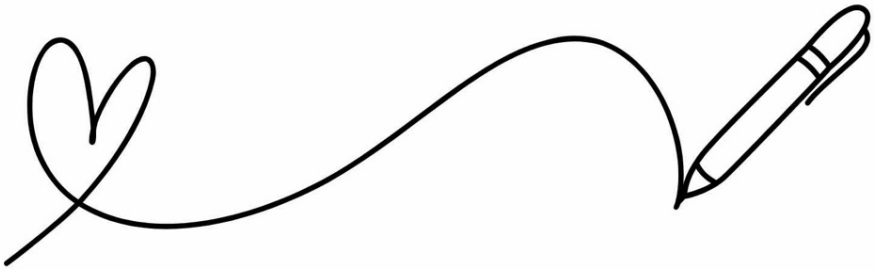
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Esta obra sigue las normas de la Nueva Ortografía de la Lengua Portuguesa.

Todos los derechos están reservados y protegidos por la ley n.º 9.610, de 10 de febrero de 1998.

Queda prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible—, sin el consentimiento por escrito del autor.



ÍNDICE

ÍNDICE

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

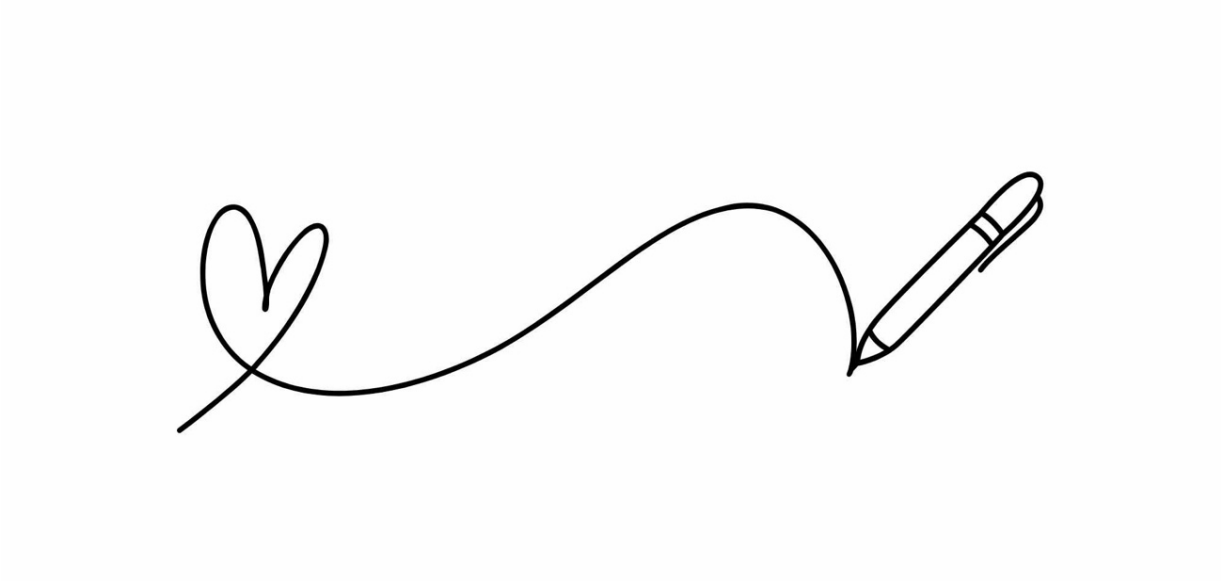
CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
EPÍLOGO
NOTA DEL AUTOR



SINOPSIS

«El azúcar derrite el hielo. Eso me enseñaron. Nadie me avisó de que, una vez derretido, el hielo ahoga.»

SADIE BROOKS

Hay tres cosas que siempre he sabido hacer bien: hornear, sonreír cuando estoy a punto de derrumbarme y llegar en el peor momento posible.

Aquella mañana conseguí las tres a la vez.

Seis horas de carretera hasta Ann Arbor, una bandeja de muffins de canela en el asiento del copiloto y un plan sencillo: vivir con mi hermano hasta el final del curso, no dar problemas y empezar mi vida de cero sin hacer ruido.

Y entonces crucé la cocina a oscuras de su casa… y me choqué contra una pared.

Solo que la pared estaba caliente. Respiraba. Y tenía los ojos más grises y hostiles que he visto en mi vida.

Reed Calloway. Capitán del equipo de hockey. Mejor amigo de mi hermano. El hombre que me miró como si yo fuera un problema por resolver — y que, durante los próximos ocho meses, dormirá al otro lado de la pared de mi habitación.

Vine a empezar de cero. No a enamorarme del único hombre de la casa que está prohibido.

REED CALLOWAY

Yo soy el tío de las reglas.

Eso es lo que hace un capitán: sostiene al equipo, sostiene la casa, sostiene su propia vida con las dos manos. Y la regla más antigua de todas, esa que ni siquiera hace falta decir, es simple: la hermana de tu mejor amigo es intocable.

Y entonces ella apareció en medio de mi cocina, a las seis de la mañana, oliendo a canela y sujetando una bandeja de muffins como si fuera un escudo.

Sadie Brooks. Demasiado habladora. Demasiado dulce. Con una sonrisa que no encaja con la tristeza que cree esconder.

Ella derrite todo lo que toca — y yo llevo toda la vida eligiendo el hielo, porque el hielo no decepciona a nadie.

Ocho meses bajo el mismo techo. Una regla. Un hermano que confía en mí.

He perdido partidos antes. Pero nunca he tenido tantas ganas de perder uno.

✓ Hockey Romance ✓ Grumpy x Sunshine ✓ Mejor Amigo del Hermano ✓ Bajo el Mismo Techo / Forced Proximity ✓ Él Rompe Su Propia Regla ✓ Slow Burn ✓ New Adult / Universitario

CAPÍTULO 1



«El azúcar derrite el hielo. Eso fue lo que me enseñaron. Nadie me advirtió de que, una vez derretido, el hielo ahoga.»

SADIE BROOKS

Hay tres cosas que siempre he sabido hacer bien: hornear bizcochos, sonreír cuando estoy a punto de derrumbarme y llegar en el peor momento posible.

Aquella mañana conseguí las tres a la vez.

Eran las seis cuando apagué el motor de mi Civic moribundo delante de la casa. El coche soltó ese estremecimiento de despedida que suelta cada vez que le pido más de lo que debería —y yo le había pedido mucho en las últimas seis horas.

Seis horas de carretera vacía en la oscuridad, de café de gasolinera que ni siquiera me bebí, de una lista de reproducción que dejé sonar en silencio porque no me fiaba de mi propia voz si intentaba cantar.

Seis horas diciéndome a mí misma que cambiar de ciudad a mitad de semestre era una decisión de adulta valiente, y no la huida de una niña que ya no sabía qué hacer con su propio nombre.

Ann Arbor amanecía cubierta por un frío blanco que mordía, de esos que se cuelan por el cuello de la ropa y se instalan en los huesos. Mi aliento se convertía en vaho contra el parabrisas, y durante un segundo me quedé allí, con las manos en el volante, contemplando una casa de dos plantas que parecía construida específicamente para albergar testosterona.

Un sofá hundido en el porche, como si alguien hubiera renunciado a él a mitad de una mudanza. Un palo de hockey apoyado contra la puerta a modo de adorno. Una pancarta azul y amarilla colgada en la ventana del piso de arriba, con GO BLUE escrito a mano en letras grandes y torcidas que solo podían ser de mi hermano.

Has conducido toda la noche para esto, Sadie. Respira.

En el asiento del copiloto, un molde de muffins de canela se enfriaba despacio. Estaban templados cuando salí, hacía seis horas. Ahora estaban tan fríos como todo en aquel estado, pero no había tenido el valor de llegar con las manos vacías.

Era mi versión de la bandera blanca: cuando no sé qué decir, horneo. Y yo nunca, jamás, sé qué decir.

Lo aprendí pronto, al fin y al cabo. Cuando tu madre se marcha un martes cualquiera y no vuelve nunca más, decides muy deprisa que vas a ser la hija ligera.

La que ríe. La que resuelve. La que no da problemas. La que aparece con muffins en la mano para que nadie note que tiene miedo.

Porque la niña que da problemas es la niña que se queda atrás —y a mí ya me habían dejado una vez, a los nueve años, plantada en la ventana esperando un coche que no volvió.

No pensaba repetir la dosis en casa de mi hermano.

Cogí el móvil. El último mensaje de Mason aún parpadeaba en la pantalla, entre un emoji de pulgar hacia arriba y tres erratas:

la puerta de atrás está abierta, sube la escalera, el cuarto vacío es el tuyo. NO despiertes a nadie, entreno temprano. te quiero, loca.

Compórtate, había escrito antes, cuando lo llamé llorando para contarle lo de la residencia que se había ido al traste.

Como si el problema fuera yo. Como si no estuviera ya cansada, hasta la médula, de ser fácil de llevar.

Respiré hondo, cogí la maleta con una mano y el molde con la otra.

Solo es una casa. Solo son cuatro jugadores de hockey que van a descubrir, dentro de una hora, que van a compartir el baño con la hermana pequeña de Mason durante los próximos ocho meses.

Tragué saliva y empujé la puerta de atrás.

Cedió con un chirrido que sonó como un grito en medio del silencio.

Me quedé helada, con la maleta suspendida en el aire, convencida de que había despertado a la casa entera. Pero nada se movió. Solo el reloj de la pared con su tictac y la nevera zumbando en la oscuridad.

La cocina olía a café rancio, a equipamiento deportivo y a una cantidad preocupante de testosterona. Fui adivinando los contornos a medida que mis ojos se acostumbraban: platos apilados en el fregadero en equilibrios imposibles, botes de proteína en la encimera, un stick de hockey apoyado contra la nevera, como si aquello fuera de lo más normal en una cocina.

Me quité las zapatillas para no hacer ruido, las colgué de dos dedos y palpé la pared en busca de un interruptor.

No lo encontré. Palpé un poco más, di con lo que parecía un tablón de anuncios, un manojo de llaves, la nada. Decidí que podría cruzar hasta la escalera a oscuras.

¿Cómo de difícil podía ser atravesar una cocina?

Estaba equivocada. Di tres pasos y me choqué contra una pared.

Solo que la pared estaba caliente. Y respiraba.

Me quedé sin aire. El molde se me escapó de los dedos y volví a atraparlo de milagro, en un reflejo desesperado, pegada a un pecho que definitivamente no figuraba en el plano que Mason me había dibujado por teléfono.

Piel. Mucha piel, cálida y firme bajo mis manos, subiendo y bajando con una respiración lenta. Mi nariz chocó contra algo sólido —un esternón, comprendí con horror— que olía a jabón y a hielo, y el calor de aquel cuerpo me golpeó como una ola en pleno invierno. Un escalofrío me recorrió la espalda incluso antes de que levantara la vista, cuando se encendió la luz.

Cuando la levanté, olvidé cómo se hablaba.

Era enorme. Moreno, con unos hombros demasiado anchos para una cocina de aquel tamaño, la mandíbula apretada y dos ojos gris tormenta mirándome como si yo fuera un charco de leche derramada sobre la alfombra nueva.

Sin camiseta. Pantalón de chándal bajo en las caderas, el pelo húmedo de una ducha reciente, una toalla colgada del cuello.

Era lo más bonito y lo más hostil que había visto en mi vida, y mi cuerpo, traidor, registró la primera parte antes de que llegara la segunda.

El corazón se me disparó.

Por favor. Por favor, que me muera ahora mismo, antes de abrir la boca.

Abrí la boca.

—Hola. Yo… hay muffins. —Levanté el molde entre los dos como si fuera un escudo—. De canela. Los he hecho yo. No para ti

en concreto, no sabía que existías hasta hace tres segundos, pero hay suficientes para… toda la casa, en realidad, así que…

—¿Quién demonios eres tú?

No fue una pregunta. Fue una sentencia, baja y seca, de las que no esperan respuesta porque ya han decidido la suya.

No retrocedió ni un milímetro. Se limitaba a mirarme desde arriba, con la paciencia perezosa de quien ya ha visto esa película y sabe exactamente cómo termina.

—Yo soy… yo estoy…

—Aquí no recibimos visitas por la mañana. —Cruzó los brazos, y juraría que la cocina encogió a la mitad—. Con quien te hayas acostado, la habitación no es problema mío. La salida es por esa puerta. Coge tus muffins y vete.

Tardé un segundo entero en entenderlo. Cuando lo entendí, sentí que me hervía la sangre.

—Espera… —Solté una risa que salió demasiado nerviosa—. ¿Tú crees que yo… que soy una chica que alguno de vosotros ha traído y…? —Las palabras no salieron enteras. Era demasiado humillante hasta para terminar la frase.

—Las seis de la mañana, una casa llena de hombres, una chica que no he visto en mi vida entrando por la puerta de atrás con las zapatillas en la mano. —Ladeó la cabeza. Había algo cruelmente paciente en el gesto, como quien le explica lo obvio a una niña—. Dímelo tú.

Yo estaba en calcetines, descalza, con las zapatillas colgando de dos dedos porque había intentado no hacer ruido. Me miré los pies. Claro que lo estaba.

Maravilloso, Sadie. Tienes la pinta exacta del delito.

Puse los ojos en blanco para no hacer algo peor.

—Qué caballero. Las chicas deben de hacer cola por aquí.

—No hay cola. —Se quitó la toalla del cuello y se secó la nuca sin prisa, sin ninguna gana de seguir con aquello, como si yo ya fuera pasado—. Pero hay una puerta.

Y fue entonces cuando la parte más idiota de mí —la parte que heredé de mi hermano, por desgracia— enderezó la espalda, alzó la barbilla y decidió que aquel hombre absurdamente guapo no iba a echarme de mi propia casa nueva antes siquiera de deshacer la maleta.

—Sadie. —Le tendí la mano libre, con la palma hacia arriba, como si estuviéramos en una maldita barbacoa familiar—. Brooks. El cuarto vacío es mío. Y, por lo visto, voy a tener que enseñarle a alguien de esta casa el concepto revolucionario de «buenos días».

Vi el instante exacto en que el apellido lo golpeó.

Su mandíbula se apretó aún más, si es que eso era posible. Los ojos grises bajaron de mi cara a mis rizos revueltos, al molde de muffins olvidado entre los dos, y volvieron a mí con una frialdad nueva —una frialdad que había entendido algo que yo aún no.

—Brooks —repitió, y el nombre le salió como un taco.

—¡SADIE!

La voz de mi hermano estalló desde arriba. Pasos en la escalera, de dos en dos, y Mason apareció en calzoncillos y calcetines, con la sonrisa ocupándole toda la cara. Me levantó del suelo en un abrazo que casi tiró los muffins otra vez, oliendo a sueño y a desodorante barato, y por un segundo recordé por qué había conducido toda la noche: porque, en el mundo entero, él era la única persona que aún me abrazaba como si mi llegada importara.

Después me soltó y miró del gigante sin camiseta a mí y de vuelta, todavía medio dormido.

—¡Has llegado! —Entonces su sonrisa parpadeó, captando algo en el aire, en mi cara roja, en la postura de armario cerrado de su compañero—. Ah. Veo que ya conoces a Reed.

Reed.

El capitán. El mejor amigo de mi hermano. El nombre que Mason llevaba tres años repitiendo en todas las llamadas como si fuera una divinidad del hielo: Reed no bebe, Reed entrena antes que nadie, Reed lleva al equipo a sus espaldas, con Reed no se juega. El hombre leyenda. El hombre de hielo.

El hombre sin camiseta en cuyo pecho yo acababa de apoyar las dos manos.

Mason dio una palmada, demasiado animado para las seis de la mañana, ajeno a la temperatura ártica que se había instalado entre nosotros dos, y apuntó con un dedo de mí a Reed con la autoridad de quien está a punto de promulgar una ley.

—Vale. Regla número uno de la casa, y solo lo voy a decir una vez…

No oí el resto.

Porque Reed Calloway seguía mirándome —ya no como a un charco en la alfombra, sino como a un problema que aún no sabía cómo resolver—, y yo, descalza en aquel frío, con el corazón latiendo todo al revés, ya sabía una cosa que él no necesitaba contarme.

Yo sabía hacer sonreír a cualquiera. Siempre lo había sabido. Era mi don, mi armadura, mi manera de asegurarme de que nadie volviera a dejarme atrás jamás: llegaba, alimentaba, daba calor y me volvía indispensable antes de que descubrieran que era prescindible.

Funcionaba con los profesores, con los vecinos, con las novias de mi padre, con el mundo entero. Sin embargo, aquel hombre iba a ser la primera pared que mi sonrisa no derribaba.

Y que Dios me ayudara —porque tenía ocho meses para sobrevivir a él.

Y el hielo no era mi problema. El problema era cuánto, ya en aquel primer minuto, quise derretirlo…

CAPÍTULO 2



«Llevo tres años sin dejar entrar nada. El peligro nunca llama a la puerta. Huele a azúcar y ya está dentro.»

REED CALLOWAY

Me despierto a las cinco de la mañana. Siempre a las cinco. Antes del despertador, antes de la ciudad, antes que cualquiera de los tres idiotas que comparten esta casa conmigo.

No es disciplina.

La gente lo llama disciplina porque queda más bonito que la verdad. El Coach Doyle lo llama ejemplo. Los chicos lo llaman locura.

La verdad era más simple y más fea que cualquiera de esas palabras: a esa hora —oscuridad, silencio, el chirrido de mis propias cuchillas sobre el hielo vacío del Yost— era la única del día en que nada podía sorprenderme.

El mundo aún no se ha despertado para estropear nada.

No había ningún periodista en la puerta del vestuario, no había ningún disco volando, no había ningún teléfono que pudiera sonar con una noticia que te partiera la vida en dos.

Solo estábamos yo, el frío y el esfuerzo. Yo controlaba el peso, el ritmo, la respiración. Controlaba hasta dónde dolía, y el dolor físico era el único que tenía hora de finalización.

Aprendí por las malas que las cosas que no cerrabas con llave eran exactamente las que se lo llevaban todo un martes cualquiera, en un cruce cualquiera, en una llamada a las tres de la madrugada que contestabas creyendo que era una broma.

Hace tres años enterré a mi hermano y a la parte de mí que aún creía que no hacía falta aferrarse.

Desde entonces, me aferraba. A todo. A los discos, al equipo, al contrato que todavía ni había firmado y que ya mantenía a mi madre sola en una casa silenciosa de Cedar Hollow.

A todo.

El Yost a las cinco y media era mío por un acuerdo que no estaba escrito en ninguna parte. El señor Kowalski, conserje desde hacía más tiempo que cualquier pancarta colgada de las vigas, me abría la puerta lateral de servicio desde mi segundo año —empezó en una mala semana de noviembre en la que me encontró sentado en el aparcamiento a las cinco y diez esperando a que abrieran el edificio, y nunca preguntó por qué, y nunca se lo contó a nadie.

No hablábamos. Él abría, saludaba con la barbilla, encendía la mitad de las luces —solo la mitad; entendió antes que yo que no venía para que me vieran— y se iba a empujar la fregona por los pasillos mientras yo rayaba el hielo vacío en la penumbra.

Una vez al mes le dejaba café y un sobre con entradas en su cuartito. Él nunca me daría las gracias. Era la relación más funcional de mi vida.

Cuarenta minutos de hielo. Arranque, frenada, arranque, frenada, hasta que la pierna ardía. Después el gimnasio del sótano, la barra, el hierro frío, los discos sumando el peso que yo elegía —porque ese sí lo elegía yo.

Y entonces el día podía empezar, porque a esas alturas ya había pagado el peaje: ya había cansado el cuerpo lo suficiente para que no le sobrara energía con la que sentir nada más.

Aquella mañana había cumplido el ritual entero: hielo a las cinco y media, gimnasio, ducha. Bajé a la cocina a las seis con una toalla al cuello, el pelo aún goteando y la cabeza ya puesta en el partido del sábado contra Wisconsin, montando a oscuras las jugadas de su defensa.

Y me choqué contra algo pequeño en la oscuridad.

Pequeño, caliente y con un olor a azúcar que no pintaba nada en aquella casa de hombres. Dos manos se abrieron sobre mi pecho —frías, menudas, dedos que se aferraron por reflejo— y durante un segundo absurdo mi cuerpo registró el contacto, el calor de su piel contra la mía, antes de que mi cerebro registrara el problema.

Una chica. Rizos rubios disparados en todas direcciones, ojos color miel abiertos de par en par, un molde de bollitos levantado entre los dos como si aquello fuera a detenerme. En calcetines, con las zapatillas colgando de dos dedos.

Yo ya había visto esa escena unas cincuenta veces en cuatro años de casa: alguien a quien uno de los chicos arrastraba dentro de madrugada y se olvidaba de avisar de que existía, bajando descalza en busca de la salida antes de que el dueño de la habitación se despertara.

Y yo tenía una regla para eso. No por la moral, sino por el equipo. Año de draft, un foco encima de cada uno de nosotros, un ojeador leyendo cada titular idiota, y bastaba una foto equivocada, un lío de madrugada, una chica llorando en el periódico de la universidad, y adiós a la temporada entera por la que yo llevaba sangrando desde agosto.

Un capitán no se dormía al volante. Un capitán limpiaba el desorden antes de que se convirtiera en desorden.

—¿Quién eres tú?

Balbuceó algo sobre muffins, sobre canela, sobre no saber que yo existía, y cuanto más hablaba, más deprisa hablaba —una avalancha de palabras nerviosas que no llevaba a ninguna parte, al estilo de quien llena el silencio porque le tiene miedo a lo que vive dentro de él.

La eché. Señalé la puerta. Dije exactamente lo que había que decir para zanjar aquello en diez segundos y volver a mi mañana.

Debería haber terminado ahí, solo que ella alzó la barbilla.

La mayoría bajaba la mirada cuando yo usaba ese tono. Estaba construido para eso, el tono; me pasé años afilándolo hasta que cortaba.

Ella alzó la barbilla, puso los ojos en blanco y me devolvió una pulla sobre caballerosidad con la cara más fresca del mundo, como si yo fuera solo un cliente maleducado y no un hombre del tamaño de una puerta mandándola desaparecer —y, maldita sea, algo detrás de mis costillas reaccionó sin mi permiso.

No era irritación. Me conocía mi irritación de memoria. Era otra cosa, más caliente, más peligrosa, y yo no tenía tiempo ni espacio para otra cosa.

Entonces ella tendió la mano. Palma hacia arriba. Sonrisa de barbacoa familiar, ofrecida a un hombre que acababa de llamarla chica de compañía.

—Sadie. Brooks.

El apellido cayó en medio de la cocina como un disco entrando en la propia portería.

Brooks.

La hermana de Mason. La transferida. La habitación que quedó libre cuando Pratt se graduó.

Mason lo había avisado, semanas atrás, entre una jugada y otra del vídeo del partido: mi hermana pequeña viene a Michigan a mitad de semestre, va a vivir aquí, a ver si los animales se comportan.

Yo había respondido que vale, sin prestar atención, como se acepta lo que todavía queda lejos. Se me había olvidado por completo que aquel «vale» tenía fecha, y que la fecha era hoy, y que ella venía envuelta en rizos y azúcar y en una boca que, a todas luces, no sabía estarse callada.

No era una desconocida a la que estaba echando.

Era una inquilina. Permanente. Peor que una desconocida —porque una desconocida se marcha y yo la olvido, y esta iba a dormir al otro lado de la pared durante los próximos ocho meses.

—Brooks —repetí, y el nombre me salió como un taco, porque en eso exactamente se había convertido en los últimos diez segundos: en un problema con apellido. Y en el peor tipo de problema, el tipo que lleva la cara de mi mejor amigo escrita encima.

—¡SADIE!

Mason bajó la escalera haciendo el ruido de tres personas, en calzoncillos y calcetines, sonriendo como un idiota recién levantado, y abrazó a su hermana con tanta fuerza que casi tiró los bollitos otra vez.

Yo me quedé donde estaba, con los brazos cruzados, y observé lo que menos quería observar: cómo aquella cara dura se le abría entera en el abrazo, como si ese tío desgarbado en calzoncillos fuera la primera cosa segura que ella veía en mucho tiempo.

Después él me miró, la miró a ella, y la sonrisa boba de cachorro perdió un grado de calor al captar el hielo en el aire.

—Ah. Veo que ya conoces a Reed. —Soltó a su hermana, apuntó con un dedo de mí a ella y enderezó la espalda, súbitamente

serio—. Vale. Regla número uno de la casa, y solo lo voy a decir una vez, para que lo oigáis los dos: nadie —nadie— toca a mi hermana. Es territorio neutral. Sagrado. Tratáis a Sadie como tratáis al puto trofeo de la conferencia: se mira, se admira, no se toca.

Mason se rio de su propio chiste, aliviando la tensión que él mismo había creado.

Yo no me reí.

Crucé los brazos con más fuerza y le sostuve la mirada con la expresión más aburrida que fui capaz de componer —la misma que callaba a un vestuario entero en el segundo descanso de un partido perdido. Porque, de todas las personas de aquella casa, yo era el último que necesitaba ese aviso.

Yo era el tío que se aferraba. Yo era el tío de la regla. Mason podía grabar aquello en un cuadro y colgarlo en la pared del salón —yo ya había cerrado la puerta con llave antes de que él terminara la frase.

—No es problema mío —dije, y cogí mi vaso de agua.

Era lo más verdadero que diría en todo el día. Me agarré a ello como quien se agarra a una cuerda.

Su hermana seguía allí, descalza sobre mi suelo, mirando a los dos hombres que decidían su futuro como si ella fuera un mueble pendiente de reubicar. Y por primera vez desde que se encendió la luz, no dijo nada.

No replicó, no sonrió, no llenó el silencio. Solo apretó el molde de muffins contra el pecho, y durante un segundo —medio segundo, lo que dura un parpadeo— la sonrisa se le resbaló, y vi lo que había debajo.

Cansancio. Del que no viene de una noche de carretera. Del que yo reconocía en el espejo cada mañana antes de montarme mi propia cara.

Subí a mi habitación, cerré la puerta y me quedé mirando el techo con el vaso de agua todavía en la mano, sin beber.

Abajo, la casa empezaba a despertarse: pasos, voces, Mason enseñándole la cocina.

Yo tenía un partido el sábado. Tenía un draft en junio que iba a decidir si mi madre vendía o no la casa donde creció mi hermano. Tenía una temporada entera que honrar y un muerto al que le debía cada victoria.

No había espacio. No había resquicio. La hermana de Mason era una criatura ruidosa con pijama mental que iba a llenarme la casa de harina y de ruido durante ocho meses, y después se marcharía a su vida, y yo no iba a acordarme ni del color de sus ojos.

Color miel.

Apreté la mandíbula. Aquella chica no iba a alterar absolutamente nada en mi vida. Me lo repetí a mí mismo, palabra por palabra, con toda la autoridad de capitán que tenía.

Y mientras lo repetía, me froté la palma de la mano contra el pecho, en el lugar exacto donde habían estado sus manos —como si así pudiera borrar el frío de sus dedos.

No pude.

Mentira número uno. Y el sol todavía ni siquiera había salido del todo.

CAPÍTULO 3



«Una cocina llena es mi manera de pedir que se queden. Nunca he visto a nadie resistirse al olor del pan recién hecho —hasta él.»

SADIE BROOKS

Existía un ritual para cuando el suelo desaparecía bajo mis pies. Yo horneaba.

Aquella primera noche, después de deshacer media maleta en una habitación que olía a pintura nueva y a extrañeza, descubrí que no podía dormir.

No era el colchón —el colchón era bueno. Era la casa. Hacía ruidos que no eran los míos: una tubería golpeando dentro de la pared, la risa ahogada de alguien con un videojuego abajo, el crujido de un suelo que aún no me había aprendido, pasos demasiado pesados para ser los de Mason.

Todo allí pertenecía a otras personas, tenía una historia que había empezado sin mí. Yo era la pieza torcida que alguien había encajado a la fuerza en un puzle casi terminado.

Siempre has sido la pieza torcida, Sadie. Al menos la pieza torcida sabe hacer cruasanes.

Me quedé tumbada mirando el techo desconocido hasta la una de la madrugada, y entonces me rendí.

Bajé en calcetines, despacio, memorizando los peldaños que crujían para la próxima vez. Encontré la cocina vacía e hice lo único que sabía hacer cuando el miedo me apretaba la garganta: tomé el mando.

Abrí los armarios como quien registra territorio enemigo. Encontré harina vieja al fondo de un estante, mantequilla a punto de convertirse en leyenda, azúcar moreno suficiente, una bolsa de pepitas de chocolate medio abierta que probablemente era de alguien y que decidí que ahora era de la casa.

No era mucho. Para mí, siempre fue todo. Dame harina, mantequilla y azúcar y te construyo un hogar sobre cualquier suelo, incluso sobre un suelo que no es mío, sobre todo sobre un suelo que no es mío.

Encendí el horno. Lo pesé todo a ojo, como me enseñó mi abuela antes de marcharse ella también, y amasé la primera hornada con las manos, porque la masa de las cookies se siente, no se mide. Veinte minutos después, la primera tanda se estaba dorando y la casa entera olía a vainilla y a azúcar moreno derritiéndose.

—Vale, ¿quién se ha muerto y ha dejado aquí una panadería?

El chico que apareció en la puerta era alto, de piel morena clara, con unos ojos verde grisáceo que barrieron la cocina como si estuvieran catalogando salidas de emergencia antes de posarse en mí.

No sonrió. No saludó. Se quedó allí, apoyado en el marco, con los brazos cruzados, estudiándome con una quietud tan completa que rozaba lo incómodo —el tipo de silencio que te hace querer confesar crímenes que no has cometido.

—Soy Sadie. —Empujé el plato hacia él, porque la comida era mi idioma y yo ya estaba hablando antes de pensar—. La hermana

de Mason. Se alquila cocina a cambio de no delatarme por robarle el chocolate a alguien.

Miró el plato. Me miró a mí. Otra vez el plato. Era como ver a un animal salvaje decidiendo si lo que le tiendes es comida o trampa.

Cogió una cookie.

—Luka —dijo con la boca llena, y fue, a juzgar por su expresión, lo más caluroso que aparentemente sabía hacer. Arrastró un taburete de la barra, se sentó y siguió comiendo en silencio, observando, como un gato grande que había decidido provisionalmente que yo servía para algo.

El segundo fue peor antes de ser mejor.

Llenaba la puerta entera —debía de medir casi dos metros, hombros de armario, barba de días y un par de ojos azul oscuro que me miraron como si fuera una intrusa pillada in fraganti asaltando una caja fuerte. Los tatuajes le subían por un brazo, perdiéndose bajo la manga de la camiseta. Una cicatriz fina le partía la ceja izquierda. Cruzó los brazos, y el corazón se me aceleró por el motivo equivocado, del tipo este se come a gente más pequeña que yo para desayunar y escupe los huesos.

—¿Quién eres tú? —gruñó.

Qué original. Debe de ser el saludo oficial de la casa. Tendré que imprimir acreditaciones.

—La nueva inquilina. —No retrocedí, pero me mordí el labio —. Tú debes de ser el simpático, imagino. Encantada.

Detrás de mí, Luka soltó un sonido que, con mucha buena voluntad y algo de fe, podría haber sido una risa ahogada.

El gigante entornó los ojos, recalculando, claramente poco acostumbrado a que le contestara alguien a quien podía levantar con una mano. Después el olor pareció alcanzarlo por fin —vi cómo le

temblaba la nariz, vi cómo la expresión dura cedía medio milímetro contra la voluntad de su dueño.

Se acercó a la barra con la cautela del que desconfía, cogió tres cookies de una sola vez y se metió una entera en la boca.

Masticó. Cerró los ojos una fracción de segundo.

—Knox —admitió, contrariado, como quien confiesa un crimen bajo tortura—. Están… buenas.

—Lo sé.

Casi sonrió. Casi. La comisura de la boca le tembló y mató el gesto antes de que se convirtiera en compromiso. Anoté aquel «casi» mentalmente, en la columna de las victorias, y seguí glaseando la segunda hornada.

—¿SADIE HA HECHO COMIDA?

Mason se desplomó escaleras abajo por segunda vez en menos de veinticuatro horas, y de repente la cocina estaba llena, caliente, ruidosa —Mason robando masa cruda con el dedo mientras yo le daba manotazos, Knox disputándole la última cookie a Luka en un duelo de miradas mortales, alguien poniendo música en el móvil, yo riéndome de una broma interna que ni siquiera entendí del todo, pero en la que me incluyeron como si yo siempre hubiera estado allí.

Por un instante, la opresión en el pecho que me seguía desde aquel martes en que mi madre no volvió se aflojó un hilo.

Eso era lo que yo hacía. En eso era buena. Llenaba espacios vacíos. Cocinaba hogar dentro de las personas hasta que ya no podían imaginarse la mesa sin mí sentada en un rincón.

Era mi truco más viejo y más triste, y lo conocía demasiado bien como para engañarme: nadie abandona a quien hace el pan. Te vuelves útil, indispensable, deliciosa de tener cerca, y entonces quizá —solo quizá— nadie te mire un día y decida que das demasiados problemas.

Fue entonces cuando entró el frío.

No literalmente. Reed Calloway no necesita una puerta abierta para bajar la temperatura de una habitación entera. Apareció en el umbral en chándal, con el pelo revuelto de una siesta, y toda la cocina pareció recordar de golpe que tenía hora de cierre.

Mason se atragantó con la masa cruda. Luka volvió a parecerse a una estatua griega aburrida. Hasta Knox enderezó la espalda.

Sus ojos grises recorrieron el desorden —la harina en la encimera, el plato en el centro como una ofrenda, los amigos riéndose con la boca llena— y se posaron en mí exactamente un segundo, ni más ni menos.

Yo, idiota, esperanzada, adicta a derribar paredes, le tendí el plato antes de que el juicio me alcanzara.

—¿Una cookie? Acaban de salir. Las de chocolate son las mejores, pero Knox ya se ha comido seis, así que a lo mejor tienes que pelear por…

—No, gracias.

Dos palabras. Frías y lisas como el hielo de su pista. Abrió la nevera, cogió una botella de agua, me dio la espalda y volvió a subir sin mirar atrás, y el silencio que dejó fue demasiado alto, de los que zumban en los oídos.

Idiota.

Tragué saliva y volví a sonreír antes de que alguien reparara en la grieta, porque era lo que yo hacía: sonreía, disimulaba, fingía que el rechazo no había pesado nada, que en el fondo ni siquiera quería, que su «no, gracias» me había resbalado como el agua.

Knox masculló algo sobre que el capitán era un «cascarrabias desgraciado que no sabe la suerte que tiene». Mason puso los ojos en blanco y me dijo que no me lo tomara en serio, que Reed era así con todo el mundo, que «nació de mal humor».

Solo que no era con todo el mundo.

Era conmigo, específicamente —conmigo, que le había apoyado las dos manos en el pecho a las seis de la mañana y había visto, durante medio segundo antes de que montara la máscara, el mismo cansancio que yo escondía detrás de mi propia sonrisa de mostrador.

Fue cuando me fijé en la foto.

Sujeta a la nevera con un imán del equipo, medio escondida detrás de una lista de la compra y de una factura, llevaba allí probablemente años, de esas que uno deja de ver de tanto verlas: dos niños en un lago helado, patines en los pies, abrigos pesados, riéndose a la cámara con esa clase de risa que no se finge.

Uno de ellos era Reed, más joven, más ligero, sin la mandíbula apretada, con una sonrisa abierta que yo jamás habría imaginado posible en aquella cara. El otro era mayor, más alto, demasiado parecido para no ser de su sangre, con el brazo enroscado al cuello de Reed en un gesto de hermano.

—¿Quién es? —pregunté, señalando con el pincel de glasear, antes de pensar.

La cocina cambió de temperatura otra vez, pero de una manera distinta al hielo de Reed. Más pesada. Más cuidadosa.

Mason dejó de masticar a media mordida. Luka bajó la vista hacia su lata de refresco y se mostró muy interesado en ella. Y Knox, el menos probable de todos, fue quien respondió —bajito, sin el gruñido, con una voz que yo no esperaba de un hombre de ese tamaño:

—Nunca le preguntes eso a Reed, niña. Nunca.

Y no lo explicó. Nadie lo explicó. La música pareció demasiado alta de repente.

Me quedé mirando la foto mientras ellos cambiaban de tema demasiado deprisa, demasiado alto, con Mason arrastrando a Knox a

una discusión sobre el partido del sábado que en realidad nadie tenía interés en tener.

Y la pieza torcida que llevo dentro, la niña que se pasó la vida leyendo habitaciones para descubrir quién se iría primero, empezó a entender algo de aquella casa que nadie iba a contarme con palabras.

Toda la vida he sido especialista en una única cosa: leer a las personas que podían dejarme, antes de que me dejaran. Aprendí a ver el dolor disfrazado de mal humor, el miedo disfrazado de regla, la despedida ensayada disfrazada de «no, gracias».

Era un don horrible. Nadie lo pedía. Simplemente crecía dentro de una niña que se quedó en la ventana esperando que un coche volviera.

Y el problema —el problema de verdad— no era que Reed Calloway fuera un muro.

Era que yo reconocía, ladrillo a ladrillo, cómo se había construido aquel muro. Era exactamente igual que el mío. Levantado deprisa, a oscuras, alrededor de algo que dolía demasiado para dejarlo expuesto.

Vine a Michigan huyendo de que volvieran a dejarme.

Y acababa de mudarme a la casa del único hombre que había decidido, a propósito, dejar a todo el mundo primero.

CAPÍTULO 4



«Puedes mentirle a quien te conoció después. Quien te conoció antes solo finge creerte —por educación.»

REED CALLOWAY

Beau Carter tenía la llave de mi casa desde antes de que cualquiera de estos idiotas supiera mi nombre. Por eso, cuando la puerta de la calle se abrió sin llamada a las cuatro de la tarde, ni siquiera levanté la vista de la tablet donde diseccionaba, por quinta vez, la defensa de Wisconsin.

—¡¿Qué coño es esto, la casa se ha convertido en una panadería?!

Entró olfateando el aire como un perro perdiguero, con la chaqueta del equipo de fútbol colgada de un hombro y esa sonrisa de cartel que hace que media Ann Arbor pierda el juicio las tardes de sábado en el Big House.

Beau es todo lo que yo no soy: ruidoso, fácil, de los que entran en una habitación y encienden la luz solo con existir. Quarterback titular de los Wolverines, la cara del cartel publicitario de State Street, el chico que carga con las esperanzas de una ciudad entera a la espalda y aun así nunca deja que el peso se le note en la cara.

La gente miraba a Beau y veía sol. Yo miraba y veía el esfuerzo que costaba fingir que ser sol no cansaba —porque lo conocía desde los seis años, desde los inviernos de Cedar Hollow, desde el lago helado donde los tres aprendimos a patinar.

Los tres. Él, yo y mi hermano.

El lago de Cedar Hollow se helaba firme en enero, y nuestra infancia entera cupo en aquella placa de hielo: Danny, dos años mayor, siempre delante, inventando las reglas sobre la marcha; Beau, que patinaba mal y lo compensaba con volumen; y yo, el pequeño del trío, corriendo detrás de los dos con unos patines de segunda mano que apretaban.

Era Danny quien limpiaba la nieve del hielo con una pala antes de que llegáramos, todos los sábados, sin contar nunca que madrugaba para eso —lo descubrí en el funeral, por el padre de Beau, que lo veía desde la ventana.

Fue Beau quien se rompió el brazo a los once defendiendo una portería con el cuerpo, porque Danny dijo que un portero de verdad no se apartaba. Y fue allí, entre los dos, donde aprendí las únicas cosas que sabía hacer hasta hoy sin esfuerzo: patinar, frenar y callarme mientras los ruidosos se ocupaban del resto.

Por eso Beau era la única persona viva que conocía la versión de mí que existía antes.

Antes de la llamada. Antes del hielo.

—Sobras de ayer —mentí, sin apartar la vista del vídeo.

—Mentira cochina. —Abrió la nevera sin ceremonias, encontró el plato cubierto con papel de aluminio y lo levantó como un trofeo—. Esto está recién hecho. Esto tiene amor dentro. Las sobras no tienen amor, Calloway, las sobras tienen culpa. —Olfateó —. ¿Quién os quiere a vosotros, panda de animales, hasta el punto de hornear por la tarde?

Fue exactamente en ese instante cuando crujió la escalera.

—¡Esos son míos, suéltalos ahora mismo!

Sadie bajó en chándal y calcetines, con el pelo recogido en un moño torcido que ya se estaba deshaciendo y harina en una mejilla. Cruzó el salón con la naturalidad de quien lleva años viviendo allí, no una semana, y le quitó el plato de las manos a Beau en un solo movimiento.

Beau la miró. Sadie miró a Beau. Y entonces los dos sonrieron a la vez, de esa manera instantánea de quienes se reconocen de inmediato —dos versiones del mismo sol encontrando su propio reflejo.

Lo odié en el acto, y me odié aún más por odiarlo.

—Tú debes de ser el motivo de que Mason no cierre la boca sobre fútbol americano en pleno vestuario de hockey. —Ella separó dos cookies y se las tendió, conciliadora—. Toma. Un soborno. Para que no te comas el resto y no me delates.

—Cásate conmigo.

—Si ni siquiera sabes mi nombre.

—Detalle burocrático. —Beau mordió la cookie y cerró los ojos, como quien reza una novena—. Ya está. Ahora lo sé por el sabor. Esposa.

Sadie se rio —una risa de verdad, alta, sin freno, que llenó el salón y rebotó en las paredes e hizo que la casa entera pareciera, por un segundo, un lugar donde la gente ríe—, y algo dentro de mí se bloqueó con un chasquido casi audible.

Apreté los puños debajo de la mesa.

No es asunto tuyo con quién se ríe, Calloway. No es asunto tuyo el sonido que hace.

Ella volvió a subir, llevándose el plato como quien rescata a un cachorro del regazo de un desconocido, y el silencio que dejó olía a vainilla.

Beau se quedó mirando la escalera un segundo más de lo necesario y después se volvió hacia mí despacio, con la cookie todavía en la mano y una sonrisa que yo conocía demasiado bien. La sonrisa de quien acaba de ver algo que yo llevaba el día entero fingiendo que no existía.

—Bueno. —Giró una silla al revés y se sentó de frente a mí, con la barbilla apoyada en el respaldo—. La hermana de Brooks.

—La hermana de Brooks. —Devolví los ojos a la tablet con un esfuerzo descomunal—. Ahora vive aquí. No me interesa.

—Qué curioso. —Hizo girar la cookie entre los dedos—. Yo no he preguntado si te interesaba. Has respondido «no me interesa» antes incluso de que yo preguntara nada.

Solté la tablet. Lo miré con la cara más aburrida de mi repertorio —la misma que hace llorar a los novatos en el primer entrenamiento, la misma que calla un vestuario en el descanso.

Con Beau, esa cara nunca funcionó. Nunca, en dieciséis años.

—Tienes harina en la manga, Calloway —continuó, señalando con la barbilla. Y miré, y la tenía. Una mancha blanca en la manga oscura. Suya. De algún momento del día que ni siquiera había registrado—. Has mirado el móvil dos veces desde que ella ha subido, como si esperaras que volviera a bajar. Y cuando se ha reído de mi chiste idiota, casi rompes esta mesa con la mano. —Se encogió de hombros, ligero como una pluma, cruel como un cuchillo —. Pero no te interesa. Claro que no.

Me pasé la mano por el pelo. No respondí.

A veces el silencio era la única jugada que me quedaba con él —el problema era que Beau leía el silencio mejor que nadie, porque fue él quien me enseñó, en aquellos primeros meses, que había cosas que no cabían en palabras.

Me dejó sudar unos segundos. Después la sonrisa se le aflojó, se le resbaló de la cara entera, y la voz le bajó a ese tono que solo usaba conmigo.

El tono de Cedar Hollow. De invierno. De dos críos y un hermano mayor en un lago que en mi cabeza ya no se helaba de la misma manera.

—Tu madre llamó ayer a la mía. —Hizo girar la cookie, sin comer más—. Dice que no coges el teléfono. Que estás más cerrado de lo normal, y tu normal ya es un candado oxidado. —Pausa. Me miró a los ojos, sin desviarse, porque Beau nunca se desvía, por eso lo soporto—. El sábado hace tres años, Reed.

El aire salió de mí despacio, controlado, como entreno la respiración entre una jugada y otra.

Sabía la fecha. Claro que la sabía. La llevaba en el cuerpo como llevaba el peso en la barra cada mañana: tres años desde la llamada de las tres de la madrugada, la que contesté creyendo que era una broma. Tres años desde que Danny salió a comprar leche un martes cualquiera, conduciendo el coche de siempre, por la carretera de siempre, y no volvió nunca más —por culpa de un tío borracho que volvía de una fiesta y ni siquiera frenó. Tres años desde que decidí, de pie junto a un ataúd, con mi madre desmoronándose sobre mi hombro, que aferrarlo todo era la única forma de impedir que algo más se cayera.

—Sé qué día es el sábado —dije, bajo.

—Sé que lo sabes. Solo digo que quizá no sea la mejor semana para fingir que no sientes absolutamente nada. Incluso sobre la chica de ahí arriba.

Un nudo me subió a la garganta y me lo tragué, entero, como me lo trago todo.

—No hay ninguna chica, Beau.

—La última vez que te vi mirar a alguien como la has mirado a ella hace un momento —se levantó, cogió otra cookie para el camino y se detuvo en el umbral de la cocina—, Danny aún estaba vivo, teníamos dieciséis años y el mundo todavía no te había demostrado que cuidar de alguien es solo una manera más lenta de que te arranquen a pedazos. —Golpeó dos veces el marco de la puerta, despacio, como quien le deja un recado a una puerta—. Piénsalo. Y coge el teléfono a tu madre.

La puerta de la calle se cerró de golpe.

La casa volvió a quedarse en silencio, solo con el sonido bajo de Wisconsin perdiendo un disco en la pantalla de la tablet, repitiendo la misma jugada que yo ya no estaba viendo.

Me quedé sentado, mirando la harina blanca en mi manga oscura —su harina, que ni siquiera había notado que se me había pegado, en algún momento de un día que juré que sería igual que todos los demás.

Sacudí la manga. La harina cayó al suelo. Así de simple.

No había ninguna chica. Había un sábado al que sobrevivir, un hermano al que honrar con cada disco, una temporada que ganar, un draft que cerrar y una madre sola en Cedar Hollow a la que sí, iba a llamar antes de dormir.

El resto era Beau viendo fantasmas donde solo había pared. Siempre vio demasiado. Es un don y es un defecto, y los dos hacen daño.

Subí a mi habitación.

Y, a mitad de la escalera, me detuve —porque la puerta de su cuarto estaba entreabierta, una rendija de luz amarilla cortando el pasillo oscuro, y de dentro llegaba el sonido de ella cantando bajito.

Desafinada. Feliz. Una canción tonta cualquiera, al estilo de quien nunca aprendió a estarse callada, de quien llenaba el silencio

porque el silencio le daba miedo —y reconocí el impulso, porque era el opuesto exacto del mío, y aun así, o quizá por eso, me retuvo allí.

Me quedé parado un segundo más de la cuenta. Después otro.

No hay ninguna chica.

Fue la tercera vez que mentí aquel día. Y, esa vez, ni siquiera tenía el sol como excusa —se había puesto hacía horas.

CAPÍTULO 5



«Una ciudad nueva es una cocina vacía. Una entra creyendo que va a cocinar sola —y a veces alguien arrastra un taburete.»

SADIE BROOKS

La Honey & Rye está en una esquina de ladrillo visto de Kerrytown, con un toldo verde musgo, un escaparate de cristal antiguo y una campanilla en la puerta que tintineaba cada vez que entraba la vida.

En mi primer turno llegué una hora antes, solo para tener la cocina para mí antes de que el mundo despertara y antes de que me alcanzara cualquier arrepentimiento.

Y, por primera vez en una semana, respiré hondo y el aire entró entero, sin atascarse a medio pecho.

Porque la casa del equipo era de ellos. El campus, todavía extraño, era de todo el mundo y de nadie. Mi habitación olía a una pintura que yo no había elegido. Pero una cocina a las cinco de la mañana, con el horno ganando temperatura y el hojaldre creciendo paciente bajo un paño de cocina, eso era mío.

Siempre lo fue. Desde niña. Cuando el mundo se derrumbaba ahí fuera, yo cerraba la puerta de la cocina y hacía pan, y durante unos minutos el olor a levadura era más fuerte que la ausencia.

Marnie, la dueña —sesenta y pocos años, manos de abuela con manchas permanentes de harina, gafas de media luna en la punta de la nariz—, me observó trabajar unos quince minutos en silencio, con los brazos cruzados, y después me dejó sola con una única frase, la única que yo necesitaba en toda mi vida: «Tienes mano, niña. No lo estropees queriendo agradar».

Como si hubiera leído mi biografía completa en una sola hornada de cruasanes. Como si supiera que me pasaba la vida ajustando la receta al gusto de los demás hasta olvidar cuál era el mío.

A las siete, el escaparate estaba lleno y dorado. A las siete y diez, sonó la campanilla.

—Por favor, por todo lo que es sagrado, dime que tenéis cafeína en estado de emergencia.

La chica que entró llevaba el pelo negro liso recogido en una coleta demasiado apretada, unas gafas de montura gruesa resbalándole y la cara orgullosa de quien ha dormido tres horas por elección propia y lo considera un logro.

Soltó una mochila cargada con el portátil sobre el mostrador con el golpe seco de quien deja caer un cuerpo.

—Café doble. Triple. ¿Existe el cuádruple? Invéntalo. —Barrió el escaparate con la mirada, y después me barrió a mí—. Y sea lo que sea eso que huele así y está jugando con mis emociones, lo quiero. Dos.

—Cinnamon roll. Ha salido del horno hace seis minutos. —Le empujé uno en un platito antes incluso de que terminara de pedir—. El café lo hago lo bastante fuerte como para despertar a un muerto. Parece que lo necesitas.

—Noche de cierre de edición. —Mordió el roll e hizo una pausa casi religiosa, con los ojos cerrados y la mano en el pecho—. Dios mío. Vale. Te quiero. Nos acabamos de conocer y ya te quiero oficialmente, con firma notarial.

Me reí, y fue la primera vez en una semana que me reía sin necesidad de fabricar nada antes.

—Quinn —dijo, tendiéndome la mano pegajosa de glaseado, dándose cuenta, retirándola, avergonzada—. Alvarez. Periodismo, pre-Derecho, editora de deportes del Michigan Daily y oficialmente tu clienta vitalicia a partir de este instante histórico.

—Sadie. —Me sequé la mano en el delantal y le estreché la suya aunque estuviera pegajosa—. Recién llegada, oficialmente perdida en el campus y dueña soberana de esta cocina de cinco a once.

Quinn apoyó los codos en el mostrador y me estudió con esa mirada afilada de quien entrevista a gente para sobrevivir, de quien se fija en todo y lo archiva.

—¿Recién llegada de dónde? ¿Y por qué tienes cara de no haber deshecho todavía las maletas en el sitio donde vives?

—¿Tan obvio es?

—Me fijo en todo. Es un defecto de carácter que convertí en carrera. —Hizo girar la taza—. Venga, cuéntamelo.

Así que le conté la versión ligera.

El traslado a mitad de semestre, la residencia que se fue al traste dos semanas antes de la mudanza, el hermano que, presa del pánico, me metió en la casa que compartía con otros tres.

Y fue divertido —casi— ver el instante exacto en que el nombre salió de mi boca y su expresión pasó de turista curiosa a tiburón oliendo sangre.

—Espera. —Quinn bajó la taza despacio, con cuidado, como quien desactiva una bomba—. Mason Brooks. El delantero. El número nueve. Eres la hermana de Mason Brooks.

—Por mis muchos pecados, sí.

—He cubierto tres partidos suyos solo este mes. —Entornó los ojos, y había allí algo punzante, divertido y ligeramente peligroso a la vez—. Esa sonrisita de portada de revista que le dedica a la cámara es un crimen contra el periodismo serio. No escribas esto en mi obituario, pero detesto, con todas mis fuerzas, a los atletas que se creen que el encanto paga facturas y que una entrevista es el momento de guiñarle el ojo al público.

Nota mental, subrayada tres veces: nunca, jamás, presentarle esta mujer a mi hermano. O presentársela de inmediato y vender entradas para que la ciudad entera vea el destrozo.

—Así que la casa entera es de jugadores de hockey. —Ya lo catalogaba en voz alta, montando el organigrama en su cabeza—. Compartes techo con Novak, el portero que no habla. Con el transfer canadiense que llegó aquí después de casi arrancarle la cabeza a un defensa en su antiguo programa. —Se detuvo. La taza se detuvo en el aire—. Con Calloway.

El corazón me dio una sacudida que yo no había autorizado.

Intenté mantener la voz en el nivel más neutro del mundo mientras le llenaba otra taza.

—¿Conoces al capitán?

—Todo el mundo en Ann Arbor «conoce» a Reed Calloway. —Dibujó las comillas en el aire—. Y nadie, absolutamente nadie, lo conoce de verdad. Es el mejor defensa que ha visto esta universidad en una década, puede que más. Probable primera ronda del draft en junio, y eso siendo conservadora. —Una pausa, y el tono afilado se le suavizó contra su voluntad—. Y es un fantasma. No bebe, no va a fiestas, no sale con nadie, no suelta una frase aprovechable en una

entrevista ni bajo tortura. Siempre fue cerrado. Pero, por lo que me han contado, empeoró después de lo del hermano.

Me quedé helada con la jarra de café suspendida en el aire.

—¿Qué hermano?

Quinn me miró, y por primera vez en la conversación abandonó por completo el tono de redacción. La periodista le dejó el sitio a una chica de veinte años contando algo triste en una panadería de madrugada.

—Su hermano mayor murió en un accidente de coche. Salió en los periódicos de aquí, lo investigué para un perfil que nunca llegó a publicarse. Fue en su primer año en el equipo. —Hizo girar el café, más despacio—. El hermano también jugaba al hockey, dicen que era incluso mejor que Reed. Dicen que Reed era otra persona antes. Que hasta sonreía. —Se encogió de hombros, incómoda—. Yo llegué a la sección de deportes después de aquello. Solo me tocó el hielo. Para mí siempre fue el Iceman.

El lago. La foto de la nevera, escondida detrás de la factura. Los dos niños con patines, riéndose. El brazo de uno alrededor del cuello del otro…

Una opresión me subió por el pecho, fuerte y súbita, y no supe de quién era —si suya, si mía, si de los dos a la vez, dos muros reconociendo su propia argamasa.

—¿Y a qué viene tanto interés, eh? —Quinn arqueó una ceja, volviendo a la versión tiburón en un parpadeo, y la cara se me encendió al instante, delatándolo todo.

—Ningún interés. —Volví a mis tareas con una energía exagerada—. Es que es… —busqué una palabra que no me entregara en bandeja— …insoportablemente malhumorado. Me ofreció la salida de la casa antes de ofrecerme un buenos días. Pensó que yo era una chica que alguno de ellos había traído a dormir.

—Ah. —Quinn sonrió de oreja a oreja, encantada—. Entonces eres valiente y tonta. Mi tipo favorito de persona en el mundo entero. —Recogió la mochila, dejó sobre la piedra del mostrador el dinero del café más una propina de quien había decidido, allí mismo, adoptar el local y a la panadera de paso. Ya en la puerta, con la campanilla a punto de sonar, se volvió—: Tengo una compañera de piso, Cami. Estudia fisioterapia deportiva, se pasa la vida vendando a esos brutos. Te adoraría. Y yo voy a necesitar muchos más cinnamon rolls en mi existencia. ¿El jueves que viene?

—El jueves que viene —respondí.

Y fue lo primero que acordé con alguien en aquella ciudad. La primera vez, en mucho tiempo, que alguien quedaba en volver a verme sin que yo tuviera que merecérmelo con bizcocho.

La campanilla tintineó. Ella se marchó hacia el frío. Y yo me quedé allí, en el calor de mi cocina, con harina hasta los codos y el corazón atravesado por una sola palabra.

Fantasma.

Vine a Michigan huyendo de un agujero —el mío, cavado por una madre que se marchó un martes. Y, sin querer, sin verlo venir, me había mudado a la casa de un hombre que vivía dentro de un agujero igual que el mío, solo que más hondo, más antiguo, con un nombre de hermano grabado en las paredes.

Limpié el mostrador. Metí otra hornada en el horno. Y decidí, con la cabezonería que heredé a saber de quién, que no iba a preguntarle nada a Reed Calloway sobre el lago, sobre el hermano, sobre la foto de la nevera. Que no iba a hurgar en la herida de nadie solo para calmar la mía.

Pero que, la próxima vez que bajara a mi cocina a las seis de la mañana con esa cara de no haber dormido, iba a haber un plato esperándolo.

Con su nombre.

Y que esa vez, de alguna manera, se lo iba a comer.

CAPÍTULO 6



«Me paso la vida glaseando los sueños de los demás. En el mío, nunca he tenido el valor de encender la vela.»

SADIE BROOKS

La Stamps School of Art & Design tenía un olor que yo no esperaba amar tanto: pintura acrílica, serrín, café recalentado y el leve metal de las prensas de grabado mezclado con el polvo de carboncillo.

En mi tercer día, ya me sabía de memoria el camino al estudio de color —no porque fuera organizada, sino porque llegué media hora antes los tres días.

Llegar temprano era lo que yo hacía cuando tenía miedo de no encajar. Si llegaba antes, nadie me veía entrar tarde, fuera de lugar, equivocada.

Yo ya estaba allí, parte del paisaje, cuando llegaban los demás.

El estudio de fundamentos era una nave de luz blanca y techos altos, con caballetes apoyados en fila, gente en chándal manchado de pintura fingiendo que no había dormido allí mismo, botellas de café por todas partes.

Todos parecían saber exactamente qué estaban haciendo y por qué. Yo, con el delantal limpio y los rizos recogidos, me sentía una impostora que había entrado en el aula equivocada y a la que le daba vergüenza pedir permiso para salir.

La mesa de materiales era compartida, y fue allí donde me pillé haciendo aquello: había encogido mis pinceles, mi paleta y mis tubos en un rincón de treinta centímetros, el territorio mínimo negociable, mientras el resto de la clase desparramaba trastos por metros cuadrados con la naturalidad de quien nunca aprendió que el espacio se pide.

Un chico repeinado del grupo de tipografía —Julian, decía la etiqueta de su carpeta; todo en él llevaba etiqueta— ocupó medio metro de mi lado con tres movimientos y un «no vas a usar esto, ¿verdad?» que no era una pregunta.

Dije «no, cógelo» antes de comprobar si iba a usarlo. Iba. Me pasé la mañana estirando el brazo por encima de la mesa para alcanzar mi propia agua de pinceles, pidiéndole permiso a mi propio material.

Al otro lado de la nave, una chica con un mono cubierto de escayola había colgado de su caballete un cartel enorme, torcido, escrito a mano: EL PROCESO ES DESORDEN.

Okafor había pasado por delante esa mañana y había dado dos golpes de aprobación en la madera. Yo me quedé mirando aquel cartel demasiado tiempo, con una envidia que no era de su talento.

Era del desorden. Del derecho al desorden.

—Brooks. —La profesora Okafor se detuvo junto a mi caballete. Las gafas subidas a la frente, un vaso de café del tamaño de un cubo en la mano, la mirada de quien ya ha visto a mil alumnos tirarse faroles y no le queda paciencia para faroles—. ¿Este es tu proyecto de identidad visual?

Lo era. Y no era un cartel conceptual, ni un estudio de tipografía, ni una de esas instalaciones cargadas de teoría que los

demás estaban montando con cinta adhesiva y angustia.

Yo había pintado, en acuarela, un escaparate de panadería. Cruasanes dorados apilados, una tarta de tres pisos con el glaseado chorreando, un toldo verde que se parecía sospechosamente, descaradamente, al de la Honey & Rye.

Y arriba, en unas letras que había cuidado toda la noche, rehaciéndolas tres veces: un lugar al que todo el mundo pueda volver.

Ya está. Va a decir que es una monada. Y «una monada», en el mundo del arte, es el «no, gracias» en versión educada. Es la palmadita en la cabeza antes del tajo.

—¿Qué es esto? —preguntó Okafor. Y no había desdén en su voz. Solo atención, afilada y genuina.

—Es… —Empecé a recoger la lámina, automática, con el viejo reflejo de encogerme antes de que alguien tuviera que mandarme encoger—. Es una tontería, lo sé. Tenía que ser una marca conceptual, con fundamentación y todo eso, puedo rehacerlo, puedo hacer algo más serio, más…

—Yo no he preguntado si era serio. —Cruzó los brazos, con el café en equilibrio en la mano—. He preguntado qué es. Y acabas de llamar tontería al único trabajo de esta sala que me ha hecho sentir hambre y añoranza al mismo tiempo, y mira que llevo tres cafés y no siento nada desde 2019. Así que, otra vez. ¿Qué es?

Miré mi propia pintura. El toldo verde, la tarta, la frase.

Y, por primera vez en mucho tiempo, dije la verdad en voz alta, a una persona, sin envolverla en una broma.

—Es mi panadería. —La voz me salió pequeña, casi pidiendo permiso—. La que quiero tener algún día. No diseñarla. No estudiarla. Tenerla. Con un letrero en la puerta y mi nombre en él.

Okafor me estudió durante un segundo largo, de esos que duran un año. Después dio dos golpes en la esquina de madera del

caballete, con esa sequedad con la que se aprueban las cosas.

—Pues deja de pedirle perdón y empieza a proyectarla de verdad. —Ya se alejaba hacia el siguiente alumno—. Identidad visual de un negocio que existe en tu cabeza y que va a existir en el mundo. Ese es el trabajo del semestre. —Y por encima del hombro, sin volverse, soltó—: Y es bueno, Brooks. No una monada. Bueno. Hay diferencia. Aprende la diferencia.

Me quedé plantada allí, en medio de la nave de luz blanca, con el corazón acelerado, sujetando un pincel mojado como si fuera la mano de la primera persona que me había dado, en la vida, permiso para querer algo grande.

Querer a lo grande. Qué concepto tan peligroso.

Porque yo me había pasado la vida entera haciendo exactamente lo contrario.

La hija ligera no soñaba a lo grande. Un sueño grande daba problemas, ocupaba espacio, hacía ruido, era «demasiado» —y ser «demasiado» era darle a la otra persona el motivo que necesitaba para considerarte exigente y marcharse.

Era más seguro glasear la tarta de los sueños ajenos, decorar con esmero los planes de los demás, que admitir, en voz alta, que yo quería mi propio horno, mi propio letrero, mi propio lugar en el mundo del que ningún hombre malhumorado pudiera echarme a las seis de la mañana.

El móvil vibró en el bolsillo del delantal. El grupo de la casa —al que Mason me añadió a la fuerza el primer día y que bautizó, sin consultarme, como «INQUILINOS & LA JEFA».

Mason: el sábado hay partido. Yost. vas a ir y punto, es el estreno de mi hermana en la grada

Knox: que alguien avise a la jefa de que hay que venir de maize and blue o no entra en la arena, es la regla

Luka: puede traer cookies

Mason: CHICOS LUKA HA HABLADO POR VOLUNTAD PROPIA. apuntad el día en el calendario. milagro.

Knox: cookies + maize and blue. innegociable.

Me reí sola en medio del estudio, y dos alumnos me miraron. Me dio igual. Sentaba bien que te quisieran así, de broma, sin tener que merecerlo.

Después la sonrisa se me detuvo a media cara.

Sábado.

Las palabras de Quinn volvieron, frías, exactas: empeoró después de lo del hermano… en su primer año en el equipo.

E hice la cuenta que llevaba evitando desde la panadería, la cuenta que fingía no saber hacer. Reed llevaba cuatro años en la universidad —capitán veterano.

Primer año. Cuatro menos uno. Hace tres años. Y Mason, en la cocina, sin darle mucha importancia, había comentado que Reed andaba «más cerrado de lo normal» justamente aquella semana en concreto.

No era solo un partido. Era un aniversario. Del peor tipo que existe.

Y el capitán de hielo iba a salir a aquella pista el sábado, delante de una arena entera gritando su nombre, cargando con un muerto a la espalda igual que cargaba con el equipo, y les iba a fingir a seis mil personas que era solo un sábado más de temporada.

Porque eso era exactamente lo que él y yo hacíamos, cada uno en su rincón: fingir que todo iba bien, sonreír o helarse, cualquier cosa con tal de no darle problemas a nadie con nuestro dolor.

Volví a mirar mi escaparate pintado. El un lugar al que todo el mundo pueda volver.

Yo no sabía decorar ninguna palabra capaz de sacar a un hombre de un agujero de tres años. No sabía qué decir —nunca sabía qué decir.

Pero sabía hornear. Era el único idioma que hablaba con fluidez, sin acento, sin miedo.

Guardé los pinceles, me lavé las manos manchadas y, de camino a Kerrytown, en vez de irme a casa a dormir, entré en la Honey & Rye fuera de mi horario, colgué el bolso y empecé a atarme el delantal.

Marnie levantó la vista de la hoja de proveedores, me examinó por encima de las gafas de media luna —el bolso colgado, el delantal, la cara de misión— e hizo la auditoría completa en dos segundos.

—Tu turno es mañana por la mañana.

—Lo sé. Esto es… personal. Los ingredientes los pago yo.

—Hum. —Volvió a la hoja. Pasó una página. Y, sin levantar la vista, en el tono de quien informa del pronóstico del tiempo—: El horno de la derecha calienta más por abajo. Para los muffins, gira el molde a la mitad. —Otra página—. Y llévate la canela buena, la de la lata azul. Lo personal se hace con el ingrediente bueno, o mejor ni empezar.

Me quedé quieta con las cintas del delantal en la mano, mirando la espalda de aquella mujer que no había preguntado nada, no había exigido nada, y me había entregado la lata azul.

—Gracias, Marnie.

—No me des las gracias, trabaja. Y cierra el horno rápido cuando lo abras, que pierde temperatura llorando. —Pausa de media página—. El horno. Él.

Y encendí el horno.

CAPÍTULO 7



«Hay gente que aprende a jugar bien hasta con su propio dolor. Seis mil voces gritando su nombre —y yo, la única que oyó lo que él no dijo.»

SADIE BROOKS

Yo nunca había entendido lo que era el Yost hasta que las puertas se abrieron y el sonido me tragó entera.

No era un pabellón. Era un organismo vivo, respirando. Seis mil personas apretujadas en gradas de madera vieja que crujía bajo los pies, maize and blue desde el techo manchado hasta el suelo rayado de cuchillas, pancartas colgadas de cada viga.

La sección de estudiantes —los famosos Children of Yost, que Mason me explicó en el coche con un orgullo casi religioso— ya saltaba al unísono antes incluso de que empezara el partido, un bloque compacto de cuerpos cantando cosas que yo no conocía con una devoción que yo conocía muy bien.

Era el sonido de la gente que pertenece a algo más grande que ella.

El aire olía a frío, a perritos calientes, a cerveza derramada y a pertenencia pura.

Por un segundo, parada en la entrada con una caja de cartón pesándome en los brazos y un gorro demasiado azul en el pelo, me entraron ganas de llorar sin saber muy bien por qué.

Quizá porque yo nunca había tenido un lugar así. Un lugar mío donde gritar.

—¡Has venido! —Quinn surgió de la nada, con la acreditación de prensa bailándole en el cuello, y me arrastró del brazo por un pasillo lateral hasta un sitio cerca del cristal, a pocos metros del hielo—. Siéntate aquí. Yo cubro el partido desde la mesa de prensa, pero hoy, oficialmente, me declaro tu acompañante de estreno. —Espió la caja en mis brazos con la curiosidad de siempre—. ¿Qué llevas ahí?

—Un soborno para el equipo. —Levanté la tapa con cuidado: brownies en fila, cookies y, en una bolsita de papel separada de los demás, dos muffins de canela con un pósit amarillo pegado. Quinn estiró el cuello y lo leyó antes de que pudiera esconderlo.

Reed.

Solo el nombre. Mi letra redonda.

Arqueó una ceja que decía párrafos enteros, un editorial completo con titular y entradilla.

—Sadie…

—Ni empieces.

—Yo no he dicho absolutamente nada. —Robó un brownie de la caja con la destreza de quien roba noticias—. Solo estoy registrando, con fines estrictamente históricos y periodísticos, que la chica valiente-y-tonta ha escrito, a mano, el nombre del Iceman en un muffin de canela. Me lo guardo. Será citado en el futuro.

Mandé la caja con Mason antes de que ella pudiera hacer algo peor —mi hermano apareció con el uniforme completo, enorme, oliendo a equipación, me dio un beso en lo alto del gorro y

desapareció rumbo al vestuario, cargando mi ofrenda como si fuera el capitán de la afición.

Al menos los muffins llegan. El resto no es problema mío.

Era la frase de Reed. Se la robé a propósito, la repetí en mi cabeza como un mantra, y siguió tercamente sin funcionar.

Diez minutos antes del partido, un chico del tamaño de una puerta doble bajó la escalera de nuestra sección con una bandera de Michigan doblada bajo el brazo y la certeza territorial de quien tiene asiento fijo en la vida.

Se detuvo en nuestra fila, me miró, miró mi gorro y me tendió la mano.

—Beau Carter. Fútbol, mejor amigo de la infancia del número que has venido a ver y dueño de la llave de vuestra casa desde antes de que tú nacieras para esta familia. —Se sentó a mi otro lado sin preguntar y abrió la bandera sobre el regazo con cuidado de sacristán—. Tú eres la Sadie de las cookies. La casa entera habla de ti. Knox mandó un audio.

—¿Knox mandó un audio sobre cookies?

—Knox manda audios sobre todo. Es el correo de la zona. —Se ajustó la bandera—. Aviso importante, para que entres sabiendo las reglas de esta fila: yo nunca he perdido un partido que haya visto de principio a fin. Nunca. El dato es real y no lo discuto. Así que nadie se levanta a mitad del periodo, nadie me hace perderme una jugada, y si tienes que ir al baño, vas en el descanso, porque la estadística es mía, pero la responsabilidad es colectiva.

—Eso no es ciencia —comentó Quinn, sin apartar los ojos del cuaderno.

—Es mejor que la ciencia, Alvarez. Estoy invicto.

Y así, prensada entre una periodista y una superstición de ciento diez kilos, vi mi primer partido en el Yost —y entendí, antes

incluso de que cayera el disco, que aquella grada también era una casa, con reglas, asientos fijos y gente que se queda.

Entonces las luces de la arena bajaron. Un foco barrió el hielo. «The Victors» estalló en los altavoces, seis mil gargantas cantaron a la vez, y el equipo salió al hielo en una fila de azul y oro.

Lo encontré al instante.

No por el número de la espalda. Por la manera.

Mientras los demás patinaban sueltos, chocándose los hombros, saludando a la afición, levantando el stick hacia los Children of Yost, Reed Calloway se deslizó solo hasta la línea azul y se detuvo allí.

La espalda recta. El casco en la mano enguantada. La arena entera rugía su apellido en tres golpes —CALL-O-WAY, CALL-O-WAY, CALL-O-WAY— y él no saludó. No sonrió. No levantó el stick.

Solo cerró los ojos. Un segundo más de lo que los cerraría cualquier atleta normal. Un segundo que no era concentración, que no era ritual de superstición, que era otra cosa que reconocí en el estómago antes de reconocerla en la cabeza.

Y yo, que había ido allí a ver un partido de hockey, vi algo completamente distinto.

Vi a un hombre rezando en medio de una fiesta que no era para él.

Sábado. Tres años. El hermano que también patinaba, en aquella foto, en aquel lago.

Una opresión en el pecho me pilló por sorpresa, tan fuerte que le apreté la mano a Quinn sin darme cuenta de que lo hacía.

Ella me miró de reojo, sorprendida, pero no dijo nada. Nadie alrededor lo sabía. Seis mil personas gritando su nombre en éxtasis, y ninguna veía que el capitán acababa de saludar a un fantasma, bajito, antes de que cayera el disco.

El disco cayó. Y Reed jugó como yo no había visto jugar a nadie en mi vida.

No era alegría. No era ni siquiera garra, en el sentido que la afición le daba a la palabra.

Era un exorcismo. Cada bloqueo era algo siendo expulsado de dentro de él. Cada disputa contra la valla, cada vez que se lanzaba con el cuerpo entero delante de un disco que venía a cien por hora y lo recibía en las espinillas, en las costillas, donde fuera —era un hombre transformando dolor en hielo.

Congelando, allí delante de todo el mundo, lo que no era capaz de sentir de otra manera. Exactamente igual que yo transformo el miedo en harina a las cinco de la mañana.

Nosotros hacíamos eso, los callados, los que aprendimos que sentir en voz alta les daba problemas a los demás: cogíamos el dolor y lo convertíamos en algo útil, algo que tenía forma, que cabía en un molde, que le servía a alguien.

Wisconsin era grande, era duro, era violento. Y él los cargó a la espalda, exactamente como Mason siempre juró que cargaba, con la mandíbula apretada, sin celebrar nada.

La afición adoraba aquello.

Creía que era liderazgo. Creía que era amor a la camiseta. Yo sabía que era luto, y el luto, cuando no tiene dónde caber, se convierte en eso: un hombre rompiéndose a propósito en un lugar donde romperse es ser aplaudido.

A poco más de dos minutos del final del segundo periodo, robó un disco en su propia zona de defensa, en uno de esos bloqueos que parecían imposibles, atravesó media pista en una arrancada que levantó a la arena de los asientos y —sin mirar siquiera, como si supiera exactamente dónde estaría su compañero— le sirvió a Mason el disco en bandeja por la izquierda. Mi hermano solo tuvo que empujarlo para el gol de la remontada.

El Yost se vino abajo. La madera tembló. Knox, allá en el banquillo, golpeó el aire con los dos brazos. Quinn gritó tan cerca de mi oído que me quedé sorda de un lado. Y Reed —Reed simplemente volvió patinando a la defensa, con la cabeza gacha, como si el gol no fuera motivo de fiesta alguna, solo una tarea más cumplida en una lista que él cargaba solo.

Pero, en el camino de vuelta, levantó los ojos hacia la grada.

Y me encontró.

Juro por todo lo que es sagrado que no fue casualidad. En medio de seis mil caras borrosas, en medio de toda aquella fiesta, los ojos gris tormenta subieron, barrieron y se posaron exactamente en mí. En la chica del gorro azul a la que había echado de su propia cocina a las seis de la mañana.

Y durante un segundo —medio segundo— el hielo de su cara se quebró.

No fue una sonrisa. Reed no daba sonrisas, eso ya lo estaba aprendiendo.

Fue peor. Fue reconocimiento. Fue un hombre dándose cuenta, en medio de una arena ciega, de que había sido visto en algo que escondía de todo el mundo —incluso, quizá sobre todo, de sí mismo.

El corazón me falló un latido.

Después apartó la mirada. Rápido, brusco, como quien cierra una puerta que abrió por error. Devolvió los ojos al partido, y la pared volvió a levantarse delante de ellos, ladrillo a ladrillo, y el capitán de hielo volvió a ser solo el capitán de hielo para los otros cinco mil novecientos noventa y nueve.

El tercer periodo fue Wisconsin entero encima, intentando empatar a base de encontronazos, y descubrí algo nuevo sobre mí: que existe una modalidad específica de sufrimiento reservada a quien mira.

A mitad del periodo, un grandullón de los suyos aplastó a Reed contra la valla con un estruendo que atravesó el cristal y subió por la madera hasta mis dientes, y me levanté medio palmo del asiento con el corazón en la boca antes de que nadie más de la fila reaccionara —y volví a sentarme despacio, con la cara ardiendo, esperando que nadie lo hubiera visto.

Quinn lo había visto. Quinn lo veía todo; era su defecto profesional.

—Interesante —dijo, hacia el cuaderno, escribiendo algo que recé por que fuera sobre el partido—. La arena entera ve el partido. Tú ves a un jugador. Son deportes distintos, ¿sabías? El tuyo no tiene descanso.

—Yo no…

—Shh. —Beau levantó la mano sin apartar los ojos del hielo, solemne—. Jugada parada en su zona. La estadística agradece el silencio.

Me callé. Y me pasé el resto del periodo practicando, sin ningún éxito, el arte de sufrir con discreción cada vez que su número se lanzaba delante de algo.

Michigan ganó por dos. La arena cantó «The Victors» una vez más hasta arañarse la garganta. Quinn ya se dictaba el titular en voz alta a sí misma, algo sobre «Calloway carga con los Wolverines en una noche de defensa heroica», y yo pensé, sin decirlo, que ella no tenía ni idea de lo literal que era la palabra carga.

Yo me quedé sentada en la madera vieja del Yost, en medio de la fiesta más ruidosa de mi vida, con gente abrazándome que ni siquiera conocía, pensando en una única cosa absurda, peligrosa, terminantemente prohibida.

Yo había venido a Michigan precisamente para dejar de que me importara la gente que no se queda. Para cerrar la ventana. Para dejar de esperar coches que no vuelven.

Y acababa de enamorarme —solo un hilo, solo el principio, pero innegable, irreversible— de un chico que jugaba solo incluso cuando seis mil personas gritaban su nombre.

Que Dios me ayude.

De todas las personas del mundo, yo sabía exactamente lo que era eso. Sabía exactamente cuánto dolía querer a alguien que ya había decidido, mucho antes de que llegaras, que iba a perderte antes incluso de tenerte.

CAPÍTULO 8



«Llevo tres años jugando con la mirada puesta en un asiento vacío. Nadie me advirtió del peligro de que, un día, alguien se sentara en él.»

REED CALLOWAY

Todos los sábados, antes de que cayera el disco, yo me detenía en la línea azul y cerraba los ojos.

Los demás creían que era concentración. El Coach Doyle creía que era liderazgo, y lo usaba en sus charlas con los novatos: «mirad al capitán, mirad qué concentración». La afición creía que era teatro, parte del espectáculo del Iceman.

Que cada uno pensara lo que quisiera. Aquel segundo, de pie y de espaldas a la arena entera, era la única oración que yo aún sabía rezar, y tenía una sola palabra.

Danny.

Aquella noche, con el Yost rugiendo mi apellido en tres golpes y seis mil personas de pie golpeando la madera con los pies, cerré los ojos un instante más.

Porque no era un sábado cualquiera del calendario. Hacía tres años. Exactos.

No tres años y pico, no «por esas fechas» —exactos, al día, desde la llamada de las tres de la madrugada que contesté con voz de sueño creyendo que era la broma de algún idiota del equipo. Tres años desde que mi hermano salió de casa al final de la noche de un martes sin nada de especial, a comprar leche en la tienda veinticuatro horas, y un tío que volvía borracho de una fiesta decidió que la vida de Danny cabía en el precio de su irresponsabilidad.

Él también patinaba. Era mejor que yo —y esto no es modestia, es un hecho registrado en las estadísticas.

Todo el mundo en Cedar Hollow decía que el pequeño era el que llegaría lejos, que yo tenía el tamaño y la frialdad, pero la verdad que a nadie le gustaba decir en voz alta es que Danny tenía el talento. Tenía las manos. Tenía la alegría de jugar, que era lo único que yo nunca tuve y que, sin él, nunca más iba a tener.

Ahora yo jugaba por los dos.

Ese era el acuerdo que hice conmigo mismo de pie junto a un ataúd, con mi madre desmoronándose sobre mi hombro y yo sujetándola a ella y sujetándome a mí y sujetando el techo entero para que no se viniera abajo: cada disco, cada bloqueo, cada céntimo de aquel contrato que todavía ni había firmado irían para mi madre, sola en aquella casa silenciosa donde los dos cuartos de niño aún existían.

Y cada victoria era suya. No mía. Suya.

Abrí los ojos. El disco cayó. E hice lo único que sabía hacer con el dolor que no tenía hora de finalización: me convertí en hielo.

No jugué bonito. Lo bonito era para quien jugaba por placer. Yo jugué como quien ya no tiene nada que perder porque perdió lo que importaba.

Cada vez que un defensa de Wisconsin venía con la cabeza gacha, yo estaba allí, en el camino, inmóvil. Cada disco que volaba a cien por hora hacia nuestra portería, me lanzaba delante, con el

cuerpo entero, y lo recibía en las espinillas, en las costillas, en un punto de la espalda que iba a doler durante una semana.

Dolía. Era exactamente para eso. El dolor físico era el único que yo sabía controlar —tenía principio, desarrollo y final, desaparecía cuando el árbitro pitaba el término del partido. El otro no tenía pitido. El otro vivía dentro.

En el descanso del segundo periodo, me desplomé en el banco del vestuario, sudado, con el hielo derritiéndoseme en el pelo, y fue entonces cuando lo vi.

En mi sitio, exactamente encima de mi nombre impreso en el respaldo del banco, una bolsita de papel de estraza. Y, sujeto a ella con cinta adhesiva, un pósit amarillo con una letra redonda, redondeada, imposiblemente alegre, de ese tipo de letra que dibuja corazoncitos sobre la «i» solo porque le parece bonito.

Reed.

Solo eso. Mi nombre. Escrito por una mano que había estado apoyada en mi pecho una semana atrás, a oscuras, a las seis de la mañana.

—La hermana de Brooks ha mandado una caja entera para el equipo. —Beau se desplomó en el banco a mi lado, con el uniforme de fútbol como siempre, porque aparecía en todos los partidos grandes del hockey vestido de futbolista solo para irritarme y fingir que venía a «animar a Mason». Fingía mirar su propio teléfono, pero yo sabía que me observaba por el rabillo del ojo—. Brownies, cookies, un montón de cosas. Pero solo una llevaba un nombre escrito. Curioso, ¿no? De toda la casa, solo una.

Apreté los puños dentro de los guantes.

Tírala. Tú no te comes eso. Tú no te comes nada que venga envuelto en alguien queriendo entrar. Tú sabes cómo termina dejar entrar a alguien.

Abrí la bolsita.

Canela. El olor me golpeó antes de que ningún juicio pudiera reaccionar, cálido y dulce e imposible, y yo —el capitán, el Iceman, el hombre que no cedía en absolutamente nada— me comí el muffin entero.

Solo. De espaldas al vestuario lleno. Deprisa, a escondidas, como un ladrón comiéndose lo robado antes de que alguien lo vea.

Todavía estaba caliente —ella debía de haberlo horneado a propósito a la hora justa para que llegara templado.

Estaba perfecto. Y sabía a algo que yo no comía desde hacía tres años y cuyo nombre borré a propósito del diccionario entero: cocina llena. Sábado por la mañana. Mi madre cantando con la radio. Danny robando masa cruda. Casa.

Tragué el último trozo con el nudo en la garganta incluido, en el mismo trago.

Mentira. No ha significado nada. Solo es azúcar y harina.

Doblé el pósit con cuidado, despacio, y lo metí en el bolsillo interior del uniforme, por debajo del peto, en vez de arrugarlo y tirarlo a la basura del vestuario, donde le correspondía estar. Y decidí, con toda la fuerza de voluntad que me quedaba, no pensar en por qué lo había hecho.

Volví al hielo con rabia hacia algo que no tenía nombre y que olía a canela.

A dos minutos del final del segundo periodo, robé un disco en nuestra zona —el cuerpo lo hizo solo, entrenado, sin necesitarme. Atravesé media pista en una arrancada que ni siquiera decidí conscientemente, vi a Mason libre por la izquierda gracias a la visión periférica que me habían dado tres años jugando con él, y se lo serví en bandeja.

Él solo tuvo que empujarlo dentro. El Yost se vino abajo, con la madera entera temblando. El idiota de Mason me señaló desde el otro lado de la pista, gritando algo que no oí, pero que podía leerle

en los labios —ES EL CAPITÁN, ES EL CAPITÁN— y yo solo bajé la cabeza y patiné de vuelta a mi posición en la defensa.

Porque celebrar es para quien ha ganado algo. Y yo no había ganado nada. Solo estaba cumpliendo, una vez más, el acuerdo que firmé con un muerto.

Fue en el camino de vuelta cuando cometí el error.

No debía haber mirado a la grada. Yo nunca miraba. En tres años, entrené los ojos para que nunca subieran hasta allí, porque allí había un asiento que estaba siempre vacío —el asiento donde mi madre no era capaz de sentarse y donde mi hermano no se sentó nunca más—, y mirar solo servía para recordar el tamaño del agujero.

Pero miré. No decidí mirar. Simplemente miré.

Y ella estaba allí.

Gorro azul, rizos escapándose por debajo de la lana, las dos manos apretadas contra el pecho como si acabara de presenciar algo que dolió, y los ojos color miel clavados no en el marcador, no en el partido, no en Mason, que acababa de marcar y bailaba sobre el hielo —en mí.

Solo en mí. Como quien no estaba viendo al capitán, ni al Iceman, ni a la leyenda del Yost. Como quien había visto el segundo de más que me quedé con los ojos cerrados en la línea azul, tres horas antes, y había entendido —sola, sin que yo dijera una palabra — lo que nadie en aquella arena de seis mil personas entendió jamás.

El asiento no estaba vacío.

Y lo peor —lo peor de todo, la parte que me iba a llevar a casa y que iba a quitarme el sueño— fue que mi pecho reaccionó sin mi permiso, y durante un segundo, un único y traicionero segundo, no lo odié.

No odié estar siendo visto. Yo, que construí tres años de muro precisamente para no volver a ser visto nunca. No odié que fuera ella quien lo había visto.

Fue exactamente por eso por lo que aparté la mirada tan rápido que me dolió el cuello. Volví a levantar la pared, ladrillo a ladrillo, de la misma manera que la construí entera sobre los escombros de una llamada de las tres de la madrugada.

Ganamos por dos. La afición cantó hasta quedarse sin voz. Doyle me dio una palmada en la espalda y dijo algo sobre la mejor actuación defensiva de la temporada. Beau me dedicó, desde el otro lado del pasillo, una sonrisa que fingí, con competencia, no entender.

Y salí del hielo con el partido ganado y la mandíbula apretada, como ganaba todo en la vida: por fuera, controlado, intacto en apariencia.

En la ducha del vestuario, dejé correr el agua hirviendo hasta que la piel me ardió, frotándome el pecho, intentando borrar el olor a canela que se me había pegado.

No se borró.

Me sequé, me vestí, y mi mano fue sola, sin orden del cerebro, hasta el bolsillo del uniforme doblado en el banco. El pósit seguía allí.

Reed. La letra redonda, mi nombre. Debería haberlo arrugado y tirado a la basura. Era lo que haría el Iceman. Era lo que hice con todo en los últimos tres años.

Lo guardé en la mochila, en el bolsillo de dentro, junto a los documentos.

La hermana de Mason no iba a alterar absolutamente nada en mi vida. Me lo repetí mientras salía del Yost hacia el frío cortante de Ann Arbor, solo, palabra por palabra, con toda la autoridad de capitán que aún fingía tener sobre mí mismo.

Y el sabor a canela, terco, insistió la noche entera en llevarle la contraria a cada palabra.

CAPÍTULO 9



«Una no fuerza la puerta de nadie. Solo deja el horno encendido —y espera a que el frío llame a la puerta.»

SADIE BROOKS

El domingo por la mañana llegué a la Honey & Rye antes del sol y antes de que ningún arrepentimiento pudiera alcanzarme.

Había dormido mal. No fue por la fiesta —volvimos del Yost hacia las once, con la casa entera en estado de euforia, Knox cantando «The Victors» tan desafinado que Luka amenazó con demandarlo, Mason levantándome del suelo por tercera vez en el mismo día y girando conmigo por el salón como si fuéramos niños.

Fue una buena noche. Una noche de pertenencia.

Dormí mal por lo que nadie vio. Por el segundo de más con los ojos cerrados en la línea azul, que no podía quitarme de la cabeza. Por el muffin con su nombre que, estaba absolutamente segura, había vuelto intacto a la basura del vestuario —porque eso era lo que Reed Calloway hacía con todo lo que venía envuelto en cuidado.

Rechazaba antes de oler. Era un reflejo, no una elección. Yo ya había visto el reflejo de cerca, la primera mañana, en el «no,

gracias» que me dio antes de darme un «buenos días».

Deberías tener más juicio, Sadie. Tú, de todas las personas, sabes exactamente cómo termina querer a alguien que ya cerró la puerta por dentro y tiró la llave a un lago helado.

Encendí el horno de todas formas. Empecé la masa de hojaldre de los cruasanes, que es la cosa más paciente del mundo entero: doblas, enfrías, dejas reposar, vuelves a doblar, vuelves a enfriar, y no se puede, bajo ninguna circunstancia, tener prisa.

La prisa lo estropeaba. La prisa derretía la mantequilla en el momento equivocado y lo arruinaba todo. Quizá por eso me gustaba tanto hacer cruasanes —era lo único en mi vida que me obligaba, físicamente, a no correr detrás. A esperar. A dejar que el tiempo hiciera su parte.

Mi abuela hacía masa los domingos. Es de los primeros recuerdos que tengo de cualquier cosa: su cocina todavía a oscuras, el ruido del cuenco, y yo en pijama en un taburete, con demasiado sueño para ayudar y demasiada cabezonería para volver a la cama.

Ella decía que el domingo por la mañana era la única hora de la semana en que el mundo pedía permiso antes de entrar. Después de que mi madre se marchara, fue en esa cocina donde pasé los peores meses —mi abuela no preguntaba nada, no explicaba nada, solo me daba tareas: engrasa el molde, pesa el azúcar, vigila el fuego.

Años después, entendí que aquel era su idioma. Que «vigila el fuego» quería decir yo estoy aquí y tú también, y mañana horneamos otra vez.

Murió cuando yo tenía dieciséis años. Me dejó el rodillo, tres cuadernos de recetas con la letra temblorosa y el vicio incurable de encender hornos antes del sol.

Toda panadera madrugadora estaba hablando con alguien. Que se supiera.

A las cinco y cuarenta sonó la campanilla de la puerta.

No levanté la vista en el momento, porque casi nunca teníamos clientes antes de las seis, y porque mis manos estaban ocupadas sellando una fila de cruasanes. Me sequé los dedos en el delantal y me volví con la sonrisa automática de mostrador ya montada en la cara, la sonrisa de «buenos días, ¿qué va a ser hoy?».

La sonrisa se murió a mitad de camino.

Reed estaba parado en la puerta, y la puerta volvía a parecer demasiado pequeña para él, igual que la cocina había parecido pequeña la primera mañana.

Ropa de correr, un gorro oscuro hundido hasta las cejas, la cara enrojecida por el frío, la respiración saliéndole aún en vaho blanco contra la luz débil. Sudado de una manera que decía que había corrido mucho más de lo necesario.

Los ojos grises barrieron la panadería vacía, el escaparate todavía a medias, la harina que seguro que llevaba en la mejilla —y se posaron en mí con algo que no supe leer.

El corazón se me disparó por el motivo de siempre, el motivo que yo llevaba jurando que no existía.

—Abrimos a las seis —dije, idiota, porque fue la única frase que le quedaba a mi cerebro.

—Lo sé.

No se movió del umbral. Yo no me moví de detrás del mostrador. Y el silencio se estiró entre los dos como masa tensada demasiado lejos —de esas que sabes que se van a rasgar si las estiras un milímetro más.

Ha corrido hasta Kerrytown, al otro lado del campus, a las cinco y cuarenta de la mañana de un domingo. Por casualidad. Claro. Y yo soy la reina de Inglaterra.

Tomé una decisión allí, en aquel medio segundo. Decidí no hablar de aquello. Decidí no hablar del partido, ni de la grada, ni de la mirada que me lanzó desde el hielo, ni del lago, ni del hermano, ni de ninguna de las cosas que juré el jueves que no iba a tocar.

En vez de hacer lo que había hecho toda la vida —llenar el silencio, agradar, preguntar, dar conversación, volverme útil e indispensable e imposible de echar—, hice lo contrario.

Me volví hacia la máquina. Preparé un café solo, lo bastante fuerte como para despertar a un muerto. Y lo empujé por el mostrador hacia él.

Sin nombre en el vaso. Sin pósit. Sin preguntas. Sin mirar siquiera su reacción.

—Invita la casa —dije, y volví a mis cruasanes, de espaldas a él, dándole a Reed Calloway lo único que nadie me había dado nunca gratis en la vida: una salida. Permiso para marcharse sin tener que explicar por qué había venido. Permiso para no deber nada.

Durante un largo segundo no oí nada más que el horno y mi propio corazón.

Después oí el arrastre de un taburete por el suelo.

Cuando me volví, despacio, fingiendo coger más masa, Reed estaba sentado a la barra del mostrador. El gorro en la mano enorme, el café humeando entre los dedos, mirando la taza como si fuera un problema táctico de una defensa rival.

No dijo gracias. No necesité oír gracias.

Trabajé en silencio. Él bebió en silencio. Y fue, lo juro por la memoria de mi abuela, la conversación más alta que he tenido con otro ser humano.

El crujido del horno calentándose. El tictac del temporizador en la encimera. Su respiración desacelerándose poco a poco, sorbo a sorbo, como un animal salvaje que por fin, después de mucho tiempo, entiende que nadie en esa habitación va a pedirle nada.

Que allí no tenía que ser capitán, ni leyenda, ni el tío que cargaba con todo. Que allí podía simplemente respirar.

En algún momento, sin pensar, sin decidirlo, mis manos deslizaron un cruasán todavía caliente del horno a un platito junto a su taza.

Él miró el cruasán, y después me miró a mí.

—Yo no lo he pedido.

—Lo sé. —Me encogí de hombros y volví a la masa—. Reclama a la gerencia. Pero te adelanto que la gerencia es cabezota.

Su boca se movió. No fue una sonrisa —Reed no da sonrisas, eso ya lo había entendido—, pero fue un milímetro de algo que casi lo fue, un descuido en la comisura de los labios que no consiguió frenar a tiempo.

Y se comió el cruasán. Entero. Sin prisa. Y yo fingí, con toda la competencia que tenía, no estar mirando —porque algunas victorias se celebran calladita, por dentro, para no espantarlas.

Cuando sonó el temporizador de la segunda hornada, se levantó. Dejó sobre la piedra del mostrador exactamente el precio del café, más una propina absurda, desproporcionada, que era claramente su manera de discutir conmigo sin tener que abrir la boca: yo no acepto nada gratis, yo no le debo nada a nadie.

Después se puso el gorro y fue hasta la puerta. Y allí, de espaldas a mí, con la mano grande ya en el pomo, se detuvo.

—El muffin. —La voz le salió baja, áspera, rasgada, como si cada palabra costara cara y él estuviera pagando contra su voluntad —. Ayer. En el vestuario. —Hizo una pausa que duró un año—. Estaba bueno.

Me quedé sin aire.

Se lo comió.

Se comió el muffin que yo juré, que yo estaba segura, que había ido directo a la basura. Se lo comió, y lo guardó en la cabeza, y volvió corriendo en el frío de la madrugada del domingo desde la otra punta del campus para —¿qué? ¿Para no decir gracias de una manera que sonara a gracias?

Antes de que yo juntara una sola palabra de respuesta, me miró por encima del hombro. Un segundo más de lo necesario —exactamente el mismo segundo de la línea azul, lo reconocí al instante, grabado en la memoria de la noche anterior— y salió.

La campanilla tintineó. La puerta se cerró. El vaho blanco de su aliento aún flotó en el umbral un instante antes de que el frío se lo tragara.

Me quedé allí, parada en el calor de mi cocina, con un cruasán de menos en el recuento y el corazón todo al revés otra vez.

A las seis en punto, Marnie entró por la puerta de atrás, colgó el abrigo, se ató el delantal y, de camino a la parte delantera, pasó la vista por la escena con el radar de cuarenta años de mostrador: la taza usada lavada y colgada en el gancho —en el gancho correcto, cosa que yo todavía no había procesado—, el platito con migas y el dinero sobre la piedra, con la propina absurda encima.

—Un cliente antes de las seis —constató, contando los billetes sin prisa—. Que paga como quien discute.

—Un conocido. Del equipo de mi hermano.

—Hum. —Guardó el dinero en la caja, separó la propina y me miró de una manera rápida que yo todavía no sabía leer, pero que iba a aprender a leer muy bien aquel semestre: la auditoría de Marnie, dos segundos, llena de conclusiones que ella no comparte—. Un conocido que lava la taza. —Se volvió hacia el escaparate, zanjando el tema a su manera, que es abriendo otro—: La segunda hornada se va a retrasar si sigues ahí parada mirando la puerta. La

puerta no se va a ninguna parte, niña. Las puertas son el mueble más paciente que existe.

Volví a la masa con las orejas ardiendo.

Toda la vida dejé el horno encendido esperando que alguien entrara, para no sentirme abandonada. Era mi táctica más antigua: caldear la casa primero, para que nadie quisiera salir de ella.

Yo encendía, yo esperaba, yo rezaba para que vinieran.

Y, por primera vez en mi vida, alguien había entrado por voluntad propia. Con el frío. Sin que lo llamaran. Sin que yo tuviera que encender nada más que un horno corriente de panadería.

No, Sadie. No, no, no.

Este ya tenía dueño en el pecho —un hermano muerto ocupando el sitio entero— y una regla de hermano vivo escrita en letras grandes encima de ti. Este está prohibido en tres idiomas.

Apagué el temporizador.

Entonces, ¿por qué demonios, antes incluso de que el sol saliera del todo, yo ya estaba pensando en el café de mañana?

CAPÍTULO 10



«En una panadería, San Valentín se mide en encargos de tartas. Nadie encarga nada para los que todavía no saben que aman.»

SADIE BROOKS

San Valentín cayó en jueves, y la Honey & Rye amaneció llena de gente.

Marnie me lo había advertido el lunes, con la solemnidad de quien anuncia una guerra: «El jueves doblamos la producción, triplicamos el café y rezamos. Las parejas enamoradas son el peor cliente que existe: indecisas, románticas y con prisa, las tres plagas juntas».

Clavó en la puerta de la cocina la lista de encargos, cuarenta y dos en total, entre tartas de dos corazones, cajas de trufas con notita y un pedido absurdo de un estudiante de ingeniería que quería «un cruasán con forma de anillo, ella lo va a entender» —y que Marnie aceptó cobrando el doble, «tasa de metáfora».

Me pasé el miércoles entero y la madrugada del jueves horneando el amor ajeno.

Y me gustaba. Lo digo sin ironía, porque era verdad y porque me definía más de lo que me gustaría: me he pasado la vida siendo buena en celebrar a los demás. Tartas de cumpleaños de los compañeros, tarta de pedida de gente que apenas conocía, galletas de «que te mejores» para un vecino operado.

El amor de los demás siempre tuvo mi horno a su disposición. El mío, cuando existió, nunca dio ni para una hornada —dos novios en veintiún años, uno que rompió conmigo por mensaje y otro que se olvidó de mi cumpleaños y se defendió diciendo que «tú misma nunca te preocupas por ti, pensaba que ese era el trato».

Pensaba que ese era el trato.

La frase más honesta que me han dicho nunca. Yo le había enseñado a todo el mundo a tratarme así.

A las cinco y cuarenta de la mañana del jueves, en medio de los cuarenta y dos encargos, sonó la campanilla de la puerta de

atrás.

Me quedé helada con la manga pastelera en la mano.

Las cinco y cuarenta era una hora con dueño —el accidente que se había convertido en costumbre en esas dos semanas, el café solo sin preguntas, el taburete de la esquina, los veinte minutos de silencio cómodo antes de que la ciudad despertara, que yo había decidido no examinar de cerca, porque las cosas examinadas de cerca tienen la manía de marcharse.

Pero sus mañanas eran las de silencio, las vacías —y aquel jueves era el más ruidoso del calendario, con la cocina en pie de guerra y víspera de entrenamiento duro por encima; me sabía el calendario del equipo entero colgado en la cocina de casa, y me sabía el suyo un poco mejor de lo civilizado.

No existía ninguna lógica en que apareciera precisamente hoy.

Y aun así, cuando me volví, allí estaba: Reed Calloway en la puerta trasera de la panadería, un metro noventa de chándal gris y cabezonería, con el gorro de lana hundido hasta las cejas y la expresión de quien ha sido arrastrado hasta allí por un secuestrador invisible y no piensa poner denuncia.

—Hoy no es mañana de silencio. —Fue mi buenos días, porque mi boca rara vez consultaba a mi cerebro antes de operar.

—Sé qué día es hoy. —Entró, cerró la puerta contra el frío y recorrió la cocina con la mirada: las encimeras tomadas, las cajas apiladas, los cuarenta y dos amores en cadena de montaje. Su mandíbula hizo esa cosa mínima que yo ya había aprendido a leer como un párrafo entero—. Por eso he venido. Un jueves de estos, ibas a estar sepultada.

—¿Y has venido a… ayudar?

—He venido a tomar café. —Se quitó el gorro, con el pelo oscuro apuntando en direcciones sin ley, y se sentó en el taburete

del rincón de la cocina, fuera del paso, con la exactitud de quien ya ha mapeado por dónde circula el trabajo—. Ayudar es la consecuencia. Dame las cajas para montar. Tengo veinte minutos.

Debería haber dicho que no. Marnie llegaba a las seis, su jornada empezaba a las seis y media, y existía una lista larga de preguntas que yo estaba evitando hacerme sobre por qué el capitán del equipo de mi hermano cruzaba la ciudad a oscuras para verme trabajar —preguntas que ganarían un capítulo nuevo si él empezaba a aparecer también los jueves.

Le di las cajas.

Y durante veinte minutos trabajamos en silencio, yo decorando corazones en cuarenta y dos tartas ajenas, él montando cajas con una precisión geométrica ligeramente ofensiva —pliegue a pliegue, como quien venda un tobillo—, y la radio vieja de la cocina sonando bajito con una lista que la emisora local había bautizado, sin ninguna vergüenza, como «La Mañana de los Enamorados».

Cuando empezó una balada especialmente empalagosa, él levantó los ojos hacia el aparato con una hostilidad tan sincera que me reí en mitad de un corazón de glaseado.

—Puedes cambiarla —concedí—. La radio es democrática antes de las seis.

—Gracias. —Cambió a la emisora de deportes, donde dos locutores discutían las opciones de los Red Wings, y el alivio en su cara fue lo más parecido a una sonrisa que iba a dar de sí aquel jueves—. Mejor. Esto sí es música de verdad.

—Esto es un hombre de cincuenta años gritando sobre el power play.

—Como he dicho…

A las seis en punto se levantó, lavó la taza —nadie se lo pidió; la lavaba, siempre, desde el primer domingo, y la colgaba en el gancho correcto, y yo nunca lo comenté, porque había gestos que

comentados se deshacían—, se puso el gorro y se detuvo en la puerta de atrás con la mano en el pomo.

Dudó. Reed Calloway no dudaba en ninguna puerta; yo ya lo había visto atravesar a tres defensas como quien atraviesa una cortina. Pero allí, en mi puerta de atrás, con San Valentín despuntando rosa sobre Kerrytown, dudó medio segundo —nuestro medio segundo, aunque en aquella época yo todavía no sabía que era nuestro—, y le dijo al pomo:

—Los del equipo van al Skeeps esta noche. Anti-Valentine's. Una tradición idiota de Knox para los solteros. Mason te va a invitar.

—¿Y me lo estás avisando porque…?

—Porque te vas a pasar el día horneando romance para los demás. —Abrió la puerta; el frío entró y lo enmarcó entero—. Y sería típico de ti rechazar la invitación para que los solteros estén más cómodos, o cualquier cuenta de esas que tú haces. No la rechaces. —Los ojos grises me encontraron por encima del hombro, medio segundo—. Fin del aviso.

Y se marchó, y la puerta se cerró de golpe, y yo me quedé parada en medio de cuarenta y dos tartas con la manga pastelera goteando glaseado sobre el suelo limpio.

Él sabe las cuentas que yo hago, pensé, con un frío en el estómago que no tenía nada que ver con la puerta abierta.

Yo nunca le he contado a nadie lo de las cuentas. Ni Mason sabe que hago las cuentas.



El día fue la guerra que Marnie profetizó.

Cuarenta y dos encargos entregados, una pedida de mano ocurriendo en directo en la mesa del escaparate a las once de la

mañana —el cruasán-anillo funcionó; ella lo entendió; la panadería entera aplaudió; Marnie cobró una tasa de éxito emocional en forma de foto para la pared—, un hombre llorando con discreción en el rincón porque «ha dicho que sí por teléfono, señora, ha dicho que sí», y un flujo ininterrumpido de enamorados, arrepentidos y desesperados de última hora comprando el amor en cajitas de seis.

Y estuvo lo de Julian.

Julian era de mi grupo de tipografía en la Stamps —con talento, guapo de una manera pulcra, del tipo que cita a diseñadores suizos en conversaciones de pasillo.

Apareció a las tres de la tarde, compró un café que claramente no quería y se pasó veinte minutos apoyado en el mostrador explicándome su proyecto mientras la cola crecía, hasta que por fin llegó al grano: un papel doblado empujado sobre la piedra, «mi número, por si quieres discutir sobre retículas alguna vez, o, no sé, cenar».

Fue amable. Fue normal. Era exactamente el tipo de cosa que le pasa a la gente en San Valentín, y yo se lo agradecí con mi sonrisa de mostrador, guardé el papel en el bolsillo del delantal y volví a la cola.

Y no sentí nada.

Nada. Ni halago, ni curiosidad, ni el cosquilleo especulativo del «quién sabe».

El papel me pesó en el bolsillo toda la tarde como una tarea más, y a las cinco, cuando vacié el delantal, miré el número bonito con la caligrafía bonita de un chico objetivamente estupendo —y me sorprendí pensando, contra toda mi voluntad y todo mi juicio, en un chándal gris montando cajas a las cinco y cuarenta de la mañana, en un «fin del aviso», en una taza lavada sin que nadie lo pidiera y colgada en el gancho correcto.

Ay, no, pensé, con el papel en la mano sobre el cubo de la basura.

Ay, no, no, no. Sadie Brooks, ni se te ocurra. Es el capitán del equipo de tu hermano. Es el tío del «no, gracias». Es un muro de dos metros con horario de visita a las cinco y cuarenta.

Tiré el número de todas formas. Algunas mentiras una se las cuenta con la mano, no con la boca.



El Skeeps por la noche estaba dividido en dos hemisferios: las mesas de parejas, con velita eléctrica y vergüenza de primera cita, y la mesa larga del fondo, donde el Anti-Valentine's de Knox reunía al equipo entero de los sin pareja en una celebración ruidosa de nada.

Yo fui —porque Mason me invitó, como estaba previsto, y porque un defensa me había prohibido hacer las cuentas, y yo estaba lo bastante enfadada con su precisión como para obedecer.

—¡JEFA! —Knox me recibió levantando una cesta de patatas como quien levanta un trofeo—. Siéntate. Regla de la mesa: prohibido hablar de amor, prohibido mirar las velitas, prohibido suspirar. A Pereira ya lo han multado dos veces.

—Estaba guapísima en la foto del perfil —se defendió Pereira, desde el fondo.

—Tres veces.

Me senté entre Mason y Quinn —que había venido «a cubrir el fenómeno sociológico del Anti-Valentine's para la columna de cultura, y también por las patatas»— y la mesa me tragó en su ruido, en las apuestas de dardos, en la discusión eterna sobre el pase de Pereira, y durante dos horas fui solo una soltera más entre solteros, riéndome de las multas de Knox, y sentó bien de una manera que yo no sabía que necesitaba.

Reed estaba en la otra punta. Al lado de Luka, los dos en un silencio compañero en medio del jaleo, y yo no lo miré más de lo estadísticamente inocente —tres veces, quizá cuatro, de las cuales él me pilló en dos, lo que arrojaba un porcentaje de acierto vergonzoso.

Fue a la salida, en el frío de la acera, mientras Mason rescataba el abrigo olvidado dentro y el equipo se despedía por capas, cuando él apareció a mi lado.

Sin avisar, como siempre; el hombre medía casi dos metros y tenía el paso de un gato.

—¿Cuántas veces lo rechazaste antes de venir? —preguntó, mirando la calle.

—Ninguna. —Alcé la barbilla—. Me prohibió hacer cuentas una autoridad en avisos.

—Hum. —El vapor de su respiración subió en el frío. Y entonces, sin mirarme, en el tono exacto de quien comenta el marcador—: El tío de la Stamps. El del mostrador, a las tres de la tarde. —Me volví tan rápido que el cuello me crujió; él siguió mirando la calle, impasible—. Knox estaba comprando cookies. Él narra las cosas.

—¿Narra?

—Con detalles. Con opinión. —Una pausa del tamaño de una zamboni pasando—. Un papel bonito, dijo.

El frío de la acera se volvió de repente muy interesante.

Metí las manos en los bolsillos del abrigo, buscando algo que hacer con ellas, y mi boca, fiel a su historial de operar sin consulta, respondió lo único verdadero que había que responder:

—Lo tiré a la basura.

El silencio que siguió duró tres segundos y pesó una temporada.

Yo no lo miré. Él no me miró. Dos cobardes olímpicos, uno al lado del otro, mirando una calle vacía de Ann Arbor como si estuviera retransmitiendo la final de la Stanley Cup.

—Mason está tardando —fue lo que dijo, al final, ronco.

—Mucho —asentí, con el corazón latiéndome en lugares sin registrar.

Y entonces llegó Mason, con el abrigo y una historia sobre Pereira y la jukebox, y la noche terminó como terminaban las noches de aquella época: cada uno en su cuarto de la misma casa, separados por un pasillo, un secreto que todavía no tenía nombre y una pared que —yo lo descubriría meses después, en un motel, en un mapa, en una vida— nunca tuvo el grosor que fingíamos.



El domingo siguiente, a las cinco y cuarenta, sonó la campanilla de la puerta de atrás.

Era él. Claro que era él. En chándal, con el gorro hasta las cejas, el mismo de todas las mañanas —como si el jueves no hubiera existido, como si ninguna acera hubiera retransmitido final alguna.

Pero cuando empujé el café por la piedra, sin preguntas, de esa manera acordada que nadie acordó, Reed Calloway miró la taza un segundo más de lo habitual. Y dijo, bajo, hacia el café:

—Bien hecho tirarlo. Los papeles bonitos atascan mejor las basuras.

Y bebió, impasible, mientras yo me volvía hacia el horno con la cara ardiendo y la certeza —nueva, enorme, absolutamente ingobernable— de que tenía un problema del tamaño de un defensa.

Cuarenta y dos encargos de amor en un día, y lo único que me llevé a casa fue un «bien hecho tirarlo».

Marnie tenía razón. El enamorado era la peor plaga que existía.

Menos mal que yo no lo estoy. Menos mal que yo no lo estoy. Menos mal que yo no…

CAPÍTULO 11



«Siempre he sabido la diferencia entre casualidad y elección. Por eso lo llamé casualidad —tres semanas seguidas.»

REED CALLOWAY

Empezó como un accidente.

Fue lo que me dije a mí mismo el primer domingo, y casi me lo creí: había corrido demasiado lejos después del partido, sin dormir bien, con la canela todavía pegada a la memoria, y Kerrytown quedaba de camino a casa, más o menos, si le cambiabas la geografía.

Y había una panadería abierta a las cinco y cuarenta de la mañana, con la luz encendida y una chica dentro.

Casualidad. La vida tenía esas coincidencias.

El martes siguiente, cambié la ruta de la carrera sin admitir, ni ante mí mismo, que la estaba cambiando. Solo giré a la izquierda donde siempre giraba a la derecha, y me dije que era para variar el recorrido, que a las piernas les venía bien variar.

El hielo de las cinco y media pasó a repartirse la semana con la carrera —un día sí, un día no— y a aquello lo llamé periodización,

porque cualquier preparador físico lo habría firmado.

El señor Kowalski no preguntó nada. Un buen conserje nunca preguntaba.

El jueves, ya lo sabía. Sabía que la campanilla iba a sonar cuando empujara la puerta. Sabía que ella se volvería con esa sonrisa de mostrador que se moría a medias cuando me reconocía. Sabía que me empujaría un café solo sin preguntar nada, sin mirar siquiera si yo aceptaba.

Y era exactamente esa nada lo que me hacía volver.

Era la cosa más adictiva que existía para un hombre como yo: Sadie Brooks era la única persona en todo Ann Arbor que no quería un pedazo de mí.

No pedía entrevistas. No pedía entradas para el partido del sábado. No pedía que yo hablara de Danny con esa voz baja y cuidadosa que la gente usaba conmigo, la voz de quien pisa huevos. No me miraba con esa lástima delicada que llevaba tres años pegada a mi cara como una segunda piel que no se quitaba.

Ella solo encendía el horno, me empujaba un café y me dejaba existir en silencio a su lado.

Como si yo fuera una persona normal. Como si yo no fuera un agujero con forma de hombre.

Tres semanas de eso. Café solo, un cruasán que yo nunca pedía y siempre me comía, la respiración desacelerándose sorbo a sorbo hasta casi —casi— recordar cómo era ser alguien antes de la llamada de las tres de la madrugada.

Hubo una mañana, en la segunda semana, en que se le quemó una hornada entera. La primera del día, doce panes, por culpa de un temporizador que no sonó.

Esperé el desastre de siempre —que la mujer le pidiera perdón al pan, a mí, al universo, de esa manera suya de pedir perdón por respirar cerca de los demás.

En vez de eso, miró la bandeja carbonizada, dijo «vale, anotado, el temporizador se está muriendo junto con el Civic», lo tiró todo sin ceremonias y empezó de cero, canturreando, enharinada, como si perder una hora de trabajo a las cinco de la mañana fuera un dato del juego y no una sentencia.

Me quedé mirando aquello desde el taburete de la esquina con el café enfriándoseme en la mano.

Llevaba tres años sin perder nada —un disco, un partido, un minuto— sin transformar la pérdida en proceso, en culpa, en una piedra más del muro.

Y ella recomenzaba hornadas como quien respiraba. Se equivocaba en voz alta, delante de testigos, y seguía.

No dije nada, claro. Pero aquella mañana el cruasán llegó con una punta más quemada, «de la hornada superviviente, cómetelo con respeto», y me lo comí con respeto, y algo en mí anotó la lección en el cuaderno equivocado —en el que no era de táctica.

Casualidad.

Yo sabía mentir bien.

Lo entrené toda la vida, afilé la mentira como afilaba el tono de capitán. Pero el pósit con mi nombre escrito en su letra redonda seguía en el bolsillo interior de mi mochila, tres semanas después, y cada día que no lo tiraba era un día más de prueba de que aquello había dejado de ser casualidad mucho, mucho antes del martes.

El problema, en el fondo, nunca fue querer. Yo era buenísimo en no tener lo que quería. Lo practiqué toda la vida; es mi verdadera modalidad deportiva.

El problema tenía nombre, y el nombre era Mason.

Mi mejor amigo. El tío que, en mi peor invierno, cuando yo apenas podía salir de la cama para entrenar, me arrastró fuera de mí a la fuerza, me obligó a comer, me obligó a vivir, compartió conmigo

tres temporadas y un techo y un millón de silencios que aprendió a respetar sin entenderlos. El tío que confió lo más sagrado que tenía en el mundo —la hermana pequeña, la «loca», la niña que él protegía con una ferocidad que yo envidiaba— al honor de una casa llena de animales, y que sentenció, en voz alta, la primera mañana, la regla que yo mismo aplaudí con los brazos cruzados: nadie toca a mi hermana.

Yo era el capitán. Yo era el tío de la regla. Yo era quien hacía que los demás cumplieran las reglas.

Querer a Sadie no era solo querer lo que no debía. Era traicionar al único hombre que me tendió la mano cuando yo no podía sostener la mía. Era escupir sobre la única deuda de gratitud de mi vida.

Así que hacía lo que hacía siempre. Cerraba con llave. Ladrillo a ladrillo, argamasa a argamasa, a oscuras, todas las noches.

Aquella noche, la casa estaba llena y ruidosa —videojuego en la tele, caja de pizza en el suelo, Knox y Luka discutiendo con pasión sobre un penalti que había ocurrido tres horas antes en un partido que ni siquiera era el nuestro. Sadie en el sofá, con las piernas cruzadas debajo del cuerpo, riéndose de algo que había dicho Mason, con harina todavía en la muñeca de quien se pasó la madrugada en la panadería y la tarde en el estudio y no paró ni a respirar.

Yo me quedé en la puerta de la cocina, fingiendo, por milésima vez, buscar un agua que no estaba buscando.

Ella se levantó a por más refresco y pasó a mi lado por el pasillo estrecho que unía el salón con la cocina.

Durante un segundo, su hombro casi rozó mi brazo, y ella levantó los ojos color miel.

Yo no me moví. Ella no se movió. El ruido de la casa siguió existiendo en algún lugar muy lejano, al otro lado de un cristal, y

allí, en aquellos cincuenta centímetros de pasillo mal iluminado, el aire se volvió demasiado denso para que cupieran dos cuerpos y todo lo que no se estaba diciendo.

—¿Café solo mañana? —murmuró, bajo, solo para mí, con una comisura de la boca que era mitad desafío, mitad pregunta de verdad.

Apreté los puños a lo largo del cuerpo para impedir que mis manos hicieran cualquiera de las cosas que querían hacer.

—Abrimos a las seis —dije, robándole la frase de vuelta, y vi su sonrisa abrirse entera, de verdad, antes de que se escabullera de vuelta a la luz del salón con la lata de refresco.

Controlado. Lo tengo completamente bajo control.

Otra mentira. Ya había dejado de contarlas hacía tiempo.

Sonó el timbre.

Raro. Nadie llamaba al timbre de esta casa —la puerta vivía abierta de par en par, la gente entraba y salía cuando quería.

El sonido agudo cortó el ruido del videojuego, y Mason gritó que alguien abriera sin apartar los ojos de la pantalla, demasiado ocupado perdiendo. Como yo estaba más cerca, y como cualquier cosa era mejor que seguir parado en aquel pasillo con su olor todavía en el aire, fui yo.

Abrí la puerta.

Y el frío que entró no fue solo el de Ann Arbor.

Tara Lindqvist estaba parada en el porche. El pelo rubio platino alisado y perfecto incluso en invierno, incluso a las nueve de la noche, un abrigo que valía más que tres meses de mi beca de deportista, un maquillaje impecable de quien se arregla para ser vista.

Esa sonrisa que, en una época de mucha estupidez por mi parte, confundí con calidez —antes de descubrir que era solo el brillo

frío de quien sabía exactamente cuánto valía ser vista colgada del brazo del capitán.

La chica que salió con Reed Calloway una temporada entera y nunca, ni una sola vez, en meses, preguntó el nombre de mi hermano. La que trató mi luto como un defecto de personalidad que había que corregir, un mal humor que estropeaba las fotos. La que corté, fríamente, de una vez, sin explicaciones largas, y que nunca, nunca aceptó que algo en el mundo pudiera terminarse sin su permiso expreso.

—Reed. —Me miró de arriba abajo, despacio, posesiva, como quien inspecciona un inmueble que considera suyo—. Estás desaparecido. No contestas mis mensajes.

No respondí. No retrocedí, no la invité a entrar. Pero sus ojos ya se deslizaban por encima de mi hombro, hacia el interior de la casa llena de luz y risas y pizza, pasando por Mason, por Knox, por Luka —y se posaron, afilados como una cuchilla, en alguien en el sofá a quien no necesité volverme para identificar.

Su sonrisa cambió de temperatura a mitad de cara.

—Ah. —Arrastró la palabra, dulce por fuera, hielo por dentro —. Te has buscado compañía nueva.

Sentí que el estómago se me revolvía.

Porque Tara nunca vino por mí. Nunca fue por mí. Venía por lo que yo representaba —el capitán, la primera ronda, el nombre en el periódico— y nada, absolutamente nada, irritaba más a una mujer acostumbrada a ser lo más brillante de cualquier habitación que sentir, en el aire, en diez segundos, que había dejado de serlo.

Que ahora existía otra fuente de luz en el salón, aunque nadie lo hubiera admitido en voz alta. Aunque la fuente de luz estuviera simplemente sentada en un sofá, en calcetines, con harina en la muñeca, riéndose de un chiste idiota.

Y ella lo había sentido.

En diez segundos, con una sola mirada. Exactamente lo que yo llevaba tres semanas enteras, todas las madrugadas, jurándome a mí mismo que no existía.

Mantén el control, Calloway. Eres bueno en eso. Mantenlo.

Pero detrás de mí, la casa se había quedado en silencio. El videojuego en pausa. Las voces muertas.

Y yo sabía, sin necesidad de volver la cabeza, que dos ojos color miel estaban clavados en mi espalda —y que todo lo que yo había cerrado con llave, ladrillo a ladrillo, durante tres semanas, estaba a punto de quedar expuesto en medio de mi propio salón.

CAPÍTULO 12



«Hay dolores que una ni siquiera tiene derecho a sentir. Y siempre son esos los que más duelen.»

SADIE BROOKS

Sonó el timbre, y yo supe —antes de ver, antes de cualquier cosa— que algo bueno estaba a punto de ser interrumpido.

En aquella casa nunca se usaba el timbre. La puerta vivía abierta de par en par, la gente entraba y salía como si el lugar fuera un organismo de puertas abiertas.

Así que, cuando aquel sonido agudo cortó el ruido del videojuego, sentí un escalofrío recorrerme la espalda que no tenía ninguna explicación racional.

Mason gritó «abre tú» sin apartar los ojos de la pantalla. Reed, que estaba más cerca, apoyado en el marco de la cocina fingiendo buscar agua —fingiendo, porque yo sabía muy bien que estaba allí por el mismo motivo por el que yo había ido a por un refresco: para robar diez segundos más de aquel pasillo estrecho—, fue hasta la puerta.

Yo volví a fingir que veía a Knox y a Luka pelearse por un penalti que había ocurrido tres horas antes.

Café solo mañana.

La frase todavía me zumbaba dentro, cálida, idiota, peligrosa, y yo estaba demasiado ocupada sonriéndole a la nada para darme cuenta de que el frío que entró por la puerta no era solo el de Ann Arbor.

Fue el silencio lo que me avisó.

La casa entera —aquella casa que nunca, en ningún momento de las casi cuatro semanas que llevaba viviendo allí, se había quedado callada— enmudeció de golpe.

Knox se detuvo a mitad de frase. Luka, que normalmente tenía la expresión de una estatua griega aburrida, levantó los ojos. Y yo, por fin, miré hacia la puerta.

Era preciosa. Ese fue mi primer pensamiento, y odié cada una de sus sílabas.

Rubia de una manera cara, de esas que cuestan horas de peluquería, el pelo platino alisado y perfecto incluso en invierno, un abrigo que valía probablemente tres meses de mi sueldo en la panadería. Maquillaje impecable a las nueve de la noche de un domingo, como quien se arregla para ser vista.

Estaba parada en el porche como si el porche fuera suyo, como si la casa fuera suya, como si el hombre enorme parado en la puerta fuera —y esa parte me apretó el pecho de una manera que yo no había autorizado— suyo.

—Reed. —Su voz era miel con una cuchilla dentro. Sus ojos recorrieron el cuerpo de él despacio, posesivos, y sentí que el estómago se me revolvía—. Estás desaparecido.

Reed no respondió. No retrocedió, no la invitó a entrar, no hizo nada más que llenar la puerta con la anchura de los hombros como una barrera.

Sin embargo, ella no necesitó invitación. Ladeó la cabeza y su mirada se deslizó por encima del hombro de él, hacia el interior

del salón iluminado, pasó por Mason, por Knox, por Luka —y se detuvo en mí.

En mí. Clavada. Catalogando.

Su sonrisa cambió de temperatura.

—Ah. —Arrastró la palabra, dulce y helada—. Te has buscado compañía nueva.

—Tara. —La voz de Reed salió plana, sin un grado de calor, de la misma manera con que me echó de la cocina el primer día. Por un segundo absurdo, aquello me consoló—. ¿Qué quieres?

—Vaya recibimiento. —Pasó por debajo de su brazo y entró, porque las mujeres como Tara no esperan a que las puertas se abran; simplemente las atraviesan, seguras de que el mundo se reorganizará a su alrededor. Sus tacones golpearon el suelo del salón como pequeñas sentencias—. Estaba por el barrio. Pensé en ver cómo andaba mi capitán favorito, ya que no contesta mis mensajes. —Se detuvo en medio del salón, giró despacio, y la mirada volvió a mí como un foco—. Pero veo que anda ocupado.

Sonríe, Sadie. Es lo que tú haces. Sonríe y da largas y finge que esto no es un tira y afloja que ni siquiera sabías que estabas jugando.

Me levanté del sofá con la sonrisa de mostrador en la cara, la misma que usaba con los clientes difíciles a las seis de la mañana.

—¡Hola! Soy Sadie. —Le tendí la mano—. La hermana de Mason. Vivo aquí.

Ella miró mi mano. Miró el delantal que ni siquiera me había quitado, la harina seca en mi muñeca, mis rizos recogidos en un moño torcido. Y no la estrechó.

—Qué mona —dijo, como quien acaricia la cabeza de un perro—. La hermanita. —Se volvió hacia Reed, despachándome con la misma facilidad con que se pasa una página—. ¿Desde cuándo

haces de niñera, Reed? No pega con tu… —sus ojos me recorrieron una vez más, sin prisa— …nivel.

El aire se me escapó.

No fue la humillación. A mí ya me ha humillado gente mejor que Tara Lindqvist. Fue el reconocimiento, frío y exacto, de una verdad que yo llevaba tres semanas enterrando bajo café solo y cruasanes calientes: yo era la hermanita.

La ayudante. La chica del delantal. Y los hombres como Reed Calloway —capitanes, primeras elecciones del draft, leyendas del hielo— tenían «nivel», y su nivel llevaba el pelo platino y abrigo caro, no harina en la muñeca.

Yo lo sabía. Siempre lo supe. Solo que no esperaba que doliera tanto oírlo en voz alta.

—En realidad —mi voz salió más firme de lo que yo me sentía, porque si algo heredé de Mason fue no saber bajar la barbilla en el momento adecuado—, prefiero «la que hace los muffins por los que se pelea el equipo entero». Pero «hermanita» también vale, si es lo mejor que se te ocurre.

Knox soltó un sonido estrangulado en el sofá. Luka escondió la cara en la lata de refresco. Y Tara entornó los ojos, recalculando, porque las mujeres como ella esperan que la hermanita agache la cabeza, y yo acababa de negarme a hacer lo único que su guion preveía.

Por el rabillo del ojo, vi a mi hermano soltar el mando del videojuego y empezar a levantarse del sofá —despacio, de esa manera específica en que Mason se levanta cuando alguien se mete conmigo, que es la manera de quien se está quitando el abrigo por dentro del alma.

Veintiún años de vida me habían enseñado a leer aquel movimiento a oscuras. Veintiún años también me habían enseñado que lo peor del mundo es necesitar que tu hermano pelee tus peleas delante de la mujer que acaba de llamarte hermanita.

Lo detuve con una mirada. Medio segundo, por encima del hombro de Tara: siéntate. Y Mason —que discutía con árbitros, con entrenadores y con la fuerza de la gravedad— volvió a sentarse en el borde del sofá, tenso como una cuerda de piano, obedeciendo a la única autoridad que reconocía por completo en este mundo, que era su hermana pequeña, ordenándole no ayudar.

Fue entonces cuando Reed se movió.

—Ya es tarde, Tara. —Seguía cerca de la puerta, y la abrió de nuevo, deliberado, una orden disfrazada de cortesía—. Sadie trabaja de madrugada. La casa se acuesta pronto.

Sadie. Dijo mi nombre. Puso mi horario, mi trabajo, mi rutina entre él y su ex como si fuera algo que se sabía de memoria —porque se lo sabía.

Y Tara se dio cuenta. La vi darse cuenta. Sus ojos fueron de Reed a mí y de vuelta, y cualquier duda que hubiera venido a confirmar acababa de quedar confirmada, fríamente, en una sola frase posesiva que él ni siquiera notó que había usado.

—Claro. —Recompuso la sonrisa, pero ahora tenía colmillos. Cogió el bolso, se arregló el pelo, y al pasar por la puerta se detuvo justo a mi lado, lo bastante cerca como para que el perfume caro me invadiera la nariz. Bajó la voz hasta algo solo mío—: Un consejo gratis, panadera: Reed no se queda. Con nadie. Yo salí con él una temporada entera y nunca conseguí pasar de esa puerta de hielo. —Me midió, casi con lástima—. Tú hueles a azúcar. Él solo sabe qué hacer con el frío.

Y salió, dejando el perfume y el veneno en el aire.

Reed cerró la puerta. El ruido de la casa volvió poco a poco, vacilante —Knox soltando tacos, Mason preguntando «¿qué demonios ha sido eso?», Luka volviendo a la estatua.

Pero yo apenas los oí.

—Tara Lindqvist en nuestro porche —declaró Knox, hacia el techo, con la gravedad de quien lee un presagio en las vísceras de un pájaro—. Un domingo por la noche. Esto es un mal augurio, chicos. En Quebec le damos la vuelta a la herradura de la puerta cuando pasa algo así.

—Tú no tienes herradura en la puerta —dijo Luka.

—Mañana a primera hora lo soluciono.

—¿Qué quería? —Mason se había vuelto hacia Reed, y en la pregunta había una segunda pregunta, más honda, de mejor amigo: ¿estás bien? Reed se encogió de hombros, un milímetro de hombro, y recogió el mando del videojuego del suelo como quien da el asunto por cerrado.

—Lo de siempre. Público.

—Ha mirado a mi hermana de una manera que no me ha gustado.

—Lo he visto. —Una pausa de Reed. El juego se reanudó en la pantalla—. Tu hermana lo ha resuelto sola.

Y fue esa frase —tu hermana lo ha resuelto sola, dicha en el tono llano de quien lee un marcador, sin mirarme, sin saber que yo todavía estaba al alcance de oírla— la que casi me desmontó al pie de la escalera.

Porque Tara me había llamado hermanita y dolió; y Reed no me había llamado nada, solo había constatado que yo no necesitaba que me rescataran, y aquello, por algún defecto grave de fabricación de mi corazón, valió por todos los cumplidos del año.

Subí a mi cuarto antes de que alguien viera mi sonrisa de mostrador agrietarse.

Me senté en la cama, a oscuras, con el corazón latiendo todo al revés, y me obligué a mirar de frente la verdad que Tara, de entre todas las personas, había sido lo bastante cruel para decir en voz alta.

Yo tenía celos.

Celos de un hombre que no era mío, que no podía ser mío, que tenía una regla de hermano escrita encima de mí y un hermano muerto escrito por dentro. Celos de algo que yo no tenía ningún derecho a sentir —y era exactamente por eso por lo que dolía tanto, porque no tenía dónde ponerlo, no tenía a quién reclamárselo, no tenía siquiera permiso para existir.

Cogí el móvil. Quinn, claro.

Te necesito a ti y a un cinnamon roll urgente. Historia larga, rubia venenosa incluida.

Ella respondió en seis segundos: NOMBRE. APELLIDO. YO LO INVESTIGO TODO. Y SÍ AL ROLL.

Sonreí, a pesar de todo. Al menos una persona en aquella ciudad me elegía sin que yo tuviera que merecerlo.

Y fue entonces —cuando por fin decidí que iba a pasar página, que iba a tratar a Reed como al cliente cascarrabias de las seis de la mañana y nada más, que iba a encerrar bajo llave aquel hilo de calor antes de que él me dejara como todo el mundo deja siempre— cuando oí los golpes.

Bajos. Dos nudillos contra la madera de mi puerta.

Yo conocía esos golpes. Eran demasiado controlados para ser de Mason, demasiado pesados para ser de Luka.

El corazón se me disparó y odié lo mucho que se disparó.

No abras, Sadie. Por el amor de Dios, no abras.

CAPÍTULO 13



«Subí a cerrar una puerta con llave. Nadie me advirtió de que hay puertas que solo descubres que estaban abiertas cuando intentas cerrarlas.»

REED CALLOWAY

Le cerré la puerta en la cara a Tara con más fuerza de la que la educación recomendaba, y el chasquido resonó por el salón en silencio.

Detrás de mí, la casa estaba paralizada.

Mason, con el mando del videojuego en pausa, me miraba con el ceño fruncido, intentando descifrar lo que acababa de ocurrir en el umbral de nuestra casa a las nueve de la noche. Knox tenía la mandíbula apretada de una manera que reconocí: era su cara de cuando alguien pisa a quien él ha decidido, en algún momento de las últimas tres semanas y media, que es de la manada. Luka me observaba por encima de la lata de refresco con esa quietud de portero que lo ve todo y no comenta nada.

Y el sofá estaba vacío. Sadie había subido.

—Tío —empezó Mason, despacio—, ¿qué ha…?

—Nada. —Cogí mi botella de agua de la encimera—. Ya se iba.

Era mentira, claro.

Tara nunca se va; a Tara la echan, e incluso echada deja humo. Pero Mason me conocía lo suficiente para saber cuándo una puerta en mi voz era tan sólida como la que yo acababa de cerrar de golpe, y solo se encogió de hombros y reanudó el juego.

La casa volvió al ruido poco a poco, vacilante, como quien retoma una conversación después de un trueno.

Yo me quedé parado en medio del salón con la botella en la mano, y la rabia subió —una rabia que no tenía un solo blanco.

Rabia hacia Tara, por haber venido. Rabia hacia mí, por haber dejado que viera en diez segundos lo que yo me había jurado que no existía. Y rabia, sobre todo, hacia aquella cosa fría que había cruzado la cara de Tara cuando miró hacia el sofá —porque yo conocía esa frialdad.

Yo ya había sido su blanco. Y no me había gustado nada ver esa frialdad apuntando a la chica con harina en la muñeca que se reía de los chistes idiotas de mi mejor amigo.

Eso demuestra el punto, Calloway.

Ese era el argumento que yo necesitaba.

Que Tara apareciera era un disparo de advertencia. Si ella lo había visto, otros lo verían.

Un periodista. Un ojeador. Mason. Bastaba con que Tara abriera la boca equivocada ante la persona equivocada, y tres semanas de café solo de madrugada se convertían en un problema con mi nombre y el de la hermana de mi mejor amigo en la misma frase.

Yo era el capitán. Yo era el tío de la regla. Y la regla estaba a punto de volverse contra mí.

Aquello tenía que parar. Hoy. Antes de convertirse en algo.

Danny tenía una teoría sobre mí, de la época en que sus teorías eran cosas ante las que yo ponía los ojos en blanco y que guardaba sin admitirlo.

Decía que yo jugaba la vida como jugaba fuera de casa: sin acomodarme nunca, con las maletas hechas, con la afición en contra. «Un día vas a encontrar a alguien que te haga jugar en casa, Reedecito» —me llamaba así específicamente porque me irritaba— «y yo voy a estar allí para ver cómo no sabes dónde sentarte».

Tenía veinte años y una novieta nueva por semestre y ninguna autoridad en la materia, y aun así, parado en medio de mi salón con una botella de agua calentándoseme en la mano, tres años y medio después, su voz encontró el camino de siempre por entre los ladrillos.

Yo voy a estar allí para ver.

No iba a estar. Esa era la cláusula que anulaba el contrato entero. Él no iba a estar en ninguna parte para ver nada, y cada persona que yo dejara entrar a partir de él era alguien más que un día contestaría un teléfono a las tres de la madrugada por mi culpa.

Esa era la matemática. La matemática nunca había fallado.

Subí la escalera de dos en dos, con la determinación fría de quien va a cumplir una tarea difícil pero necesaria: cerrar una cuenta, zanjar un asunto, volver a levantar un muro que había dejado bajar por descuido.

Me detuve delante de su puerta. Respiré hondo, monté la frase en la cabeza —lo de la panadería tiene que parar, es mejor así, para los dos— y llamé. Dos golpes, controlados, contra la madera.

La puerta se abrió. Y se me olvidó la frase entera.

Porque la Sadie que abrió la puerta no era la Sadie del sofá, ni la de la cocina, ni la del mostrador de la panadería con la sonrisa lista.

Era una Sadie sin ninguna máscara. Los ojos color miel estaban rojos en los bordes, secos por cabezonería, pero rojos, y la sonrisa automática que ella montaba para el mundo simplemente no estaba —había abierto la puerta esperando a Mason, esperando a una amiga, esperando a cualquiera menos a mí, y no tuvo tiempo de ponerse la armadura.

Fue la segunda vez que vi lo que vivía debajo de su sonrisa.

La primera fue la primera mañana, medio segundo de cansancio. Ahora era una cara entera, expuesta, herida, y yo —que había subido aquella escalera para construir una pared— me quedé sin suelo.

—¿Has venido a rematar la faena? —Cruzó los brazos, y la voz le salió con una púa que no pegaba con los ojos—. Tu amiga ya dejó muy claro cuál es mi «nivel». No hacía falta que subieras solo para confirmarlo.

La palabra me golpeó como un disco en el pecho. Tara había usado esa palabra. Yo la había oído, abajo —no pega con tu nivel—, pero no había visto, hasta ahora, dónde había aterrizado.

Había aterrizado justo en medio de la chica que tenía delante.

—¿Qué más te ha dicho? —pregunté, y mi voz salió más dura de lo que pretendía.

—¿Qué importa eso? —Sadie se encogió de hombros, fingiendo ligereza, y su ligereza fingida dolía más que un llanto—. Salió contigo una temporada entera. Conoce el trabajo mejor que yo. —Una sonrisa torcida, sin ninguna alegría—. Dijo que huelo a azúcar y que tú solo sabes qué hacer con el frío. ¿Sabes qué? Tiene razón. No te preocupes por la panadería, Reed. Yo dejo lo del café. Entendí el mensaje a la primera, el primer día, con el «no, gracias». Soy lenta, pero llego.

Iba a cerrar la puerta.

Y aquí estaba la parte que yo no planeé, la parte que destruyó la frase entera que había subido a decir: puse la mano en la madera.

Impedí que la puerta se cerrara.

Di la frase, Calloway. Di «es mejor así» y baja. Es solo eso. Lo has ensayado.

—No tiene razón.

Fue lo que salió. Bajo, áspero, contra toda mi voluntad y contra todo el discurso que había montado en la escalera.

Sadie se detuvo. Su mano todavía en la puerta, la mía al otro lado, los dos nudillos de madera entre nosotros.

—Tara habla así con todo el que ella cree que tiene algo que ella ya no tiene. —Yo no sabía de dónde salían aquellas palabras; saltaban el muro antes de que pudiera atraparlas—. No va de ti. Nunca va de la otra persona, con ella. Y tú no hueles a azúcar.

—¿No?

—Hueles a canela.

El aire entre los dos se volvió denso, como se había vuelto en el pasillo, como se volvía en la panadería a las cinco y cuarenta.

Ella me miraba con los ojos todavía rojos, pero ahora abiertos de otra manera, esperando, y yo estaba demasiado cerca de la puerta, demasiado cerca de ella, y el olor —canela, siempre canela— lo invadía todo.

Se suponía que yo debía estar diciendo lo contrario de eso. Se suponía que debía estar reconstruyendo el muro.

En vez de eso, estaba parado delante del cuarto de la hermana de mi mejor amigo, en la oscuridad del pasillo, diciéndole a qué olía, como un idiota que ha olvidado tres años de entrenamiento.

La regla de Mason apareció en mi cabeza, en letras grandes. La cara de Mason. La mano que él me tendió en mi peor invierno.

Retrocedí. Aparté la mano de la puerta como si la madera quemara.

—No dejes lo del café. Pero no era nada de esto lo que había venido a decir. —Mentira, claro. Había sido exactamente eso—. Olvídate de Tara. Buenas noches, Sadie.

Bajé antes de que respondiera. Antes de que viera en mi cara que no había cumplido ni una coma de la tarea que me había llevado hasta allí.

Al pie de la escalera, Luka estaba en la cocina llenando un vaso de agua que no se bebió. Sus ojos claros me midieron por encima del vaso —la escalera, yo, la puerta de arriba, mi cara— con la paciencia de quien se pasa la vida entera leyendo trayectorias de disco, y no dijo absolutamente nada, porque Luka nunca dice nada, y aquel nada específico suyo lo dijo todo: lo he visto. Yo siempre lo veo. Es mi trabajo.

—Buenas noches —dije, seco.

—Mmm… —respondió el portero, en su idioma nacional, y me dejó pasar.

Entré en mi habitación, cerré la puerta y me senté en el borde de la cama a oscuras, con el corazón latiendo de la manera equivocada, de la manera que yo no autorizaba.

Había subido para zanjar aquello. Para volver a levantar el muro. Para usar a Tara como el pretexto perfecto que ella me había servido en bandeja.

Y bajé habiéndole dicho a una chica prohibida que olía a canela, habiéndola defendido de mi propia ex, habiendo dejado la puerta de la maldita panadería abierta de par en par a propósito.

Miré la mochila en el rincón, el bolsillo donde el pósit con mi nombre todavía dormía, y entendí, con la claridad fría de quien

pierde un partido en el último segundo, que yo no estaba perdiendo el control.

Ya lo había perdido. Hacía tres semanas. Solo acababa de descubrir el marcador.

CAPÍTULO 14



«Una palabra no debería tener tanto poder. Pero «canela» se pasó la semana entera girando dentro de mí, como azúcar que no se disuelve.»

SADIE BROOKS

Él dijo canela y bajó la escalera, y yo me pasé tres días sin conseguir formar una frase completa dentro de mi propia cabeza.

No era racional. Yo sabía que no era racional.

Un hombre imposible, prohibido en tres idiomas, se había detenido en la puerta de mi cuarto para decirme, de todas las cosas del universo, a qué huelo —y la parte terca y hambrienta de mí lo había guardado como un tesoro, lo había hecho girar entre las manos por la noche, le había quitado el polvo, lo había examinado a la luz.

Huele a canela.

Contra el azúcar venenoso de Tara. Como si él me hubiera corregido, como si le importara dejarlo claro.

Para ya, **Sadie.** Un tío te elogia el olor y tú ya estás amueblando la casa de los dos. Así fue como acabaste plantada en una ventana a los nueve años.

Así que hice lo que hacía siempre que el corazón empezaba a construir castillos: lo enterré en trabajo.

Panadería a las cinco. Facultad a las nueve. El proyecto de Okafor consumiendo cada hueco —la identidad visual de la panadería que existía en mi cabeza y que ahora, por orden de la profesora, tenía prohibido llamar tontería.

Cruasán, clase, glaseado, acuarela, cruasán…

Si me mantenía en movimiento, no quedaba espacio para pensar en un par de ojos color tormenta parados en mi puerta.

Funcionó más o menos. Siempre funciona más o menos.

El jueves, Quinn cumplió su promesa y apareció por la Honey & Rye, esta vez acompañada.

—He traído a Cami —anunció, soltando la mochila en el mostrador de siempre—. Prometí cinnamon roll y una amiga nueva. Estoy entregando las dos cosas.

Cami era el opuesto físico de Quinn: más baja, más delgada, rizos oscuros recogidos en un moño flojo, una sudadera de la facultad de fisioterapia con una mancha sospechosa que ni siquiera intentó esconder.

Tenía la cara de quien sonríe fácil y abraza más fácil todavía, y me miró como si ya fuéramos amigas desde hacía años y solo hubiera llegado tarde al primer encuentro.

—Ay, Dios mío, el olor de este sitio. —Cerró los ojos en la puerta, dramática—. Yo me paso el día vendando rodillas de atletas, huelo a alcanfor y a pies de jugador de hockey. Esto es un spa. Yo ahora vivo aquí. No lo discuto.

Me reí, y les empujé un roll a cada una antes de que pidieran, porque a esas alturas ya había entendido cuál era mi papel en la mesa: la que alimenta primero y pregunta después.

Cami mordió, gimió con los ojos cerrados y me apuntó con el roll como quien apunta con una acusación.

—Quinn no exageró. Y mira que Quinn lo exagera todo.

—Yo relato hechos con énfasis —corrigió Quinn, robándole un trozo del roll a Cami en vez de comerse el suyo—. Es periodismo.

Se conocían de esa manera en que solo se conoce a una compañera de piso de años: peleándose por la comida, terminándose las frases la una a la otra, discutiendo con cariño. Y, durante unos minutos, detrás de mi mostrador, tuve una sensación rara y buena que no sentía desde hacía mucho tiempo.

No era solo ser incluida. Era ser incluida sin haber traído bizcocho. Quinn había vuelto por mí, no por mis cruasanes. Me había traído una amiga.

Nadie me había pedido que me lo mereciera.

—A ver… —Cami apoyó los codos en el mostrador, con los ojos brillándole de cotilleo del bueno—. Quinn me ha contado que vives con el equipo entero de hockey. Yo vendo a la mitad de esos brutos, ¿sabías? —Contó con los dedos, encantada—: Novak tiene un hombro que es un crimen. Tremblay, el canadiense, es un cielo escondido detrás de una cara de malas pulgas, no cuentes que lo he dicho. Y el capitán… —arqueó las cejas— …Calloway no aparece nunca por fisioterapia ni cuando debería. El tío juega lesionado y no deja que nadie lo trate. Una vez terminó un partido con una costilla fisurada y no lo descubrieron hasta la semana siguiente.

El estómago se me encogió.

Claro que sí. Claro que juega roto y no deja que nadie lo cuide. Dejar que alguien lo cuidara sería dejar entrar a alguien.

—Es… —empecé, y me detuve, buscando la palabra segura, como siempre la busco— …reservado.

Quinn me lanzó una mirada por encima de las gafas que decía te he visto dudar, archivado, pero, misericordiosamente, no

dijo nada delante de Cami.

Los secretos con Quinn, estaba aprendiendo, se guardaban hasta el momento en que fueran más útiles —lo cual era, al mismo tiempo, reconfortante y aterrador.

La conversación siguió, ligera, agradable, sobre Cami y un defensa que le parecía insoportable, sobre Quinn y el reportaje que el editor le había tumbado, sobre el invierno que no hacía más que empeorar.

Y yo iba riéndome, sirviendo, participando, cuando la campanilla volvió a sonar —y la risa se nos murió a medias en la cara a las tres al mismo tiempo.

Tara Lindqvist.

Con su abrigo caro, el pelo platino impecable a pesar del viento de fuera, entró en la Honey & Rye como si estuviera haciendo una inspección sanitaria. Sus ojos barrieron el local —el toldo verde por dentro, el mostrador de madera, mi delantal, mis amigas— con un desdén tan bien ensayado que casi daban ganas de aplaudir.

—Ah. —Me localizó, y la sonrisa apareció, afilada—. La panadera. Qué mono, así que es aquí donde trabajas.

A mi lado, sentí a Cami enderezarse, y a Quinn soltar el roll despacio, los dos radares encendiéndose a la vez.

—Es aquí —respondí, con la sonrisa de mostrador firme en su sitio. Años de clientes difíciles a las seis de la mañana me habían dado eso—. ¿Qué va a ser?

—Nada de aquí, gracias. —Ni siquiera miró el escaparate. Apoyó una mano enguantada en el mostrador, se inclinó y bajó la voz hasta ese registro de solo-entre-nosotras-chicas que era peor que cualquier grito—: Solo pasaba a darte un consejo, de mujer a mujer. ¿Ese café de madrugada que le andas sirviendo? Para. —La sonrisa no vaciló—. Yo ya he visto esa película. Media docena de chicas la han visto. Reed es lo bastante educado como para beberse

el café, porque lo criaron bien. Pero no se va a quedar. Nunca se queda. Tú te vas a encariñar, él se va a congelar, y lo único que queda eres tú, sola, oliendo a levadura, intentando entender qué hiciste mal. —Se enderezó, se ajustó el guante—. Te estoy ahorrando tiempo. Pareces del tipo que necesita que se lo ahorren.

Y fue entonces cuando Quinn, mi Quinn, editora de deportes del Michigan Daily, apoyó la barbilla en la mano con una sonrisa dulce de veneno equivalente.

—Curioso —dijo, casual, lo bastante alto—. Hablas mucho de quién no se queda para ser alguien a quien él dejó. Yo cubro a ese equipo, querida. Sé exactamente quién rompió con quién, y en qué orden. ¿Quieres que te recuerde la fecha? Lo tengo todo archivado. Con énfasis.

El silencio que cayó fue delicioso.

Tara abrió la boca. La cerró. Midió a Quinn, midió a Cami —que había cruzado los brazos con la autoridad tranquila de quien venda a hombres de dos metros y no se impresiona con unos tacones—, me midió a mí.

Se dio cuenta, con la matemática rápida de quien vive de calcular estatus, de que había entrado en un tres contra una en el territorio equivocado.

—Diviértete con la levadura —escupió, y salió. La campanilla tintineó con fuerza a su espalda.

Durante un segundo, nadie dijo nada. Después Cami soltó todo el aire de golpe.

—Vale. La odio. Amor a primera vista al revés. ¿Quién es esa criatura?

—La ex del capitán —respondió Quinn, volviendo al roll como si no hubiera pasado nada—. Y, por la cara de nuestra Sadie, un problema que acaba de volverse personal.

Yo no había dicho nada. No hizo falta.

Las dos me miraban con la misma expresión —no de cotilleo, sino de quien ya había decidido, en una tarde y media de amistad, ponerse de mi lado en una guerra que yo ni siquiera sabía que estaba librando.

Y fue esa parte la que me pilló. No Tara. Tara era solo ruido.

Fue tener, por primera vez en la vida, gente que se levantaba por mí sin que yo hubiera horneado nada para ellas antes.

—En una cosa tiene razón, ¿sabéis? —dije, bajito, secando un vaso que ya estaba seco—. Sobre Reed. Sobre que no se queda.

Cami ladeó la cabeza.

—Y aun así le haces el café.

Era exactamente la misma frase que iba a decirme meses después, en un contexto mucho peor, pero en aquel momento era solo la constatación amable de una chica nueva que ya me había leído entera.

—Y aun así le hago el café —admití.

Porque no sabía hacerlo de otra manera. Porque encender el horno y esperar era la única forma de amor que conocía. Porque, en el fondo, prefería arriesgarme a que me dejaran otra vez antes que pasarme la vida con la puerta cerrada con llave, como él.

Quinn me miró durante un largo segundo, soltó la broma que tenía preparada, y dijo la cosa más seria que me había dicho hasta entonces:

—Solo prométeme una cosa. Cuando te haga daño —y te lo hará, Sadie, los hombres así siempre hacen daño antes de decidir si se quedan—, me llamas. Antes de hornear la pena en vez de sentirla. —Volvió a sonreír, pero los ojos seguían serios—. Nosotras venimos. Siempre.

Se lo prometí.

Y, detrás del mostrador de mi cocina prestada, con dos chicas que me habían elegido gratis, entendí que Michigan ya me había dado algo que yo no había venido a buscar y que ni siquiera sabía que necesitaba: no era Reed.

Eran ellas.

El resto —el capitán, la canela, la puerta que él impidió cerrar — el resto todavía iba a costarme caro.

Solo que aún no sabía el tamaño de la cuenta.

CAPÍTULO 15



«El dolor una aprende a esconderlo del árbitro, del entrenador, del equipo. El problema es cuando aparece alguien que ve sin silbato.»

REED CALLOWAY

—Levántate la camiseta.

—Estoy bien, Cami.

—Levántate. La. Camiseta. —La becaria de fisioterapia más baja y más mandona de todo el programa deportivo señaló la camilla con la autoridad de un general de un metro sesenta—. O le cuento a Doyle que te agarrotaste en el tercer bloqueo de ayer y que hiciste una mueca en el banquillo cuando creías que nadie miraba. Yo estaba mirando. Me pagan por mirar.

Apreté la mandíbula. Ella me sostuvo la mirada sin pestañear, con los brazos cruzados, y entendí por qué la mitad del equipo le tenía un miedo reverencial a aquella chica de rizos y sudadera manchada.

Me levanté la camiseta.

La mancha morada se extendía por el lateral de las costillas como el mapa de ningún país, verde en los bordes, del disco que

bloqueé contra Wisconsin el sábado del aniversario.

Tres semanas, y no se curaba, porque yo no la dejaba curarse —porque el descanso era lo único que no podía permitirme.

Cami silbó bajito.

—Bonito. —Presionó dos puntos con los pulgares, clínica, y yo contuve el aire con los dientes—. Contusión profunda, probable microlesión en el cartílago. ¿Sabes qué cura esto? El descanso. ¿Sabes qué haces tú? —Señaló el hielo a través del cristal de la sala de fisio—. Doscientos bloqueos por semana. Eres el peor paciente que tengo, y mira que trato a Knox, que una vez se arrancó su propia férula con los dientes.

—Véndame y dame el alta. El viernes hay partido.

—Viernes y sábado, genio. Serie doble fuera de casa. —Cogió la venda con mala gana profesional—. Minneapolis, diez horas de autobús, y la previsión es de ventisca durante todo el camino. El fin de semana perfecto para viajar con una costilla de colores.

La dejé trabajar. La cinta comprimió, el dolor retrocedió hacia el fondo, controlable, con hora de finalización. Al otro lado del cristal, el hielo del Yost esperaba, y en la grada de arriba, intentando ser discreto con un abrigo gris, estaba el motivo por el que yo no podía descansar en ningún febrero de mi vida: un ojeador.

Otra vez. El tercero en dos semanas. Febrero es cuando circulan, con la planilla en la mano, decidiendo cuánto vale cada uno de nosotros en junio.

Cada entrenamiento era una auditoría. Cada bloqueo, una línea en el informe. Y el contrato que salía de aquel informe era la diferencia entre que mi madre conservara o vendiera la casa, donde los dos cuartos de niño todavía existían, intactos, porque ella no era capaz de tocar el de Danny y yo no la dejaba tener que tocar el resto.

Así que véndate, trágatelo y juega, Calloway. Como siempre. El dolor tiene hora de finalización. Las facturas no.

El entrenamiento fue bueno. Fue bueno de esa manera en que las cosas eran buenas cuando yo lo transformaba todo en tarea: cada ejercicio ejecutado, cada novato corregido, el ojeador garabateando en la grada.

Doyle me retuvo en el hielo después de soltar al resto.

—¿La costilla? —preguntó, sin preámbulos.

El Coach Doyle tenía sesenta años, cara de cuero y la delicadeza de un rompehielos, y era, después de Beau, quien me leía desde hacía más tiempo.

—Vendada.

—No he preguntado qué ha hecho Camila. He preguntado por la costilla.

—Juega el viernes y juega el sábado.

Me miró durante un segundo largo, masticando lo que sea que mastican los entrenadores cuando deciden si empujan o retroceden.

—Minnesota va a ir a por ella. Tienen vídeo, saben dónde duele. —Golpeó el stick contra el hielo, despacio—. Un capitán que le esconde el juego a su propio banquillo no es duro, Calloway. Es pasivo. Piénsalo en el autobús. —Y patinó hacia fuera, dejándome con la palabra clavada donde la cinta comprimía.

En casa, por la noche, la cocina estaba en asamblea general.

—…entonces Quinn lleva su coche, porque tiene acreditación de prensa para los dos partidos —explicaba Mason con la boca llena, apuntando con un trozo de pan a modo de puntero—, Cami va en el autobús con nosotros porque es staff, y tú vas con Quinn y ves tu primera serie fuera de casa. Minneapolis, hermanita. Su barn es una locura. Vas a odiar animar allí dentro. Va a ser increíble.

Me detuve en medio de la cocina con la botella de agua en la mano.

Sadie estaba sentada en la encimera, con el cuaderno de acuarelas abierto en el regazo y un lápiz atravesado en el moño, y levantó los ojos —primero hacia su hermano, después, medio segundo, hacia mí.

Tres semanas de café de madrugada nos habían enseñado un idioma entero de medios segundos.

—Diez horas de coche con Quinn conduciendo —dijo, volviendo al cuaderno—. Yo voy rezando.

—¡Quinn conduce bien!

—Quinn conduce rápido. Son conceptos diferentes.

—Vosotras salís el sábado por la mañana y llegáis para el segundo partido —continuó Mason, director de orquesta de su propia logística—. El primero lo escucháis por la radio, en el coche. Perfecto. Plan perfecto. Nada puede salir mal.

Ventisca durante todo el camino, dijo la voz de Cami en mi memoria, y algo frío me bajó por la espalda que no tenía nada que ver con la costilla.

—La previsión es de nieve —dije, antes de decidir hablar. La cocina entera me miró, porque yo no opinaba en logística de afición —. Del viernes al sábado. Un frente pesado que viene de Dakota.

—Es Michigan en febrero. —Mason se encogió de hombros, optimista profesional—. Siempre nieva. La I-94 aguanta.

—La I-94 hasta Chicago. Después es la 90 y después es el medio de la nada durante trescientos kilómetros. —Me sabía aquel trayecto de memoria. Todo el que jugaba en esta conferencia se lo sabía—. Si se cierra, se cierra de verdad.

—Si se cierra, paramos y esperamos a que abra —dijo Sadie, práctica, sin drama, todavía dibujando—. Yo viajé seis horas de

madrugada para llegar hasta aquí. Sobrevivo a una ventisca con Quinn y una playlist mala.

Lo dijo con la naturalidad de quien resuelve, y el tema murió ahí a todos los efectos de la cocina. Mason empalmó una discusión con Knox sobre los asientos del autobús. Luka fregó los platos en silencio, mirándolo todo.

Pero yo me quedé con la frase atragantada donde la cinta de Cami apretaba: yo viajé seis horas de madrugada para llegar hasta aquí.

Sola. En un Civic que tose. Y nadie había considerado aquello un problema —ni su hermano, ni ella misma, porque Sadie Brooks resolvía las cosas sola y sonreía, exactamente igual que yo me vendaba las costillas y jugaba.

Nos reconocíamos en los trucos, los dos. Ese era el problema de convivir con alguien que usaba la misma armadura: empiezas a verle las rendijas porque conoces las tuyas.

Subí a mi habitación y no dormí bien, y le eché la culpa a la costilla, que fue la mentira más perezosa del mes.

El jueves de madrugada, cuando bajé a las cinco, ella ya estaba en la cocina —cosa que nunca pasaba; sus madrugadas eran de la panadería.

Estaba en chándal, haciendo una lista en el bloc de notas, con cuatro botes de cristal alineados en la encimera como soldados.

—Marnie me ha dado el viernes y el sábado —explicó, sin que yo preguntara, señalando los botes con el lápiz—. Así que estoy dejando comida preparada para la casa, porque sin mí volvéis a vuestro estado natural de pizza y proteína en polvo, y me niego a firmar ese certificado de fracaso.

—Sobrevivimos años antes de ti.

—«Sobrevivir» es hacer lo mínimo. —Alzó la barbilla, desafiándome a discrepar—. Yo no trabajo con lo mínimo.

Volvió a la lista. Yo me quedé allí, en la cocina a oscuras, en la hora que siempre fue solo mía, y me di cuenta de que hacía semanas que ya no era solo mía —y de que no la echaba de menos.

Eso era lo que me estaba aterrando desde la puerta de su cuarto, desde el «canela», desde el pósit que sigue en mi mochila: no lo que sentía cuando ella estaba cerca.

Lo que ya no sentía.

El silencio de la casa dejó de pesar. El asiento vacío dejó de gritar. Y yo no autoricé nada de eso.

—Reed… —habló de repente, sin levantar los ojos de la lista, con la voz más baja—. El sábado. Si la carretera se cierra de verdad, paramos. Te lo prometo. No soy de hacer locuras en la nieve.

Se había dado cuenta.

Claro que se había dado cuenta —mi insistencia con la previsión, el mapa de la I-94 de memoria, la preocupación que yo había disfrazado de meteorología. Ella leía a las personas de la misma manera que horneaba: a ojo, sin medir, y acertaba.

—Lo sé —afirmé.

Y entonces, porque la madrugada volvía a las personas honestas o idiotas, o las dos cosas, dije:

—Manda un mensaje si paráis.

Su mano se detuvo sobre la lista. Levantó los ojos, y el color miel se quedó estudiándome en la oscuridad de la cocina, y por un instante la vi decidir no hacer una broma, no preguntar por qué, no convertir aquello en más de lo que era —o en exactamente lo que era.

—Está bien —dijo, solo eso.

Cogí mi botella y salí a correr al frío, y no fui a Kerrytown, porque ella no estaba allí, y esa constatación —has vuelto a cambiar

la ruta de la carrera, Calloway, solo que ahora al revés— me persiguió durante diez kilómetros enteros.

El viernes, el autobús salió a las siete de la mañana hacia Minneapolis, diez horas de carretera gris. Ganamos el primer partido apretado, dos a uno, con mi costilla protestando en cada bloqueo y su barn cayéndose a pedazos de ruido.

En el vestuario, después, el móvil vibró.

Sadie: ¡marcador visto! knox se ha peleado con la radio entera. salimos mañana a las 6. prometo mandar mensaje en las paradas, capitán. 🧁

Capitán. Con un cupcake al final, porque ella no era capaz de terminar nada sin azúcar.

No respondí.

Me quedé mirando el mensaje demasiado tiempo, con el pulgar sobre el teclado, sin saber qué responde un hombre cuando no puede responder lo que quiere.

Al otro lado de la habitación del hotel, Mason le tiraba una almohada a Knox por culpa del aire acondicionado. Fuera, detrás de la ventana doble, el cielo del Medio Oeste estaba bajo, pesado, de ese color plomo que todo el que creció en el norte conocía de nacimiento.

Guardé el móvil, apagué la luz y me mentí a mí mismo diciéndome que iba a dormir.

CAPÍTULO 16



«Mi abuela decía que Dios escribe recto con renglones torcidos. Nunca me explicó que, a veces, el renglón torcido es una interestatal cerrada.»

SADIE BROOKS

La ida fue casi decepcionante de tan tranquila.

Salimos a las seis, como estaba prometido, con Quinn conduciendo exactamente como yo había previsto —demasiado rápido, demasiado confiada, discutiendo con el GPS como si tuviera opinión— y el cielo se comportó durante diez horas enteras.

Gris, bajo, pesado, pero quieto.

Su playlist era tan mala como lo prometido. Paramos dos veces, y en las dos mandé un mensaje al grupo de la casa, y en las dos un segundo mensaje, aparte, a un contacto que había guardado sin apellido, como si quitarle el «Calloway» hiciera aquello más pequeño.

Sadie: parada 1. gasolinera en la I-94. quinn se ha comprado un perrito caliente que la va a matar.

Reed: ok.

Sadie: parada 2. indiana o illinois, nadie lo sabe. todo igual. viva el medio oeste.

Reed: ok.

—Responde «ok» —comentó Quinn la segunda vez, con los ojos en la carretera y la voz cuidadosamente neutra—. Dos letras.

—Él es así.

—Ajá. —Adelantó a un camión—. Y tú sonríes de esa manera por dos letras.

Guardé el móvil y subí el volumen de la radio, lo cual, para Quinn, fue respuesta suficiente y confesión completa.

En algún punto de Wisconsin, con la radio convirtiéndose en interferencia y el mundo de fuera reducido a graneros y carteles de queso, Quinn bajó el volumen e hizo esa cosa rara suya, que es hablar en serio sin avisar de que va a hacerlo.

—No te voy a preguntar nada, que conste. No porque no lo vea. Yo lo veo todo, es literalmente mi único talento monetizable. Pero una buena periodista sabe la diferencia entre lo que es noticia y lo que es la vida de las personas que quiere. Tú no eres un tema, Brooks. Eres mi mejor fuente de carbohidratos y mi mejor amiga en esta ciudad, en ese orden cronológico y en el orden inverso de importancia. —Adelantó a otro camión—. Así que cuando quieras contarlo, lo cuentas. Y hasta entonces yo fingiré que «él es así» es una respuesta, y tú fingirás que me la he creído, y nuestra amistad seguirá firme sobre ese cimiento de mentiras educadas.

Me quedé un kilómetro entero mirándola, con la garganta apretada.

—Quinn…

—No llores que estoy conduciendo y la solidaridad lacrimal está científicamente comprobada.

—Eres la mejor persona que tiene este viaje.

—Al viaje le quedan seis horas y la competencia es un GPS tonto, pero acepto el título. —Extendió el puño cerrado por encima del cambio de marchas, sin apartar los ojos de la carretera, y yo lo choqué suavemente, sellando lo que fuera que acabábamos de firmar—. Ahora pásame una cookie de la reserva estratégica y elige una playlist menos deprimente, que la Sadie de Ohio no me engañaba con ese indie triste y la de Michigan tampoco engaña.

Llegamos a Minneapolis al anochecer, a tiempo para el segundo partido. Y el barn de Minnesota era todo lo que Mason había prometido: viejo, apretado, ensordecedor, hostil de esa manera que da orgullo sobrevivir.

Me senté con Quinn en la zona de prensa improvisada, envuelta en maize and blue en territorio enemigo, y aprendí lo que es ver un partido de hockey sabiendo leer a un solo jugador.

Porque Minnesota sabía lo de la costilla.

Yo no entendía de táctica, pero entendía de gente, y quedó obvio en el primer turno de Reed sobre el hielo: iban a por él.

No a por el disco: a por él.

Cada finalización era una excusa para un encontronazo en su lado izquierdo, cada pivote terminaba con un hombro enterrado en el mismo punto exacto. Cami me había contado lo del moretón en el vestuario de fisio, con detalles que ahora yo quería devolver.

Y Reed recibía cada golpe de la misma manera: sin gesto, sin queja, levantándose con la mandíbula apretada y volviendo a la jugada siguiente como si el dolor fuera un rumor.

—Lo están cazando —dije, apretando el vaso de chocolate caliente.

—Sí. —Quinn tecleaba sin parar—. Y él no sale. Ya debería haberse sentado un turno. Doyle se lo ha mandado dos veces, míralo, y él hace como que no lo ve. —Negó con la cabeza—. Cabezota desgraciado.

En el tercer periodo, con el partido empatado, ocurrió.

Un defensa enorme de Minnesota pilló a Reed sin disco, a destiempo, con toda la intención, y lo enterró contra la valla con el estadio entero en pie.

El sonido del cristal crujiendo llegó hasta nosotras. Reed cayó de rodillas sobre el hielo.

Me levanté sin decidir levantarme. El vaso se volcó en el suelo.

Se quedó abajo durante tres segundos que duraron un mes —y entonces se irguió, solo, rechazando la mano de Luka, y patinó hasta el banquillo con la espalda recta de quien carga con su propio cuerpo por pura cabezonería.

La arena de Minnesota abucheó de decepción. Yo me quedé de pie, con chocolate en las zapatillas y el corazón en la boca, hasta que Quinn me tiró del abrigo para sentarme.

Perdimos por uno. La serie terminó empatada, un partido cada uno.

Sadie: ¿estás bien?

Esta vez, ni «ok». Nada. Su silencio hizo que el viaje de vuelta empezara agrio antes de que el cielo se desplomara.

Y el cielo se desplomó.

Salimos de Minneapolis el domingo a las nueve de la mañana, el convoy informal —el autobús del equipo delante, el coche de Quinn detrás, aprovechando la estela.

A las once empezó la nieve, gruesa, seria. A mediodía, el mundo se había acabado.

No era nieve cayendo; era nieve horizontal, una negrura blanca donde las luces traseras del autobús se convertían en dos borrones rojos diez metros por delante y después desaparecían.

Quinn redujo, volvió a reducir, las manos a las diez y diez en el volante, sin hacer ni una broma por primera vez en cuarenta y ocho horas —y fue eso lo que me asustó de verdad.

El móvil pitó. Grupo de la casa.

Mason: la interestatal ha cerrado detrás de nosotros. la policía está sacando a todo el mundo en la próxima salida. hay un pueblecito, doyle ha mandado parar. SEGUID AL AUTOBÚS.

—Gracias a Dios —Quinn soltó el aire—. Yo iba a parar de todas formas. Esto no es una carretera, es un purgatorio.

El «pueblecito» era una gasolinera, una cafetería, una iglesia y un motel de carretera con un letrero de neón a medias —MOT L— parpadeando valientemente contra la ventisca.

El aparcamiento ya era un caos: el autobús del equipo, camiones en fila, coches de familia, todo lo que la I-90 había escupido de golpe en la misma salida.

Corrimos del coche a la recepción con la nieve entrándonos por el cuello, y allí dentro era un hormiguero: el equipo entero amontonado con las mochilas, Doyle en la recepción negociando con un señor de tirantes que parecía estar teniendo el día más movido de la década, Cami contando cabezas como una profesora de excursión.

—Doce habitaciones —anunció Doyle, al final, volviéndose hacia el grupo con la lista en la mano y la cara de quien resuelve logística de guerra—. Para todo el mundo. El motel está lleno, hay gente durmiendo en la cafetería. De dos en dos, sin lloros. Camila, tú con la reportera. —Señaló a Quinn, que hizo el saludo militar—. El resto, leo la lista y nadie discute, que yo no soy dueño de ninguna pensión.

Leyó. Nombre por nombre, pareja por pareja, el equipo disolviéndose por los pasillos estrechos.

Mason se quedó con Knox. Luka con un novato. La lista fue encogiendo, encogiendo, y una matemática horrible y maravillosa se fue formando en el fondo de mi estómago antes incluso de que Doyle llegara al final del papel.

Doce habitaciones. Veintitrés personas en nuestro grupo. El equipo en parejas. Quinn con Cami.

Sobraba una habitación. Y sobrábamos, fuera de cualquier pareja oficial de la plantilla, exactamente dos personas.

—…y la hermana de Brooks se queda con… —Doyle levantó los ojos de la lista, recorrió el vestíbulo, y su bolígrafo se detuvo en el único jugador sin pareja, el capitán apoyado en la pared con la mochila en el hombro sano y la cara de piedra. Doyle ni pestañeó. Treinta y un años de vestuario no pestañean por tan poco—. Calloway. Listo. Resuelto. Buenas noches a todo el mundo, el autobús sale cuando abran la carretera.

El vestíbulo entero se congeló durante medio segundo.

Yo no miré a Reed. Miré a mi hermano —todo el mundo miró a mi hermano—, y Mason, con la mochila colgada y un cansancio de dos partidos en la cara, hizo lo que solo Mason podría hacer: se encogió de hombros.

—Mejor así. —Bostezó, ya girándose hacia el pasillo con Knox —. Reed es el único de este equipo al que yo confiaría encerrado en una habitación con mi hermana. Buenas noches, loca. No dejes que te aburra hasta la muerte.

El único al que yo confiaría.

Vi la frase golpear a Reed. Lo vi, porque yo estaba mirando, y porque tres semanas y media de idioma de medios segundos me habían enseñado a leer mandíbulas: la suya se apretó, un grado más, y los ojos grises bajaron al suelo un instante antes de volver a subir, opacos, ilegibles, hacia ninguna parte.

Nadie más notó nada.

Knox masculló un «buenas noches, jefa». Cami me lanzó, por detrás del hombro de Quinn, una mirada de emergencia médica. Quinn movió los labios en un silencioso y enfático llámame. Y el vestíbulo se vació, y el señor de los tirantes me tendió una llave de metal de verdad, sujeta a un rombo de plástico naranja con el número 9.

Cruzamos el pasillo exterior en silencio, con la nieve golpeando de lado y el neón del MOT L tiñéndolo todo de un rosa enfermizo.

Reed llevaba la mochila en el hombro derecho —el izquierdo, ahora yo lo sabía, no cargaba nada— y caminaba medio paso detrás de mí, y ninguno de los dos dijo una palabra, porque lo que había que decir era demasiado grande para caber en un pasillo.

Me detuve en la puerta 9. La llave giró con un chasquido antiguo.

Empujé la puerta, tanteé el interruptor —esta vez lo encontré — y la luz amarilla y débil se encendió sobre una habitación pequeña, limpia, con papel pintado de los años ochenta, un calefactor de ventana luchando valientemente contra el fin del mundo de ahí fuera, una televisión de tubo.

Y una cama.

Una. Cama. De matrimonio, cubierta con una colcha de flores desteñidas, plantada en el centro exacto de la habitación como una broma de mal gusto del destino.

Me quedé parada en el umbral. Reed se detuvo detrás de mí, y sentí, más que oí, el momento en que vio lo que yo estaba viendo —su respiración cambió, una inspiración corta por la nariz, el único comentario que aquel hombre iba a hacer.

Fuera, la ventisca aulló contra el tejado. El neón parpadeó. En alguna habitación vecina, Knox soltó una carcajada por algo, lejos, en otro universo donde la gente estaba teniendo una noche normal.

—Yo duermo en el suelo —dijo Reed.

—¿Con esa costilla? —La frase salió de mí antes que el juicio, afilada de preocupación acumulada en dos partidos y diez horas de carretera—. Ni aunque la nieve congele el infierno…

Y cerré la puerta detrás de nosotros.

CAPÍTULO 17



«Me pasé tres años levantando paredes. Nadie levanta una pared alrededor de una habitación de motel con una sola cama.»

REED CALLOWAY

—¿Con esa costilla? Ni aunque la nieve congele el infierno.

La puerta se cerró detrás de ella con un clic que sonó, para mí, como el portón de una cárcel.

Me quedé parado en medio de la habitación minúscula, con la mochila en el hombro sano, haciendo inventario del desastre: una cama de matrimonio con una colcha de flores desteñidas.

Un calefactor de ventana chirriando. Una televisión de tubo. Un baño del tamaño de un armario. Cuatro paredes lo bastante finas para oír a Knox soltando carcajadas a tres habitaciones de allí.

Y ella.

En medio de todo, quitándose el gorro, con los rizos cayéndole húmedos de nieve, las mejillas rojas del frío, dueña de una calma que yo sabía tan fabricada como la mía.

Una noche, Calloway. Tú bloqueas discos a cien por hora. Aguantas una noche.

—El suelo tiene moqueta —intenté—. He dormido en sitios peores.

—El suelo tiene una moqueta de 1987 y tú tienes una contusión profunda con probable microlesión de cartílago. —Soltó la mochila en la silla y me encaró, con los brazos cruzados—. Sí, Cami me lo contó. Con detalles. Con vocabulario técnico. Así que podemos saltarnos la parte en la que te haces el mártir e ir directos a la parte en la que admites que no puedes ni quitarte esa chaqueta solo.

—Puedo quitarme la chaqueta.

—Quítatela, entonces.

La miré. Ella me sostuvo la mirada, con la barbilla alzada, los ojos color miel con ese brillo de desafío que tenía desde la primera mañana, y yo —idiota, orgulloso, acorralado— bajé la cremallera y empecé a quitarme la chaqueta.

El hombro derecho salió fácil. El izquierdo se trabó a mitad del movimiento, y el dolor me rasgó el lateral de las costillas como un cuchillo de sierra, y no hice ningún ruido, porque tres años de entrenamiento no fallan —pero me detuve.

Medio segundo. Congelado a mitad del gesto, con la chaqueta colgando de un solo brazo.

Medio segundo fue suficiente.

—Siéntate —ordenó Sadie, y su voz había cambiado.

La púa había desaparecido. Quedó algo bajo y firme que no pedía. Mandaba, como debía de mandar Marnie en su cocina, como mandaba mi madre antes de que el mundo se rompiera.

Me senté en el borde de la cama. No sé por qué.

Sí, sé exactamente por qué.

Se arrodilló delante de mí y me quitó la chaqueta con un cuidado que nadie tenía conmigo desde el hospital —tirando primero de la manga buena, rodeando el hombro malo, sin rozar el lateral.

Después levantó los ojos y señaló el bajo de mi camiseta con la barbilla.

—La cinta de Cami. Mandó cambiarla después del partido. ¿La has cambiado?

—¡¿Cinta?!

—Lo que yo pensaba. —Abrió su propia mochila y sacó de allí, para mi derrota total, un estuche de primeros auxilios con una venda elástica nueva—. Me lo dio antes de salir de Minneapolis. Dijo, y cito, «no se la va a cambiar, es el peor paciente del programa, hazlo tú». Yo la vi vendar. Presta atención, que así duele menos: camiseta. Fuera.

Me quité la camiseta.

El aire de la habitación tocó la piel y vi, en su cara, el momento exacto en que vio la mancha. El moretón había empeorado después del partido —extendido, oscuro en el centro, verde y amarillo en los bordes, un mapa de todo lo que Minnesota había invertido en mí en sesenta minutos.

Sus ojos lo recorrieron despacio, y la rabia que pasó por ellos no era lástima.

Era otra cosa. Era la rabia de quien se preocupa y no pidió preocuparse.

—Lo hicieron a propósito —dijo, bajo, abriendo la venda—. El partido entero. Lo vi.

—Es hockey.

—Era una cacería. —Colocó la punta de la cinta debajo del pecho, y sus dedos tocaron mi piel, fríos de la nieve, y todos los músculos de mi cuerpo recibieron la información al mismo tiempo—.

Y tú lo permitiste. Te quedaste allí, aguantando, sin salir ni un turno. —Empezó a enrollar, firme y cuidadosa, exactamente como Cami—. ¿Por qué?

—Porque había un ojeador en la grada.

—Había un ojeador en el Yost la semana pasada también. —La cinta dio la vuelta. Sus dedos me rozaron la espalda. Yo miré fijamente el papel pintado—. Inténtalo otra vez.

—Porque el equipo necesitaba…

—El equipo iba perdiendo por uno contigo roto por cuatro sitios. Inténtalo otra vez.

No va a parar. Ella es así. Tira del hilo del ovillo hasta que el ovillo se acaba, sonriendo, sirviendo café, y ni te das cuenta de que lo ha desenrollado entero.

La cinta dio otra vuelta. El calefactor chirrió. Fuera, la ventisca lanzó una ráfaga contra la ventana, y el neón rosa del MOT L pulsó a través de la cortina fina, y quizá fue eso —el fin del mundo ahí fuera, la habitación demasiado pequeña, sus manos en mi piel, el cansancio de dos partidos y tres años—, pero la verdad salió de mí por primera vez en voz alta, entera, sin mi autorización:

—Porque cuando duele por fuera, deja de doler por dentro.

Sus manos se detuvieron a mitad de la vuelta.

La habitación se quedó tan silenciosa que oí la nieve golpeando. Ella estaba arrodillada delante de mí, con las manos en mi costado, la cara alzada hacia la mía, y no dijo «lo siento», no dijo «¿quieres hablar de ello?», no dijo ninguna de las frases del manual que la gente usaba conmigo desde el entierro.

Dijo:

—Yo horneo.

—¿Qué?

—Cuando duele por dentro. Yo horneo. —Retomó el vendaje, despacio, con la voz en el tono de quien comenta el tiempo—. A las tres de la madrugada, a las cuatro, da igual. Si un día te despiertas y la casa entera huele a pan, no es porque esté contenta. Es porque estoy aguantando. —Sujetó la punta de la cinta, la alisó con la palma, y se quedó allí, con la mano abierta sobre mis costillas vendadas—. Harina, hielo. Cada uno congela el dolor en lo que tiene.

Y allí, sentado en una cama de motel con colcha de flores, en medio de una ventisca, con la mano de Sadie Brooks quieta sobre mi mayor hematoma, entendí qué era lo que me había aterrado de ella desde la primera mañana en la cocina a oscuras.

No era la belleza. La belleza yo la bloqueaba como bloqueaba los discos.

Era que ella hablaba mi idioma. El idioma que yo creía que había muerto con Danny: el de decir las cosas de lado, por el olor del pan, por el segundo de más con los ojos cerrados, sin necesitar nunca la palabra «luto».

Era la única persona en tres años que no intentaba traducirme. Ella solo… leía.

—Danny —dije.

No lo planeé. El nombre simplemente salió, ronco, extraño en mi boca después de tanto tiempo. Ella levantó los ojos despacio, sin susto, sin avidez, y esperó.

—Mi hermano. El de la foto de la nevera. Sé que Knox te dijo que nunca preguntaras. Tú nunca preguntaste. Tres semanas y media de café y nunca preguntaste. —Me miré las manos—. Salió a comprar leche un martes. Un tío que volvía borracho de una fiesta se saltó el semáforo. Tenía veintiún años. Jugaba mejor de lo que yo jugaré jamás. —La garganta se me cerró y forcé el resto a través de ella, porque, una vez abierta, la puerta ya no se cerraba—: Hizo tres

años el sábado del partido contra Wisconsin. Al que tú fuiste. El muffin.

—Lo sé —dijo ella, bajito.

—Sé que lo sabes. —La encaré—. Me miraste desde aquella grada como quien sabía. Fue la primera vez en tres años que alguien… —La frase se quebró. Volví a empezar más bajo—: Todo el mundo mira al Iceman. Tú miraste el asiento vacío.

Una lágrima le resbaló por la cara. Una sola, terca, y ni siquiera se la limpió —la dejó caer, sin drama, sin convertir mi dolor en una escena suya.

—Mi madre también se marchó un martes. Yo tenía nueve años. Me quedé en la ventana esperando que el coche volviera hasta que oscureció. —Sonrió, torcido, la sonrisa más triste que he visto en mi vida—. Los martes, ¿eh? Deberían estar prohibidos.

Y los dos nos reímos. Una risa corta, rota, absurda —dos idiotas riéndose de los martes en un motel en el fin del mundo—, y fue la risa la que hizo la cosa más peligrosa de la noche, porque cuando terminó, estábamos demasiado cerca.

Ella seguía arrodillada entre mis rodillas. Yo seguía sin camiseta, vendado por sus manos. Su cara alzada, la mía inclinada, veinte centímetros de aire entre los dos, y el olor a canela en todo, y el neón rosa pulsando en la cortina, y la ventisca borrando el resto del planeta.

Levántate ahora. Es la hermana de él. Tú eres el tío de la regla. Levántate…

—Reed —susurró.

Y mi nombre en su boca, dicho así, bajo, en la oscuridad, desmontó tres años de ingeniería en medio segundo.

La besé.

O ella me besó. Nunca lo sabremos, y no importa: el espacio entre los dos simplemente dejó de existir, y su boca era cálida y suave y sabía al chocolate de la carretera, y mi mano subió sola hasta su cara, los rizos enredándose en mis dedos, y ella soltó un sonido pequeño contra mis labios que atravesó el vendaje, la costilla, el pecho, y acertó directo en el lugar que yo llevaba tres años amurallando.

No fue un beso bonito.

Fue un beso hambriento, torpe, con tres semanas y media de retraso —su mano abierta sobre mi pecho exactamente donde estuvo la primera mañana, mi pulgar en su barbilla, los dos tirando del otro hacia más cerca como si cerca fuera poco.

Ella se irguió sobre las rodillas para alcanzarme mejor y yo olvidé la costilla, olvidé la nieve, olvidé mi propio apellido. El mundo se redujo a canela y calor y al sonido bajo de su respiración desencontrándose de la mía.

Y entonces, en alguna habitación de aquel pasillo, atravesando la pared fina como una lanza…

La carcajada de Mason. Alta, escandalosa, inconfundible, riéndose de alguna idiotez de Knox a tres puertas de distancia.

Los dos nos congelamos al mismo tiempo.

Su boca todavía en la mía. Mi mano todavía en su cara. Y el mundo entero volviendo de golpe, con nombre, apellido y regla número uno: el único de este equipo al que yo confiaría encerrado en una habitación con mi hermana.

Me aparté como quien está en un incendio.

Me levanté de la cama en un movimiento que la costilla me cobró con intereses, crucé la habitación hasta la ventana y me quedé de espaldas a ella, con las manos en la cabeza, la respiración destruida, el neón rosa parpadeándome en la cara como una alarma atrasada.

—Reed…

—Esto no ha pasado.

El silencio a mi espalda dolió más que la costilla.

—No ha pasado —repetí, más para mí, montando los ladrillos con las manos temblando—. Eres su hermana, Sadie. Él me sacó del agujero cuando Danny murió. Él confía en mí. Lo ha dicho hoy, delante del equipo entero, que confía en mí, y yo… —Me volví. Fue un error. Ella estaba sentada sobre los talones en medio de la habitación, con los labios todavía rojos del beso, los ojos enormes, y todo en mí quiso volver—. Yo no traiciono a la única persona que me tendió la mano. Ni por… —Por ti. Sobre todo por ti. Porque tú no serías un error pequeño. Tú serías el error que yo querría cometer para siempre—. …ni por esto.

Ella se quedó mirándome durante un largo rato.

Después asintió, despacio, y vi —porque ahora yo sabía leer — el momento exacto en que se puso la armadura: la barbilla subió, la sonrisa de mostrador se montó, pieza a pieza, y dolió verlo porque yo sabía el precio de cada pieza.

—Está bien. —Su voz salió ligera, fabricada, perfecta—. No ha pasado. —Se levantó, cogió el neceser de la mochila—. Yo me quedo con el lado izquierdo de la cama. Tú te quedas con el derecho y con tu conciencia. Los dos vais a necesitar espacio.

Cerró la puerta del baño.

Y yo me quedé solo en la habitación con una sola cama, con su sabor en la boca, su vendaje en las costillas, su nombre en todo —y la certeza, fría y completa, de que «no ha pasado» era la mentira más grande de todas las que había contado.

Porque había pasado. Y lo peor: iba a pasarme la noche entera, tumbado a veinte centímetros de ella, queriendo que pasara otra vez.

CAPÍTULO 18



«El problema de los cuerpos es que no firman los acuerdos que hace la boca.»

SADIE BROOKS

Me desperté caliente.

Fue el primer pensamiento, antes de abrir los ojos, antes de acordarme de dónde estaba: caliente.

Lo cual no tenía ningún sentido, porque el calefactor de la habitación 9 se había pasado la noche perdiendo la guerra contra la ventisca, y yo me había dormido encogida en mi mitad de la cama, rígida como una tabla, agarrada al borde del colchón como quien se agarra a un principio.

Abrí los ojos despacio. Y entendí por qué tenía calor.

En algún momento de la madrugada, nuestros cuerpos habían roto el tratado que nuestras bocas firmaron.

Yo estaba en medio de la cama —no, estaba más allá del medio de la cama, en territorio extranjero—, con la cara pegada a un pecho desnudo y vendado, mi mano abierta exactamente sobre el vendaje que yo misma había enrollado.

Su brazo estaba alrededor de mí, pesado, entero, con la mano abierta en mi cintura por debajo del bajo de mi sudadera, los dedos en mi piel, sujetándome contra él con la firmeza tranquila de quien no estaba pidiendo perdón ni durmiendo mal.

Reed Calloway, el hombre que dijo «esto no ha pasado» con mi boca todavía ardiendo en la suya, dormía abrazándome como quien abraza la última cosa caliente del planeta.

No te muevas. No respires. Piensa, Sadie.

La luz que entraba por la cortina fina era azulada y quieta — la ventisca había terminado, el mundo de fuera estaba en ese silencio absoluto de nieve recién caída.

El neón del MOT L se había rendido en algún momento de la noche. Y en la penumbra azul me quedé inmóvil, cometiendo el crimen perfecto: mirar.

Porque el Reed despierto era una fortaleza. Mandíbula apretada, ojos de tormenta, cada músculo de la cara de guardia. El Reed dormido era otra persona: la persona de la foto de la nevera.

Las líneas de la cara sueltas, los labios entreabiertos, el pelo oscuro aplastado contra la almohada del motel, la respiración profunda y lenta levantando mi cara junto con su pecho.

Parecía más joven. Parecía el hermano pequeño de alguien. Parecía un hombre que había dormido de verdad, por primera vez en mucho tiempo.

Y yo me iba a ir al infierno, porque mi primer deseo de la mañana no fue salir de allí.

Fue quedarme.

Fue fingir que todavía dormía, robar diez minutos más de aquel calor, grabar en la memoria el peso exacto de aquel brazo — porque yo sabía, con la precisión de quien cataloga abandonos desde los nueve años, que aquello tenía fecha de caducidad.

Que cuando él despertara, el muro subiría antes de que los ojos se abrieran. Que aquel brazo en mi cintura era como el coche de mi madre en la esquina: la última vez que se ve una cosa, una nunca sabe que es la última, así que esta vez yo quería saberlo.

Quería estar despierta para la despedida.

Estás enferma, Sadie Brooks. Esto no es romanticismo. Esto es coleccionar tu propia caída.

Fue su móvil el que decidió por nosotros.

La alarma vibró en la mesilla —las cinco en punto, claro, porque ni el fin del mundo cancela las cinco de la mañana de Reed Calloway— y yo cerré los ojos deprisa, cobarde, fingiendo dormir.

Sentí el momento en que se despertó. La respiración cambió. Su cuerpo entero registró, en un segundo, la geografía de la cama: yo en su pecho, su mano en mi piel, las piernas —ay, Dios mío, las piernas— enredadas en algún punto de la madrugada.

Se quedó completamente inmóvil. Un hombre de dos metros congelado por una chica de un metro sesenta y cinco durmiendo encima de él.

Y entonces —y esta es la parte que me voy a llevar a la tumba, la parte que no le conté ni a Quinn— no se levantó.

La alarma fue silenciada por una mano a ciegas. Y el brazo volvió. Se acomodó. Su mano subió despacio por mi espalda, por encima de la sudadera, en un movimiento que no era de quien se aparta: era de quien comprueba si es real.

Sentí su barbilla apoyarse suavemente en lo alto de mi cabeza. Sentí su pecho subir en una bocanada honda, de esas que una coge antes de hacer algo difícil.

Y oí, en un susurro ronco de sueño, tan bajo que era casi solo vibración en el pecho donde mi oreja estaba pegada:

—Maldita sea, Sadie.

No era rabia. Era rendición. Era un hombre constatando el tamaño de su propio problema con él todavía en los brazos.

Entonces se levantó. Despacio, con un cuidado casi doloroso, deslizándose de debajo de mí centímetro a centímetro, arreglando la manta alrededor de mis hombros —me arregló la manta— y yo me quedé allí con los ojos cerrados, con el corazón aporreándome las costillas, escuchando sus sonidos por la habitación: la ropa, el grifo del baño, la cremallera de la mochila.

La puerta se abrió con el soplo helado de la mañana y volvió a cerrarse, suave, sin golpe.

Solo entonces abrí los ojos.

En su lugar del colchón, el calor todavía. Y en la mesilla de mi lado, un vaso de café de la máquina de la recepción —solo, humeante, horroroso seguro— con una servilleta doblada debajo, sin nota, sin nada escrito.

Café solo. Servido sin preguntas. Invita la casa.

Me había devuelto mi propio gesto, en mi propio idioma, y me quedé sentada en aquella cama de motel riéndome y con ganas de llorar al mismo tiempo, porque eso era lo que éramos ahora: dos idiotas fluidos en un idioma que los dos fingían no hablar.

La carretera de vuelta estaba limpia, blanca y cegadora de sol, y Quinn aguantó exactamente once minutos de silencio.

—A ver —dijo, con los ojos en la carretera y voz de reportera en rueda de prensa—. La habitación…

—Tenía una sola cama.

El coche dio un ligero bandazo.

—**Una cama.** —Se recompuso, con las manos apretando el volante—. Sadie. Te dejé sola UNA NOCHE.

—La compartimos. Cada uno en su lado. Él durmió con el vendaje nuevo, yo dormí con la sudadera, y por la mañana me trajo

un café horrible de la recepción. Fin del informe.

Cada palabra era técnicamente verdadera, y la suma de todas era la mentira más grande que yo había contado jamás.

Quinn me miró de reojo, una mirada larga de quien huele la noticia detrás del comunicado de prensa, y yo aguanté, con la sonrisa de mostrador firme, porque aquel secreto no era mío para darlo.

Era nuestro. Y «nuestro» era una palabra demasiado nueva, demasiado frágil, demasiado prohibida para salir de la habitación 9.

—Mmm… —hizo, al final, volviendo a la carretera—. ¿Sabes cuál es el problema de mentirle a una periodista, no?

—¿Cuál?

—Ninguno. Solo anotamos la fecha para cobrarlo después. — Y puso la playlist mala, misericordiosa, dejándome hundirme en el asiento con mi secreto y el sabor del café horrible que me había bebido hasta la última gota.



La casa nos recibió al final de la tarde del lunes con la normalidad más ruidosa del mundo: Knox contando por quinta vez la historia de la cafetería abarrotada, Luka descongelándose delante del calefactor como un lagarto, Mason despatarrado en el sofá, quejándose de que diez horas de autobús deberían estar prohibidas por la constitución.

—¡Eh, hermanita! —Me agarró del brazo cuando pasé, plantándome un beso sonoro en lo alto de la cabeza—. ¿Has sobrevivido al Capitán Entusiasmo? ¿Hasta qué hora te aburrió? Apuesto a que se apagó a las nueve después de mirar la previsión del tiempo tres veces.

Al otro lado del salón, Reed subía la escalera con la mochila en el hombro sano. No se detuvo. Pero vi la pausa mínima en el peldaño, el medio segundo de espera por mi respuesta.

—A las nueve y media —mentí, poniendo los ojos en blanco con la competencia de años—. Después de mirarla solo dos veces. Se estaba soltando.

Mason soltó una carcajada, satisfecho, y volvió a sumergirse en la discusión del sofá, ciego, feliz, confiado —y su carcajada me atravesó como había atravesado la pared del motel, porque ahora tenía otro peso.

Ahora era la banda sonora de mi culpa.

¿Eso es lo que vas a hacer, **Sadie**? ¿Mentirle? ¿A Mason? ¿Al único de la familia que se quedó?

Subí a mi cuarto, cerré la puerta, deshice la maleta. Y fue dentro del bolsillo lateral de la mochila, envuelto en una servilleta que yo no envolví, donde lo encontré.

El pósit.

Amarillo, doblado en cuatro, con las marcas de lo que ha sido doblado y desdoblado muchas veces. Mi letra redonda.

Reed.

El pósit del muffin del Yost —que yo estaba segura de que había muerto en una basura de vestuario tres semanas atrás, y que en realidad había viajado hasta Minneapolis y vuelto en el bolsillo interior de la mochila de un hombre que dice «no ha pasado».

Lo había guardado todo ese tiempo. Y lo había metido en mi mochila por la mañana, en el motel, sin una palabra —devuelto, o confesado, o las dos cosas, porque con Reed Calloway la entrega y la rendición tienen siempre la misma cara.

Me senté en el suelo del cuarto con el pósit en la mano y el corazón haciendo algo demasiado complicado para tener nombre.

«No ha pasado», dijo. Y durmió abrazándome. Y me trajo café en mi lengua materna. Y llevó mi nombre en el bolsillo durante tres semanas y media como un contrabando.

Cogí un bolígrafo del escritorio. Desdoblé el pósit, alisé las marcas, y debajo del Reed de mi letra, escribí una sola palabra. Volví a doblarlo en cuatro.

El martes de madrugada, antes de salir hacia la panadería, me detuve en la cocina a oscuras —su cocina, la de las cinco de la mañana, la del primer choque— y pegué el pósit en la botella de agua que él dejaba todas las noches en el mismo estante de la nevera, en el mismo sitio, con la misma disciplina de siempre.

Y me fui a hornear, con el frío en el estómago de quien acaba de responder una carta que el remitente jura que nunca envió.

En el pósit, debajo de su nombre, ahora decía: Reed. Pasó.

CAPÍTULO 19



«Hay palabras que una consigue no decir. El problema es cuando alguien las escribe —porque entonces siguen existiendo aunque la boca esté cerrada.»

REED CALLOWAY

Las cinco de la mañana de un martes. Cocina a oscuras. Rutina.

Abrí la nevera para coger la botella de agua del mismo sitio de siempre, con la misma mano de siempre, en el mismo gesto automático que llevaba cuatro años haciendo —y me congelé con la puerta abierta, la luz amarilla de la nevera iluminándome como el foco de un flagrante.

El pósit estaba pegado a la botella.

Amarillo, doblado en cuatro, con las marcas de pliegue que me sabía de memoria, porque fui yo quien hizo cada una de ellas —tres semanas y media doblando y desdoblando aquel papel como un adicto que promete dejarlo mañana.

Yo lo había devuelto en el motel.

Había decidido, de madrugada, con ella durmiendo en mi pecho, que devolverlo era lo correcto: acabar con el contrabando, entregar la prueba, cerrar la frontera.

Un gesto limpio. Adulto. Definitivo.

Lo desdoblé.

Reed. Pasó.

Su letra redonda debajo de su letra redonda. Unas cuantas letras más, y el suelo de la cocina se inclinó.

Me quedé parado delante de la nevera abierta el tiempo suficiente para que el motor protestara, leyendo una sola palabra como si fuera a cambiar si la leía otra vez.

No cambió.

Pasó.

Sin interrogación, sin puntos suspensivos, sin espacio para negociar. Sadie Brooks había cogido mi mentira más importante, la que sostenía todas las demás, y había escrito la verdad encima con un bolígrafo cualquiera.

Doblé el pósit. Lo guardé en el bolsillo del chándal.

Otra vez. Lo has guardado otra vez, idiota.

Y me fui a correr al frío —hacia el lado opuesto de Kerrytown, por primera vez en casi un mes.

Aguanté diez días.

Diez días sin panadería. Diez días despertándome a las cinco y corriendo hacia el norte, hacia el este, hacia cualquier punto cardinal que no oliera a canela. Diez días tratando a Sadie, dentro de casa, con una cordialidad tan perfecta, tan lisa, tan profesional, que era peor que la grosería —y ella devolviéndome la misma moneda, sonrisa de mostrador, «buenos días, capitán», pasando la sal en la mesa sin que los dedos se tocaran nunca, los dos actores en un

teatro cuyo único espectador que importaba no sospechaba nada y se reía alto en el sofá.

Diez días descargando en el único sitio donde descargar es legal.

El miércoles, el entrenamiento fue tan duro que Doyle me sacó del hielo en mitad de un ejercicio, me agarró por el cuello de la camiseta de entrenamiento como si yo fuera un novato y apuntó su propia nariz contra la mía.

—¿Qué infierno es este, Calloway?

—Intensidad, coach.

—Intensidad es lo que yo pido. Eso de ahí es otra cosa. —Entornó los ojos—. Le has dado a Novak dos veces en el mismo ejercicio. A Novak. Tu portero. El tío al que deberías proteger con tu vida. —Me soltó la camiseta—. El viernes viene Ohio State a casa. Necesito al capitán, no a una picadora de carne con un problema sin resolver. No me interesa cuál. Resuelve tus problemas.

En el vestuario, Luka se sentó a mi lado mientras me quitaba los patines. Se quedó en silencio un minuto entero, a su manera, y después dijo la frase más larga que le oí en todo el semestre:

—La cocina lleva más de una semana sin oler a nada.

Y se levantó y se fue, dejándome con aquello.

Hasta Luka. Hasta el portero esfinge se había dado cuenta de que la casa había cambiado de olor.

El jueves por la noche apareció Beau. Sin avisar, como siempre, con su llave, como siempre, y me encontró en el garaje lanzando discos contra la pared acolchada a las diez de la noche —cincuenta, cien, ciento cincuenta golpes, la costilla protestando en cada uno, el ruido seco llenando el espacio para no tener que oír nada de dentro.

Se apoyó en el marco y se quedó mirando, comiéndose una de las galletas que seguro había robado de la cocina por el camino.

—¿Sabes —dijo al final, masticando— que la definición de locura es golpear el mismo disco esperando que se convierta en otra cosa?

—Vete, Beau.

—Tienes la costilla morada, tu defensa se enfrenta al rival mañana, son las diez de la noche y estás en un garaje helado librando una guerra contra una pared. —Sacó otra galleta del bolsillo —. Y hace una semana que la casa no huele a pan, lo cual, según mi investigación de campo, coincide exactamente con la vuelta de Minneapolis. ¿Qué pasó en el motel, Reed?

El disco golpeó la pared con fuerza suficiente para que el eco doliera.

—Nada.

—Nada —repitió Beau, y asintió despacio, con esa paciencia de quarterback que lee defensas—. Qué curioso. Es exactamente la cara que ponías a los quince años cuando Danny preguntaba quién había roto la ventana del cobertizo.

El nombre cayó en el garaje y se quedó.

Él lo hacía a propósito: decir Danny con naturalidad, en voz normal, como si estuviera permitido, como si fuera sano, porque en la cabeza de Beau lo era, y quizá lo fuera, y yo odiaba y necesitaba aquello a partes iguales.

Solté el stick. Me senté en el banco del garaje, con los codos en las rodillas, y Beau esperó, porque dieciséis años de amistad enseñan el tiempo exacto del silencio de cada uno.

—Ella escribió «pasó» —dije, al final, hacia el suelo.

—¿Y pasó?

—Creo que ya lo sabes.

—Entendido. —Se guardó el resto de las galletas en el bolsillo, ceremonioso, como quien guarda las pruebas—. ¿Y ahora qué estás haciendo, exactamente? En esa cabeza de hielo tuya, ¿cuál es la jugada?

—No hay jugada. Está Mason. —Levanté la cabeza—. No va de lo que yo quiero, Beau. Yo soy bueno en no tener lo que quiero. Va de lo que debo. Él me cargó a cuestas aquel primer año entero. Durmió en el suelo de mi cuarto la semana del entierro para que yo no despertara solo. Y la única cosa, la única, que me ha pedido en la vida…

—Pidió que nadie hiciera daño a su hermana —dijo Beau, bajo, sin prisa—. Yo estaba aquí la primera semana de ella, ¿te acuerdas? «Nadie la toca» es el idioma de Mason para decir «a esta ya la dejaron una vez, yo lo vi de cerca, y rompo la cara a quien lo haga otra vez». —Se despegó del marco y vino a plantarse delante de mí—. Ahora respóndeme a una cosa, capitán. Lleváis diez días sin hablaros. Ella está horneando como una loca a estas horas de la noche en algún sitio, apuesto lo que quieras. Tú estás en guerra con una pared. En esa jugada tan bonita de «proteger a la hermana de Mason»… ¿quién está siendo protegido exactamente?

No respondí.

—Ya. —Beau me dio una palmada en el hombro sano, marchándose ya—. Es lo que pensaba. Suerte mañana contra Ohio. Y, ¿Reed? —Se detuvo en la puerta del garaje, recortado contra la luz de la cocina—. A Danny le habría encantado ella. Detestaba a la gente que se rinde en el segundo periodo.

La puerta se cerró.

Y me quedé solo en el garaje helado, con la costilla palpitando, la frase de Doyle en una oreja —resuelve, no me interesa cuál— y la de Beau en la otra, y el pósit quemándome en el bolsillo del chándal, donde todavía lo llevaba, porque en diez días no había conseguido ni tirarlo ni responder, lo cual era la definición

exacta de mí: un hombre parado en medio de un puente, con miedo a los dos lados.

¿Quién está siendo protegido exactamente?

No era Mason.

Mason estaba estupendamente, riéndose en el sofá, ajeno, feliz.

No era Sadie: Sadie estaba al otro lado de una cordialidad que le dolía, yo veía que le dolía, yo sabía leer ahora cada pieza de la armadura y la veía ponérselas todas, todos los días, por mi culpa.

Era yo. Como siempre. El muro nunca fue cuestión de honor. El muro era miedo con una medalla colgada.



Viernes, las cuatro y cincuenta de la mañana. No corrí hacia el norte.

La Honey & Rye brillaba en la esquina oscura de Kerrytown como la única cosa encendida del mundo, y a través del escaparate la vi antes de que ella me viera: de espaldas, el moño torcido, enharinada hasta los codos, sola en su cocina, en su reino, doblando masa de hojaldre con esa paciencia que yo nunca tuve para nada que no fuera bloquear.

La campanilla sonó cuando empujé la puerta.

Se volvió. Y se detuvo. Y no montó la sonrisa de mostrador: me dio algo peor, la cara real, cansada, a la defensiva, los ojos color miel preguntando qué has venido a romper ahora sin gastar una sola palabra.

—Abrimos a las seis —dijo, fría, devolviéndome nuestra primera frase como quien devuelve una alianza.

—Lo sé.

Crucé la panadería. Ella alzó la barbilla, lista para la guerra, para la disculpa de protocolo, para el discurso del «esto no puede pasar» versión dos punto cero: la vi armar todas las respuestas detrás de los ojos.

No dije nada.

Saqué el pósit del bolsillo. Desdoblé los cuatro pliegues por última vez, alisé el papel sobre la piedra fría del mostrador entre los dos, junto a la harina, y lo dejé allí —con la tercera línea que yo había escrito a las cuatro y media de la mañana, sentado en el borde de mi cama, con el bolígrafo pesando un kilo.

Su letra, redonda: Reed. Su letra, redonda: Pasó. Y la mía, dura, torcida, de quien casi nunca escribe a mano:

Lo sé. Y va a ser un problema.

Ella leyó. Sus labios se entreabrieron, la respiración le cambió, y cuando levantó los ojos del papel hacia mí había en ellos una pregunta enorme y temblorosa que era mejor que cualquier sonrisa que me hubiera dado jamás.

—Café solo —dije, arrastrando el taburete de siempre—. Por favor.

Y me senté en mi sitio.

CAPÍTULO 20



«Existe un segundo entre la caída y el suelo en el que una todavía puede fingir que está volando.»

SADIE BROOKS

—Café solo —dijo—. Por favor.

Y se sentó en el taburete de siempre, como si diez días de invierno entre nosotros no hubieran existido, como si aquel papel amarillo sobre la piedra del mostrador no acabara de cambiar el estado de las cosas.

Lo sé. Y va a ser un problema.

Serví el café con las manos casi firmes. Casi. La taza tocó la piedra con un tintineo mínimo que me delató entera, y él se dio cuenta —claro que se dio cuenta, él se daba cuenta de todo, ese era el problema de los hombres silenciosos, gastaban en observación lo que ahorraban en palabras.

Me quedé en mi lado del mostrador. Él se quedó en el suyo. El pósit entre los dos como un tratado firmado por tres manos.

—Bueno —empecé, porque alguien tenía que inmolarse, y yo llevaba toda la vida presentándome voluntaria—. «Un problema».

—Un problema —confirmó, girando la taza.

—¿Es tu forma de decir que…?

—Es mi forma de decir que me pasé diez días corriendo hacia el lado contrario de esta panadería y siguió siendo el único sitio de la ciudad al que quería ir —le habló al café, con la voz baja y áspera de primera hora de la mañana, cada palabra saliendo con el coste de siempre—. Es mi forma de decir que no sé hacer esto, Sadie. Sé bloquear discos. Sé cargar con el equipo. Sé mentirles a los periodistas, a los ojeadores y a mí mismo. —Levantó los ojos—. A ti no puedo. Ya lo intenté diez días. Tú escribes una palabra en un papel y lo desmontas todo.

El corazón se me disparó tan fuerte que tuve miedo de que lo oyera desde el otro lado de la piedra.

—¿Y Mason? —pregunté, porque era la pregunta, la única, el nombre que vivía dentro de todos nuestros silencios.

Su mandíbula se apretó. Su pulgar recorrió el borde de la taza, una vuelta entera, antes de responder:

—No voy a mentirle a tu hermano para siempre. No puedo. Él es… —la frase falló— ya sabes lo que él es para mí.

—Lo sé. Es lo que es para mí también.

—Entonces estamos de acuerdo en el tamaño del problema. —Empujó el pósit un centímetro hacia mí, despacio, como quien mueve una pieza de ajedrez—. En lo que ya no estoy de acuerdo es en resolverlo fingiendo que no existes. Lo intenté. La casa se queda con un olor equivocado.

Me reí. No pude evitarlo: salió una risa corta, húmeda, atravesada de todo.

—Luka dijo lo mismo.

—Luka habla demasiado.

Y entonces nos reímos los dos, juntos, bajito, en la panadería vacía a las cinco de la mañana, y algo se asentó entre nosotros.

No era un plan. No era una promesa.

Era más pequeño y más grande que eso: era un acuerdo de tregua entre dos cobardes que acababan de admitir, por escrito, que estaban en el mismo agujero.

—¿Entonces qué hacemos? —pregunté.

—No lo sé. —Y fue la cosa más honesta que aquel hombre me había dicho jamás—. Yo nunca había llegado hasta aquí. —Terminó el café, dejó el dinero y la propina absurda de siempre, y se levantó. En la puerta, con la mano en el pomo, en el lugar exacto donde él siempre deja las frases más importantes, dijo sin volverse —: Hoy jugamos contra Ohio State. Después del partido, el equipo sale. Va todo el mundo. —Una pausa—. Ve tú también.

—¿Eso ha sido una invitación?

—Ha sido una información. —Pero tenía la oreja roja, y no era del frío—. La invitación es de Mason. Que te invite él.

La campanilla sonó. Salió hacia la oscuridad.

Y yo me quedé sujetando el pósit con las tres caligrafías, entendiendo despacio lo que acababa de inaugurarse: la fase en la que ya no lo negamos —solo que no sabemos dónde pisar.



El Yost un viernes contra Ohio State es el Yost del sábado elevado al cubo.

Es partido de odio antiguo, de «Children of Yost» con la voz ronca ya en el primer periodo, de arena entera vestida de guerra.

Quinn me arrastró al sitio de siempre cerca del cristal, con Cami a mi otro lado —libre del banquillo, «hoy he dejado sufrir a los becarios»—, y las dos intercambiaron por encima de mi cabeza una mirada de quienes habían notado que yo me había esmerado con el

delineador para un partido de hockey y habían decidido, por misericordia, no comentarlo.

Todavía.

Y Reed jugó.

No jugó como en el aniversario de Danny —aquello era un exorcismo, era un hombre sangrando en público.

Hoy era otra cosa. Hoy jugó suelto, si es que esa palabra cabía en él: los bloqueos precisos, pero sin furia suicida, la costilla protegida con inteligencia en vez de con cabezonería, y a mitad del segundo periodo, después de una parada imposible de Luka, vi —la arena entera vio— al capitán golpear el guante contra el casco del portero y decir algo que hizo que hasta Luka casi sonriera.

—Vale —dijo Quinn, lentamente, bajando el bloc de notas—. ¿Quién es ese y qué han hecho con el Iceman?

—Será la costilla, que está sanando —sugerí.

—Será —repitió ella, con la sequedad de quien anota la fecha para cobrarlo después.

Michigan tres, Ohio State uno. Mason marcó dos y celebró los dos señalándome en la grada, escandaloso, formando «MI HERMANA» con la boca para quien quisiera leerlo.

Y al final, cuando el equipo dio la vuelta, golpeando los sticks contra el hielo para saludar a los Children of Yost, Reed pasó patinando despacio por nuestro sector del cristal —y me miró.

Un segundo de más. Nuestro segundo.

Cami se atragantó con el refresco.

—Eso lo he visto —siseó.

—¿El qué?

—Sadie Brooks. —Me apretó el brazo, con los ojos abiertos de par en par de cotilleo en estado puro—. Ese hombre te ha

dedicado la mirada. Llevo tres años vendando atletas, conozco todas las miradas que existen, y esa no está en el catálogo de Calloway.

—Estás delirando de cansancio.

—Estoy descansada y lúcida y vosotras dos me lo vais a contar todo en el bar —decretó, y Quinn, al lado, solo asintió despacio, como una jueza confirmando la sentencia.

El bar se llamaba Skeeps, estaba encajado cerca del campus, y a las once de la noche de un viernes de victoria sobre Ohio State era un caldero maize and blue: el equipo entero en una mesa larga del fondo, jarras de refresco y cerveza disputándose el espacio, Knox recontando el segundo gol de Mason con coreografía, la mitad del bar pagándoles bebidas a los jugadores y la otra mitad haciendo fotos.

Llegué con las chicas y fui engullida por la mesa: abrazo de Mason oliendo a champú de vestuario, Knox levantándome del suelo, porque por lo visto ese es el saludo oficial de la casa, Luka regalándome, sin una palabra, el último aro de cebolla de su ración, lo que en su idioma era un discurso.

Reed estaba en la punta de la mesa. Agua con gas, porque él no bebía. Apoyado en la pared, medio fuera del círculo de luz, en su puesto de siempre: presente y aparte, el capitán que iba porque el equipo necesitaba que fuera.

No nos hablamos. No cruzamos diez palabras en toda la noche.

Y fue la conversación más larga de mi vida.

Porque había un idioma nuevo funcionando por encima de la mesa, invisible para todo el mundo menos para nosotros dos: él empujando la cesta de patatas hasta mi alcance sin mirar, cuando notó que yo no llegaba.

Yo deslizando una servilleta bajo su vaso sudado, porque él odiaba las marcas de agua en la mesa, eso ya lo sabía. Él

cambiándose de sitio, casual, dos asientos, cuando un tío de la mesa de al lado empezó a darme conversación con aliento a tequila —no le dijo nada al tío, no montó ninguna escena, simplemente existió de repente a mi lado, dos metros de señalización territorial bebiendo agua con gas, y el tío se evaporó.

—Fascinante —murmuró Quinn en mi oído, fingiendo leer la carta.

—Cállate.

—No he dicho nada. Estoy leyendo los postres.

A las doce y media, Mason se subió a un taburete para hacer un brindis —«¡por el Yost, por la defensa, por Luka que es un muro y por mi hermana que ha traído suerte y cookies a esta temporada!»— y la mesa entera gritó, y las jarras chocaron, y en medio del caos general de brazos y espuma, la mano de Reed encontró la mía por debajo de la mesa.

No fue un accidente. Los accidentes no entrelazan los dedos.

Fue medio segundo. Un apretón —firme, cálido, escondido del mundo entero en el bosque de rodillas y piernas de una mesa de bar— y soltó, antes de que nadie pudiera verlo, mientras allá arriba mi hermano brindaba por la hermana que había traído suerte, sin saber que debajo de su mesa la suerte estaba de la mano de su mejor amigo.

Yo no miré a Reed. Él no me miró a mí. Los dos miramos a Mason, sonriendo, levantando los vasos, dos traidores perfectamente sincronizados.

Y la culpa y la felicidad me dividieron el pecho por la mitad, una parte para cada una, como siempre habían hecho, como por lo visto siempre harían.

CAPÍTULO 21



«Todo contrabandista jura que hace la última travesía. Y después mira la frontera y piensa: solo una más.»

REED CALLOWAY

Nosotros nunca acordamos nada.

Eso era lo que nadie entendería después —ni Mason, ni el equipo, ni yo mismo, si tuviera que explicarlo en voz alta.

No hubo un día en que nos sentáramos y decidiéramos vamos a hacer esto a escondidas. Hubo solo una secuencia de «una vez más» que nunca terminaba.

Un café más a las cinco y cuarenta, ahora con ella en mi lado del mostrador en vez de en el otro, los hombros rozándose mientras me enseñaba, entre hornadas, la diferencia entre masa que reposa y masa que muere.

Un trayecto más desde la facultad que «por casualidad» coincidía con el final de mi entrenamiento, su Civic moribundo aparcado a dos manzanas del Yost, nunca en la puerta.

Una sesión más de cine en el salón con la casa entera —Knox roncando en el sofá, Mason con el móvil— y su mano y la mía

encontrándose bajo la manta en la tierra de nadie entre los cojines, los dedos entrelazándose en la oscuridad con la naturalidad de quien ya se sabe el camino de memoria.

Tres semanas.

Tres semanas de un idioma que nadie más hablaba, construido de segundos de más y de pósits —porque los pósits se convirtieron en algo nuestro, después del primero.

Ella pegaba uno en mi botella de agua: bloquea con el cuerpo, no con la cara, he visto la repetición.

Yo respondía en su caja de masa de la nevera: el cruasán del jueves estaba mejor que el del viernes, el del viernes reposó poco.

Ella: ¿desde cuándo entiendes tú de reposo, hipócrita?

Yo: desde que una panadera mandona me vendó en un motel.

Ninguno de los dos escribía lo que de verdad se estaba escribiendo. No hacía falta. El papel amarillo aguantaba el peso por nosotros.

Y yo debería estar hundiéndome de culpa —y me hundía, la culpa seguía allí, puntual, cada vez que Mason se reía en mi cara en la mesa del desayuno sin saber nada.

Pero había algo nuevo por encima de la culpa, algo que no sentía desde antes de la llamada de las tres de la madrugada, y tardé días en admitir su nombre.

Yo estaba feliz.

Feliz de una manera clandestina e insostenible, feliz como quien respira por una pajita —pero feliz.

La casa volvía a tener olor. El silencio de las cinco de la mañana tenía compañía. El hielo, en los entrenamientos, se había vuelto más ligero, y todo el mundo lo notaba y nadie sabía por qué,

y Doyle había dejado de mirarme torcido y había empezado a mirarme con desconfianza, lo que en su diccionario era un cumplido.

El problema de respirar por una pajita es que cualquiera puede pisarla.

Febrero terminó. Marzo llegó con los playoffs de la conferencia en el horizonte y los ojeadores dejando de ser visita para convertirse en mobiliario.

El miércoles, Doyle me llamó a su despacho después del entrenamiento, cerró la puerta y señaló la silla.

—Siéntate. Noticia grande.

Me senté. Giró el monitor hacia mí: un correo con un escudo que yo me sabía de memoria, porque pasé la adolescencia con él pegado en la pared de mi cuarto —del mío y del cuarto de Danny, los dos iguales, comprados juntos en una tienda de Cedar Hollow.

—Detroit —dijo Doyle, sin ceremonias, porque las ceremonias no son lo suyo—. Han mandado gente a los últimos cuatro partidos. Quieren una conversación formal contigo la semana que viene. No es un sondeo, Calloway. Es interés de primera ronda. —Se recostó—. Les gusta el paquete: defensa de élite, capitán a los veintidós, expediente limpio, sin escándalos, sin distracciones. Su agente usó esa palabra tres veces. Sin distracciones. Para ellos eso vale tanto como tu bloqueo.

Sin distracciones.

—¿Cuándo es la conversación?

—El viernes que viene, la víspera del partido. Van a cenar contigo. —Me estudió por encima de las gafas—. Es la vida de tu madre cambiando de piso, chaval. Es el equipo del que era tu hermano. Yo estuve en el entierro, me acuerdo de la camiseta en el ataúd. —Su voz ni siquiera se ablandó; Doyle decía las cosas brutales con la misma cara con que pedía un cambio de línea, y por

eso se podían aguantar—. Llega entero al viernes. Es lo único que te pido. Entero y sin ruido.

Salí del despacho con el corazón en dos compases al mismo tiempo.

Detroit. El equipo de Danny. La camiseta que mi madre dobló y puso en el ataúd, porque él lo pidió una vez, de broma, a los diecinueve años, sin saber que estaba haciendo testamento.

Si existía un final para la historia que empezó en un lago helado, era ese —y estaba a una semana y una cena de distancia.

Sin distracciones.

Y la distracción había dejado un pósit nuevo en mi botella por la mañana: el jueves jugamos en casa. después hay tarta de manzana de prueba para un trabajo de okafor. necesito una cobaya valiente. ¿conoces a alguien?

Yo había respondido: conozco a un tío. solo sabe bloquear discos, pero se esfuerza.

Doblé el recuerdo y lo guardé en el bolsillo de siempre.

Una cosa cada vez. Partido del jueves. Tarta. Detroit. En ese orden. Yo era bueno con el orden.

Debería haber recordado que el universo no lo era.

El jueves por la noche le ganamos a Michigan State por uno, en un partido feo y nervioso, y el Skeeps volvió a llenarse.

Fui porque el equipo fue —el capitán va—, me quedé en el puesto de siempre con mi agua, y ella llegó después con Quinn y Cami, y el idioma funcionó toda la noche por encima de la mesa sin que nadie lo viera: la cesta empujada, la servilleta, el cambio de sitio.

Rutina de contrabando. Tres semanas de práctica.

Salí antes que todo el mundo, como siempre —el capitán sale pronto, entrena pronto—, y fue en el aparcamiento oscuro de la

parte de atrás, entre mi coche y el muro, donde el perfume caro me alcanzó antes que la voz.

—¿Sabes qué es lo gracioso, Reed?

Tara. Apoyada en el coche de al lado del mío, abrigo blanco, la cara iluminada desde abajo por la pantalla del móvil que sujetaba con las dos manos, como quien sujeta un arma pequeña.

—No me interesa, Tara. —Pasé de largo hacia la puerta del coche.

—Lo gracioso —continuó, en la misma voz de conversación amena— es que tú nunca me llevaste al Skeeps con el equipo. Una temporada entera, y yo nunca me senté en esa mesa del fondo. Decías que era «cosa del equipo». —Giró la pantalla del móvil hacia mí—. Y resulta que vengo hoy con las chicas, y mira lo que es cosa del equipo ahora.

Yo no quería mirar. Miré.

La foto era oscura, tomada de lejos, desde el ángulo de quien estaba en la mesa equivocada del bar con el zoom correcto.

Pero se veía. La mesa larga, el equipo borroso alrededor, Mason de pie al fondo riéndose de algo —y en el borde inferior del encuadre, en el bosque de piernas y rodillas, debajo de la mesa, lo bastante nítidas: dos manos.

Entrelazadas. La suya pequeña en la mía, su pulgar por encima del mío, un gesto que nadie hace por accidente.

No se veía ninguna cara. Se veía mi chaqueta del equipo con la C de capitán en la manga. Y la pulserita de abalorios que Cami le había regalado la semana pasada, amarilla y azul, inconfundible para cualquiera de nuestra mesa.

El aparcamiento se quedó muy silencioso. Oí mi propia sangre.

—Tranquilo —dijo Tara, guardando el móvil en el bolsillo del abrigo blanco, despacio, saboreándolo—. No se la he mandado a nadie. Todavía. Es que no dejo de pensar… —Ladeó la cabeza, y su sonrisa era la cosa más fría de aquella noche de marzo—. Mason está ahí dentro tan feliz, ¿verdad? Brindando. Y la semana que viene tienes esa cena importante —ah, sí, todo el mundo sabe lo de la cena, Reed, Ann Arbor es pequeña y yo como con la hija de uno de los directores del programa. Sin distracciones, ¿no es lo que les gusta decir? —Pasó a mi lado, el hombro casi rozando el mío, el perfume llenándolo todo—. Tienes una buena semana por delante. Sería una pena que alguien le metiera ruido.

—¿Qué quieres?

La pregunta salió antes de que pudiera contenerla, y fue un error, porque preguntarle qué quería era admitir que tenía algo mío en la mano —y los dos oímos la admisión resonar en el hormigón.

Tara se detuvo, pero no se volvió. Dejó caer la respuesta por encima del hombro, ligera como la nieve:

—Quiero lo que siempre he querido, Reed. Quiero que recuerdes que estabas mejor conmigo. —Un paso—. Piénsalo con calma. Eres bueno en eso. —Otro paso, el tacón chasqueando contra el asfalto—. Dale un beso a la panadera. El lazo de su pulsera es una monada.

Su coche salió del aparcamiento sin ninguna prisa, porque quien tiene la bomba no corre.

Y yo me quedé parado en la oscuridad entre mi coche y el muro, con la llave en la mano y el corazón latiendo en código de emergencia, haciendo la cuenta que no cuadraba: la cena de Detroit en una mano, la foto en el móvil de ella en la otra, Mason riéndose ahí dentro sin saber nada, y ella —ella, la chica del pósit, del idioma — durmiendo a tres manzanas de allí, creyendo que nuestro mayor problema seguía siendo la conciencia.

Apreté los puños hasta que las llaves me marcaron la palma.

Me había pasado tres años aprendiendo que las cosas que no cierras con llave son las que te lo quitan todo.

Esta vez yo había cerrado. Había escondido. Lo había hecho todo en código, en papel amarillo, debajo de la mesa, antes del amanecer.

Y no había servido de nada.

CAPÍTULO 22



«Un noviazgo a escondidas es un deporte de invierno: ventanas cortas, hielo fino. Y, como todo deporte, tiene árbitro —solo que una nunca sabe dónde está.»

REED CALLOWAY

Una semana antes de que Tara apareciera con el móvil en la mano, el Civic de Sadie murió un miércoles, en el aparcamiento de la Stamps, con la dignidad de un caballo viejo: un suspiro, dos chasquidos y silencio.

Me enteré por pósit.

Ella había desarrollado, en las dos semanas desde mi nota de tres líneas, un sistema postal entero dentro de la casa: papeles amarillos en lugares que solo yo miraba —dentro de mi guante izquierdo, debajo de la botella de agua en mi estante de la nevera, una vez pegado al disco de entrenamiento dentro de mi mochila, lo que casi me costó una explicación ante Doyle.

El de aquel miércoles estaba en mi cuaderno de táctica, entre la página del power play y la del penalti:

El Civic ha muerto. Batalla honrosa. Mañana voy al turno con Cami en su coche.

P. D.: no te ofrezcas. Eres pésimo disimulando buenas acciones.

Me ofrecí.

No para el turno —tenía razón, las cuatro y media de la mañana era indefendible; ni Mason se creería una coincidencia a esa hora. Me ofrecí para la parte que nadie vigilaba: la vuelta de la clase nocturna del jueves, a las nueve y media, cuando la Stamps escupía a media docena de alumnos exhaustos en un aparcamiento oscuro y el campus entero ya estaba recogido.

Escribí la respuesta en el reverso de su pósit y lo pegué dentro del bote de harina que ella tenía en nuestra cocina —el bote que ninguno de los otros tres abriría ni bajo tortura, porque la harina, en la casa, era jurisdicción exclusiva suya:

Jueves, 21:30, puerta norte de la Stamps. Habrá una camioneta gris mal aparcada. No es una buena acción. Es logística de equipo.

La respuesta apareció tres horas después, dentro de mi guante izquierdo, lo que significaba que ella había bajado hasta el garaje solo para eso:

Logística de equipo. Ya. P. D.: ¿ahora aparcas mal a propósito? Encantador. ¿Quién te enseñó a flirtear, un manual de zamboni?

Lo leí solo en el garaje, a las once de la noche, y me reí —la risa corta, de nariz, que era lo máximo que me permitía dentro de casa, donde las paredes tenían oídos y los oídos tenían el sueño ligero.

Guardé el pósit en la caja de cinta aislante, donde vivían los otros doce.

Trece papeles en una semana y media. El muro tenía un servicio postal funcionando por dentro y el albañil fingía no verlo.



Jueves, las nueve y veintisiete, puerta norte de la Stamps.

Salió en medio de un grupo de sudaderas y carpetas de dibujo, se despidió de una compañera en el escalón y cruzó el aparcamiento hacia mí con la mochila al hombro y el paso estudiadamente casual de quien ha ensayado no correr —y falló en los últimos cinco metros, cubiertos en un trote menudo, con la sonrisa ya abierta antes de la puerta.

—Vaya camioneta mal aparcada —comentó, subiéndose, trayendo al interior de la cabina el frío de la noche y el olor a pintura y canela—. Dos plazas. Un escándalo. Alguien debería denunciarlo.

—El conductor es conocido en el departamento. Hacen la vista gorda.

—Corrupción en el campus. A Quinn le encantaría el tema. —Tiró la mochila al suelo, se giró entera en el asiento hacia mí, y durante un segundo nos quedamos solo en eso: los dos en la cabina oscura, a tres palmos de distancia, con dos semanas de notas acumuladas entre nosotros y ninguna pared cerca por primera vez desde el motel—. Hola —dijo, más bajo.

—Hola.

Besarla allí, en el aparcamiento norte, estaba fuera del protocolo: luz de farola, flujo de alumnos, una plaza doble llamando la atención.

Yo había establecido el protocolo. Yo había redactado el protocolo mentalmente con la seriedad de un plan de penalti.

El protocolo duró cuatro segundos.

Fue un beso corto, robado, de ella hacia mí —cruzó los tres palmos antes de que mi disciplina votara, una mano fría en mi mandíbula, canela y prisa—, y cuando se apartó, recomponiéndose el cinturón con la cara más inocente del condado, yo necesité un momento con el volante.

—Eso ha violado unas cuatro reglas —informé.

—Anótalo en el cuaderno de táctica. —Señaló el parabrisas—. Conduce, capitán. Si vamos a ser clandestinos, que sea con méritos: quiero ir a algún sitio donde podamos ser una pareja aburrida y normal durante una hora. Un sitio con mesa. Comida mala. Cero conocidos.

Yo ya tenía el sitio. Hacía tres días que tenía el sitio —desde el pósit del Civic, desde que la idea del trayecto había abierto, en medio de mi cuaderno de táctica, una ventana pequeña con forma de noche libre.

—Dexter —dije, metiendo la marcha atrás—. Veinte minutos. Hay un diner de carretera abierto hasta medianoche. Tortitas mediocres, café peor. Frecuencia media de conocidos: cero. Yo pasaba por allí volviendo de Cedar Hollow.

—Tortitas mediocres de noche en una ciudad donde nadie me conoce. —Se hundió en el asiento con un suspiro de teatro—. Reed Calloway, esto es una cita.

—Es logística de equipo.

—Trece pósits, Reed.

—Es una cita —admití, hacia la carretera.

Ella lo celebró en silencio, con el puñito discreto que hacía cuando ganaba una discusión, y yo conduje hacia el oeste en la noche de marzo sintiéndome, por primera vez en tres años, un hombre de veintidós años haciendo algo propio de su edad.



El Riverside Diner de Dexter no cambiaba desde que Danny y yo parábamos allí a la vuelta de los torneos: los mismos bancos de cuero agrietado, la misma tarta girando en la vitrina refrigerada como un planeta olvidado, la misma camarera de edad indeterminada que trataba a cada cliente como a un sobrino vagamente decepcionante.

Nos sentamos en el reservado del fondo —espalda contra la pared, vista de la puerta, costumbre de defensa—, pedimos tortitas y dos cafés, y durante la primera hora fuimos exactamente lo que ella había encargado: una pareja aburrida y normal.

Me contó lo de la clase, lo de un profesor de tipografía en guerra con la fuente Papyrus, lo del proyecto de la panadería cogiendo forma en el cuaderno de acuarelas. Yo le conté lo del entrenamiento, lo de Pereira y la jukebox, la nueva teoría de Knox de que Luka «canturrea en finlandés cuando para bien, fíjate».

Ella me robó media tortita por método arqueológico, capa a capa, creyendo que yo no la veía. Yo empujé el plato dos centímetros hacia ella y fingí no ver.

Debajo de la mesa, sus tobillos encontraron los míos y se quedaron.

Así que es esto, pensé, en mitad de una frase suya sobre serifas, con el café mediocre enfriándose y el mundo entero reducido a un reservado de diner.

De esto habla todo el mundo. Por esto Mason escribe nombres de chicas en la cinta del stick. Es solo esto: una mesa, comida mala y la persona correcta recostada enfrente.

Tres años. Me pasé tres años a veinte minutos de esto.

—Estás haciendo eso —dijo ella.

—¿Eso qué?

—Lo de mirarme como quien comprueba un marcador imposible. —Apoyó la barbilla en la mano—. ¿En qué estás pensando? Vale un pósit.

Y yo iba a responder —había decidido responder la verdad, lo cual todavía era novedad suficiente como para exigir impulso—, cuando la campanilla de la puerta del diner sonó, y tres años de instinto me hicieron mirar por encima de su hombro, y el mundo entero se trabó en el sitio.

Doyle.

El entrenador Doyle, con la chaqueta del programa y una gorra sin equipo, entrando en el Riverside Diner de Dexter a las diez y cincuenta de un jueves, con una carpeta de scout bajo el brazo.

—No te gires —dije, bajo, y algo en mi voz hizo que Sadie se congelara con el tenedor en el aire—. Doyle. En la puerta.

Para su crédito eterno, Sadie Brooks no entró en pánico. Posó el tenedor, dio un sorbo al café y susurró por encima de la taza, con la calma de quien negocia con un secuestrador:

—Vale. Opciones. ¿El baño tiene ventana?

—No vas a escaparte por la ventana de un diner.

—Escalo bien. Soy pequeña y estoy motivada.

—Sadie…

—Opción dos: finjo que te estoy vendiendo un seguro.

No hubo opción tres. Doyle tenía el radar de treinta y un años de vestuario: sus ojos barrieron el salón en dos segundos, me encontraron en el reservado del fondo —y se detuvieron.

Lo vi procesar la escena en orden: yo; la hora; la ciudad; la chica de espaldas. Lo vi decidir algo. Y lo vi cruzar el diner hacia nosotros con la carpeta bajo el brazo y la cara ilegible de siempre,

mientras debajo de la mesa Sadie retiraba los tobillos de los míos con la discreción de quien desactiva una bomba.

—Calloway. —Se detuvo en la cabecera de nuestro reservado. Me miró a mí. La miró a ella. Si la reconoció —y él estaba en el pabellón cuando Mason le presentó su hermana al mundo, él reconoce un patrón de cejas a cincuenta metros—, la cara no gastó ni un músculo en ello—. Señorita.

—Coach —dije—. Tarde para hacer scouting.

—El juvenil de Dexter tiene un defensa de dieciséis años que patina hacia atrás mejor que tú. Fui a comprobar si era mentira. —Levantó la carpeta medio centímetro, el informe entero en el gesto —. Lo era en parte. —Sus ojos bajaron a la mesa: dos tortitas, dos cafés, un plato empujado dos centímetros hacia el lado equivocado. La aritmética duró un segundo y medio—. Las tortitas de aquí son mediocres.

—Sí —asentí—. Por eso no viene nadie.

Silencio.

La tarta giró en la vitrina. La camarera gritó un pedido hacia la cocina. Y Doyle, treinta y un años de hockey, maestro en leer mentiras de jugador en el descanso, me miró por encima de la mesa de mi no-cita con la hermana de mi extremo, y dijo, en el tono exacto con que anuncia las alineaciones:

—El sueño es parte del entrenamiento, Calloway. Mañana hay vídeo a las ocho. —Se acomodó la carpeta y dio media vuelta. Dos pasos. Se detuvo. Y, sin girarse, con la mano ya en la puerta—: El acompañante de la señorita hará bien en conducir como defensa y no como delantero. La carretera tiene hielo después del puente.

La campanilla sonó. La puerta se cerró. Su camioneta arrancó fuera y desapareció en dirección a Ann Arbor.

Sadie y yo nos quedamos inmóviles cinco segundos enteros, como dos muñecos de diner olvidados en una mesa. Entonces ella

se desplomó de espaldas contra el banco de cuero, con las dos manos en la cara, y habló por entre los dedos:

—Lo sabe.

—No lo sabe.

—Reed. Ha dicho «el acompañante de la señorita». Ha hecho curaduría de la palabra. Ese hombre lo sabe.

—Lo sospecha. —Giré la taza. Una vuelta. Dos—. Saber y sospechar, para Doyle, son carpetas distintas. Él archiva la sospecha y solo abre la carpeta si se convierte en problema de vestuario. —Y la parte que no dije, porque todavía estaba terminando de entenderla: me miró, vio el plato empujado, y lo primero que hizo fue mandarme a dormir. No fue una bronca. Fue… aprobación, en dialecto Doyle. O lo más cerca que el dialecto llega de eso.

—Casi nos morimos —comentó Sadie, todavía por entre los dedos, pero la voz ya estaba cambiando, ya se estaba convirtiendo en aquella otra cosa, y cuando bajó las manos la risa ganó, silenciosa primero, después entera, contagiosa, y diez segundos más tarde los dos estábamos riéndonos en aquel reservado como dos idiotas, del peligro, del «señorita», de la ventana del baño, del seguro que ella iba a venderme —la risa de adrenalina de quien se ha escapado por poco, que es, iba a aprenderlo aquella primavera, uno de los mejores materiales de los que puede estar hecho un recuerdo.

—Esta ha sido la cita más desastrosa de la historia de las citas —declaró ella, secándose los ojos con la servilleta.

—Discrepo. —Empujé el resto de la tortita oficialmente hacia su lado—. Comida mala, mesa, cero conocidos durante el noventa por ciento del tiempo. Hemos cumplido el ochenta y cinco por ciento de lo acordado. En playoffs, eso clasifica.

—Acabas de convertir nuestro casi-pillados en estadística de playoffs.

—Es el idioma que tengo.

Me miró por encima del plato, y la risa se asentó en aquello que venía después de ella últimamente, algo más quieto y más hondo, y estiró la mano por encima de la mesa —en público, en un diner de Dexter, a cincuenta minutos de cualquier testigo que importara— y cubrió la mía.

—Vale un pósit —repitió, bajo—. ¿En qué estabas pensando? Antes de que el árbitro entrara con gorra.

Debajo de su mano, la mía se giró, despacio, palma con palma.

—En que me pasé tres años a veinte minutos de esto —respondí. Y como su cara hizo esa cosa que hace cuando digo la verdad sin anestesia, completé, hacia el café—: De las tortitas. Lo siento. Es por las tortitas.

—Claro. —Sus dedos se cerraron sobre los míos—. Por las tortitas.



Volvimos después de medianoche, por la carretera con hielo después del puente, conduciendo como defensa.

Aparqué a dos manzanas de casa —protocolo—, y ella bajó primero, sola, con la mochila, ensayada: la alumna que volvía tarde de la Stamps a pie.

Yo daría la vuelta a la manzana y llegaría ocho minutos después, por el otro lado, el capitán que fue a entrenar lanzamientos en el hielo público. La coreografía entera de lo clandestino, ridícula y necesaria.

Antes de cerrar la puerta de la camioneta, ella se inclinó de vuelta hacia el interior de la cabina.

—Reed. —Su cara bajo la luz de la farola, seria de repente—. En algún momento vamos a tener que parar con esto. Las dos manzanas, los ocho minutos. No hoy, no mañana. Pero en algún momento. Lo sabes, ¿verdad?

El motor se enfriaba, chasqueando bajito. A dos manzanas de allí, mi mejor amigo dormía sin saber que su hermana tenía el servicio postal de todo mi muro.

—Lo sé —afirmé. Y era verdad, y pesaba, y yo todavía no sabía el tamaño de la cuenta—. En algún momento.

Ella asintió, cerró la puerta con el cuidado de quien cierra, y cruzó la calle vacía.

La esperé desaparecer en la esquina, di la vuelta a la manzana, y cuando entré en casa, ocho minutos después, por la puerta principal que nunca se cerraba con llave, el pósit ya estaba en mi guante izquierdo —debía de haberlo escrito en el diner, debajo de la mesa, la estafadora:

Cita nota 8,5. Las tortitas perdieron puntos, el árbitro con gorra los ganó. P. D.: «tres años a veinte minutos de esto». Sé que no eran las tortitas. P. P. D.: yo también.

Catorce.

Lo guardé en la caja de cinta aislante, apagué la luz del garaje y subí a la habitación donde un trofeo robado montaba guardia —pasando, en el pasillo, por delante de la puerta tras la cual Mason dormía el sueño de los que confían.

En algún momento lo contamos. Cuando la temporada dé una tregua. Cuando aparezca el momento adecuado.

CAPÍTULO 23



«Me pasé la vida ofreciéndome a ocupar menos espacio. Nadie había rechazado nunca la oferta.»

SADIE BROOKS

El viernes por la noche, la Honey & Rye cerrada era mi lugar favorito del mundo.

Marnie me dejaba la llave las noches de prueba —«quien tiene mano puede tener llave», dijo, y yo casi lloré en medio de las bandejas—, y la panadería a las nueve de la noche era otro país: las luces de la calle entrando por el escaparate, el toldo verde proyectando una sombra larga, solo el horno encendido y la radio bajita y la ciudad pasando fuera sin saber que aquí dentro olía a manzana con canela y a mantequilla dorándose.

La tarta del trabajo de Okafor se enfriaba en la rejilla. La segunda —la de prueba de la prueba, porque yo nunca sé parar— estaba en el horno. Y mi cobaya valiente había mandado un mensaje a las ocho y media: saliendo del vídeo. 20 min.

A las nueve y cinco, sonó la campanilla.

Y lo supe antes de volverme. No sé explicar cómo —el peso de los pasos, el ritmo de la campanilla, el silencio que él trajo dentro junto con el frío.

Semanas de idioma me habían dado oído absoluto para Reed Calloway, y el acorde que entró por la puerta estaba equivocado.

Me volví. Lo confirmé.

Llevaba la chaqueta del equipo, el pelo húmedo de la ducha de después del entrenamiento y la cara de siempre —para cualquier otra persona.

Para mí, que había aprendido a leer aquel rostro ladrillo a ladrillo, todo estaba gritando: la mandíbula medio grado más apretada, los hombros cargando un peso extra, los ojos que me encontraron y se desviaron medio segundo demasiado rápido.

—Hola —saludó.

—Hola. —Me limpié las manos en el delantal, despacio—. Siéntate. La tarta ya casi está.

Se sentó en el taburete de siempre. Yo serví el café de siempre. Y dejé que el silencio trabajara, porque esa era la diferencia entre yo y todos los que habían intentado abrir a aquel hombre: yo no uso palanca. Yo dejo el horno encendido y espero.

Él giró la taza. Una vuelta. Dos.

—¿Qué tal el entrenamiento? —pregunté, cortando una porción de la tarta lista.

—Bien.

—¿La costilla?

—Mejor.

Puse la porción delante de él. Miró la tarta, y algo en su cara hizo un movimiento extraño, casi dolorido —como si la tarta fuera un reproche.

Y entonces dejé de esperar, porque hay veces en que el horno no basta.

—Reed. —Apoyé las manos en la piedra del mostrador, delante de él—. Has entrado aquí cargando con algo. Lo he visto desde la puerta. Tú me enseñaste a leerte, ahora aguanta las consecuencias. ¿Qué ha pasado?

Su mandíbula trabajó. Vi la lucha entera suceder detrás de los ojos grises —el instinto de cerrar con llave, tres años de entrenamiento, el muro subiendo por reflejo. Lo vi casi decir «nada». Vi formarse la palabra.

Y lo vi tragarse la palabra y elegir otra cosa.

—Tara tiene una foto.

El suelo de mi panadería se inclinó ligeramente.

Lo contó todo. El aparcamiento del Skeeps, el móvil girado hacia él como un arma pequeña, la foto oscura de nuestras manos debajo de la mesa —mi pulserita de abalorios de Cami, nítida, amarilla y azul, identificándome mejor que mi propia cara.

Contó lo de la cena. Detroit, el viernes que viene, primera ronda, la palabra sin distracciones repetida tres veces por un agente que decide futuros. Contó lo de la camiseta en el ataúd de Danny, y su voz raspó en ese trozo, y yo apreté la piedra del mostrador para no rodearlo y abrazarlo a mitad de frase, porque él necesitaba terminar. Contó la amenaza que no fue amenaza: sería una pena que alguien le metiera ruido.

Cuando terminó, el silencio de la panadería tenía otro peso. Fuera, pasó un coche. El horno zumbó.

Y mi cerebro hizo lo que mi cerebro hacía desde los nueve años, con una velocidad y una eficiencia que darían orgullo, si no fueran tan tristes: calculó mi tamaño en el problema. Y concluyó, en tres segundos, que el problema era exactamente de mi tamaño.

—Entonces lo dejamos.

La frase salió de mí lisa, lista, ensayada por una vida entera. Reed se quedó inmóvil.

—¿Qué?

—Lo dejamos. —Me oí decir, en el tono más razonable del mundo, el tono de quien resuelve logística—. Hasta junio. Hasta el draft. Son tres meses, Reed. Sin pósits, sin café, sin manos debajo de la mesa. La foto se convierte en nada: una foto oscura de dos manos, sin contexto, sin continuación. Tara se queda sin munición, la cena sale limpia, Detroit firma, tu madre se queda con la casa. —Respiré. Sonreí. Juro que sonreí—. Y después de junio ya veremos. Si todavía… si tú todavía… ya veremos.

¿Ves? Fácil. Eres buena en esto, Sadie. Ocupar menos. Costar menos. Ser la cosa que se aplaza sin dolor. Llevas toda la vida entrenando para este momento.

Reed me miró durante un rato largo. Después se levantó del taburete, despacio, dio la vuelta al mostrador —entró en mi lado, en el lado de la harina, donde los clientes no entran— y se detuvo delante de mí, cerca, los ojos de tormenta sobre mí con una expresión que yo nunca había visto en ellos.

Rabia. Pero no contra mí. Por mí.

—Has ensayado esto toda la vida, ¿verdad?

Me quedé sin aire.

—¿Qué…?

—Ese discurso. Esa oferta. —Su voz salió baja y áspera—. «Lo dejamos. Yo ocupo menos. Aplázame, encógeme, déjame en la estantería hasta que sobre espacio». —Negó con la cabeza, y la rabia en su voz tembló hacia otra cosa—. Se lo ofreciste a tu padre después de que tu madre se marchara. Se lo has ofrecido a todo el mundo que has querido que se quedara. Es tu versión de mi muro, Sadie. Yo dejo a la gente fuera con llave. Tú te encierras dentro y encima pides perdón por el espacio.

Una lágrima me pilló por sorpresa, terca, resbalando antes de que yo la autorizara. Él la vio, pero no retrocedió.

—Yo me pasé diez días fingiendo que no existías y casi rompo a mi portero en el entrenamiento. —Levantó la mano y me limpió la lágrima con el pulgar, áspero, cuidadoso—. Me pasé tres años cerrándolo todo con llave, y lo único que gané fue una casa silenciosa y una costilla que dejo que golpeen, porque el dolor de fuera calla el de dentro. Esconderse no protege, Sadie. Tú me vendaste en un motel y me enseñaste eso. —Su mano bajó hasta mi barbilla y la levantó, obligándome a mirar—. Así que no. No lo dejamos. Esa no es una de las opciones.

—Reed, es Detroit. Es el equipo de Danny. Es la casa de tu madre…

—Sé lo que es. —Su mandíbula se apretó—. Y voy a ir a la cena, y voy a jugar los playoffs, y voy a darles todos los motivos del mundo. Pero no voy a pagarte a ti como precio. —Respiró hondo, y la frase siguiente salió como quien levanta un peso por encima de la cabeza—: Y vamos a contárselo a Mason.

El mundo se detuvo.

—¡¿Qué?!

—Después de la cena. La semana que viene. Tú y yo, sentados delante de él, antes de que Tara o cualquier otra persona convierta esto en una foto sucia en un móvil. —Sus ojos no vacilaron —. Tendrá todo el derecho a partirme la cara. Yo lo dejaré. Pero va a oír de mí, mirándome, que no es un lío de fiesta, que no está escondido porque sea sucio. Está escondido porque es nuevo. Y acaba de dejar de estar escondido.

—Puede que no vuelva a hablarte nunca. A hablarnos. Puede…

—Puede. Y va a ser lo más difícil que he hecho fuera de un entierro. Pero Beau me preguntó una cosa la semana pasada que no supe responder. —Apoyó la frente en la mía, y el mundo entero se redujo al olor a manzana y a su aliento—. «¿Quién está siendo protegido exactamente?». La respuesta era: yo. Siempre fui yo. El

muro nunca protegió a nadie más que al albañil. —Su pulgar dibujó un arco lento en mi mejilla—. Me he cansado de protegerme de ti, Sadie Brooks.

El temporizador del horno pitó. Ninguno de los dos se movió.

La segunda tarta debía salir. El mundo entero debía continuar —Tara con la foto, la cena, Mason, el draft, todos los problemas exactamente del tamaño que tenían treinta segundos atrás.

Pero allí, en el lado de dentro del mostrador, en mi país de harina, con su frente en la mía y tres años de muro derrumbados en el suelo entre los dos, todo eso se quedó fuera del toldo verde.

—El horno —susurré.

—Deja que se queme.

—Tú no entiendes de repostería. Nosotras nunca dejamos que se queme.

Me aparté de él lo justo para apagar el horno, sacar la tarta —perfecta, dorada, cruel de tan perfecta— y apoyarla en la rejilla. Me quité el delantal por la cabeza, despacio, y lo colgué en el gancho.

Y cuando me volví, él me estaba mirando de aquella manera del hielo del Yost, la mirada que agrieta, solo que ahora sin seis mil personas, sin cristal, sin reglas sosteniendo el peso —solo él y yo y la panadería a oscuras y la decisión ya tomada en algún punto entre una lágrima y un temporizador.

Crucé el espacio entre los dos y lo besé.

Sin interrupción esta vez. Sin carcajada atravesando la pared, sin «no ha pasado» esperando a la salida.

Él me atrajo por la cintura con las dos manos y me sentó sobre la piedra fría del mostrador, entre la harina y los moldes, y me devolvió el beso como quien firma —despacio, hondo, definitivo—, y

yo enredé los dedos en su pelo y dejé que la última pieza de la armadura cayera al suelo de mi cocina, junto con el paño.

Cuando nos separamos para respirar, él se quedó allí, entre mis rodillas, con las manos en mi cintura, la respiración desacompasada, los ojos haciéndome la única pregunta que quedaba.

—La casa está llena —dije, bajito—. La casa está siempre llena.

—Lo sé.

—La panadería tiene un sofá horrible en el despacho de Marnie. Cabe uno y medio.

—Sadie…

—Quédate —pedí.

Y esta vez no era por el café.

CAPÍTULO 24



«Tres años guardándolo todo. Nadie me advirtió de que rendirse también es una forma de guardar —solo que la llave se queda con otra persona.»

REED CALLOWAY

—Quédate —pidió.

Y esta vez no era por el café.

El despacho de Marnie era del tamaño de un bolsillo: un escritorio sepultado bajo facturas, una planta que luchaba por su vida en la ventana estrecha, y el sofá prometido —verde, antiguo, honestamente horrible, cubierto con una manta de punto que alguna abuela había tejido en el siglo pasado.

La luz que entraba era solo la de la cocina atravesando la puerta entreabierta, y el olor a manzana asada y canela venía con ella, como si la panadería entera hubiera decidido seguirnos.

Ella entró delante de mí, tirando de mi mano, y se detuvo en medio del cuarto minúsculo. Y entonces, por primera vez desde el mostrador, dudó.

Lo vi. Observé su valentía dar aquel vacilón mínimo —los dedos apretando los míos medio grado más, la respiración volviéndose superficial, los ojos color miel subiendo hacia los míos con una pregunta que ella era demasiado valiente para no hacer y demasiado vulnerable para hacer en voz alta.

Está esperando que cambies de idea. Se ha pasado la vida entera viendo a la gente cambiar de idea sobre ella.

Levanté la mano despacio y le aparté un rizo de la cara, sujetándolo detrás de la oreja. Dejé la mano allí, abierta en la curva de su cuello, el pulgar en la línea de la mandíbula.

Su pulso latía contra mi palma, rápido.

—¿Estás segura? —pregunté.

Porque necesitaba preguntarlo. Porque tres años de hielo no me quitaron eso: me dejaron más lento, más pesado, más roto, pero no me quitaron eso.

Ella soltó el aire en una sonrisa pequeña, temblorosa.

—Me pasé una noche entera de motel oyéndote respirar y fingiendo dormir. —Su mano subió y se abrió sobre mi pecho, en su sitio, el sitio de la primera mañana—. Estoy segura desde antes de tener permiso para estarlo.

—Sadie…

—Estoy segura, Reed. —Sus ojos se fijaron en los míos, firmes ahora—. ¿Y tú?

Y esa era la pregunta, ¿verdad? La que nadie me había hecho en tres años, porque nadie se había acercado lo suficiente para hacerla.

Seguro.

Yo estaba seguro de los bloqueos. De los horarios. De las facturas y de los marcadores. Estar seguro sobre una persona —sobre entregarle a alguien la llave de lo que me pasé tres años amurallando— era un idioma que yo había declarado muerto.

La miré. La harina en la mejilla. La pulserita de abalorios amarilla y azul. La barbilla alzada de quien ya ha recibido los golpes del abandono y aun así abría la puerta.

—Sí —afirmé. Y era verdad, y la verdad no dolió—. Desde hace tiempo. Solo era demasiado cobarde para firmarlo.

Ella sonrió —la sonrisa de verdad, la que no daba en el mostrador—, y tiró de mí por el cuello de la chaqueta, y el mundo dobló su tamaño y encogió hasta un sofá verde al mismo tiempo.

El beso empezó donde el del mostrador había terminado, pero cambió rápido.

Ya no había interrupción posible, y los dos lo sabíamos, y ese conocimiento lo transformaba todo: cada roce dejó de ser robado para ser dado, y la diferencia entre robar y ganar era del tamaño de tres años.

Me quité la chaqueta sin soltar su boca. Ella se rio contra mis labios cuando la cremallera se enganchó, y su risa dentro de un beso era algo por lo que yo habría cambiado cualquier contrato de cualquier equipo del planeta.

Mis manos encontraron el bajo de su jersey y se detuvieron.

—¿Puedo?

—Si vas a pedir permiso para cada prenda, terminamos en julio —susurró, y se quitó el jersey por la cabeza ella misma, los rizos cayendo en cascada, y se quedó allí en la luz prestada de la cocina, en camiseta fina y valentía, más guapa de lo que mi imaginación se había atrevido en los días en que yo dejaba trabajar a la imaginación.

—Déjame discrepar en silencio —dije, ronco.

—¿De qué?

—De julio. —Tracé la línea de su hombro con el pulgar, despacio, coleccionando el escalofrío que le subió por la piel—. Iba a decir que algunas cosas merecen la lentitud. Tú me enseñaste eso. Masa que reposa y masa que muere.

—Prestaste atención…

—Presto atención a todo lo que dices desde el día en que me ofreciste un muffin creyendo que yo iba a echarte de casa.

—Me estabas echando de casa.

—Era un idiota.

—Lo eras. —Me subió la camiseta, y sus manos se abrieron sobre mis hombros, bajaron por el pecho, se detuvieron en el vendaje que ya no necesitaba estar allí, pero que yo mantenía porque había sido ella quien lo puso. Sus ojos se quedaron un segundo en la cinta—. ¿Todavía duele?

—No cuando haces eso.

—¿Eso qué?

—Cualquier cosa.

Me empujó sentado en el sofá horrible y se sentó encima de mí, con las rodillas a los dos lados de mis caderas, y el mundo quedó reducido a su peso cálido y a la luz de la cocina dibujando el contorno de los rizos.

Sujeté su cintura con las dos manos —mis manos enormes, brutas, entrenadas para bloquear y sujetar sticks, ocupando su curva entera con un cuidado que yo no sabía que habían guardado.

Despacio, Calloway. Esto se hace una sola vez. La primera vez con ella no tiene repetición.

Y fuimos despacio.

Despacio como habíamos sido en todo —tres semanas y media de café antes de un beso, un motel antes de una verdad, una guerra de pósits antes de una rendición.

Cada prenda fue una frontera negociada con un beso, cada trozo nuevo de piel un país descubierto y nombrado.

Aprendí que ella se estremecía entera cuando la boca pasaba por detrás de la oreja. Que se reía, nerviosa y preciosa, cuando mis dedos le contaban las costillas una a una. Que dejaba de reírse de golpe cuando los dedos llegaban a donde ella quería, y que el sonido que hacía en esa frontera era lo que yo iba a oír dentro de la cabeza en cada habitación de hotel de cada viaje de mi vida.

Ella tiró de la manta de punto de la abuela del sofá en algún momento y nos hundimos en ella, piel contra piel, por fin, su cuerpo pegado al mío de la frente a la rodilla, y tembló —no de frío.

—Eh. —Le levanté la cara por la barbilla—. Mírame.

Me miró. Los ojos color miel enormes en la oscuridad, brillando, asustados y decididos al mismo tiempo, y entendí el temblor, porque era el mío también: no era miedo de lo que íbamos a hacer.

Era miedo del tamaño. De que cupiera tanto en una sola cosa.

—Yo no me voy a ninguna parte —dije, contra su boca—. ¿Me has oído? Esto no es una noche. Yo no sé hacer «una noche» contigo. No quiero aprender.

—Reed…

—Di que me has oído.

—Te he oído. —Una lágrima resbaló, y ella se rio de sí misma, y me besó con la risa y la sal juntas—. Idiota. Te he oído.

Cuando por fin la tuve entera —despacio, con sus dedos clavándose en mis hombros y mi nombre quebrándose en su boca como una cosa nueva—, el mundo hizo algo que no hacía desde hacía tres años.

Se quedó quieto.

No el silencio de la casa vacía, el silencio de cementerio que me acompañaba desde la llamada.

Otro. Un silencio lleno, habitado, del tamaño exacto de dos —solo su respiración desacompasándose de la mía, la radio olvidada sonando bajito en la cocina, el mundo entero en pausa al otro lado de un despacho del tamaño de un bolsillo.

Tres años guardándolo todo para nadie, pensé, con la cara en su cuello, su corazón latiendo contra mi pecho como una cosa mía. Y ella desmontó la caja fuerte con pósits y café solo.

—Reed. —Su voz llegó después, blanda, en un hilo, sus dedos dibujando círculos perezosos en mi nuca.

—Mmm…

—La tarta se ha enfriado.

Me reí. De verdad, desde el fondo, un sonido que no reconocí de inmediato porque hacía tres años que no salía entero —y la sentí

sonreír contra mi sien, coleccionando la risa igual que yo coleccionaba sus sonidos.

—Se calienta en el horno. Tú siempre dices que la tarta de manzana recalentada está mejor.

—Eso lo digo del cruasán, profano. La tarta de manzana recalentada es una tragedia. —Levantó la cabeza, con la barbilla apoyada en mi pecho, los rizos en un caos absoluto, la cara arrugada de felicidad—. Vamos a tener que comernos una tragedia a las once de la noche.

—Yo me como cualquier tragedia que tú hornees.

—Eso es lo más romántico que me has dicho nunca.

—Lo sé. Estoy evolucionando.

Ella soltó una carcajada, y me besó, y comimos tarta fría de madrugada envueltos en una manta de punto en un sofá horrible —ella con una camiseta mía, yo escuchándola explicar con la boca llena por qué la masa de la segunda tarta había quedado mejor que la de la primera—, y en algún momento entre un tenedor y otro, me sorprendí haciendo algo que no hacía desde Cedar Hollow, desde el lago, desde antes:

Planear. Futuro. En plural.

Y entonces, de la nada, en medio del plural, la cara de Mason.

Su tenedor se detuvo a mitad de camino. Ella leyó el cambio en mí en el medio segundo de siempre —el idioma funciona en los dos sentidos, esa es la parte buena y la parte terrible.

—La semana que viene —dijo, bajito.

—La semana que viene —confirmé—. La cena el viernes. Mason el sábado. —Cogí su mano, la de la pulserita, y entrelacé los dedos por encima de la manta, sobre la mesa, a la luz —sin mesa de bar por encima, sin oscuridad, sin esconderse. Un anticipo—. Juntos.

—Juntos —repitió ella.

Y si el mundo tuviera la decencia de terminar las historias donde se lo merecen, habría terminado allí: tarta fría, manta de abuela, dos idiomas convirtiéndose en uno.

Pero fuera, en algún lugar de la ciudad, un móvil guardaba una foto oscura.

Y el sábado ya estaba llegando.

CAPÍTULO 25



«Toda mi vida me he despertado preparada para lo peor. Nadie nos entrena para la mañana en que todo sale bien.»

SADIE BROOKS

Despertar en el sofá horrible de Marnie con un jugador de hockey de dos metros era un problema de física que resolvimos mal y con mucha buena voluntad.

Me desperté primero, con su brazo de ancla en mi cintura y la manta de punto enrollada alrededor de los dos como una segunda masa de hojaldre, y me quedé un minuto entero sin moverme —no por la táctica del motel, esta vez.

Esta vez fue solo para mirar.

La luz de la mañana entraba por la ventanita estrecha por encima de la planta moribunda y le caía en la cara, y el Reed dormido seguía siendo la persona de la foto de la nevera, solo que ahora esa persona se había pasado la noche llamándome cosas que yo iba a guardar para siempre en un bote hermético dentro del pecho.

—Me estás mirando —dijo, ronco, sin abrir los ojos.

—Estoy haciendo inventario. Es una costumbre profesional.

—¿Y cuál es el saldo?

—Positivo. —Le pasé el dedo por la ceja, por la línea de la nariz, bajando—. Un capitán levemente dañado, una tarta consumida en circunstancias trágicas, una manta de abuela que nunca volverá a ser la misma. Y son… —espié el móvil en el suelo y me congelé— Reed. Son las seis y diez.

Él abrió un ojo.

—¿Y?

—¿Y? ¡Los sábados yo no entro hasta las siete, pero Marnie llega a las seis y media! —Yo ya me estaba desenrollando de la manta en pánico, recogiendo ropa por el suelo del despacho en el orden equivocado—. ¡Estoy medio desnuda en el despacho de mi jefa con un atleta! ¡Esto es un despido! Esto es peor que un despido, esto es una decepción, ella me dio la llave, Reed, la llave es un voto de confianza…

Él se levantó del sofá con una calma criminal, se vistió en una cuarta parte de mi tiempo —años de vestuario—, y cuando Marnie abrió la puerta principal a las seis y veintiocho, se encontró la panadería impecable, el horno encendido, dos hornadas de cruasanes en marcha —bendita sea la masa laminada la víspera— y un cliente madrugador con chaqueta del equipo sentado en el taburete de siempre, tomando café solo con la cara más lisa del hemisferio norte.

—Capitán —saludó Marnie, colgando el abrigo.

—Señora.

Lo miró a él. Me miró a mí. Miró la rejilla donde a la segunda tarta de manzana le faltaba una porción que ninguno de los dos había recordado disimular, y la manta de punto del despacho, que por la puerta entreabierta estaba doblada con un esmero que ninguna manta tiene espontáneamente a las seis de la mañana.

—Sadie —dijo, atándose el delantal, sin prisa—. La masa de la segunda tarta.

—Fermentación más larga —respondí, en un hilo de voz profesional.

—Hum. —Cogió su propia taza—. Sí. Algunas cosas mejoran cuando dejamos de tener prisa. —Y se fue al mostrador de la parte delantera sin una palabra más, y yo viví, morí y renací en tres segundos, y Reed escondió el casi-sonrisa en la taza, y ese fue el primer día de la burbuja.

CAPÍTULO 26



«Me pasé la vida entrenando las manos para impedir cosas. Ella me enseñó un domingo que las manos también sirven para lo contrario.»

REED CALLOWAY

La llave de la Honey & Rye era de latón gastado y venía con tres reglas.

Marnie se la entregó a Sadie el domingo por la tarde, en el mostrador, envuelta en un paño de cocina y en un discurso de cuatro frases: «Los domingos por la noche la panadería es vuestra. Regla uno: la cocina queda más limpia de lo que estaba. Regla dos: las existencias se reponen. Regla tres: el sofá de mi despacho es mobiliario, no escenario; vuestra lección es de horno, y el horno se aprende de pie».

Y se marchó a su cena familiar, dejándonos en la acera con una llave, una noche entera y la cara de dos adolescentes a los que les han dado la casa y no saben por dónde empezar el desorden.

—Me ha dado la llave —dijo Sadie, mirando el latón en la palma como quien mira un documento histórico—. Ayer me pilló saliendo del despacho con la manta en la mano y tu camiseta del revés, y hoy me ha dado la llave.

—Te ha dado tres reglas.

—Me ha dado la llave, Reed. En la religión de Marnie eso es un sacramento. —Cerró los dedos alrededor del latón y me miró con un brillo que yo ya sabía clasificar como peligroso para mi cronograma—. Y sé exactamente lo que vamos a hacer con ella.

Fue así como, a las siete de la tarde de un domingo de marzo, con el cartel de CERRADO vuelto hacia una Kerrytown de farolas encendidas y nadie en la calle, me encontré en el lado de dentro del mostrador por primera vez —en su lado del mostrador—, con las mangas dobladas y un delantal que Marnie usaba para recibir a los proveedores y que a Sadie le llegaba al tobillo y en mí parecía un babero de bautizo.

—Cinnamon rolls —anunció, golpeando la encimera con las dos manos, profesora convocando a la clase—. La receta de la casa. Si vas a seguir comiéndote mis existencias a precio de novio, vas a aprender de dónde salen. Reglas de la cocina: aquí dentro mando yo, la levadura tiene horario y tu opinión sobre eficiencia no ha sido invitada.

—Yo no he dado ninguna opinión.

—Has mirado mi balanza y has pensado «yo haría esto en una hoja de cálculo». Te he visto.

Yo había pensado exactamente eso.

No confirmé nada. Ella leyó la confesión en mi cara de todas formas, porque a estas alturas de mi vida yo ya había aceptado que mi rostro, blindado para seis mil personas, era papel de periódico para una panadera de un metro sesenta y cinco.

Y empezamos.

Ella volcó harina sobre la encimera con un gesto amplio, sin medir —«la mano sabe», dijo, cuando busqué la balanza—, y me puso a disolver la levadura en la leche templada, «templada de pulso, no de termómetro; toca, siente; si tú aguantarías un baño a

esa temperatura, la levadura también». Yo metí el dedo en la leche con la concentración de quien prueba el hielo de un lago, y ella se rio de mí sin ninguna piedad, y la radio vieja sonaba bajito en la emisora de deportes, porque ella la había dejado en mi canal desde un jueves de febrero y nunca la cambió de vuelta —un detalle que yo había notado, archivado y no comentado, porque hay gestos que comentados se deshacen.

La masa fue mi adversario más tramposo del año.

Yo sabía usar las manos. Era mi profesión. Manos que bloqueaban discos a cien por hora, que frenaban antebrazos de delanteros, que vendaban, que sujetaban el stick a quince bajo cero.

Pero la masa no era un disco: la masa no venía hacia ti; la masa se quedaba allí, blanda y paciente, esperando a que te equivocaras.

Amasé con demasiada fuerza —«no es una pelea, Reed, es una conversación»—, después con demasiada cautela —«ahora le estás pidiendo perdón, y eso ella lo odia»—, y ella acabó colocándose detrás de mí, lo cual era técnicamente imposible dado nuestro aprovechamiento de la altura, y cubriendo el dorso de mis manos con sus palmas, harina sobre harina.

—Así —habló, contra mi espalda, empujando conmigo—. Dobla, gira un cuarto, empuja con la base de la palma. Otra vez. Peso del cuerpo, no del brazo. Tú haces esto en el hielo todo el tiempo, yo lo he visto: es transferencia, no fuerza.

—Esto es lo más parecido a un ejercicio de fundamentos que me han dado fuera de una pista.

—Bienvenido a mi training camp. —Su barbilla se apoyó en medio de mi espalda—. La diferencia es que aquí el resultado nos lo comemos.

Y en algún momento —entre una doblez y un cuarto de giro, con sus manos guiando las mías y el olor a levadura subiendo de la encimera— la cosa se destrabó.

La masa dejó de ser adversario y se convirtió en lo que ella siempre supo que era: un ritmo.

Dobla, gira, empuja.

El mismo lugar de la cabeza donde vive el pase de salida bien dado, el bloqueo en el momento justo —el lugar sin palabras, donde el cuerpo piensa solo y el resto de mí por fin se calla.

—Ahí —dijo Sadie, bajito, soltando mis manos y retrocediendo un paso para verme trabajar—. Lo has encontrado.

Lo había encontrado. Y junto con el ritmo vino, sin pedir permiso, algo que me atravesó tan de sorpresa que mis manos casi perdieron el compás: Danny nunca supo cocinar nada.

El pensamiento entero, con voz y todo. Danny quemaba el agua, decía nuestra madre; vivía de sándwiches de después del entrenamiento y de la sopa de ella.

Habría sido un desastre en aquella encimera. Me habría tirado harina en el segundo minuto y habría convertido la clase en una guerra y la cocina en un campo de batalla, y Sadie nos habría echado a los dos y después nos habría dejado volver, porque lo haría, ella era exactamente del tipo que deja volver.

—Eh. —Su mano en mi antebrazo—. Te has ido. ¿Adónde?

Tres años de entrenamiento mandaron la respuesta lista: nada, cansancio, el entrenamiento de mañana. Tres años de entrenamiento se perdieron por el camino, porque desde un mapa dibujado en un cristal empañado yo venía aprendiendo el camino contrario, y el camino contrario pasaba por allí, por aquella cocina, por ella.

—A mi hermano —respondí, sin dejar de doblar la masa, porque descubrí en ese momento que era más fácil decir las cosas con las manos ocupadas—. No sabía cocinar. Nada. Una vez intentó hacer tortitas de cumpleaños para mi madre y la alarma de incendios llamó la atención de dos manzanas. Estaba pensando que

él habría reventado esta clase tuya en cinco minutos. Y que tú lo habrías dejado volver a la semana siguiente.

Sadie se quedó un segundo quieta. Después se apoyó en la encimera a mi lado, de frente a mí, con harina hasta los codos, y preguntó lo que nadie pregunta —porque todo el mundo pregunta cómo murió, o no pregunta nada, y ella siempre supo que la puerta era otra:

—¿Él también era de dejar volver?

—Él era de ni siquiera dejar salir. —Y entonces, doblez a doblez, con la radio narrando un partido de los Red Wings que nadie escuchaba, conté historias que no contaba desde el funeral: Danny convenciendo a la cafetería de Cedar Hollow de abrir fuera de hora después de una derrota estatal, «porque una derrota sin patatas es derrota doble»; el Danny que se sabía de memoria el pedido de todo el equipo y siempre pagaba el del novato más joven; el Danny que una vez condujo cuarenta minutos de madrugada porque a un compañero de equipo lo había dejado la novia y «el teléfono no abraza». —Él hacía esto que haces tú —dije, y me oí decirlo antes de entenderlo—. Lo de convertir la comida en un lugar. Solo que él no usaba el horno. Usaba la mesa.

Sadie se quedó mirándome con los ojos brillando por encima de la encimera enharinada.

—Reed Calloway. Eso es lo más bonito que has dicho nunca en horario comercial.

—Estamos fuera del horario comercial.

—Por eso mismo ha salido entero. —Se limpió el rabillo del ojo con el dorso de la muñeca, dejándose una coma de harina en la mejilla, que decidí no avisarle, por motivos de archivo personal—. A reposar. —Cubrió la masa con el paño, decretando el descanso—. Cuarenta minutos. La levadura trabaja, nosotros esperamos. Es la parte de la receta que los impacientes odian.

—¿Y qué hacemos mientras esperamos?

—Nada. Esa es la lección dos. —Se aupó a la encimera limpia, se sentó con las piernas colgando y golpeó con la mano el espacio a su lado—. La mayoría de las cosas buenas tienen un tiempo en el que lo único que se puede hacer es quedarse cerca y dejar que trabajen. Sube. El horno es mío, pero el descanso es nuestro.

Subí. La encimera de Marnie crujió en señal de protesta y aguantó. Y nos quedamos allí, los dos, sentados entre la harina y la espera, los hombros pegados, la radio narrando un power play lejano, y yo conté otra historia de Danny, y ella contó una de su abuela —la de las manos en la masa, «las manos no saben mentir»—, y cuarenta minutos pasaron de la manera en que pasa el tiempo cuando nadie lo vigila: sin contar.

Los rolls salieron del horno a las diez y media. Torcidos. Desiguales. Uno de ellos sangrando canela por el lateral como una herida dulce.

—Están mal —diagnostiqué.

—Están vivos. —Cogió el más torcido de todos, lo partió por la mitad, sopló y me dio una parte—. Prueba, ingeniero.

Estaba mejor que cualquier cosa simétrica que yo hubiera comido jamás.

No lo dije; comí en silencio, y ella leyó el veredicto en el segundo bocado, porque mi cara era como el papel de periódico, y le sonrió a su propio trozo con una vanidad pequeña y merecida.

Fue durante la limpieza —regla uno en ejecución, yo en el fregadero, ella secando— cuando la burbuja dejó entrar, por primera vez en toda la noche, un hilo del exterior.

—Mason llega mañana por la mañana —dijo, hacia el paño de cocina. La mitad de la plantilla había ido a un amistoso benéfico en Grand Rapids; Mason había pasado el fin de semana fuera, lo que explicaba la valentía logística de nuestra noche—. Quedamos en que sería el sábado que viene, después de la cena. Y Marnie se ha

enterado primero y… —Dobló el paño, lo desdobló—. Y ya me he sorprendido deseando aplazarlo otra vez. He sido yo, asumo aquí la autoría. He pensado: una semana más. Los playoffs empiezan la semana que viene, él está feliz, está jugando bien, por qué ahora. Luego viene la final. Luego siempre viene algo. —Me miró—. Estamos haciendo aquello otra vez, ¿verdad? Lo de dejar la verdad para después.

Los platos se enfriaban en mi mano bajo el grifo. A dos manzanas y un mundo de allí, el cuarto de Mason esperaba a su dueño, y la caja de cinta aislante de mi garaje ya no cerraba bien de tanto papel amarillo.

—Sí —admití—. Y yo soy la mitad de la autoría, porque aplazar es mi modalidad olímpica. —Cerré el grifo—. El sábado. Después del partido, ganemos o perdamos, antes de que la semana invente un motivo nuevo. Nos sentamos con él, los dos juntos, y se lo contamos entero. Sin ensayo, sin pósit. Cara a cara.

—El sábado —repitió ella, y estiró el meñique enharinado hacia mí, solemne—. Juramento de meñique. En mi familia es vinculante, aviso.

Enganché el mío en el suyo, un contrato de dos centímetros en medio de una cocina limpia, y los dos sonreímos, aliviados de esa manera peligrosa de quien cree que agendar la valentía es lo mismo que tenerla.

Cinco días. ¿Qué puede pasar en cinco días?

La noche de Kerrytown estaba quieta y fría, y nos marchamos por la calle vacía, a dos palmos reglamentarios de distancia el uno del otro, con una bolsa de cinnamon rolls torcidos para los chicos —«di que los manda Marnie»— y harina en mis puños que no me lavé bien a propósito.

Debería haberlo aprendido en el hielo: el disco nunca espera tu tiempo de levadura.

El viernes, a las cinco y cincuenta de la mañana, el teléfono de Knox iba a encenderse antes que el sol —y la verdad, que habíamos agendado para el sábado, iba a llegar de la manera en que siempre llega la verdad aplazada.

Por la puerta equivocada. A la hora equivocada. De la mano equivocada.

CAPÍTULO 27



«La felicidad con fecha de caducidad sigue siendo felicidad. Yo, más que nadie, siempre supe hacer que durara lo que iba a acabarse.»

SADIE BROOKS

La burbuja tenía reglas que nadie enunció.

Dentro de casa, nada cambiaba —ese era el acuerdo tácito y la parte más difícil. Delante de Mason, de Knox, de Luka, nosotros éramos exactamente lo que siempre fuimos: la jefa y el capitán, cordiales, dos inquilinos en ruta de colisión educada.

Yo le pasaba la sal sin tocarle los dedos. Él se quejaba de que la casa olía a demasiado azúcar.

Knox seguía haciendo bromas sobre que Reed era la única persona de América inmune a mis cookies, y Reed lo confirmaba con la cara de piedra de siempre, y yo me reía con ellos, y por dentro nosotros coleccionábamos el secreto como niños coleccionando cromos repetidos —inútil, valioso, nuestro.

Fuera de casa, el mundo había doblado su tamaño.

Estaba el café de las cinco y cuarenta, que ahora terminaba con un beso detrás de la puerta del despacho antes de que llegara

Marnie. Estaba el asiento del copiloto del Civic, donde un defensa profesional doblaba dos metros de piernas sin quejarse para acompañarme al mercado de Kerrytown a comprar manzanas —y descubría, espantado de sí mismo, que sabía elegir fruta, porque su madre hacía tartas en Cedar Hollow y algún niño de diez años dentro de él todavía recordaba el olor.

Estaba el miércoles en que apareció por la Stamps al final de mi clase de estudio, apoyado en la pared del pasillo como un guardia de seguridad contratado, y miró mi proyecto —la identidad visual de la panadería imaginaria, los dibujos del toldo, del letrero, de las cajas— durante demasiado tiempo, en demasiado silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté, insegura, lista para encogerme.

—Un lugar al que todo el mundo pueda volver —leyó, bajo. Después me miró—. Vas a construir esto.

No era una pregunta, ni un cumplido. Era esa manera suya de hablar de los marcadores: la constatación de un hecho futuro.

Y yo lo guardé en el bote hermético junto con el resto, porque nadie en toda mi vida había hablado de mi sueño en el tiempo verbal de lo seguro.

Y estaban las noches.

No muchas —la logística de dos horarios imposibles y una casa llena era un enemigo a la altura—, pero las que había eran en el despacho de Marnie, que ella pasó a «olvidar» sin cerrar con llave los viernes con cara de quien no olvida nada, o en su coche, en un mirador sobre el río Huron, empañando cristales como adolescentes, riéndonos en la oscuridad, intercambiando las historias que faltaban: yo le conté lo de la ventana, lo de los nueve años, el día en que dejé de esperar.

Él me contó lo del lago, lo de Danny enseñándole a frenar sobre el hielo, lo de la camiseta de Detroit en el ataúd —y lloró, por primera vez en tres años, dijo, y yo lo sostuve, y después se quedó

veinte minutos en silencio con mi mano presa entre las dos suyas como quien se agarra al borde de algo.

La burbuja era perfecta. La burbuja tenía un calendario en la pared.

Viernes: la cena de Detroit. Sábado: Mason. Y nosotros no hablábamos de eso en los encuentros —regla tácita número dos—, pero el plazo vivía en todo, le daba un sabor particular a cada beso, esa intensidad de última semana de vacaciones, de comerse despacio la última porción.

Yo conocía ese sabor desde niña. La felicidad con fecha sé hacerla durar como nadie.

El problema era que un secreto con plazo tenía la costumbre de filtrarse por los bordes. Y los bordes de mi vida tenían nombre, apellido y olfato periodístico.

Jueves, el piso de Quinn y Cami, noche de «sesión de cine» que era la excusa para la pizza y el inventario de la vida ajena.

Cami acababa de contar la novela de su defensa insoportable —«me llevó la camilla de equipamiento hasta el coche SIN QUE YO SE LO PIDIERA, quién se cree que es»— cuando Quinn, despatarrada en el puf, me apuntó con el mando a distancia sin ni siquiera pausar la película.

—Vale. ¿Quién es?

—¿Quién es quién?

—Sadie. —Pausó la película. Ceremonia máxima—. Estás horneando menos.

—Estoy horneando lo mismo…

—Hoy has traído pizza comprada. Comprada, Sadie. Hace tres semanas habrías aparecido con una focaccia de autor y un postre de prueba. —Se sentó recta en el puf, en modo declaración—. Miras el móvil y le sonríes a la nada. Anteayer te equivocaste con MI

pedido, que es el mismo desde el día uno. Y hay un brillo general ahí que no es de levadura. —Entornó los ojos—. Soy reportera y tu mejor amiga. Me estás ofendiendo en las dos categorías al mismo tiempo.

Cami soltó la porción, con los ojos ya enormes.

—Ay, Dios mío. Es la Mirada Que No Existe En El Catálogo. Es él. ¿Es él?

Y allí, apretujada entre las dos mejores cosas que Michigan me había dado, con la película en pausa y dos caras esperando, tomé una decisión ejecutiva sobre el secreto que no era solo mío: lo fileteé.

—Hay alguien —admití—. Es reciente, es serio, y es complicado de una manera que todavía no puedo explicar. No porque no confíe en vosotras. Porque hay otras personas en la ecuación que merecen saberlo primero, y lo van a saber, el sábado. Después del sábado, os lo cuento todo. Lo juro por el horno de Marnie.

Silencio. Las dos se miraron por encima de mí, una conversación entera en medio segundo —ellas también tenían idioma, me di cuenta, todo el mundo que se quiere inventa uno.

—El sábado —repitió Quinn.

—El sábado.

—Vale. —Quitó la pausa de la película, y yo casi me relajé, y entonces completó, casual, con los ojos en la pantalla—: Solo para que conste: yo lo sé desde el motel, Cami lo sabe desde el Skeeps, y la única investigación abierta era cuándo ibas a ascendernos de testigos a confidentes. —Cogió una porción—. El sábado está estupendo. Lo cobraremos.

—Sois insoportables.

—Somos buenas —corrigió Cami, y me abrazó de lado, fuerte, oliendo a palomitas—. Y sea quien sea el muchacho —hizo

unas comillas generosas con los dedos—, si te hace daño, yo sé exactamente dónde están todas las articulaciones del cuerpo humano y cómo funcionan al revés.

Me reí, y algo en mí se asentó más hondo en su sofá. El sábado, pensé. Después del sábado, se acaba el contrabando. Vida a la luz del día. Solo falta cruzar el viernes.

Debería haber tocado madera.

Viernes por la mañana, las cinco y cuarenta, la Honey & Rye en el ritual de siempre —él en el taburete, café solo, yo doblando la masa, el día de la cena de Detroit por fin allí y los dos fingiendo con heroísmo que era un viernes normal.

Su móvil vibró sobre la piedra del mostrador. Una vez. Dos. Tres seguidas.

Vi el cambio en su cuerpo antes de que girara la pantalla hacia mí. El idioma, en los dos sentidos, siempre.

Era el grupo del equipo. Un aluvión de mensajes desplomándose, Knox en mayúsculas, novatos mandando signos de interrogación, y encima de todo, compartida desde una cuenta anónima recién creada que había etiquetado a media docena de jugadores durante la madrugada —una foto.

Oscura. Tomada de lejos, desde una mesa de bar, con el zoom correcto.

Dos manos entrelazadas debajo de una mesa. Una chaqueta con una C en la manga. Una pulserita de abalorios, amarilla y azul.

Y el pie de foto, en letras que leí tres veces sin poder creerlo:

«Vuestro capitán perfecto tiene un secreto. Preguntadle de quién es la manita. 🍁?? »

El cupcake. Mi emoji. La firma que yo usaba en el grupo de la casa, que Tara no podía conocer de ninguna manera —a menos que alguien se la hubiera enseñado.

Levanté los ojos hacia Reed. Su cara se había cerrado, tormenta completa, y la mandíbula apretada decía lo que la boca todavía no había conseguido: La bomba no esperó al sábado.

CAPÍTULO 28



«Ensayé mil veces cómo contárselo. Nadie ensaya la versión en la que llega tarde.»

REED CALLOWAY

Hay una cosa que el hockey enseña y que ningún otro sitio enseña igual: la diferencia entre el plan y el partido. El plan existe en el vestuario, en la pizarra, en la víspera.

El partido existe en el hielo, y el hielo no lee pizarras.

El plan era: cena el viernes, Mason el sábado. Sentados, tranquilos, mirándolo a los ojos. La verdad entera, en el orden correcto, por nuestra boca.

El partido era: viernes, las seis y diez de la mañana, el grupo del equipo ardiendo en mi móvil sobre la piedra de un mostrador de panadería, y una cuenta anónima sujetando la cerilla.

—Reed. —La voz de Sadie salió pequeña. Estaba blanca, con la mano suspendida sobre la masa, los ojos en la pantalla—. El emoji. El cupcake. Solo el grupo de la casa…

—Lo sé.

—Tara no podía saberlo…

—Lo sé. —Guardé el móvil. La cabeza ya había entrado en modo partido, fría, rápida, haciendo la única cuenta que importaba: Mason dormía hasta las ocho los viernes sin entrenamiento matinal. Su móvil se quedaba cargando en la cocina. Si la foto había caído en el grupo del equipo a las cinco y cincuenta, yo tenía, en el mejor de los casos, dos horas antes de que él despertara y su mundo se desplomara a través de una pantalla.

Él no se va a enterar por una pantalla.

—Quítate el delantal —dije—. Nos vamos a casa. Ahora.

—¿Ahora? Pero el plan…

—El plan ha muerto. —Cogí las llaves—. Va a oírlo de nosotros antes de leerlo. Es la única parte del plan que todavía se puede salvar, y no voy a perderla.

Ella no discutió.

Se quitó el delantal, le gritó algo a Marnie sobre una emergencia familiar —que era, técnicamente, la verdad más exacta posible—, y corrió conmigo hasta el coche en el frío azul de las seis y media, y ninguno de los dos dijo nada en el trayecto, porque no había nada que decir, solo la ciudad pasando y su mano apretando la mía sobre el cambio de marchas, helada.

Aparqué delante de casa a las seis y cuarenta. La luz de la cocina estaba encendida.

—Él se despierta a las ocho —susurró Sadie, mirando la ventana—. Los viernes siempre se despierta a las ocho…

Pero Knox tenía gimnasio a las siete. Y Knox estaba en el grupo del equipo. Y por la ventana de la cocina, parado en medio de la habitación con el móvil de Mason en una mano y el suyo propio en la otra, Knox nos miraba llegar juntos, a las seis y cuarenta de la

mañana, en mi coche —y su cara ya lo había entendido todo y estaba suplicando haber entendido mal.

Entramos. La cocina estaba en silencio. Knox soltó los dos móviles sobre la mesa, despacio, como quien suelta armas.

—Dime que es un montaje —pidió, bajo—. Mírame a la cara y dime que es un montaje, capitán, y yo personalmente encuentro a quien lo hizo y lo resuelvo.

Le sostuve la mirada.

—No es un montaje.

Knox cerró los ojos. Se pasó la mano por la cara, por la barba, y soltó un taco largo y sentido, en un susurro, mirando al techo como quien le pide paciencia a un dios cualquiera.

—Su cuarto —dije—. Él todavía…

—Durmiendo. —Knox abrió los ojos—. Su móvil está aquí abajo. No ha visto nada. —Me miró a mí, después a Sadie, y su expresión hizo algo complicado: rabia, decepción, y por debajo de todo, contra su voluntad, una punta de alivio de quien por fin entendía meses de olor a pan y de capitán sonriendo sin motivo—. Tenéis diez minutos antes de que me vaya al entrenamiento. Yo no voy a contarle nada a nadie, porque no es mío para contarlo. Pero, Reed… —Cogió la mochila, se detuvo en la puerta de atrás, y la voz le salió grave—: Él durmió en el suelo de tu cuarto una semana entera. Les cuenta esa historia a los novatos todavía hoy, de cómo el capitán es su hermano. Sube ya. Cada minuto que él duerme sin saber es un minuto que le estás robando.

La puerta se cerró de golpe.

Sadie temblaba. Cogí sus dos manos entre las mías.

—Juntos —dijo ella, con la barbilla alzada, los ojos empañados y firmes al mismo tiempo, y Dios, cómo amaba yo la valentía de aquella mujer.

—Juntos.

Subimos. Llamé a su puerta —dos golpes, los mismos dos golpes de siempre— y la voz de Mason llegó desde dentro, pastosa de sueño:

—Si no es un incendio, es un homicidio.

—Mason. —Mi voz salió firme. Años de vestuario—. Necesito hablar contigo. Es serio.

El colchón crujió. Pasos. La puerta se abrió y Mason apareció en calzoncillos y camiseta, con el pelo disparado, los ojos entornándose contra la luz del pasillo —y deteniéndose en mí, y después en su hermana medio paso detrás de mí, los dos vestidos de calle a las siete menos cuarto de la mañana, con caras de velatorio.

El sueño se le fue de la cara de golpe.

—¿Quién ha muerto?

—Nadie ha muerto. Baja con nosotros. A la cocina. Por favor.

Y allí, en la mesa donde Sadie había puesto los muffins la primera mañana, con el café que nadie tocó enfriándose en tres tazas, le conté a mi mejor amigo que estaba enamorado de su hermana.

Lo conté en el orden correcto, como lo había ensayado para el sábado: la panadería, los cafés de madrugada, el motel —Sadie me apretó la mano por debajo de la mesa cuando no me salté el motel—, las semanas de idioma, la noche del viernes pasado.

Conté que no fue un lío, que no fue un juego, que yo había luchado en contra por él y había perdido por ella. Conté el plan de contárselo el sábado, mirándolo a la cara, y conté por qué el sábado se había convertido en hoy: Tara, el aparcamiento, la foto, el grupo del equipo ardiendo en ese preciso minuto en su móvil, que cargaba allí, en la encimera.

Mason no dijo una palabra durante todo el relato.

Esa era la parte equivocada. Mason no se quedaba en silencio. Mason interrumpía, hacía bromas, soltaba tacos, gesticulaba. Mason en silencio era un instrumento tocando una nota que yo nunca había oído, y cada segundo de aquella nota apretaba más la habitación.

Cuando terminé, miró su propio móvil en la encimera.

Se levantó. Lo cogió. Abrió el grupo del equipo. Y vi —los dos vimos— su cara mientras los ojos bajaban por la foto oscura, por las dos manos, por la pulserita de su hermana que él mismo había elogiado la semana pasada, por el pie de foto con el emoji de ella.

Soltó el móvil sobre la mesa, con un cuidado exagerado, como quien desconfía de su propia mano.

—Tres semanas —dijo, al final. La voz baja, plana, irreconocible—. Te has sentado a esta mesa conmigo todos los días durante tres semanas. —Sus ojos subieron hacia mí, y yo habría preferido mil veces que subieran en furia; subieron heridos, y herido era peor—. El viaje. El motel. Yo os defendí a los dos delante del equipo entero. Dije «es el único en quien confiaría». Me he convertido en un chiste, Reed. El chiste está en el grupo. Con la firma de mi hermana.

—Mason…

—Y tú. —Se volvió hacia Sadie, y la voz se le quebró por la mitad—. Me llamaste el martes. Hablamos media hora. Me contaste lo de la tarta, lo de Okafor, lo del proyecto. Media hora, Sadie. ¿No sobraron treinta segundos para la verdad?

Una lágrima bajó por la cara de ella.

—Quería contártelo mirándote. Te merecías eso, no una llamada…

—¡Me merecía saberlo antes! —Su mano bajó contra la mesa, y las tres tazas saltaron, y el café frío se derramó, y la nota

nueva por fin estalló en sonido—. ¡Antes que el equipo! ¡Antes que una cuenta anónima! ¡Antes que la maldita ex de él! ¡Soy tu hermano! ¡Soy su mejor amigo! ¡Era la última persona de esta ciudad que podía enterarse el último, y adivina, me iba a enterar por un meme!

Empujó la silla, con las manos en la cabeza, y yo me levanté —despacio, con las palmas abiertas, como quien se acerca a un animal herido.

—Tienes razón. En todo. Nos equivocamos con el tiempo, y el tiempo era lo único tuyo en esta historia. Pelea conmigo. No con ella. Fui yo quien pidió esperar, yo quien tenía la cena, yo quien…

—¡No me protejas! —Sadie se levantó también, feroz de repente, limpiándose la cara con rabia—. La decisión fue de los dos, Mason. Yo lo escondí porque tuve miedo. Miedo de esa cara que estás poniendo ahora. Miedo de que me obligaras a elegir, y yo no sé elegir entre vosotros dos, no quiero aprender…

—Yo nunca te obligaría a… —Mason se detuvo. Cerró los ojos. Respiró. Y cuando los abrió, me miró solo a mí, e hizo la pregunta que yo esperaba desde la primera mentira, la pregunta para la que había ensayado mil respuestas y no traje ninguna—. La regla existía por un motivo, Reed. Yo la vi quedarse atrás una vez. Tenía diez años y me quedé sujetándole la mano en la ventana hasta que oscureció, esperando un coche que no volvió. Juré que nunca más. —Su voz descendió hasta un lugar hondo—. Y entonces la traje dentro de mi casa, al único lugar del mundo que yo controlaba, y le entregué la llave al tío que yo sabía —que yo sabía, porque te conozco mejor que nadie— que se va en junio.

El silencio cayó en la cocina como la nieve.

Junio.

El draft. Detroit. La palabra que vivía debajo de todas las demás y que nadie había dicho en voz alta hasta ahora —ni yo, ni ella, ni los pósits.

Mason, herido y furioso, había ido directo al hueso que los enamorados fingen que no existe.

—Mason… —empezó Sadie.

—No. —Cogió la sudadera de la silla, el móvil, las llaves. No volvió a mirarnos—. No voy a pegarte, Reed, porque hoy tienes una cena que vale la casa de tu madre, y porque Danny… —La voz le falló; tragó saliva—. Porque tú ya has perdido demasiados hermanos como para que yo te pegue el día más importante de tu año. Pero no puedo miraros a los dos ahora. Hoy no.

Se detuvo en la puerta de la cocina, de espaldas, y la última frase salió casi demasiado baja para oírse:

—Todo el mundo siempre la deja. Yo era el que se quedaba. Me habéis quitado hasta eso.

La puerta principal se cerró de golpe. Su coche arrancó.

Y Sadie se desplomó en la silla y lloró —el llanto de verdad, el que nunca mostraba, el de los nueve años— y yo me quedé arrodillado delante de ella en medio de una cocina con café derramado, sujetándola con las dos manos, con el grupo del equipo ardiendo en mi bolsillo, una cena con Detroit en doce horas, y la frase de mi mejor amigo clavada donde Tara nunca podría alcanzar.

El tío que se va en junio.

CAPÍTULO 29



«Mi hermano decía: el segundo periodo es donde mueren los partidos. No es donde pierdes. Es donde decides si sigues jugando.»

REED CALLOWAY

El restaurante estaba en la última planta de un edificio de Detroit, con ventanas del suelo al techo y la ciudad entera encendida allá abajo, y en cualquier otro viernes de mi vida yo me habría pasado la cena entera pensando: Danny debería estar viendo esto.

Aquel viernes, lo pensé. Solo que junto vino el resto.

El día había sido el más largo del año. Después de que el coche de Mason arrancara, la mañana se convirtió en control de incendios: Doyle me llamó a las ocho y cuarto —claro que la foto le había llegado; todo le llegaba a Doyle— y la conversación duró noventa segundos, de los cuales él habló ochenta.

—Me da igual con quién sales, Calloway. Me importa un vestuario partido en semana de playoffs y un circo en año de draft. Brooks no ha aparecido en el vídeo de las ocho, ha dicho que era «gripe», y yo tengo sesenta años, así que finge que me lo he creído. Arregla tu casa. Y esta noche, en esa mesa, tú eres el jugador que

yo entrené cuatro años. El resto se queda en el vestuario. ¿Entendido?

—Entendido, coach.

—Y Calloway. —Una pausa—. Un equipo que quiere saber de cotilleos antes que de carácter no se merece tu bloqueo. Acuérdate de eso si aprietan.

Colgó antes de que yo entendiera que aquello había sido, en dialecto Doyle, un abrazo.

El equipo en sí fue menos simple.

En el entrenamiento de media mañana, el vestuario tenía ese silencio eléctrico de quienes han dejado de hablar del tema exactamente cuando tú entras. Luka vino patinando desde la portería en medio del calentamiento, se detuvo a mi lado, se ajustó el guante y dijo, mirando el hielo:

—Ella puede seguir trayendo cookies.

Y volvió a la portería. En el idioma de Luka, aquello era una carta de apoyo firmada ante notario.

Knox fue Knox: derribó a dos novatos que hicieron bromitas, «sin querer», en el mismo ejercicio, y después me arrinconó contra la pared del pasillo con un dedo en mi pecho:

—Estoy cabreado contigo por Mason. Pero lo que la víbora ha hecho con la foto es una cobardía, y las cobardías las resuelvo yo. He descubierto de quién es la cuenta. —Me enseñó el móvil: una captura, un nombre que yo no conocía, una chica—. Prima de un novato. Amiga de Tara. Tara le mandó la foto para que la publicara y no mancharse las manos. El novato lo ha soltado todo, está muerto de miedo. —Guardó el móvil—. ¿Qué hago con esto?

—Nada. Todavía. —La cabeza fría de partido, otra vez—. Guárdalo todo. Captura, nombre, fecha. Si ella vuelve a moverse, no respondemos con ruido. Respondemos con pruebas.

—¿Desde cuándo eres paciente?

—Desde que tengo algo que perder.

Y Sadie…

Sadie se había ido a trabajar —«la masa no espera el luto, y yo no sé sufrir quieta, vete a tu entrenamiento»—, y habíamos hablado toda la tarde por mensajes, y a las cinco, cuando el coche del programa vino a buscarme para ir a Detroit, ella me mandó una foto: un pósit pegado a mi botella de agua en la nevera, para que lo encontrara al volver.

Juega la cena como juegas el segundo periodo. y cómete el postre. tú nunca te comes el postre. — S.

Ni una palabra sobre Mason. No hacía falta.

Mason estaba en cada letra —se había quedado en casa de la novia de un compañero de equipo, no le respondía ni a ella, y el agujero de su ausencia ocupaba la casa entera como un mueble nuevo.

Ellos eran tres: el director de scouting, un asistente de GM y un exjugador que ahora trabajaba en desarrollo y al que yo conocía de cromo —literalmente; yo tenía su cromo, a los once años, en un álbum que compartía con Danny.

La primera hora fue hockey, y de hockey yo hablaba hasta dormido.

Estructura defensiva, lectura del rush, mi media de bloqueos, el sistema de Doyle. El asistente de GM tenía hojas de cálculo en la cabeza y citó números míos que ni yo sabía.

El exjugador contó historias de carretera. La ciudad brillaba allá abajo. En algún punto, entre el plato principal y el café, me sorprendí casi relajándome.

Error. El segundo periodo es donde mueren los partidos.

—Reed —llamó el director de scouting, removiendo el café, en ese tono demasiado ligero de quien llega al motivo de la cena—. Nos gusta todo lo que hemos visto en el hielo. Eso no es un secreto, o no estarías aquí. Lo que compramos en un jugador de primera ronda, además del stick, es el paquete. Vestuario, liderazgo, estabilidad. —Giró la cucharilla—. Sabes que seguimos las redes. Es parte del trabajo. Y esta mañana ha circulado algo relacionado con tu vestuario. Una foto. —Sus ojos subieron, educados y afilados—. ¿Quieres comentarlo?

El restaurante entero pareció bajar el volumen.

Y voy a ser honesto sobre lo que me pasó por la cabeza en ese segundo, porque me pasé tres años siendo deshonesto conmigo mismo y me cansé: pasó la mentira.

Lista, fácil, redonda. «Tontería de internet, cuenta falsa, ya la han borrado».

La aceptarían. La cena seguía, el contrato seguía, la casa de mi madre seguía. La mentira era el bloqueo perfecto: cuerpo delante, disco fuera, todo el mundo en pie.

Y entonces pensé en Mason en la cocina.

Me iba a enterar por un meme.

Pensé en Sadie desplomada en la silla, llorando el llanto de los nueve años. Pensé en Beau en el garaje: ¿quién está siendo protegido exactamente? Pensé en tres años de muro y en lo que me habían rendido: una casa silenciosa y una costilla que dejaba que golpearan.

Un equipo que quiere saber de cotilleos antes que de carácter no se merece tu bloqueo.

Solté la servilleta en el regazo. Enderecé la espalda.

—Sí, quiero. —Mi voz salió firme, y la reconocí: era la del vestuario en el descanso—. La foto es real. Las manos son mías y de mi novia. —La palabra salió entera, por primera vez en voz alta, y

encajó—. Estábamos manteniendo la relación en privado, porque el hermano de ella es mi mejor amigo y compañero de equipo, y él merecía saberlo antes que nadie. Una persona de fuera filtró la foto esta mañana para causar exactamente el daño que ha causado. —Sostuve la mirada del director—. Ese es mi arrepentimiento en esta historia. El único. Debería habérselo contado hace un mes, y esa cuenta la voy a pagar con él, personalmente. El resto —ella, lo que siento— eso no es una distracción y no está en negociación. Si esto cambia vuestra evaluación, prefiero saberlo ahora.

Silencio en la mesa.

El asistente de GM miró al director. El director me estudió por encima del café, ilegible, durante tres segundos que valieron una temporada. Y entonces el exjugador —el cromo de mi álbum— soltó una risa baja y se recostó en la silla.

—Veintidós años —les dijo a los otros dos, negando con la cabeza—. Yo les mentí a tres equipos sobre un tobillo roto cuando tenía veintidós años. —Me apuntó con el tenedor de postre—. ¿Sabes cuántos jugadores, en quince años de esto, han mirado esa pregunta de frente y han respondido sin resbalar? —Mostró dos dedos—. Tú y un tío que hoy lleva una «C» en la liga.

El director de scouting todavía me miraba. Entonces guardó la cucharilla, y algo en su cara se destrabó medio grado —el medio grado que, en el idioma de los hombres de mandíbula, es un documento firmado.

—La estabilidad —dijo, seco— no es ausencia de vida, Calloway. Es saber qué se hace con ella. —Le hizo una señal al camarero—. Hablemos de junio.

Y hablamos. De junio, de estructura, de dónde me veía en cinco años —y cuando el camarero trajo la carta de postres, pedí la tarta de manzana, y era honestamente mediocre, industrial, sin ninguna alma, y me comí cada tenedor pensando: la de ella es mejor, la de ella es otra categoría, tengo que contarle esto hoy— y me di cuenta, en la última planta de un edificio de Detroit, con la

ciudad de mi hermano encendida allá abajo, de que era eso lo que había cambiado en mí.

Todo lugar bonito, ahora, venía con el reflejo de a quién quería contárselo.

El coche me dejó en casa a las doce y diez.

La luz de la cocina estaba encendida, y la casa olía a pan —el olor de «estoy aguantando», ahora yo sabía leerlo—, y ella estaba dormida sentada a la mesa, con la cabeza sobre los brazos cruzados, tres panes de molde perfectos enfriándose en la rejilla y el móvil en la mano, abierto en el chat sin respuesta de su hermano.

Me quedé un minuto en la puerta, solo mirando. Después me quité la chaqueta, le cubrí los hombros, y ella se despertó a mitad del gesto, desorientada, con los ojos hinchados encontrando los míos.

—¿Cómo ha ido?

—Han preguntado por la foto.

Se quedó blanca.

—¿Y…?

—Les he contado la verdad. —Me senté en la silla de al lado, cogí su mano—. He dicho «mi novia» delante de tres ejecutivos de la NHL antes de habértelo dicho a ti. El orden de las cosas sigue siendo un desastre. —Su risa salió húmeda, mitad sollozo—. Ellos siguieron con la conversación. Hablaron de junio. Creo… —y la palabra todavía era extraña en mi boca, el optimismo es un músculo atrofiado— …creo que ha ido bien. Doyle sabrá leerlo mejor que yo.

—Reed, eso es… —Me apretó la mano con las dos suyas—. Eso es enorme.

—Hay algo más grande. —Respiré—. La tarta de manzana de allí es una vergüenza. Me la comí pensando en quejarme contigo. El postre ahora es un asunto nuestro, me has estropeado.

Ella se rio de verdad esta vez, y lloró un poco a la vez, y me besó en la cocina silenciosa —y fue en medio de ese beso cuando su móvil, olvidado abierto sobre la mesa, se encendió.

Los dos nos congelamos. Miramos juntos.

Mason: la tarta que hiciste para la facultad, la de manzana.

Mason: ¿queda?

Sadie se quedó mirando la pantalla sin respirar. Los dedos le temblaban cuando escribió:

Sadie: acabo de hacer tres panes. Puedo hacer una tarta en 1h.

Mason: hazla.

Mason: llego en 1h. Solo la tarta. Todavía no estoy listo para el resto.

Mason: avisa a tu novio de que mañana en el partido me cubra la derecha como es debido.

Ella levantó los ojos hacia mí, con la mano en la boca, riendo y llorando al mismo tiempo, y yo leí los mensajes otra vez, y una vez más, buscando la trampa que no existía.

No era un perdón.

El perdón iba a costar más que una tarta, y debía costarlo. Pero era Mason haciendo lo único que Mason sabía hacer con una herida: aparecer.

Poner el cuerpo en la cocina. Comer lo que ella horneara, porque desde los nueve años era así como los dos se decían lo que no sabían decirse.

—Enciende el horno —dije, arremangándome ya—. Yo pelo las manzanas.

—Tú no sabes pelar manzanas.

—Yo bloqueo discos a cien por hora, Sadie. Aprendo.

Y fue así como, a las doce y media del viernes más largo de mi vida, la cena de Detroit terminó en una cocina de Ann Arbor: yo pelando manzanas de la manera equivocada, ella rehaciéndolo todo detrás de mí entre risas, la mantequilla dorándose, el olor de «estoy aguantando» convirtiéndose despacio, horno adentro, en el olor de otra cosa.

El de «todavía estamos aquí».

Danny decía que el segundo periodo es donde mueren los partidos. Nunca terminó la frase, pero yo la terminé por él, años después, en una cocina de madrugada:

El segundo periodo es donde mueren los partidos, y donde los equipos de verdad deciden que todavía no.

CAPÍTULO 30



«En mi familia no se pide perdón. Se corta una porción más grande y se empuja el plato —y quien lo entiende, lo entiende.»

SADIE BROOKS

Reed subió cuando los faros apuntaron a la calle.

No porque yo se lo pidiera. Porque él leyó —el idioma, en los dos sentidos— que aquella tarta solo tenía dos sillas.

Me apretó el hombro al pasar, dijo «estoy despierto, si hace falta», y desapareció escaleras arriba, y treinta segundos después la llave de Mason giró en la puerta principal por primera vez en dieciocho horas.

Mi hermano entró en la cocina y se detuvo.

Tenía una cara horrible. Mason es el tipo de persona a quien la tristeza le queda rara, como ropa de otro: su cara fue diseñada para reír, y sin la risa quedaba un mapa arrugado: ojeras, el pelo peor que de costumbre, la sudadera de alguien que claramente no era él, porque le quedaba tres tallas pequeña.

—¿De quién es esa sudadera? —fue lo que me salió, porque en once años de nosotros dos nunca aprendí a empezar por el

asunto.

—De Pereira. —Olfateó el aire—. He dormido en su sofá. Su novia habla dormida. En español. Sé cosas de su familia que no debería saber. —Sus ojos encontraron la tarta en la mesa, entera, dorada, todavía crujiendo de caliente—. ¿Es la misma de la facultad?

—He mejorado la masa. Fermentación más larga.

Se sentó en la silla de siempre. Yo corté una porción más grande de lo civilizado y empujé el plato, y me senté en mi silla con mi porción, y durante cinco minutos enteros los dos solo comimos, en silencio, en la cocina a las dos de la madrugada —porque en nuestra familia así es como se empieza a pedir perdón: con la boca llena, para tener excusa para no hablar todavía.

Fue él quien rompió primero. Siempre es él.

—Está buena —dijo, hacia el plato—. Mejor que la de la graduación.

—Lo sé.

—Creída.

—Necesito serlo. —Giré el tenedor—. Aquí ya nadie me elogia. Solo un portero que habla por telegrama y un armario canadiense que come cada tres horas.

La comisura de su boca subió medio milímetro y desistió por el camino.

Soltó el tenedor, se recostó y me miró de verdad por primera vez desde la puerta —y la rabia se había ido de su cara en algún sofá ajeno, y lo que había quedado en su lugar era peor, porque era solo el niño.

—Me he pasado el día entero pensando en una cosa —dijo—. ¿Sabes cuál fue la parte que más dolió? No fue la foto. Ni el equipo cachondeándose. Ni Reed, que por cierto todavía estoy decidiendo si lo rompo o lo abrazo, el voto está empatado. —Respiró—. Fue que

miré hacia atrás y vi el tamaño de lo que cargaste escondida. Semanas, Sadie. El viaje, el motel, a saber qué más. Y entonces me pregunté: ¿por qué mi hermana, que me llama para contarme cuando encuentra un buen aparcamiento, me escondió justo lo más importante?

—Mason…

—Déjame terminar, que si no, no termino. —Empujó el plato hacia un lado y apoyó los codos en la mesa—. Y entonces hoy, en el sofá de Pereira, escuchando cotilleos en español dormido, lo entendí. Y la respuesta es una mierda, porque la respuesta soy yo. —Sus ojos se pusieron rojos en los bordes—. Lo escondiste porque yo berreé una regla idiota el primer día, delante de todo el mundo, tratándote como a un trofeo de estantería. «Nadie la toca». Como si fueras una cosa. Como si la opinión de alguien sobre tu vida fuera mía para darla. —La voz le falló—. Me pasé tantos años con miedo de que alguien te dejara atrás que ni siquiera vi que te estaba encerrando yo mismo. En una cajita. Con etiqueta de frágil.

Una lágrima me bajó sin pedir permiso, y ni intenté disimularla, porque con Mason nunca sirvió de nada.

—Tú me sujetaste la mano en la ventana —dije—. Tenías diez años, Mase. Te quedaste hasta que oscureció. ¿Crees que se me ha olvidado? ¿Crees que existe una versión de esta historia en la que yo elijo a cualquier persona del planeta contra ti?

—Sé que no…

—No, no lo sabes. —Ahora era yo la que no dejaba terminar —. Porque necesito decirlo entero, una vez, mirándote, que era el plan original antes de que una víbora lo estropeara todo. No lo escondí porque no confíe en ti. Lo escondí porque toda la vida he funcionado con una sola regla: ser ligera. No dar problemas. No costar nada, para que nadie tenga motivos para irse. Y entonces apareció algo que era pesado, y grande, y complicado, y que iba a costarle caro a la persona que más quiero en el mundo —y yo hice lo que siempre hice con todo lo que pesa. Lo metí en el horno y

sonreí. —Me limpié la cara con la manga—. Reed se peleó conmigo por eso, ¿sabías? La semana pasada. Le ofrecí renunciar a él para proteger a todo el mundo, y él dijo que me he pasado la vida encerrándome por dentro y pidiendo perdón por el espacio. Fue la primera vez que alguien… —la voz se quebró— …que alguien rechazó mi descuento, Mase.

Mason se quedó muy quieto. Su barbilla trabajó, masticando aquello.

—¿Eso dijo? ¿Calloway? ¿El hombre que responde «ok» a los mensajes?

—Escribe mejor de lo que habla. Es una cosa de pósits, es largo de explicar.

—Dios mío. —Se pasó las manos por la cara, arriba y abajo, y cuando las quitó tenía un resto de risa debajo del cansancio, el primero de la noche—. Sois la misma persona. Eso es lo que me aterra. Sois dos cajas fuertes saliendo juntas. ¿Quien cierra más gana qué al final?

—Estamos intentando abrirnos. Uno ayuda al otro. Es lento y es vergonzoso.

—Qué bonito. Qué horror. —Negó con la cabeza, recuperó el tenedor, me robó un trozo de MI porción, lo que en nuestro idioma significaba que lo peor había pasado. Masticó. Y entonces se puso serio otra vez, pero serio distinto —serio de hermano mayor, no de herido—. Sadie. Tengo que hacerte la de junio. Y necesito que no me respondas con una sonrisa.

El horno zumbó en el silencio.

—Pregunta.

—Él va al draft. Si sale bien —y va a salir, yo juego a su lado, sé lo que es—, en septiembre estará viviendo en otra ciudad, viajando doscientos días al año, convertido en patrimonio de una franquicia. Y tú estás en segundo de una carrera aquí, con un sueño

que tiene dirección aquí, con Marnie dándote la llave, con tus amigas aquí. —Me miró sin pestañear—. Yo te vi ser abandonada una vez y tardar diez años en desencogerte. Así que dime, sin sonrisa: ¿vosotros dos ya habéis hablado de junio, o estáis haciendo eso que hace nuestra familia, de comer tarta encima del asunto?

Y ahí estaba. La pregunta que ni Tara, con toda su maldad, había conseguido hacer bien —porque Tara apuntaba para herir, y Mason apuntaba al blanco.

Miré mi plato. La porción comida encima del asunto.

—No hemos hablado —admití, bajito—. Siempre había algo más urgente. La foto, la cena, tú. —Levanté los ojos—. Pero voy a decirte lo que sé, y es poco, y es todo: no sé qué pasa en junio. Sé que él dijo «mi novia» delante de la NHL sabiendo que podía costarle el contrato. Sé que no voy a pedirle que se quede, porque quien ama no se convierte en ancla. Y sé que no voy a desmontarme entera otra vez si duele, porque ya no soy la niña de la ventana. Ahora tengo gente que se queda. Tengo a Quinn, a Cami, a Marnie. Te tengo a ti. —Lo encaré—. ¿Te tengo?

Mason estiró el brazo por encima de la mesa y me dio un capirotazo en la frente, con todas sus fuerzas, como cuando teníamos diez años.

—¡Ay!

—«¿Te tengo?». —Me imitó con voz fina, indignado—. Idiota. He dormido UNA noche fuera y ya estás haciendo preguntas retóricas dramáticas. —Entonces su voz descendió, y quedó solo la verdad—: Me tienes hasta el final, Sadie. Enfadado, dolido, con celos, como sea: me tienes. Eso nunca estuvo en juego. —Apuntó con el tenedor hacia arriba, en dirección al piso de arriba—. Ahora, él me tiene en una condicional larga y humillante, que voy a administrar con refinamientos de crueldad en el vestuario.

—Mason…

—Va a pagarme el café hasta la graduación. Va a cargarme el equipamiento. Voy a llamarlo «cuñado» delante de Doyle solo para verle la cara.

—¡Mason!

—Y vosotros dos —se puso serio una última vez, apuntando con el tenedor de mí a la escalera y de vuelta—, vais a hablar de junio. Antes de que junio hable con vosotros. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Vale. —Atrajo la tarta entera hacia sí con las dos manos, cerrando oficialmente la sesión—. Ahora déjame comerme el resto de esto en paz y cuéntame la historia de los pósits, porque voy a cachondearme de ese hombre durante los próximos cuarenta años y necesito material.

Y se lo conté.

A las tres de la madrugada, llorando de risa, con mi hermano en sudadera ajena comiendo tarta directamente del molde —le conté lo del «ok» de dos letras, lo del cruasán que él nunca pedía, lo de la propina absurda que era una discusión, lo del pasó.

Y arriba, en un cuarto con la luz apagada, un hombre que seguro que no estaba durmiendo oyó la carcajada de Mason atravesar la casa entera —la misma carcajada que un día atravesó la pared de un motel y nos congeló en el primer beso.

Solo que esta vez no interrumpió nada.

Esta vez era el sonido de la cosa arreglándose.

CAPÍTULO 31



«El perdón tiene varias monedas. En la familia Brooks, se cobra en cafés pagados, bolsas cargadas y público riéndose.»

REED CALLOWAY

La condicional empezó a las siete y media de la mañana del lunes, en el aparcamiento del Yost, cuando Mason bajó del coche, me tendió su mochila sin una palabra y siguió andando con las manos libres en dirección al vestuario.

Miré la mochila. Miré su espalda.

—Has roto la confianza de un hombre, Calloway —informó, sin volverse, en el tono solemne de quien cita la constitución—. El hombre carga con el rencor. El rencor pesa. Alguien tiene que cargar con el resto.

Cogí la mochila. Es justo. Barato, incluso.

Así fue la semana entera. Café pagado en la cola del comedor —«la traición da sed, paga también el suyo, Knox es testigo de mi sufrimiento»—. Mi sitio en el sofá confiscado en las noches de vídeo —«las víctimas eligen primero, es la ley».

Y el estreno oficial de la palabra nueva en el vestuario, el miércoles, en voz alta, delante del equipo entero y de Doyle:

—¡Cuñado! —gritó Mason desde el otro lado del vestuario, apuntándome con el stick—. ¡Cuñado, pásame la cinta azul!

El vestuario se congeló.

Veinte pares de ojos fueron de él a mí, midiendo si aquello era permiso para reír o una trampa. Doyle levantó los ojos de la carpeta con el interés de quien ve un documental sobre una especie rara.

Le lancé la cinta azul a Mason.

—Toma, cuñado.

El vestuario explotó. Knox se rio tan alto que se cayó del banco. Luka hizo un sonido que, bajo juramento, tres testigos clasificarían como risa. Y Mason atrapó la cinta en el aire con una sonrisa que era ochenta por ciento cachondeo y veinte por ciento —la parte que importaba— tregua de verdad, y en ese veinte por ciento entendí que la condicional era su manera de mantenerme cerca mientras decidía cómo perdonarme del todo.

Yo cargaría con su mochila hasta junio, si ese era el precio.

Junio.

La palabra seguía allí, debajo de todo, como el vendaje debajo del uniforme.

Mason le había arrancado una promesa a Sadie en la madrugada de la tarta —vais a hablar de junio antes de que junio hable con vosotros— y hacía casi dos semanas que ni ella ni yo habíamos tocado el tema.

Nos habíamos vuelto buenísimos en hablar de todo: de Okafor, de la línea defensiva de Notre Dame, del glaseado que se agrieta cuando se enfría demasiado rápido.

De junio, no. Junio era el disco que los dos fingíamos no ver venir.

Y el calendario no estaba de nuestro lado, porque marzo en Michigan solo sabe hablar de una cosa.

Playoffs.

El torneo de la Big Ten empezó para nosotros un jueves, en el Yost, contra Notre Dame, y el Yost de los playoffs es el Yost normal con el volumen a tope y el aire más fino.

Ganamos por dos, en un partido que dolió entero.

El sábado, Penn State, y ahí la cosa se puso fea —empate en el tercer periodo, prórroga, Luka haciendo tres paradas que desafiaban la física, hasta que Mason coló el disco por debajo del brazo de su portero en el minuto ocho y el Yost casi se vino abajo de verdad, estructuralmente.

En la pila de gente que se formó encima de Mason, yo llegué el primero. Él me abrazó por el casco, gritándome al oído algo sin forma, y durante dos segundos no hubo ninguna condicional —solo nosotros dos, como en las otras tres temporadas, hermanos de la manera en que el hielo fabrica hermanos.

Después golpeó mi rejilla y gritó:

—¡Carga con mi mochila, cuñado!

Estábamos en la final de la conferencia. Y la final de la conferencia sería en Minneapolis —en territorio neutral que de neutral no tenía nada, contra el propio Minnesota, el equipo que un mes antes se había pasado sesenta minutos cazando mi costilla.

La vida rima cuando quiere ponerte a prueba.



Sadie fue a todos los partidos. Con el gorro azul, en el sitio de siempre cerca del cristal, con Quinn y Cami —y ahora sin esconder nada: cuando yo patinaba hacia el banquillo, miraba, y ella estaba allí, y yo podía mirar.

Esa era la parte que nadie me había contado sobre salir de lo clandestino.

No era el alivio de no mentir. Era eso: poder mirar. Un segundo de más, a la luz del día, delante de seis mil personas, sin coste.

Casi sin coste.

Porque el lunes después de la clasificación, Quinn publicó en el Michigan Daily el reportaje de la temporada —«LOS WOLVERINES VUELVEN A LA FINAL»— y, en medio del texto, una línea sobre «el capitán Reed Calloway, en su mejor momento de la temporada», con una foto mía en el banquillo mirando hacia la grada.

La foto no mostraba a quién. Ann Arbor entera sabía a quién.

La cuenta anónima de la prima había muerto, pero la historia se había quedado —el Iceman saliendo con la hermana de Brooks, la panadera de Kerrytown, y el campus había decidido, por mayoría aplastante, que aquello era lo más interesante del semestre.

La Honey & Rye nunca vendió tantos cinnamon rolls.

—Debería pagarte comisión —dijo Sadie el martes de madrugada, en el ritual de siempre, empujándome el café—. Marnie está pensando en crear un producto con tu nombre. «El Capitán». Café solo, sin azúcar, con cara de pocos amigos.

—Os denuncio.

—Perderías. Quinn conoce a gente de Derecho. —Apoyó los codos en la piedra, la barbilla en las manos, y me miró de esa manera que todavía me desarmaba, la manera de quien lee—. Minneapolis el sábado.

—Minneapolis el sábado.

—Van a ir a por tu costilla otra vez.

—Sí.

—¿Y vas a dejarlos otra vez?

Giré la taza. Una vuelta. Dos.

—No —respondí, y era una verdad nueva, con sabor a verdad nueva—. Doyle ha montado la defensa para rotar más. Y Cami me vendó ayer insultándome en tres idiomas, así que estoy técnicamente blindado. Y hay una cosa distinta esta vez.

—¿Cuál?

—La última vez, cuando caí contra la valla, me levanté pensando que el dolor de fuera calla el de dentro. —La miré por encima de la taza—. Esta vez, si caigo, tengo un motivo para levantarme bien.

Sadie se quedó un segundo sin respuesta —acontecimiento raro, registrado, archivado— y después dio la vuelta al mostrador y me besó con sabor a café y a futuro, y la campanilla de la puerta sonó en mitad del beso, y Marnie entró, nos miró a los dos, y dijo solamente:

—El producto se va a llamar «El Capitán» y vosotros dos vais a quitaros de delante de mi horno.



Fue el jueves, dos días antes de la final, cuando Tara hizo su última jugada.

Me enteré por Knox, que entró en el vestuario después del entrenamiento con el móvil en la mano y la cara de quien carga con dinamita.

—Ha buscado a una reportera —dijo, bajo, tirando de mí hacia el pasillo—. No a Quinn. Una de fuera, de una web de cotilleos deportivos que cubre el draft. Le ha ofrecido una «historia» sobre ti. Antigua. —Me enseñó la pantalla: un mensaje reenviado por caminos que preferí no preguntar—. Su versión de vuestra ruptura. «Capitán frío, manipulador, descartó a la novia cuando ella más lo necesitaba». Dos semanas antes del draft, Reed. Es el tipo de ruido que no necesita ser verdad para costarte posiciones.

La sangre me hirvió y se me heló al mismo tiempo, que era algo que solo Tara conseguía producir en mí.

—¿Entonces? —preguntó Knox—. ¿Ahora sí puedo usar lo que tenemos?

Lo que teníamos.

Las capturas. La prima, el novato aterrorizado, el rastro entero de la cuenta anónima, documentado, fechado, guardado desde hacía un mes en la carpeta que Knox había bautizado, con su sutileza habitual, «VÍBORA — PRUEBAS».

—No —dije.

—Reed…

—Así no. —La cabeza fría de partido, una vez más, la única parte de mí que nunca entraba en pánico—. Ruido contra ruido, gana el ruido, y mi nombre es lo que queda sucio en medio. No vamos a la prensa. Vamos a la fuente. —Cogí mi móvil—. Dame el contacto de la reportera.

—¿Para qué?

—Porque la reportera no quiere a Tara. La reportera quiere una historia que se sostenga. Y la nuestra se sostiene. La de ella, no. Solo tenemos que poner a las dos en la misma mesa.

Lo que ocurrió después, ocurrió en una sala de reuniones del complejo deportivo, el viernes por la mañana, con el consentimiento de Doyle —«resuélvelo, y resuélvelo limpio, y me lo cuentas

después»— y la presencia de cuatro personas: yo, Knox, la reportera de la web —una mujer de unos treinta años con cara de haber oído ya todas las mentiras del deporte universitario— y, por videollamada, porque tenía clase, Quinn Alvarez, editora de deportes del Michigan Daily, en la función que ella misma definió como «testigo técnica y tiburón de apoyo».

Duró veinte minutos.

Yo conté la historia entera, con fechas: la ruptura, los meses de silencio, la foto en el aparcamiento, el chantaje sin petición, la cuenta anónima, la prima, el novato.

Knox presentó la carpeta. Quinn confirmó la cronología pública, punto por punto, con la precisión de quien lo tiene todo archivado con énfasis.

La reportera lo miró todo. Cerró el portátil. Y dijo la frase que enterró a Tara Lindqvist sin una línea impresa:

—Yo venía a por un reportaje sobre un capitán problemático. —Se levantó, se colgó el bolso—. Lo que me he encontrado es una fuente quemada intentando usarme como arma. Eso también es una historia, ¿sabéis? «Exnovia de prospecto intenta plantar un reportaje difamatorio dos semanas antes del draft». —Me miró—. No voy a publicar nada. Ni la de ella, ni esta. Pero si vuelve a intentarlo, en cualquier medio, el mercado es pequeño y yo hablo con todo el mundo. —En la puerta, se detuvo—. Buena final, Calloway. Y bloquea con el cuerpo, chaval. He visto la repetición de Minnesota.

Cuando la puerta se cerró, Knox me miró con una expresión nueva, casi ofendida de admiración.

—Acabas de ganar una pelea sin dar un solo puñetazo.

—Es lo que hace un capitán.

—Yo tenía planes. Había ensayado hasta un discurso.

Por la noche, se lo conté todo a Sadie en la cocina de casa, con Mason escuchando desde lo alto de la encimera y Luka fregando

los platos y enterándose de todo, como siempre.

Cuando terminé, Mason bajó de la encimera, vino hasta mí y me dio una palmada en la espalda que casi me reabrió la costilla.

—¿Sabes cuál es la parte más irritante de ti, Calloway? —Negó con la cabeza—. Que cada vez es más difícil seguir cobrándote la condicional. Vas por ahí y eres… decente. Públicamente. Todas las semanas. Es agotador para mi rencor.

—Te cargo la mochila hasta junio de todas formas.

—Ah, eso sí. Eso es vitalicio. —Nos señaló a mí y a Sadie, del uno a la otra, y el dedo se le ablandó a mitad del gesto—. Pero la palabra, ¿eh? Junio. —Cogió una manzana del frutero, la lanzó al aire, la atrapó—. El sábado traemos el trofeo de la Big Ten a casa. Y entonces vosotros dos os vais a sentar y vais a tener la conversación que lleváis dos semanas empujando, porque yo estoy pendiente y el calendario también.

Subió. Luka cerró el grifo, se secó las manos y salió detrás de él —deteniéndose solo un segundo en la puerta de la cocina para decir, mirándonos, la frase más larga de su mes:

—Tiene razón. Vosotros dos habláis de todo para no hablar de una cosa.

Y subió también.

La cocina se quedó en silencio.

Sadie a mi lado, el tablón de anuncios con el calendario de marzo delante de nosotros, y el sábado de la final rodeado con bolígrafo azul —y, tres hojas de calendario más adelante, invisible y enorme, un mes entero llamado junio esperando nuestra valentía.

Ella metió su mano en la mía, despacio.

—Después del trofeo —dijo.

—Después del trofeo —prometí.

Nos estábamos volviendo demasiado buenos en dejar la verdad para después de la próxima victoria. Yo solo olvidaba, cada vez, que los marcadores no preguntan antes de cambiar.

CAPÍTULO 32



«Prometemos la verdad para después de la victoria. El problema es que el marcador no firma las promesas de nadie.»

SADIE BROOKS

Volver a Minneapolis un mes después era como releer una carta antigua con otra letra.

La primera vez, yo había venido en coche compartido, escondiendo un contacto guardado sin apellido, mandando mensajes de gasolinera en gasolinera a un hombre que respondía «ok» en dos letras.

Esta vez, vine en el vuelo chárter del programa —los clasificados para la final tienen avión, descubrí—, sentada entre Quinn, con acreditación y portátil, y Cami, con el kit de fisio en el regazo, y cuando el equipo embarcó, el capitán se detuvo en el pasillo junto a mi asiento, se quitó un auricular y dijo, delante de Dios y de la plantilla entera:

—¿Has traído los muffins?

—Media maleta es muffin. La otra media es gorro.

—Bien. —Siguió hacia el fondo con los defensas, y Mason, dos filas más atrás, gritó «TRAICIÓN, los muffins eran un secreto de FAMILIA», y el avión entero se rio, y yo me quedé mirando por la ventanilla con el corazón haciendo esa cosa tonta que hacía ahora que estaba permitido.

Dos meses. De contrabando a equipaje facturado.

La arena de la final no era el barn viejo de Minnesota —era el pabellón grande del centro, neutral sobre el papel, rojo de afición en la práctica, con un bloque valiente de maize and blue apretujado detrás de una de las porterías donde nosotros nos instalamos como una colonia: yo, Quinn, Cami, padres de jugadores, exalumnos, y Beau Carter, que cruzó medio estado con una bandera de Michigan y la convicción de que su presencia era «estadísticamente relevante para la defensa».

—Yo nunca he perdido un partido que haya visto de principio a fin —explicó, desplegando la bandera—. El dato es real. Podéis comprobarlo.

—Eso no es un dato, es una coincidencia con ego —dijo Quinn.

—Todos los datos son coincidencias con ego, Alvarez. Bienvenida al deporte.

Y entonces las luces bajaron, los equipos salieron, y yo busqué el número de siempre y encontré el ritual de siempre: Reed Calloway deslizándose hasta la línea azul, deteniéndose, cerrando los ojos.

Un segundo de más.

Danny primero. Siempre. Tranquilo, capitán. El asiento está ocupado y la grada también.

El partido empezó, y fue una guerra desde el primer disco.

Minnesota no había olvidado la costilla —vi el primer encontronazo dirigido antes de que el reloj marcara dos minutos—,

pero el Reed de marzo no era el Reed de enero.

Donde antes plantaba el cuerpo y cobraba el dolor como intereses, ahora giraba, anticipaba, salía. Doyle rotaba la defensa como había prometido, Cami a mi lado narraba cada aterrizaje suyo con ojos de rayos X —«ha caído bien… ha rodado sobre el hombro sano… ese lo vendé yo, está aguantando»—, y al final del primer periodo estábamos vivos: uno a uno, un gol de Mason, el bloque azul ronco.

En el segundo periodo, el partido se hizo demasiado grande para caber en quienes estaban dentro de él.

Minnesota marcó. Nosotros empatamos —Knox, desde un ángulo imposible, celebrándolo con un rugido que hizo que a Cami se le cayera el refresco—. Minnesota volvió a marcar, en un rechace que Luka paró dos veces y no consiguió parar tres. Y a un minuto del descanso, Reed hizo la jugada que va a abrir todos sus vídeos de draft: robó un disco en la línea azul de ellos, resistió dos encontronazos seguidos —el segundo exactamente en la costilla, y la arena roja entera se levantó esperando verlo caer—, no cayó, y le sirvió el disco a Mason en la boca de la portería.

Tres a tres. El bloque azul se convirtió en un solo animal. Beau me levantó del suelo. Y yo grité tanto que al día siguiente Marnie iba a preguntarme si había fumado algo.

El tercer periodo fue la hora más larga de mi vida.

Nadie marcó. El partido entero se comprimió en un embudo de nervios: Luka se convirtió en una pared, su portero se convirtió en una pared, cada bajada al ataque era un infarto colectivo, y Reed —Reed jugó los veinte minutos enteros como si su cuerpo fuera público y el dolor fuera un rumor, bloqueando discos con la espinilla, con el guante, una vez con el pecho, levantándose siempre, señalando, organizando, capitán de cada centímetro del hielo.

Prórroga.

—Muerte súbita —dijo Quinn, pálida, con los dedos quietos sobre el teclado—. El primer gol se lleva el trofeo.

—Yo nunca he perdido un partido que haya visto de principio a fin —repitió Beau, bajito, ahora como una oración.

Duró seis minutos y doce segundos.

Y terminó de la manera en que termina el hockey cuando quiere partir corazones: una jugada de nada. Un disco lanzado al área, un desvío de patín —de patín, ni siquiera de stick—, un cambio de dirección que ningún portero del planeta alcanzaría. Luka se estiró entero y el disco entró a un dedo de su guante.

Cuatro a tres Minnesota.

El pabellón rojo explotó. Nuestro bloque azul hizo el sonido que hace la afición cuando pierde —ese «ah» corto, colectivo, y después el silencio, que es peor. A mi lado, Beau dobló la bandera despacio, sin una palabra: el funeral de una estadística.

Yo no miré el marcador. Miré el hielo.

Luka se quedó de rodillas en el área, inmóvil, con la cabeza gacha, mientras el otro equipo se convertía en una pila de celebración en la esquina.

Mason fue hasta él primero. Después Knox. Y entonces Reed cruzó el hielo —no patinó: lo cruzó, con la autoridad de quien todavía era capitán de algo aunque el trofeo se marchara—, se arrodilló delante del portero, le sujetó la máscara con los dos guantes y apoyó la frente contra la rejilla, diciéndole algo que nadie sabrá nunca, hasta que Luka asintió y aceptó levantarse.

A mi lado, Cami tenía la mano en la boca. Quinn no escribía.

—Hoy ha hecho tres paradas imposibles —dijo, al final, con la rabia de quien iba a tener que resumir una injusticia en ochocientas palabras—. Tres. Y se va a dormir creyendo que ha perdido el partido él solo.

En la fila de los saludos, Reed estrechó la mano de cada jugador de Minnesota con la cara de piedra de siempre. Recibió la medalla de subcampeón sin soltarla de la mano —ninguno de ellos se la puso al cuello.

Y cuando los altavoces anunciaron, entre los aplausos rojos, que Michigan, por el conjunto de la temporada, estaba clasificado para el torneo nacional de la NCAA —que la temporada, al final, no había terminado—, el bloque azul encontró aliento para un último «Go Blue», y yo vi a Doyle reunir al equipo en el centro del hielo y hablar durante treinta segundos, y vi veinte cabezas asentir, y supe que la frase había sido alguna versión de: esto todavía no ha terminado.



Lo acordado era que el equipo volviera en el vuelo de la noche y nosotras tres volviéramos por la mañana, en el vuelo comercial. Pero a las once y media, en el lobby del hotel donde se hospedaba nuestra colonia azul, mi móvil vibró.

Reed: el vuelo del equipo se ha retrasado. 1h en la terminal.

Reed: ¿sigues despierta?

Sadie: Sí. ¿Cómo estás?

La respuesta tardó tres minutos, lo que, en su idioma, era un discurso siendo redactado y borrado.

Reed: de pie.

Reed: ¿me llamas?

Llamé antes de terminar de leer. Contestó al primer tono, y durante un segundo solo oí el ruido de aeropuerto —avisos, maletas, el murmullo del equipo al fondo— y su respiración.

—Eh —dije.

—Eh.

—Has jugado el mejor partido que te he visto jugar.

—Hemos perdido.

—Lo sé. Yo estaba allí. Las dos cosas son verdad al mismo tiempo. —Me senté en el brazo del sofá del lobby, bajando la voz—: ¿Cómo está Luka?

—Sentado entre Mason y Knox, siendo ignorado de la manera correcta. —Una pausa—. Va a pensar que fue culpa suya. Va a entrenar el doble toda la semana. Me conozco el guion. Yo escribí el guion.

El altavoz del aeropuerto dijo algo. Alguien se rio a lo lejos. Y entonces Reed dijo la frase por la que, me di cuenta después, me había pedido que llamara:

—Sadie. Iba a aplazarlo otra vez.

El corazón se me detuvo medio latido.

—¿Aplazar el qué?

—Tú sabes el qué. —Su voz estaba cansada y limpia, sin ninguna pared, la voz del motel, la voz de la oscuridad—. «Después del trofeo», dijimos. Y el trofeo no llegó. Y en el autobús hacia aquí me sorprendí pensando «pues queda para después del torneo nacional». Y después del torneo iba a ser «después del combine». Y después… —Soltó el aire—. Danny hacía eso, ¿sabes? «Después de la temporada me cojo vacaciones». «El año que viene viajo». Tenía una lista entera de despueses. Yo ayudé a cargar el ataúd de la lista.

—Reed…

—No quiero que estemos en la lista de los despueses. —El ruido del aeropuerto disminuyó; debía de haberse alejado del equipo, buscado un rincón—. Así que: mañana. Llegas a mediodía. Yo no tengo entrenamiento. Hay un sitio al que quería llevarte desde hace tiempo y nunca tuve el valor. Vamos allí, y hablamos de junio.

Todo. Los números, los equipos, los miedos, lo que no te he contado y lo que tú no me has contado. Sin marcador antes. Sin después.

Cerré los ojos en medio del lobby de un hotel de Minneapolis, con el corazón latiéndome en todos los sitios equivocados.

—¿Qué sitio? —pregunté, porque era más fácil que preguntar el resto.

Y Reed Calloway, al otro lado de la línea, en la noche de la mayor derrota de su temporada, respondió con la voz de quien por fin abre la última puerta de la casa:

—Cedar Hollow. —Una pausa—. Quiero presentarte a mi madre. Y al lago.

CAPÍTULO 33



«Me llevó a conocer el lugar donde aprendió a patinar. Nadie te avisa de que conocer el origen de alguien es firmar por él entero.»

SADIE BROOKS

Cedar Hollow quedaba a dos horas al norte de Ann Arbor, y la carretera hasta allí se iba volviendo más estrecha y más blanca a medida que subía, hasta que el mundo se convirtió solo en pinos, nieve vieja y carteles de madera con nombres de lagos.

Reed condujo todo el camino con una mano en el volante y la otra en la mía, y habló poco, pero era un poco distinto al de siempre —no el silencio de muro, sino el silencio de quien está volviendo al interior de un recuerdo y quiere compañía.

—Ahí estaba la tienda del viejo Hendricks. —Señaló, cuando entramos en la calle principal, que tenía exactamente cuatro manzanas—. Comprábamos cinta de stick fiada y la pagábamos en verano, cortándole el césped. Ahí está la cafetería. No pidas el chili. —Una pausa—. Ahí está la iglesia donde fue el funeral.

Lo dijo de la misma manera que dijo el resto, sin cambiar la voz, y yo le apreté la mano sin comentar nada, porque eso era lo

que me estaba dando: el mapa completo, sin editar las calles que duelen.

La casa de los Calloway era de madera azul grisácea, con un porche hondo y un patio que bajaba hacia una hilera de pinos. Tenía una canasta de baloncesto oxidada sobre el garaje y, colgado en la pared exterior, un par de patines antiguos, pequeños, de niño, como otras casas cuelgan una herradura.

La puerta se abrió antes de que llamáramos.

—Déjame verte.

La madre de Reed no era lo que yo había imaginado —yo había imaginado a alguien apagado por el dolor, y me encontré a una mujer de hombros rectos, pelo gris recogido en un moño práctico, ojos grises idénticos a los del hijo y manos fuertes de quien se ha pasado la vida trabajando.

Sujetó la cara de Reed primero, un segundo, con ese gesto de madre que comprueba que el hijo está entero.

Después se volvió hacia mí.

—Así que tú eres Sadie.

—Señora Calloway. He traído…

—Ellen. Y ya sé lo que has traído, la casa entera ya lo sabe. —Miró la caja en mis manos, y después me miró a mí por encima de ella, y había en su cara algo que me desmontó un poco, porque era hambre de otra cosa—: Hace tres años que nadie entra en esta casa con olor a horno. Entra ya, que el frío no educa a nadie.

Dentro, la casa era cálida y ordenada y estaba llena de hockey —fotos en todas las paredes, trofeos en una estantería, un calendario de los Red Wings en la cocina.

Y vi lo que Reed me había contado en el mirador sin que yo lo hubiera dimensionado: en todas las fotos había dos niños. Dos uniformes. Dos edades de dientes de menos.

La casa no había escondido a Danny; la casa había decidido que él se quedaba.

Comimos en la cocina, y Ellen Calloway me interrogó con la eficiencia de quien ha criado a dos hijos y no tiene tiempo que perder: de dónde era, qué estudiaba, qué era la Stamps, qué quería de la vida.

Y cuando dije «una panadería mía, algún día» —sin encogerme, como me enseñó Okafor—, ella me apuntó con la cuchara y le dijo al hijo:

—Ella sabe lo que quiere. A ver si aprendes.

—Yo sé lo que quiero —dijo Reed.

—Ahora —corrigió ella, sirviendo más sopa—. Has tardado.

Fue después de comer, cuando Reed subió a buscar una caja de cosas que su madre le había separado, cuando Ellen se lavó las manos, me miró de reojo y dijo, bajo:

—Ven. Quiero enseñarte una cosa mientras él no baja.

Me llevó por el pasillo del piso de arriba hasta una puerta cerrada. La abrió despacio.

El cuarto de Danny estaba exactamente como Reed lo había descrito en la oscuridad del coche, y aun así, yo no estaba preparada: la cama hecha, el póster de los Red Wings —el mismo escudo del cuarto de Reed, comprados juntos—, una estantería de trofeos con un espacio vacío en medio, una chaqueta de equipo colgada de la silla como si el dueño fuera a volver a por ella.

Olía a limpio. Alguien limpiaba aquel cuarto todas las semanas desde hacía tres años.

—Sé lo que estás pensando —comentó desde la puerta, con los brazos cruzados, sin ningún drama—. Que es enfermizo. El médico del duelo de Traverse City también lo pensaba.

—No estaba pensando eso.

—¿No? —Me estudió.

—Estaba pensando que usted eligió lo que se queda. —Miré la chaqueta en la silla—. Todo el mundo pierde cosas. Casi nadie elige lo que guarda. Mi madre se marchó cuando yo tenía nueve años y mi padre tiró hasta su olor en una semana. Yo me pasé años buscando cualquier cosa que hubiera sobrado para demostrar que ella existió. —Me encogí de hombros, y la voz me salió más pequeña de lo que quería—. Un cuarto limpio me parece más honesto.

Ellen Calloway se quedó un largo segundo en silencio.

—Él dijo que tú leías a las personas —habló, al final—. Pensé que era cosa de chico enamorado. —Entró en el cuarto, alisó una esquina de la colcha que no necesitaba alisarse—. El espacio vacío de la estantería es del trofeo estatal. Reed se lo llevó a su cuarto de Ann Arbor el primer invierno. Se cree que no lo sé. —Casi sonrió—. Yo sé todo lo que sale de esta casa.

Y entonces cerró la puerta del cuarto de Danny con cuidado, se volvió hacia mí en el pasillo, y me dijo lo que me había llevado allí arriba a decirme:

—Escucha, niña. Lo voy a decir una vez, porque la madre que lo dice dos veces se convierte en entrometida. —Sus ojos grises me sujetaron como sujetan los del hijo—. Mi Reed, después de lo de su hermano, aprendió un truco de supervivencia: termina las cosas antes de que ellas terminen con él. Dejó a los amigos de aquí, uno a uno, educadamente. Rompió con aquella rubia de Ann Arbor al día siguiente de que ella hablara de conocer a la familia. Cancela, corta, cierra con llave —siempre primero, siempre limpio, siempre antes. —Respiró—. Tú eres lo primero en tres años que él ha traído hacia dentro en vez de empujar hacia fuera. Eso me dice todo lo que necesito saber sobre ti. Pero conozco a mi hijo. En algún momento —puede ser en junio, puede ser en la primera lesión, puede ser en un día bueno, que es cuando el miedo ataca a la gente como él—, en algún momento te va a mirar, va a calcular todo lo que puede

salir mal, y va a intentar empujarte. Por tu propio bien, dirá. Y se lo cree cuando lo dice.

El corazón se me encogió.

—¿Y qué hago?

—Nada especial. Solo no confundas las cosas. —Me puso la mano en el brazo, firme y rápida, el cariño de quien no practica mucho—. Si un día te empuja, no es porque haya dejado de quererte. Es porque te quiso demasiado y su cuerpo solo conoce una manera de proteger lo que quiere: a distancia. —Me soltó y siguió hacia el pasillo, práctica de nuevo, zanjando el asunto—: Te corresponde a ti decidir si aceptas el empujón. Su madre, aquí presente, espera que no.

La escalera crujió. Reed apareció con una caja de cartón en los brazos y se detuvo, mirando de su madre a mí, desconfiado del silencio.

—¿Qué estabais vosotras dos…?

—Recetas —interrumpió Ellen, sin pestañear—. Secretos de familia. Ahora llévate a esta niña al lago antes de que oscurezca, que no has venido hasta aquí para verme fregar los platos.



El lago quedaba a diez minutos andando, por un sendero entre los pinos que Reed conocía con los ojos cerrados. Y cuando los árboles se abrieron, yo me detuve.

Era la foto de la nevera. A tamaño real, a mi alrededor: el lago helado, blanco azulado bajo el final de la tarde, rodeado de pinos cargados de nieve, con un pontón de madera enterrado en el hielo y un silencio tan completo que se podía oír la propia respiración.

Era el lugar más bonito y más triste que yo había pisado jamás, y entendí, allí, por qué él nunca había traído a nadie.

—Aprendimos aquí —contó Reed, a mi lado, con la voz baja de quien habla en una iglesia—. Mi padre jugaba, antes de marcharse. Después fue Danny quien me enseñó. Me empujaba en trineo para que perdiera el miedo a la velocidad, y mi madre gritaba desde la orilla que nos íbamos a matar, y traía chocolate caliente de todas formas. —Señaló un punto cualquiera del hielo, idéntico a todos los demás puntos, y que para él claramente no lo era—. Ahí me enseñó a frenar. Yo tenía cinco años. Me caí unas doscientas veces.

Sacó de la mochila dos pares de patines —el suyo, y un par más pequeño, alquilado en Ann Arbor sin que yo lo supiera.

—Tú no sabes patinar.

—Yo soy de una ciudad sin invierno de verdad, Reed.

—Estupendo. —Se agachó para atarse los patines, y cuando levantó la cara, había en ella algo que yo nunca había visto a la luz del día: la sonrisa de la foto. Entera. De los dos lados—. Pues hoy te enseño yo una cosa, para variar.

Y Reed Calloway me enseñó a patinar en el lago donde su hermano le enseñó a él.

Fue ridículo y fue sagrado. Me caí unas doscientas veces, cumpliendo la tradición. Él me sujetó por las manos, de espaldas, patinando hacia atrás con una facilidad ofensiva, riéndose —riéndose, alto, en el aire quieto, un sonido que quise guardar en un bote hermético y no soltar nunca más.

El cielo se fue poniendo color melocotón detrás de los pinos. Y en algún momento, cuando conseguí deslizarme tres metros enteros sin caerme y lo celebré como quien gana la Big Ten, él me cogió por la cintura en medio del hielo, en medio de su lago, en medio de su vida entera, y dijo:

—Te quiero.

Así. Sin preparación, sin discurso, de la manera en que él dice los marcadores.

—Iba a esperar un momento mejor —continuó, mientras mi corazón intentaba reaprender el oficio—, pero entonces me acordé de que yo soy el tío de la lista de los despueses. Así que: te quiero. Aquí, que es el lugar más mío que existe. Para que sepas de dónde viene.

—Reed…

—No hace falta que…

—Cállate. —Le sujeté la cara con los dos guantes—. Yo te quiero desde el pósit. Solo estaba esperando a que me alcanzaras.

Y nos besamos en medio de un lago helado de Cedar Hollow, a trompicones porque yo no me tenía en pie, riéndonos dentro del beso, y si alguien me pregunta algún día cuál fue el momento más feliz de mi vida, es este, fue este, va a ser este durante mucho tiempo.

Fue allí mismo, sentados en el pontón de madera con el chocolate caliente del termo de Ellen, donde por fin tuvimos la conversación de junio.

Y la conversación de junio fue —esta es la parte que nadie se iba a creer— buena.

Él puso los números sobre la mesa como quien monta una táctica: el draft los días veintiséis y veintisiete de junio. El interés de Detroit, firme desde la cena. Y la geografía, que yo nunca me había parado a calcular y que él claramente calculaba desde hacía semanas:

—Detroit está a cuarenta minutos de Ann Arbor, Sadie. Cuarenta. Si me eligen, el development camp es en julio, allí. Si me quedo en la plantilla, juego a cuarenta minutos de la Honey & Rye. Si me mandan a rodarme a la filial, es Grand Rapids: dos horas y

poco. —Hizo girar el vaso de chocolate—. Me pasé tres años creyendo que junio era un precipicio. Y la semana pasada reuní el valor de mirar el mapa, y el precipicio tiene cuarenta minutos de altura.

—¿Y si no es Detroit? —pregunté, porque alguien tenía que preguntarlo—. ¿Y si otro equipo te elige primero? Seattle, Las Vegas, yo qué sé, la otra punta del país…

—Entonces recalculamos —respondió sin prisa, mirando el lago—. No voy a prometerte una ciudad, porque la ciudad no es mía para prometerla. El draft decide por mí, es el único trozo de mi vida que firmé sin leer. Pero puedo prometerte el resto. —Se volvió hacia mí—. Yo no me voy de ti. Adonde sea que el mapa me lance, tú no eres algo que yo dejo en la ciudad anterior. Nosotros somos… —buscó la palabra, y encontró la nuestra—: Nosotros somos la receta. El resto es horno.

Me reí, con los ojos ardiendo.

—Eso ha sido horrible.

—Ha sido estupendo. Lo ensayé en el coche.

—Sé que lo ensayaste.

Y nos quedamos allí hasta que ganó el frío, haciendo los planes que habíamos aplazado por dos marcadores: el torneo nacional ahora, el draft después, su verano en el camp y el mío en la panadería, la logística de los cuarenta minutos, Ellen viniendo a conocer la Honey & Rye —«criticará tu cruasán por educación y pedirá la receta por carta después, es su manera de ser»—.

En el camino de vuelta por el sendero, ya en la oscuridad azul, él me fue contando historias de Danny —sueltas, ligeras, una detrás de otra, como quien por fin abre una presa por el lado correcto.

Yo debería estar simplemente feliz. Y estaba feliz —la felicidad verdadera, la que no necesita fabricación.

Pero en algún lugar debajo de ella, guardada donde yo guardaba las cosas que todavía no sabía cargar, la voz de Ellen Calloway seguía repitiendo, bajito, en el pasillo de mi cabeza:

Puede ser en junio. Puede ser en un día bueno, que es cuando el miedo ataca a la gente como él.

Miré a Reed, iluminado por la linterna del móvil, riéndose de una historia de trineo.

E iba a rezar la semana entera para que su madre estuviera equivocada.

CAPÍTULO 34



«Hay clientes que entran en una panadería a comer. Y hay madres que entran a comprobar dónde guarda el hijo el corazón.»

SADIE BROOKS

Ellen Calloway apareció por la Honey & Rye un miércoles de abril, a las siete y media de la mañana, sin avisar a nadie —lo cual, yo ya debería saberlo, era su manera de avisarlo todo.

Yo estaba de espaldas, reponiendo el escaparate, cuando sonó la campanilla, y no necesité volverme para saberlo: su paso tenía la misma firma que el del hijo, el peso económico de quien no gasta suelo en vano.

Cuando me volví, allí estaba —abrigo gris, moño práctico, la postura de quien ha cruzado dos horas de carretera y tres décadas de invierno sin arrugarse—, parada en medio de mi panadería, haciendo lo que vi de inmediato que era una inspección completa: el toldo de fuera, las mesas, la pizarra con la letra de Marnie, la estantería de las teteras, el escaparate, yo.

—¡Doña Ellen!

—La ciudad es más pequeña de lo que él la describía y la panadería es más grande. —Colgó el abrigo en el gancho de la

entrada como quien ya conocía el gancho—. He venido a verlo con mis propios ojos. Las cosas importantes no se conocen por teléfono.

—Reed está en el entrenamiento de la mañana, no llega hasta…

—Yo sé dónde está mi hijo. —Los ojos grises me encontraron por encima del escaparate, y había en ellos una punta mínima de humor, la artillería de descanso—. No he venido a ver a mi hijo, niña. Al hijo lo veo desde hace veintidós años. He venido a ver esto. —Su barbilla dibujó un círculo que abarcaba la panadería entera y terminó en mí—. El lugar que desmontó tres años de mal trabajo suyo en un semestre. Sírveme un café. Solo. Y un cruasán, que es la manera más rápida de conocer el carácter de una cocina.

Serví el café y elegí el mejor cruasán de la hornada —el más dorado, el de laminado más abierto, el cruasán que yo presentaría ante un tribunal examinador— y se lo llevé a la mesa con el corazón latiendo en un compás ridículo de entrevista de trabajo.

Ellen Calloway se comió mi cruasán de la manera en que el hijo ve las repeticiones: en silencio, sin prisa, con atención forense.

Lo partió con las manos, miró la estructura por dentro, probó la punta, probó el centro. Dio un sorbo de café entre un bocado y otro, para limpiar el juicio.

Y al final, se limpió los dedos con la servilleta, dobló la servilleta —dobló la servilleta usada, aquella mujer—, y dictaminó:

—Está bueno. —Una pausa de exactamente medio segundo —. La mantequilla podría estar un punto menos fría en la tercera vuelta. Abre mejor la miga. Pero está bueno.

Y yo, que me había pasado la vida coleccionando elogios como quien busca monedas en el sofá, descubrí en aquella mesa que existe una categoría por encima del elogio: la crítica precisa de alguien que se ha preocupado lo suficiente como para mirar de cerca.

La mantequilla en la tercera vuelta.

Había leído mi masa de hojaldre como Cami leía un aterrizaje.

—Usted lamina masa —dije, y no era una pregunta.

—Laminé durante treinta años, todas las Navidades, la receta de mi suegra. Que en paz descanse, la masa era mejor que ella. —Ellen dio otro sorbo—. Los niños se la comían peleándose. Danny una vez le cambió el relleno al hermano por mostaza y se pasó una semana orgulloso. —Dijo el Danny como se dice el nombre de un pariente vivo que vive lejos, sin bajar la voz, y mi pecho hizo eso que hacía cada vez que un Calloway abría la puerta del cuarto cerrado por voluntad propia—. Reed ni se dio cuenta. Se lo comió entero, serio, y dijo «distinto, pero bueno». Tenía nueve años y ya era ese diplomático de una sola palabra que tú conoces.

Me reí, y ella casi se rio —la comisura de su boca subió medio milímetro y desistió, el mismo medio milímetro del hijo, y yo archivé la genética de la casi-sonrisa en mi colección.

Fue entonces cuando la puerta de la cocina se abrió y Marnie entró en el salón, con el delantal puesto y la harina de la mañana en los antebrazos —y se detuvo.

Las dos mujeres se miraron por encima de las mesas de la Honey & Rye: cuarenta años de horno de un lado, cincuenta y muchos de invierno del otro, dos matriarcas midiéndose como dos equipos en la línea central.

—Marnie —presenté, con la voz de quien presenta a potencias—, esta es Ellen Calloway. La madre de Reed. Ellen, esta es Marnie. La dueña de esto.

—La de la pizarra —dijo Ellen.

—La del termo —dijo Marnie.

Y algo se firmó allí, en un notariado invisible, porque Marnie se desató el delantal —Marnie no se desata el delantal en horario de

trabajo— y se sentó a la mesa de Ellen sin ser invitada, y gritó por encima del hombro que yo trajera más café y «aquella primera hornada, la tarta de manzana, la que probó ayer», y durante la hora siguiente la Honey & Rye funcionó sola alrededor de una mesa donde dos mujeres que se conocían desde hacía ocho minutos conversaban como quien retoma una conversación de veinte años: la hija en Portland, el hijo en el hielo, la rodilla, el tejado, el precio del invierno, la receta de sopa que atraviesa a cualquiera de ellos.

Yo serví, horneé y atendí, orbitando la mesa con el oído estirado, y en algún momento las oí bajar la voz hasta la frecuencia de las cosas serias, y capté solo hilachas —«…desde el funeral, no traía a nadie…» de Ellen; «…llegó aquí pidiendo perdón hasta por el espacio…» de Marnie; «…y míralos a los dos ahora…» de alguna de ellas—, y decidí, en un acto de madurez que me costó caro, irme a amasar pan a la cocina en vez de quedarme recogiendo elogios ajenos por la rendija.

Las manos no saben mentir, decía mi abuela. Las mías amasaron aquel pan sonriendo como idiotas.



Ellen se pasó la mañana entera en la panadería.

Vio el movimiento de las ocho, el de las nueve y media, los habituales —el señor Alderman y su periódico, las enfermeras del turno, los estudiantes con retraso—, y yo vi que ella veía: los ojos grises catalogando a cada cliente que me llamaba por mi nombre, cada «lo de siempre, Sadie», cada intercambio de bromas por encima del mostrador.

En algún momento se levantó, dio una vuelta lenta por el salón como quien visita un museo pequeño, y se detuvo ante la estantería de encima del mostrador, ante la fila de teteras antiguas, mirando el espacio entre ellas con una atención que yo no entendí

aquel día —y que solo iba a entender meses después, una mañana de septiembre, cuando un trofeo llegara en una caja de mensajería y Marnie quitara las teteras para recibirlo.

Las madres de cuarto detenido, aprendería yo, reconocen una estantería a la espera cuando la ven.

Cerca del mediodía, se puso el abrigo y vino al mostrador a pagar la cuenta, y libramos la batalla ritual —«invita la casa», «de ninguna manera», «doña Ellen», «niña»— que ella ganó depositando el importe exacto junto a la caja registradora con la autoridad de quien clausura asambleas.

Entonces se quedó un momento mirándome, con las manos en las asas del bolso, y disparó la ráfaga de despedida, porque Ellen Calloway no se va: concluye.

—Tres cosas. —Su dedo subió—. Primera: la mantequilla, tercera vuelta, un punto menos fría. Lo vas a probar hoy, porque tú eres del tipo que no duerme con una crítica pendiente, conozco el tipo, yo soy el tipo. —Segundo dedo—. Segunda: he visto tu mostrador toda la mañana. He visto pasar por aquí a la ciudad entera y a todo el mundo salir más ordenado por dentro de lo que entró. Tú tienes aquí lo que mi hijo buscó tres años en el lugar equivocado, que es un puesto de repostaje. Cuida esto. No dejes que nadie —el dedo pesó medio tono— nadie, ni él, te convenza de que esto es menos que cualquier pista de hielo. —Tercer dedo, y aquí su voz hizo la única curva suave de la visita—: Tercera. El funeral de Danny tuvo trescientas personas y catorce bandejas de comida, y no recuerdo el sabor de ninguna. Hoy ha sido la primera vez en tres años que he comido algo hecho en un horno y le he sentido el sabor. —Se acomodó el bolso en el hombro, la columna recta, los ojos grises firmes y brillando en la medida exacta que ella autorizaba—. No es por el cruasán. Lo has entendido. Tú eres la que entiende.

Y se marchó, con el paso económico, dejando la campanilla sonando, y a mí desmontada detrás del mostrador, llorando sobre

una bandeja de scones bajo la mirada de Marnie, que me dejó llorar cuarenta segundos cronometrados antes de decretar:

—Una reina, esa. —Volvió a atarse el delantal—. Ahora prueba lo de la mantequilla, que tiene razón y las dos lo sabemos.



Reed apareció al final de la tarde, después del entrenamiento, con el pelo todavía húmedo, y se enteró de la visita antes de que yo abriera la boca —porque su madre le había mandado, desde el aparcamiento, un único mensaje: «He ido a conocer la panadería. Aprobada. Has tardado tres años en darme un sitio bueno que visitar en esa ciudad».

—¿Cuánto tiempo se quedó? —preguntó, sentándose en el taburete de la punta.

—La mañana entera. Ella y Marnie ahora son… no sé lo que son. Una alianza. Un tratado. Las dos intercambiaron teléfonos y Marnie lo anotó con bolígrafo, Reed, yo nunca he visto a Marnie anotar nada con bolígrafo.

Él miró la mesa donde su madre se había sentado, y algo le pasó por la cara —un cálculo largo, de los que hacía cuando el mundo se comportaba mejor de lo que el muro había previsto.

—¿Criticó algo?

—La mantequilla de la tercera vuelta.

—¿Y pidió la receta?

—No. —Fruncí el ceño—. Solo criticó.

Reed Calloway asintió despacio, con la expresión de quien comprueba un reloj de precisión, y dijo, girando la taza:

—La va a pedir. Por carta. Una semana, diez días. Y va a pedir además que no me cuentes que la pidió. —Bebió—. Es su

manera. La crítica la entrega en mano; la admiración, solo por correo.

La carta llegó nueve días después. Papel pautado, letra firme, directa al grano en la segunda línea —«si la receta del cruasán no es secreto del oficio, la aceptaría. La de mi suegra pierde en la miga y ya he hecho las paces con eso»— y, al final, antes de la firma, la frase que recorté con los ojos y guardé en el bote hermético para siempre:

«No le cuentes que la he pedido. Pondrá esa cara de quien ha comprobado el reloj, y ninguna madre se merece un hijo demasiado puntual».

Le mandé la receta al día siguiente.

Por carta, como manda el protocolo —la primera de muchas: empezó allí, sin ceremonia fundacional, la correspondencia que iba a atravesar aquella primavera y a esperarme en el público de una graduación, recetas yendo, historias viniendo, Danny apareciendo en sus entrelíneas un poco más con cada sobre, vivo de la manera en que los suyos se quedan vivos: en levadura, en invierno, en papel.

Y respeté la cláusula de confidencialidad. Nunca le conté que ella la pidió.

CAPÍTULO 35



«Todo jugador se sabe de memoria el día en que empezó. Nadie se cree, hasta que ocurre, que el de terminar también tiene fecha.»

REED CALLOWAY

El torneo nacional nos dio tres semanas más de temporada, un viaje a Massachusetts, dos victorias que nadie esperaba —y entonces, un jueves de abril, en un pabellón neutral de Boston, la temporada terminó de la manera en que terminan el noventa y nueve por ciento de las temporadas en cualquier deporte del planeta: con el otro equipo celebrando.

Semifinal del Frozen Four. Boston College, dos a uno. Sin prórroga esta vez, sin desvío de patín, sin injusticia a la que culpar —fueron mejores por dos centímetros durante sesenta minutos, y en el hockey dos centímetros son un continente.

Cuando sonó la sirena final, yo estaba en el hielo, e hice lo que hace un capitán: me mantuve de pie, alineé al equipo, estreché la mano de cada uno de ellos, y guardé para después la información que estaba parada en mi garganta como un disco tragado.

Se acabó. No la temporada. La palabra más grande.

Fue en el vestuario donde bajó.

El vestuario de una derrota tiene su propia liturgia —el silencio, la cinta arrancándose despacio, alguien llorando sin esconderse porque en el hockey llorar después de abril está permitido por ley.

Pero el vestuario de la última derrota del último año era otra cosa. Miré alrededor y vi a los novatos destrozados de esa manera recuperable de quien tiene tres años más por delante, y vi a los veteranos —yo, Pereira, otros dos— quitándonos el uniforme de Michigan por última vez en la vida, y no existe entrenamiento para eso.

Cuatro años. Ciento sesenta y pico partidos. El Yost, los Children of Yost, los viajes en autobús, el olor de este equipamiento del que me pasé la vida quejándome y que ahora estaba doblando como quien dobla una cosa de difunto.

Doyle entró, mandó salir a los asistentes, y se quedó un rato solo mirándonos, con la carpeta colgando de la mano, sin usarla.

—Llevo treinta y un años entrenando —dijo, al final—. Y voy a decir una cosa que digo poco, así que grabadla. Un equipo se mide en abril, pero no por el marcador de abril. Se mide por lo siguiente: si en septiembre yo os hubiera enseñado todo lo que esta temporada iba a tener —la ventisca, las lesiones, el circo, la final perdida por un patín, esta noche—, ¿cuántos de vosotros habríais firmado otra vez? —Recorrió el vestuario con los ojos de cuero—. Quien habría firmado, que se levante.

El vestuario entero se levantó. Los que lloraban, llorando. Luka el primero de todos, lo cual significaba algo que solo nuestro equipo sabía leer.

—Entonces habéis ganado —dijo Doyle—. El resto son trofeos, y los trofeos son para las estanterías, y las estanterías cogen polvo. —Colgó la carpeta en el gancho—. Veteranos, en mi despacho el lunes, de uno en uno. Los demás: nos vemos en septiembre. Estad grandes.

Y salió, porque Doyle no se queda para que lo abracen.

Mason se desplomó en el banco a mi lado, todavía con las medias puestas, con los ojos rojos que ni siquiera intentó justificar.

—Cuatro años —dijo.

—Cuatro años.

—¿Te acuerdas de mi primer entrenamiento? Me derribaste en el primer ejercicio y pediste perdón tan serio que el vestuario se rio una semana entera.

—Yo me acuerdo de que el novato rubio al que derribé me adoptó a la fuerza ese mismo día y no me devolvió nunca.

—El mejor fichaje de mi carrera. —Golpeó su hombro contra el mío, y nos quedamos los dos mirando a la nada, al uniforme doblado, a la palabra enorme parada en medio del vestuario. Después sorbió por la nariz, enderezó la espalda y encontró su propia manera de sobrevivir al momento—: ¿Vas a llorar?

—No.

—Yo sí. De hecho, ya estoy. Es liberador. Te lo recomiendo, cuñado.

Al otro lado del vestuario, Knox se sonó la nariz con un sonido de bocina de barco y amenazó con romperle la cara al primero que comentara algo. Luka pasó a mi lado camino de la ducha, se detuvo, me puso la mano en el hombro —lo que, viniendo de él, era un discurso de graduación— y dijo:

—Septiembre va a ser raro sin ti gritándome.

—Ahora el veterano vas a ser tú. Grita tú.

—Yo no grito. —Lo pensó—. Yo miraré con decepción. Es más eficiente.

Y en el pasillo, fuera, cuando por fin salí con la mochila y el resto de mi vida al hombro, ella estaba allí —con el gorro azul en pleno abril, porque la tradición es la tradición, con Quinn y Cami dos

pasos por detrás, y Beau apoyado en la pared con la bandera doblada y la cara de quien iba a pasarse meses sin aceptar que su estadística había muerto dos veces en el mismo semestre.

Sadie no dijo «lo siento». No dijo «habéis jugado bien». Abrió la mochila, sacó una bolsita de papel de estraza con un pósit amarillo, y me la entregó en medio del pasillo.

Reed, decía la letra redonda. Y debajo: el marcador no cambia la receta.

Dentro, un muffin de canela. Todavía templado, a saber por qué brujería de termo.

Me lo comí allí mismo, apoyado en la pared de un pabellón de Boston, con mi carrera universitaria a diez minutos de edad en el pasado, y ella se quedó a mi lado sin decir nada, en el silencio correcto, el silencio de panadería a las cinco y cuarenta —y fue así como la mayor derrota de mi abril se convirtió en algo que yo era capaz de tragar.



El resto de abril y mayo pasó como pasan las primaveras en Ann Arbor: de golpe, con prisa, llenas de cosas.

Me gradué. La palabra todavía me sonaba extraña —yo, graduado, con toga, con mi madre en el público del Michigan Stadium apretándole el brazo a Sadie a cada nombre anunciado, las dos ya con una intimidad de cartas y recetas que me excluía por completo y me dejaba idiota de contento.

Danny estuvo allí de la manera en que estaba en todo: en mi bolsillo interior, en un pósit que nadie vio, donde una letra redonda había escrito él estaría orgulloso y tú lo sabes.

Firmé con un agente —un hombre serio de Toronto que Doyle aprobó con un gesto de cabeza, lo cual vale más que un

contrato.

Fui al combine de Buffalo, a principios de junio, e hice lo que se hace en un combine: correr, saltar, levantar, responder entrevista tras entrevista con diecisiete equipos, siempre las mismas preguntas con corbatas distintas.

Cómo manejas la presión. Háblanos del liderazgo. Háblanos de tu hermano —esa vino tres veces, y tres veces respondí entero, sin trabarme, y en algún lugar de Cedar Hollow una mujer de moño práctico habría dicho has tardado.

Detroit me entrevistó dos veces. La segunda duró el doble de lo acordado. El director de scouting —el mismo de la cena— terminó estrechándome la mano con las dos suyas, y mi agente salió de la sala poniendo esa cara de póker que ponen los agentes cuando no quieren soltar la palabra «seguro» antes de tiempo.

—Tienen la undécima elección —dijo en el pasillo, bajo—. Por el interés, por la posición, por la conversación de hoy… si sigues en la mesa cuando llegue su turno, me sorprendería que no fueras tú.

Si sigues en la mesa.

Diez equipos eligen antes. Mi agente juraba que yo no pasaba del vigésimo en ninguna proyección y no subía del octavo en ninguna.

La undécima era el centro exacto de mi ventana. La matemática rimaba tan bien que parecía escrita.

Cuarenta minutos de la Honey & Rye. El equipo del póster de los dos cuartos de Cedar Hollow. La camiseta del ataúd.

Dejé —despacio, con la desconfianza de quien abre un cerrojo— que la esperanza entrara.

Fue mi error de lectura de la temporada entera. Peor que el disco de Minnesota.

Porque el martes antes del draft, diecisiete días después del combine, yo estaba en la cocina de casa picando manzanas bajo supervisión técnica —Sadie tenía una prueba nueva de tarta y yo había sido ascendido a auxiliar con reservas— cuando el teléfono de mi agente sonó sobre la mesa, y él estaba en Ann Arbor precisamente para los últimos ajustes, y contestó allí mismo, y yo lo vi.

Vi su cara cambiar de la manera en que cambia el cielo del Medio Oeste antes de una ventisca.

Escuchó durante un minuto y medio, dijo media docena de palabras profesionales, colgó, y se quedó un segundo mirando el teléfono antes de mirarme a mí.

Sadie detuvo la batidora. La cocina entera se quedó con olor a manzana y a silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Se ha filtrado una negociación. Va a salir en la prensa en una hora, así que es mejor que lo sepas por mí. —Puso el teléfono sobre la mesa, boca abajo, como quien cubre un cuerpo—. Detroit ha traspasado la undécima elección. La han mandado a San José, en un paquete por un defensa consolidado. Han salido de la primera ronda, Reed. —Una pausa—. No van a elegir a nadie el día veintiséis.

El cuchillo se quedó quieto sobre la manzana.

Detrás de mí, muy lejos, en otro país, la batidora de Sadie volvió a girar y se detuvo otra vez, y su mano se apoyó en mi espalda, y oí su voz preguntarle algo al agente —práctica, tranquila, las preguntas correctas, y ahora qué, quién tiene elecciones en esa franja, qué cambia— mientras dentro de mí, en un pasillo que yo conocía bien, una puerta que me había pasado meses abriendo empezaba, muy despacio, a cerrarse de nuevo.

El agente respondía. Nombres de equipos. Seattle tenía dos elecciones en la franja. Vancouver había subido. Anaheim, Utah,

equipos de mapa grande, equipos de huso horario, equipos a cuatro mil kilómetros de un toldo verde de Kerrytown.

El precipicio tiene cuarenta minutos de altura, había dicho yo en un pontón de madera, presumido, enamorado, idiota.

Miré por la ventana de la cocina, hacia el patio donde Knox había colgado una red de entrenamiento, e hice lo único que tres años de entrenamiento saben hacer solos, sin pedirle permiso a nadie:

Empecé a contar lo que tenía que perder.

CAPÍTULO 36



«Sé leer a las personas que se están marchando. Entrené toda la vida. Nadie me preparó para leer a alguien marchándose sin moverse del sitio.»

SADIE BROOKS

Reed no se derrumbó después de la noticia. Habría sido más fácil si lo hubiera hecho.

A la gente que se derrumba una la sostiene —yo sé sostener, es mi especialidad, sostengo con sopa y con silencio y con el cuerpo entero si hace falta.

Sin embargo, Reed Calloway no se derrumbó. Reed construyó. Y aquella semana, la semana entre el martes de la noticia y el draft, yo asistí, día tras día, ladrillo a ladrillo, a un hombre construyendo a su alrededor algo que yo conocía.

Empezó pequeño. Siempre empieza pequeño.

El miércoles, volvió a entrenar dos veces al día —«para llegar preparado al development camp, sea del equipo que sea», explicó, razonable, tan razonable que no se podía discutir.

El jueves, respondió a un mensaje mío con «ok». Dos letras.

Me quedé mirando la pantalla un minuto entero, porque hacía meses que el «ok» se había jubilado —desde los pósits, desde el motel, Reed había aprendido a responder con frases, con preguntas, una vez hasta con un emoji, acontecimiento que Quinn exigió ver con sus propios ojos.

El «ok» era el idioma antiguo. El idioma de antes de mí.

El viernes, vino a la panadería a las cinco y cuarenta, como siempre. Se sentó en el taburete de siempre. Se tomó el café de siempre. Y respondió a mis preguntas con la puntualidad de quien cumple el expediente —el combine, el agente, las llamadas— sin fallar ninguna respuesta y sin estar en ninguna de ellas.

En mitad de una frase sobre Seattle, me di cuenta de que me estaba mirando y no me estaba viendo, y mi estómago hizo una cosa fría, porque yo conocía aquella mirada de algún sitio.

Tardé el resto de la hornada en acordarme de dónde.

Era la mirada de la línea azul. La de cerrar los ojos un segundo de más. La mirada de quien está conversando con una pérdida —solo que Danny llevaba tres años muerto, y la pérdida con la que Reed conversaba ahora estaba viva, con delantal, al otro lado del mostrador, empujándole el café.

Está entrenando para echarme de menos por adelantado, para que duela menos después. Yo hacía eso con mi madre antes de que se marchara: yo ensayaba. Conozco ese ejercicio. Yo inventé ese ejercicio.

Y la voz de Ellen Calloway, puntual como una factura:

Puede ser en un día bueno. Puede ser en junio. Va a calcular todo lo que puede salir mal, y va a intentar empujarte.

—Reed. —Solté el paño de cocina—. Mírame.

Me miró. La máscara vino con la mirada, perfecta, tres años de ingeniería.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Tomando café.

—Sabes de qué estoy hablando.

Un silencio. El horno zumbó. Él giró la taza —una vuelta, dos — y durante un segundo vi la lucha detrás de los ojos grises, la misma del día de Tara, la puerta chirriando.

Y entonces hizo algo que me asustó más que cualquier grito: sonrió. Una sonrisa pequeña, gastada, fabricada —fabricada, Reed, para mí, que fui yo quien le enseñó al mundo a fabricar sonrisas—, y dijo:

—Estoy bien, Sadie. Es solo el draft. La semana que viene todo esto se acaba.

Y lo dejé pasar.

Esa era la parte que iba a repasar mil veces en las semanas siguientes, la parte de la que iba a arrepentirme con refinamiento: lo dejé pasar.

Porque él tenía derecho a su miedo. Porque presionar a Reed nunca funcionó —él no se abría con palanca, se abría con horno encendido, siempre fue así. Porque yo tenía miedo de que, si tiraba del hilo, viniera con él algo que yo no estaba preparada para sostener.

La verdad desnuda es esta: los dos éramos cobardes fluidos en la cobardía del otro.

Él fingió que estaba bien. Yo fingí que me lo creía.

El horno se quedó encendido. La puerta siguió cerrándose.



El sábado por la noche, con Reed en Cedar Hollow visitando a su madre antes del viaje, el consejo de guerra se reunió en el piso de Quinn sin que yo lo convocara —solo mandé un mensaje tonto al grupo, ¿hay alguien?, y cuarenta minutos después estaba en el puf de siempre con un té que Cami me obligó a sujetar, contándolo todo: el «ok», los entrenamientos dobles, la sonrisa fabricada, el ensayo de ausencia.

—Y está el aviso de su madre —terminé—. Me lo dijo, a la cara, en el pasillo de su casa: él termina las cosas antes de que ellas terminen con él. Y que en algún momento iba a intentar empujarme. Por mi bien.

Cami apretó el cojín contra el pecho.

—Pero él te quiere. Fue y lo dijo, en el lago, de la manera más bonita que un armario emocionalmente estreñido es capaz…

—Una cosa no desmiente la otra —cortó Quinn, y su voz estaba en el tono raro, el de cuando suelta el cachondeo. Posó la taza—. La gente rota no empuja a quien no quiere, Cami. Empuja exactamente a quien quiere. Esa es la lógica podrida del asunto: cuanto más quiere, más cara parece la pérdida futura, y más barato parece cancelarlo todo ahora, con dolor controlado, que esperar a que el mundo lo cancele después, con dolor a precio de mercado. —Me miró—. Es un defensa, Sadie. Su vida entera consiste en anticipar la jugada y lanzarse delante. Está haciendo con el corazón lo que hace con el disco.

El piso se quedó en silencio. Cami miraba de Quinn a mí con los ojos llenándosele.

—¿Entonces qué hace ella? —preguntó, bajito.

—Nada. —Quinn no apartó la mirada de mí—. Esa es la parte que nadie quiere oír. No puedes impedir un empujón que todavía no ha llegado, y no puedes pasarte los próximos días sujetándole la manga como quien espera la bofetada, porque entonces tú te conviertes en rehén y él en reo antes del crimen. Solo puedes

decidir, ahora, por adelantado, qué haces si llega. —Se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas—. Y aquí necesito preguntarte una cosa, y necesito que respondas sin la sonrisa: si te empuja la semana que viene, ¿qué hace la Sadie de nueve años?

La pregunta me acertó en el lugar exacto al que apuntó, porque Quinn no falla la puntería.

—Acepta —respondí, y la palabra salió ronca—. La de nueve años acepta. Agradece el tiempo concedido, pide perdón por el espacio, se encoge hasta caber en un bolsillo y se marcha de puntillas para no dar problemas. Y deja la ventana abierta para siempre, solo por si acaso.

—¿Y la de ahora?

Miré mis manos.

Harina en las cutículas, la pulserita amarilla y azul en la muñeca, la pequeña cicatriz de quemadura de horno que toda panadera tiene. Manos que habían vendado una costilla en un motel, escrito el pósit que cambió una casa, abierto masa a las cinco de la mañana en tres estados emocionales distintos.

—La de ahora no acepta —hablé, despacio, probando el peso de cada palabra como quien prueba el hielo con el pie—. Pero tampoco se tira delante del tren para demostrar amor. Me he pasado la vida haciendo las dos cosas, y las dos son el mismo error con el signo cambiado: las dos dicen que lo que yo quiero no cuenta. —Levanté los ojos—. Si me empuja, no voy a suplicar y no voy a desaparecer. Voy a hacer lo que su madre hace con el cuarto de Danny.

Cami frunció el ceño.

—¿Que es…?

—Elegir lo que se queda. —Mi voz se afirmó a mitad de la frase, encontrando el suelo—. Voy a decirle, una vez, con todas las letras, que un empujón no es protección, que yo no soy Tara ni su

madre ni la llamada de las tres de la madrugada. Que la puerta de la panadería abre a las seis y que la mía no tiene horario. Y después voy a vivir mi vida de puerta abierta y horno encendido —no esperándolo a él, viviendo—, porque a eso vine a Michigan antes de chocarme contra un pecho en la oscuridad. Que decida él si entra. Yo ya no quepo en el bolsillo de nadie. Ni en el suyo.

El silencio que siguió fue distinto del anterior. Quinn se recostó en el puf con la expresión de una editora aprobando un titular. Y Cami —Cami se limpió la cara con la manga, sorbió por la nariz, y dijo, con la voz tomada y solemne:

—Voy a llorar y después voy a por más té y después vamos a ver una comedia romántica mala, porque es sábado y somos fuertes, pero no somos de hierro.

Fue lo que hicimos. Y a mitad de la película, con la cabeza en el hombro de Quinn y los pies en el regazo de Cami, mi móvil se encendió.

Reed: mi madre te manda la receta del chocolate caliente del lago, dice que es para ti. «La niña lo hace mejor que yo, pero no le cuentes que lo he dicho».

Reed: buenas noches, Sadie.

Nombre entero. Punto final. Ninguna pregunta.

Me quedé mirando aquel mensaje —cariñoso, completo, cerrado como un paquete de despedida— y las dos lo leyeron por encima de mi hombro sin pedir permiso, porque las amigas de verdad no piden.

—Ay —dijo Cami, bajito.

—Sí —asintió Quinn.

Hasta su cariño está ordenando los cajones.



El draft sería el viernes y el sábado, en Los Ángeles, en la otra punta del país.

Los prospectos proyectados para la primera ronda están invitados a asistir desde allí, desde el salón, de traje, con la familia en la mesa y las cámaras en la cara —y la invitación de Reed había llegado semanas atrás, de los tiempos en que la matemática rimaba.

El agente fue claro: rechazarla ahora sería leído por el mercado como debilidad. Ir era obligatorio.

—Mi madre va —me dijo Reed el miércoles, en la panadería, mirando el café—. El agente va. Y hay un sitio en la mesa que es tuyo. Si quieres.

—¿Si quiero?

Levantó los ojos, y por un instante —medio segundo, nuestro segundo— la máscara falló, y vi allí dentro el tamaño del miedo: un chico de Cedar Hollow a punto de ser pesado, medido y elegido o no elegido delante del país entero, en la ciudad más lejana posible del toldo verde, sin saber ya cuál era el marcador por el que rezaba.

—Quiero que lo veas todo —dijo, y la voz le raspó en la honestidad como quien pasa por una puerta demasiado estrecha—. Sea lo que sea. Yo solo… —la mandíbula se apretó, se soltó— …no sé lo que va a quedar de mí el sábado, Sadie.

Di la vuelta al mostrador. Le sujeté la cara con las dos manos, harina incluida.

—Vas a quedar tú —dije—. Y yo voy a estar sentada al lado, sea cual sea la versión. Ahora bébete el café, que abrimos a las seis.

Él casi sonrió. Casi de verdad, esta vez.

Y el jueves por la mañana, con una maleta pequeña, un vestido prestado de Quinn y una caja de muffins de canela que pasó por el escáner del aeropuerto bajo la mirada más desconfiada de la TSA, embarqué hacia Los Ángeles al lado de Reed Calloway, de su madre y de un agente que miraba el móvil cada cuatro minutos — para ver, en un salón con cámaras, cómo el mundo decidía la dirección del hombre al que yo amaba.

Y en algún lugar sobre el centro del país, a nueve mil metros de altura, él se durmió con la cabeza en mi hombro, y yo me quedé despierta sujetándole la mano sobre el reposabrazos, memorizando su peso en la mía.

Por precaución. Como quien memoriza una casa antes de la mudanza.

CAPÍTULO 37



«El hockey me enseñó a esperar que seis mil personas gritaran mi nombre. Nadie me enseñó a esperar que una sola no lo dijera.»

REED CALLOWAY

El salón del draft era del tamaño de un hangar y olía a moqueta nueva y a nerviosismo caro.

Treinta y dos mesas redondas para los invitados de la primera ronda, manteles blancos, arreglos florales que nadie miraba.

Un escenario al frente con el podio de la liga y las pantallas gigantes. Cámaras sobre raíles deslizándose entre las mesas como tiburones educados, entrenadas para olfatear dos cosas: la alegría explotando y la esperanza pudriéndose.

Yo había visto aquello por televisión toda la vida —Danny y yo, en el sofá de Cedar Hollow, eligiendo nuestros nombres en el aire, con la primera elección, Detroit selecciona— y nada, absolutamente nada de la retransmisión te preparaba para lo que el salón era por dentro cuando el nombre sobre la mesa era el tuyo.

En mi mesa: mi madre, con un vestido azul oscuro que yo no veía desde el funeral y que ella había reformado para que dejara de ser el del funeral. El agente, con dos móviles sobre el mantel,

alineados como cubiertos. Y Sadie —con el vestido prestado de Quinn, los rizos recogidos con una horquilla de Cami, la pulserita de abalorios amarilla y azul en la muñeca porque «es mi amuleto y combina con todo», y debajo de la mesa, fuera del alcance de las cámaras, su mano cerrada en la mía desde antes de que bajaran las luces.

—Treinta y dos nombres —informó el agente, por tercera vez, en el tono de quien se calma a sí mismo—. Proyección realista: sales entre el doce y el veinte. Seattle en el catorce y el diecinueve. Vancouver ha subido al dieciséis. Hay tres equipos con agujeros en la defensa antes del veinte. Respira. En algún momento el teléfono suena.

En algún momento el teléfono suena.

La frase de mi vida. Teléfonos que suenan a las tres de la madrugada. Teléfonos que deciden.

Las luces bajaron. El comisionado de la liga subió al podio. Y empezó.

La primera elección se llevó a un centro canadiense que lloró abrazado a su abuela, y el salón entero aplaudió, y fue bonito, y yo aplaudí con las manos heladas.

La segunda, un winger ruso.

La tercera, el defensa de la Q que todos sabían que saldría pronto. Yo conocía cada nombre —los rivales de draft se estudian como se estudia a un adversario—, y a cada nombre anunciado una mesa explotaba, una familia se desplomaba de alegría, un chaval de dieciocho años se ponía una gorra y se convertía en millonario y en patrimonio de una ciudad, y las cámaras se lo bebían todo.

En la undécima elección, la pantalla mostró el logotipo de San José.

La mesa entera se quedó inmóvil. La elección que había sido de Detroit. La elección que, en un universo a una firma de distancia,

decía mi nombre, cuarenta minutos de la Honey & Rye, el equipo del póster de los dos cuartos.

El representante de San José subió al podio, agradeció a la ciudad anfitriona, y seleccionó a un centro finlandés de dieciocho años que saltó de su mesa como un cohete rubio.

—Buen jugador —dijo el agente, neutro.

Mi madre cogió la copa de agua y bebió un sorbo largo. Sadie me apretó la mano debajo de la mesa, un pulso, dos —el código antiguo del Skeeps, estoy aquí, estoy aquí— y yo apreté de vuelta y mantuve la cara de segundo descanso, porque una cámara había aparcado a tres metros y las cámaras hacían su trabajo.

Duodécima. Decimotercera. Un portero, sorpresa, el salón murmuró.

Decimocuarta: Seattle. El primero de los agujeros de defensa. El teléfono del agente no sonó.

Seattle eligió a un defensa —a un defensa— de los programas junior del Oeste, y la cámara, que se sabe las proyecciones tanto como los agentes, se deslizó medio metro hacia nuestra mesa para recoger mi cara.

Le di sesenta segundos de nada. Desistió y se marchó.

—Pasa —empezó el agente—. El dieciséis y el diecinueve todavía…

Vancouver, en el dieciséis, eligió a un delantero.

Y entonces la noche se convirtió en eso que las retransmisiones llaman, con la delicadeza de un patín en la cara, caída en directo.

Yo conocía el fenómeno. Todo el mundo en el hockey lo conoce: cada año hay uno. El chaval proyectado al que las pantallas empezaban a mostrar entre una elección y otra, con el rótulo todavía

disponible, primero como información, después como pregunta, después como espectáculo.

El salón entero pasaba a seguir dos listas —la de los elegidos y la de lo que quedaba— y la segunda lista siempre tenía una cara, y la cara intentaba mantenerse de piedra, y cuanto más de piedra se mantenía, más volvía la cámara.

En la vigésima elección, la cara era la mía.

REED CALLOWAY, D, MICHIGAN — TODAVÍA DISPONIBLE, decía la pantalla, tres metros de altura, para el hangar entero y para el país.

Y yo me quedé allí, en la mesa de mantel blanco, con mi madre de vestido reformado al lado, aprendiendo en tiempo real que existe una modalidad de dolor que yo, especialista en dolor, campeón de bloquear discos con el cuerpo, nunca había entrenado: la de que no pase nada.

Ningún impacto. Ningún adversario. Solo el tiempo pasando en cadena nacional, elección tras elección, y tu valor derritiéndose en la plaza pública, y nada que bloquear, nadie a quien marcar, ningún cuerpo que poner delante —porque lo que te está golpeando es la ausencia, y la ausencia no lleva número a la espalda.

Vigesimotercera. Vigesimoséptima. Un defensa en la veintiocho —peor clasificado que yo en todas las listas del invierno; vi al agente tragarse aquello con la mandíbula.

—Reed. —La voz de mi madre, baja, solo para la mesa, firme como una barandilla—. Mírame. —La miré. Tenía la cara de Cedar Hollow, la de atravesar inviernos—. Esto es una noche. No es la medida de nada. Mañana hay cinco rondas.

—Lo sé, mamá.

—No sabes nada. Estás ahí calculando el precio de la casa. —Me leyó como siempre me ha leído, en un segundo, y apuntó con la barbilla hacia el escenario—. La casa está lo bastante pagada, y yo

ya trabajaba mucho antes de que tú nacieras patinando. Endereza la espalda. Los Calloway no se encogen en público.

Me enderecé. El salón aplaudió la trigésima elección de alguien.

Y Sadie —Sadie no dijo nada. Hizo algo.

En mitad de la trigésima primera elección, con las cámaras lejos, cogió el bolsito prestado de Quinn, sacó de dentro un pósit amarillo y un bolígrafo, escribió algo apoyada en la rodilla, dobló el papel en cuatro y lo empujó dentro del bolsillo interior de mi americana, junto al pecho, sin una palabra —en el lugar exacto donde, debajo de un uniforme, un sábado de febrero, otro pósit había viajado sesenta minutos de partido.

No lo leí. No se podía leer allí.

Pero su mano se quedó un segundo sobre el bolsillo, encima de mi corazón haciendo su trabajo sucio, y me miró con los ojos color miel absolutamente secos y absolutamente seguros, y dijo, bajito, con una media sonrisa que no era de mostrador:

—Para después. Cuando creas que lo necesitas.

La trigésima segunda elección se anunció a las once y cuatro de la noche en el reloj de la retransmisión. Un delantero sueco. Su mesa explotó en rubio y lágrimas.

El comisionado dio las gracias, cerró la primera ronda, invitó a todos al día siguiente.

Las luces subieron.

Y descubrí que el peor sonido del mundo no era un abucheo, no era la sirena del final de un partido perdido, no era ni siquiera un teléfono a las tres de la madrugada.

Era el arrastre de quinientas sillas de un salón marchándose mientras tú seguías sentado en la tuya, con el nombre no dicho atascado en medio del pecho como un disco que entró y no salió.



El pasillo de servicio del hotel del evento, las doce y veinte de la noche.

Yo había despachado a todo el mundo con la eficiencia de siempre: al agente hacia sus llamadas —«la segunda ronda abre a las diez, tu teléfono va a derretirse a las ocho, duerme»—, a mi madre hacia su habitación con un beso en la frente y la promesa mentirosa de que yo también iba a dormir.

A Sadie la dejé en la puerta de su habitación con un beso que intenté hacer normal y que salió con sabor a cosa doblada y guardada, y ella me sujetó la manga medio segundo de más —su segundo, el nuestro—, estudiándome en el pasillo mal iluminado.

—Reed. Quédate conmigo esta noche. No… —se sonrojó, a pesar de todo— …no de esa manera. Solo quédate. Nadie debería contar el techo de un hotel solo después de una noche así.

Quédate.

Su palabra. La palabra de la panadería, del sofá verde, de la primera vez. La palabra que lo abrió todo.

—Tengo que hablar con el agente temprano —respondí—. Vete a dormir. Has volado el día entero por mi culpa.

Vi la mentira aterrizar en ella. Vi que ella lo vio. La vi decidir, por segunda vez aquella semana, no tirar del hilo —y me odié por contar con eso, por conocer su cobardía tan bien como la mía, por usar la llave que ella misma me había entregado.

—Está bien —aceptó. Y en la rendija de la puerta cerrándose —: Reed. Lee el pósit.

La puerta se cerró.

Y yo bajé al pasillo de servicio, porque la habitación del hotel tenía espejo y yo no estaba dispuesto, y me quedé andando entre máquinas de hielo y carritos de toallas como un fantasma de traje, haciendo la única cuenta para la que mi cerebro había quedado disponible.

Treinta y dos equipos han pasado hoy por delante de ti. Mañana alguno te coge en la segunda ronda, por orgullo o por ganga, y el mapa dirá Seattle, Anaheim, Utah —cuatro mil kilómetros, husos horarios, doscientas noches de carretera al año. O no te coge nadie, y entonces es invitación a un camp, contrato de liga menor, autobús. En los dos casos, la matemática de ella no cambia: una panadería con nombre y dirección en Kerrytown, una beca en la Stamps, una Marnie con la llave, un hermano, dos mejores amigas, un sueño con toldo verde que tiene código postal.

Y tú. Un activo en caída con un camión de mudanzas sin destino.

Ella dirá que se va contigo. Es Sadie: sonreirá y resolverá y cabrá, porque eso fue lo que le enseñaron, y dentro de tres años estará decorando la cuarta cocina alquilada en un huso horario equivocado, glaseando el sueño de otra persona —el tuyo— mientras el suyo coge polvo en un cuaderno de acuarelas. Y entonces un día te mirará de la manera en que tu madre mira el cuarto de Danny: con amor y con una vida entera detenida dentro.

Tú ya has visto esa película, Calloway. Tú sabes cómo termina quien ata su vida encima de tu apellido.

Ella se merece la versión en la que alguien la elige en primera ronda.

Me detuve delante de la máquina de hielo. Su zumbido llenaba el pasillo. Y dentro de mí, con una calma que era lo más aterrador de todo —sin rabia, sin pánico, con la serenidad limpia y anestesiada de quien por fin resuelve un problema táctico que se ha arrastrado la temporada entera—, el viejo arquitecto despertó del

todo, se sacudió el polvo de las manos y empezó a asentar la primera hilera de ladrillos.

Mañana. Después del draft, diga lo que diga. Le das las gracias, lo organizas todo, lo haces bien. Sin escenas, sin crueldad. La devuelves a su vida antes de que la tuya hunda las dos.

Ella llorará. Tú lo permitirás. Y dentro de unos años, ella entenderá que fue la única jugada decente que hiciste en el año.

La mano subió sola hasta el bolsillo interior de la americana, donde el pósit doblado esperaba contra el pecho.

Lee el pósit, había dicho ella.

Me quedé un minuto entero parado en el pasillo de servicio, con los dedos sobre el papel, el zumbido del hielo en los oídos.

No lo leí.

Si lo leo, no puedo.

Guardé la mano en el bolsillo del pantalón, le di la espalda a la máquina de hielo, y subí a la habitación por el tramo de escaleras más largo de mi vida —un peldaño por ladrillo, un ladrillo por peldaño—, y en algún lugar del edificio, dos plantas más arriba, dormía mal la única persona que tenía el plano completo del muro entero.

El draft se reanudaba a las diez de la mañana.

La demolición, yo la había programado para después.

CAPÍTULO 38



«Mi madre se marchó con el coche. Se lo llevó todo de una vez. Él se marchó parado delante de mí, devolviéndome —como si yo fuera prestada.»

SADIE BROOKS

El segundo día del draft, nadie pone un mantel blanco para ti.

Las treinta y dos mesas redondas habían desaparecido del salón durante la noche, recogidas junto con las esperanzas de gala, y en su lugar el día dos transcurría a ritmo de oficina: las delegaciones de los equipos en sus bancadas sobre el suelo del hangar, teléfonos y portátiles, y los sobrantes —los todavía disponibles de ayer— mirando desde una zona de invitados en el lateral, sillas de plástico acolchado, café de termo.

La televisión ni siquiera lo retransmitía entero. La humillación del viernes se había convertido, el sábado, en algo peor: anonimato.

Nos sentamos los cuatro en la segunda fila —el agente con los dos móviles, Ellen con el abrigo gris y la columna de acero, yo, y Reed con americana sin corbata, con la cara de segundo descanso y el pósit doblado en el bolsillo interior, en el lugar donde yo lo había plantado.

No lo había leído. Yo lo sabía, porque sé leer a Reed Calloway desde el otro lado de una pista de hielo, imagínate desde el otro lado de un reposabrazos: si lo hubiera leído, algo en los hombros estaría distinto.

Los hombros estaban perfectos. Hombros de quien carga.

Lo leerá cuando lo necesite. Él guarda mis papeles, es su religión particular. Guardó el primero durante tres semanas.

La segunda ronda abrió a las diez y avanzó deprisa, sin ceremonias, nombre tras nombre como quien despacha paquetes. Trigésima tercera. Trigésima quinta. El agente atendió una llamada, habló bajo, colgó y no dijo nada, lo cual lo decía todo.

En la trigésima octava elección, la bancada de Seattle pidió el micrófono.

—Con la trigésima octava elección del draft —dijo un hombre de polo gris, sin subir a ningún podio, leyendo de una ficha—, Seattle selecciona, de la University of Michigan, al defensa… Reed Calloway.

El mundo no explotó.

Esa fue la parte que nunca voy a poder explicar bien a quien no estuvo allí: el día uno, cada nombre era fuegos artificiales, música, una familia desplomándose de alegría en cadena nacional.

El día dos, el nombre de Reed —el nombre que seis mil personas gritaron en tres golpes, el nombre del pósit, el nombre que yo escribo redondo— salió de un micrófono de mesa, entre un sorbo de café y un intercambio de picks, y media docena de personas aplaudió con educación, y eso fue todo.

Seattle. El equipo que había pasado de él dos veces el viernes, con sus dos elecciones de primera ronda, y que ahora lo cogía el sábado por la mañana a precio de sábado por la mañana.

Tres mil setecientos kilómetros de Ann Arbor. Tres husos horarios. La otra esquina del mapa.

—Ahí está —dijo el agente, y su alivio profesional era genuino y era pequeño, de los dos tamaños al mismo tiempo—. Segunda ronda alta. Contrato de entrada sobre la mesa antes del miércoles, development camp en julio. Seattle es una organización seria, pabellón nuevo, buena ciudad. —Le apretó el hombro a Reed —. Respira, chaval. Se acabó. Tienes un equipo de la NHL.

—Gracias —agradeció Reed.

Y se levantó, y estrechó manos, y se puso la gorra azul hielo que trajo un asistente de Seattle, y posó para la foto de protocolo junto a la bancada —la sonrisa salió en el punto exacto entre educada y ausente, la sonrisa de formulario—, y lo hizo todo bien, todo correcto, todo impecable, como lo hace todo.

Y yo, aplaudiendo en la segunda fila, con el corazón agrietándose en silencio por un hombre que acababa de cumplir el sueño de su vida entera en el tono de quien recibe un diagnóstico, miré de reojo a Ellen Calloway.

Ella no estaba mirando al hijo de la gorra.

Me estaba mirando a mí. Y en su cara, atravesando el salón de oficina, estaba la frase entera del pasillo de Cedar Hollow, sin necesidad de una palabra:

Puede ser en un día bueno. Puede ser hoy. Prepárate.



Vino a buscarme a las ocho y media de la noche.

La cena de celebración había sido cancelada por unanimidad silenciosa —el agente alegó las llamadas del contrato, Ellen alegó el cansancio, y todo el mundo alegó todo menos la verdad, que era que no había ambiente en un kilómetro a la redonda.

Yo estaba en mi habitación, recién duchada, intentando decidir entre bajar a verlo o darle la noche, cuando los dos golpes sonaron en la puerta.

Dos nudillos. Demasiado controlados para ser de cualquier otra persona.

Lo supe antes de abrir. Quiero registrarlo, para mi propio archivo: lo supe por el sonido de los golpes.

Medio año de idioma para aprender a leer a un hombre, y la fluidez llega entera exactamente la noche en que preferirías ser analfabeta.

Abrí la puerta. Se había cambiado la americana por una camisa gris, y traía en la mano la gorra azul hielo de Seattle, girando la visera entre los dedos, y su cara estaba tranquila.

No tranquila de paz. Tranquila de decisión tomada. El hielo liso y limpio de la superficie del lago —el que esconde el agua más honda.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

—Depende. —Me apoyé en el marco, y mi corazón ya latía en los lugares equivocados—. ¿La conversación es nuestra, o vienes a entregar un comunicado?

Su mandíbula se apretó medio grado. De lleno, entonces.

Entró, cerré la puerta, y nos quedamos de pie en medio de una habitación de hotel de Los Ángeles, a tres mil kilómetros de cualquier horno que pudiera socorrerme.

—Sadie. —Respiró hondo, y empezó como lo había ensayado, vi el ensayo en la primera coma—: Seattle lo cambia todo. El development camp empieza en tres semanas. Después viene el training camp en septiembre, y si me quedo en la plantilla, son doscientas noches al año de carretera. Si no me quedo, es la filial, que está en Palm Springs: el desierto de California, todavía más

lejos. No existe un escenario en el que mi vida ocurra a menos de tres mil kilómetros de la tuya en los próximos años.

—Sé hacer cuentas, Reed. Hice la cuenta en el salón, esta mañana, antes de que te pusieras la gorra. —Crucé los brazos, porque las manos querían temblar y no las dejé—. Salta a la parte que has venido a decir.

Él giró la gorra. Una vuelta. Dos. La taza de siempre, en otro material.

—Me he pasado el día pensando en cómo hacer esto de la manera correcta…

—¿Hacer el qué de la manera correcta?

—Devolverte tu vida. —Levantó los ojos, y lo dijo todo de una vez, en el tono plano y organizado de quien lee táctica en la pizarra—: Tú tienes un sueño con dirección, Sadie. Una beca en la Stamps. Marnie te dio la llave. Okafor habla de tu proyecto a otras clases. Tienes a Quinn y a Cami y a tu hermano y a una ciudad entera que se aprendió tu nombre en cinco meses. Es la primera vez en tu vida que tienes raíces —me lo dijiste tú, en el mirador, con esas palabras. Y yo me voy a lo más lejos que se podía ir. —Negó con la cabeza, despacio—. Me conozco el guion de lo que viene. Vas a decir que ya nos las arreglaremos. Te vas a volver especialista en husos horarios. Vas a pasarte el verano visitándome en vez de asumir el mostrador que Marnie te va a ofrecer. Dentro de un año, congelas la matrícula «solo un semestre» para probar Seattle. Dentro de tres, estás glaseando tartas en una cocina alquilada de Palm Springs, decorando mi calendario de partidos, a mil kilómetros de tu toldo verde —y tu cuaderno de acuarelas en el fondo de una caja de mudanza. —Su voz ni subió ni bajó; era lo peor de todo, aquella serenidad—. Vas a encoger tu vida para que quepa en mi maleta. Es lo que haces, Sadie. Es tu reflejo más antiguo. Y yo no voy a quedarme viendo cómo lo haces por mí a cámara lenta durante los próximos diez años.

Cada frase era un cuchillo hecho a medida —porque todo era verdad, ese era el horror del asunto, había usado medio año de idioma para cartografiar mis grietas y ahora desmontaba la pared por los puntos exactos que yo misma le había enseñado.

Sentí las lágrimas subir y las contuve por la fuerza bruta de la rabia.

—Así que es esto. —Mi voz salió baja y firme, y se lo agradecí—. Has decidido tú solo, en un pasillo de hotel, lo que es mejor para mi vida. Has hecho la alineación por mí. Ni siquiera me has puesto en el banquillo: me has cortado de la plantilla.

—Sadie…

—No. Ahora hablo yo. Tú has expuesto tu pizarra táctica, ahora escucha la mía. —Descrucé los brazos y di un paso, y él no retrocedió, y hablé mirando hacia arriba, hacia dentro de los ojos grises, como se le habla a la tormenta—: Primero: todo lo que has dicho sobre mí era verdad hace seis meses. La chica que llegó a aquella casa con muffins de bandera blanca habría hecho exactamente lo que has descrito —encogerse, caber, desaparecer dentro de tu maleta sonriendo. Solo que esa chica se pasó seis meses siendo desencogida por un defensa cabezota que rechazó su descuento en una panadería cerrada, y aprendió, Reed. Tú me enseñaste a ocupar espacio y ahora estás usando mi talla antigua como argumento. Elige: o tu trabajo sirvió, o no sirvió.

Su mandíbula se movió. Un ladrillo crujió en alguna parte.

—Segundo: yo no iba a dejar la Stamps, ni a Marnie, ni el mostrador. Iba a decírtelo hoy, si hubieras preguntado en vez de decidir: que íbamos a ser una pareja de aeropuerto durante unos años, con nostalgia en dosis industrial, visitas en los festivos y una factura de teléfono obscena, y que iba a ser difícil e iba a merecer la pena, porque nosotros somos la receta y el resto es horno —lo dijiste tú, en un pontón, con chocolate caliente, ¿o aquello era un discurso para los días buenos? —La voz me falló a la mitad y no la

dejé caer—: Y tercero, Reed. Tercero. —Respiré hondo, desde el fondo—. Tu madre me avisó.

Eso lo golpeó de una manera en que ninguna de las otras frases lo había golpeado. El hielo liso se resquebrajó; lo vi.

—¿Qué?

—En el pasillo, en Cedar Hollow, delante del cuarto de Danny. Me dijo: «él termina las cosas antes de que ellas terminen con él. En algún momento te va a empujar, por tu propio bien, y se lo cree cuando lo dice. Puede ser en un día bueno, que es cuando el miedo ataca a la gente como él». —Dejé que la frase se asentara en él, ladrillo cayendo tras ladrillo—. Tu propia madre, Reed. Leyó esta noche exacta con dos meses de antelación. Tú no estás tomando una decisión. Estás ejecutando un patrón —el mismo con el que dejaste a los amigos de Cedar Hollow uno a uno, el mismo del «no ha pasado» del motel, el mismo muro de siempre, solo que esta vez has pintado el muro de altruismo y has escrito mi nombre en él. Esto no es protección. Nunca fue protección. Eres tú llegando primero a la única derrota que crees que puedes controlar.

La habitación se quedó en silencio.

Fuera, dieciocho plantas más abajo, Los Ángeles tocaba el claxon, indiferente. Reed estaba inmóvil en medio de la habitación con la gorra quieta en la mano, y detrás de sus ojos vi la guerra entera —vi al niño del lago escuchando, vi al arquitecto recalculando —, y durante un segundo, un segundo entero, creí que había atravesado.

Y entonces hizo la cosa más Reed Calloway del mundo.

Me dio la razón.

—Tienes razón. —La voz le salió ronca y baja—. En todo. Es un patrón, es miedo, es el muro. Me sé el nombre de cada ladrillo, Sadie, convivo con el albañil desde hace tres años. —Me miró, y sus ojos estaban devastados y absolutamente firmes al mismo tiempo, y ahí fue cuando entendí que había perdido—: Y voy a hacerlo de

todas formas. Porque puede ser un patrón y ser verdad al mismo tiempo. Las dos cosas caben. Prefiero tenerte entera y lejos de mí que reducida a mi lado. Si eso me hace cobarde, lo firmo. Esta semana he firmado cosas peores.

Y allí —en ese punto exacto, con esa frase exacta— sentí que la cosa ocurría dentro de mí: la bifurcación.

A la izquierda, la niña de nueve años, ya de rodillas, lista para negociar cualquier reducción de mí que lo hiciera quedarse: lo dejamos hasta diciembre, yo espero, yo quepo, deja solo la ventana abierta.

El camino conocido, memorizado, ensayado toda la vida.

Miré hacia la izquierda. Reconocí el camino. Y giré a la derecha.

—Está bien —dije.

Él parpadeó. De todo lo que había ensayado, «está bien» no estaba en la pizarra.

—¿Está… bien?

—Me has oído. —Fui hasta la puerta de la habitación y la abrí, y el pasillo del hotel entró en la conversación con su luz amarilla y neutra—. No voy a suplicar, Reed. Suplicar es la versión arrodillada de encogerse, y yo ya no hago ninguna de las dos. Eres un hombre adulto tomando la decisión equivocada por los motivos que te contaron que eran nobles, y no puedo impedírtelo —solo puedo negarme a firmarla contigo. —Sujeté el pomo con fuerza, porque era lo único de allí que podía sujetar—. Así que escucha el comunicado de mi parte, porque yo también sé hacer pizarras tácticas: no voy a desaparecer de tu vida para facilitarle las cosas a tu conciencia, y no voy a quedarme en la ventana esperando que el coche vuelva —eso lo hice una vez, a los nueve años, hasta que oscureció, y fue la última. La puerta de la panadería abre a las seis. La mía no tiene horario. Pero ninguna de las dos se queda abierta de par en par a la intemperie, Reed. Una puerta abierta es una

invitación. Una puerta de par en par es una corriente de aire. —Las lágrimas ganaron en la última línea y las dejé, porque llorar de pie, mirando a la cara, sin pedir perdón por la sal, también era algo que había aprendido ese semestre—: Estás cambiándonos por una teoría sobre mí. Cuando descubras que la teoría está equivocada —y lo vas a descubrir, porque eres el hombre más inteligente que conozco haciendo la cosa más tonta que he visto en mi vida—, sabrás dónde encontrarme. Yo estaré en mi vida. Ocupando su espacio entero.

Él se quedó parado en medio de la habitación, con la gorra de Seattle colgándole de la mano, y en aquel momento —solo en aquel, y guardo la imagen con una crueldad que todavía me avergüenza— el Reed Calloway entero parecía tener diecinueve años y un teléfono sonando a las tres de la madrugada.

Caminó hasta la puerta. Se detuvo delante de mí, a un paso, el frío y el azúcar a medio metro el uno del otro por última vez, y vi su mano subir tres centímetros hacia mi cara —el pulgar que limpiaba lágrimas, el gesto de la panadería— y lo vi negarse el gesto, y esa fue, de todas las violencias de aquella noche, la que más dolió.

—Adiós, Sadie —dijo, bajo.

Y yo, con lo que quedaba entero de mí, respondí lo único que todavía era mío:

—Todavía no has leído el pósit.

Su mandíbula se apretó. No respondió. Salió al pasillo de luz amarilla, y yo cerré la puerta —sin portazo; la cerré, con el cuidado de quien cierra, porque el portazo es pelea y aquello era otra cosa, aquello era un hombre eligiendo su propio invierno—, y me apoyé en ella por el lado de dentro, y resbalé hasta la moqueta, y me derrumbé de la manera en que me había prohibido derrumbarme delante de él.

No sé cuánto tiempo me quedé allí.

Sé que en algún momento mi mano encontró el móvil, y mis dedos encontraron el nombre solos, y ella contestó al segundo tono, madrugada de Michigan, la voz inmediatamente despierta:

—¿Sadie?

—Quinn. —Mi voz salió del tamaño de los nueve años, y la dejé, porque con ellas podía—. Ha pasado. Dijiste que cuando pasara te llamara.

Un segundo de silencio.

Después, al otro lado, el sonido de ella levantándose ya, una puerta abriéndose, la voz de Cami al fondo preguntando qué pasa —y Quinn Alvarez respondiéndome con la frase que pagaba, con intereses, una promesa hecha meses atrás en una mesa de panadería:

—Mándame el número del vuelo. Estaremos en el aeropuerto.



Y en su habitación, tres plantas más abajo —yo lo supe mucho después, mucho después, cuando los inviernos ya habían pasado y ya conseguíamos hablar de aquella noche sin sangrar—, Reed Calloway se quedó hasta las cuatro de la madrugada sentado en el borde de la cama, con la gorra azul hielo en el suelo y un pósit doblado en cuatro en la mano.

Sin abrirlo.

Porque el muro sabía —el muro siempre lo supo— que era demasiado papel para tan poco ladrillo.

CAPÍTULO 39



«Me pasé tres años perfeccionando la casa silenciosa. La recuperé. Perfecta. Nadie me advirtió de que el silencio también se estropea.»

REED CALLOWAY

Seattle es una ciudad bonita. Lo registro como quien registra la estadística de un partido que ha perdido: verdad, e inútil.

El piso que me consiguió el agente estaba en una planta doce con vistas a la bahía, amueblado en gris sobre gris, a quince minutos de la pista de entrenamiento.

Tenía una cocina de revista —encimera de piedra, horno doble, isla central— que bauticé, la primera semana, como la cosa más cara y más muerta que había visto en mi vida. Yo usaba un solo fuego. Café. En la nevera había agua, huevos, pollo y el vacío ordenado de un vestuario fuera de temporada.

Ningún post-it.

Lo comprobaba sin querer, cada mañana, el reflejo idiota de tres meses de entrenamiento: abría la nevera y los ojos se me iban solos a la puerta, a la botella, buscando papel amarillo.

Nada. Perfecto. Exactamente como estaba planeado.

El plan está funcionando, me decía a mí mismo, todas las mañanas, a las cinco en punto, en la planta doce de una ciudad donde no conocía a nadie.

Ella está allí, entera, con su raíz. Tú estás aquí, con tu contrato. Todo el mundo en el lugar correcto del mapa.

Había vuelto a ser bueno mintiendo por las mañanas. Como montar en bici.

El development camp empezó un lunes, con cuarenta chavales disputándose el derecho a existir dentro de la organización, y yo hice lo que llevo haciendo toda la vida: convertirlo todo en tarea.

Fui el primero en el hielo todos los días —cinco y media, antes que el staff, una costumbre que hizo que un preparador me apodara «el fantasma» sin saber que estaba plagiando a Ann Arbor.

Bloqueé todo lo que volaba en mi dirección. Me estudié su sistema en dos noches. En las pruebas físicas rompí el récord del camp en resistencia, y el coordinador de desarrollo —un exdefensa con la nariz torcida y ojos que no perdonan— me paró en el pasillo:

—Calloway. Treinta y dos equipos haciendo scouting en esta liga y todavía no entiendo cómo caíste hasta el treinta y ocho.

—Mala suerte en la mesa —respondí.

—Hm. —Me midió con la mirada—. Sea lo que sea, juega con esa rabia, que esa rabia paga contratos.

La rabia tiene objeto. Esto es otra cosa. Esto es el sonido que hace la casa cuando por fin echas a todo el mundo y ganas la discusión contra ti mismo.

En el hielo estaba impecable. Era fuera de él donde el proyecto hacía aguas.

Porque hay algo que no había calculado en el pasillo de la máquina de hielo, una variable que faltaba en la pizarra táctica, y

era esta: la última vez que tapié la casa, no sabía lo que estaba dejando fuera.

El muro de hace tres años se levantó contra una ausencia: Danny ya se había ido, el teléfono ya había sonado, yo cerraba con llave la puerta de una casa ya vacía.

Dolía como una cicatriz: fijo, conocido, manejable.

Esta vez había cerrado la puerta con la casa llena. Y todo —todo— se quedó golpeando fuera, vivo, con horario.

A las cinco y cuarenta de la mañana, todos los días, el cuerpo entero sabía que en Ann Arbor se estaba encendiendo un horno y que a nadie le estaban plantando un café delante.

El martes, su día de probar recetas, y yo cogía el móvil para preguntarle por la tarta y soltaba el móvil. Un cliente cualquiera con una gorra azul en la cola del supermercado, unos rizos claros escapándose, y el pecho me daba el vuelco antes de que la razón llegara con el informe: no es ella, idiota, está a tres mil setecientos kilómetros, tú mismo mediste la distancia y firmaste al pie.

La cocina de revista olía a nada.

Había aprendido, en un semestre, a leer una casa por el olor: olor a pan es «estoy aguantando», olor a canela es domingo, olor a nada es… esto. Olor a nada es esto.

Y estaba el post-it.

Doblado en cuatro, en el bolsillo interior de la mochila, junto a los documentos —la dirección exacta donde el primero había vivido tres semanas, porque hasta mi masoquismo tiene sentido de la tradición.

No lo leí. Tres semanas, y no lo leí. Lo sacaba del bolsillo por la noche, a veces, y me quedaba con él en la mano, cerrado, sintiendo el peso —el papel no pesa nada y aquel pesaba la mochila entera—, y lo devolvía al bolsillo.

Porque la cuenta seguía siendo la misma que en el pasillo del hotel: si lo leo, no aguanto. Si no aguanto, me echo atrás. Si me echo atrás, ella se encoge. El papel cerrado es la prueba de que el plan sigue en pie.

Un hombre adulto, profesional de un deporte de contacto, con miedo físico a dieciocho gramos de papel amarillo.

Danny se habría reído de mí una semana entera.



El teléfono, ese sí sonaba. El problema era quién.

Mi madre llamaba los domingos, puntual, y no sacaba el tema —lo que, en Ellen Calloway, no era paz: era artillería esperando órdenes.

Hablaba del jardín, del tejado, de la vecina, y cerraba todas las llamadas con la misma frase, siempre la misma, colocada ahí como quien deja una herramienta a la vista en el banco de trabajo:

—La habitación sigue igual, por si quieres saberlo.

Y colgaba antes de que yo preguntara qué habitación. Porque la respuesta, los dos lo sabíamos, era: las dos, Reed. La de Danny y la tuya. Esta familia es especialista en habitaciones paradas en el tiempo. Yo por lo menos asumo la mía.

Beau llamó once veces en veinte días. Contesté cuatro. Las cuatro siguieron el mismo guion: diez minutos de fútbol, de entrenamientos, de su vida —y entonces, sin cambiar de tono, la hoja entrando de lado:

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y una caja fuerte, Calloway? La caja fuerte por lo menos guarda algo dentro. —O—: Conocí una vez a un tío que pensaba que amar era una manera lenta de que te arrancaran a pedazos. Luego descubrió que tenía

razón y eligió la manera rápida. ¿Qué tal por ahí la rapidez, bien? —O, en la última, la peor, porque esperó al final de la llamada para decirlo, tal como yo dejo las frases importantes en la puerta—: Danny tiraba de tu trineo hasta lo alto de la cuesta, Reed. Todas las veces. La parte aburrida, cuesta arriba, siempre era él. ¿De verdad crees que te entrenó toda la vida para que usaras su nombre de ladrillo?

Colgó antes de que respondiera.

Lo aprendió de mí. O yo de él. Dieciséis años, ya nadie sabe quién plagia a quién.

Knox mandó un único mensaje, una semana después del draft: jefe no es asunto mío, pero eras menos burro comiendo cookie. Queda registrado. Luka, dos días después, más escueto todavía: Septiembre. Yost. Partido de exalumnos. Vienes. —Que no era pregunta, y que dejé sin respuesta, porque septiembre tenía Yost, y Yost quedaba a doce minutos a pie de un toldo verde, y yo no tenía valor ni para responder al mensaje, imagínate el mapa.

Y Mason.

Mason no desapareció —habría sido más sencillo.

Hizo algo peor: continuó. Mensaje cada dos, tres días, el tono de siempre, la guasa de siempre —en seattle hay peces voladores en un mercado, lo vi en youtube, confirma / el novato q se ha quedado con tu taquilla es un insulto a la memoria de la taquilla / doyle preguntó por ti en el pasillo, le dije q estabas rico y feo—, y ninguno, ninguno, mencionaba a su hermana.

Un mes de mensajes bordeando un agujero con su forma exacta, con una disciplina que Mason Brooks no tiene para nada en este mundo —lo que significaba que aquello era deliberado, pactado quizá, o peor: que era su manera de sujetar las dos puntas de algo rasgado, el mejor amigo en una mano, la hermana en la otra, sin dejar caer ninguna.

Hasta la noche del jueves, veinticuatro días después de Los Ángeles, cuando el patrón se rompió.

Yo estaba en el piso gris, hielo en el hombro, viendo vídeo del sistema defensivo de Seattle sin verlo, cuando el teléfono se encendió.

Mason: tengo que decirte una cosa y te vas a quedar callado y vas a leer hasta el final.

Me senté en la cama. Tres puntitos bailando. Parándose. Volviendo. Mason escribiendo y borrando era un acontecimiento sísmico en sí mismo.

Mason: no voy a hablar de ella. me prometí a mí mismo que no me iba a meter, vosotros dos sois adultos y yo solo soy el idiota que os quiere a los dos, pero hoy rompo lo prometido UNA vez, porque hoy he visto algo que tú tenías que haber visto.

Mason: hoy ha sido la muestra de verano de la stamps. presentación final de su proyecto. la panadería. identidad visual completa, maqueta, carta, todo. la okafor trajo a gente de fuera para el tribunal, hubo profesor invitado, hasta estaba la Marnie allí sentada llorando a escondidas detrás de las gafas.

Mason: presentó 20 minutos sin tartamudear, sin sonrisa de mostrador. ¿sabes cómo se llamaba el proyecto en el slide final?

Los tres puntitos desaparecieron. Volvieron. Y entonces llegó la foto.

Un slide proyectado en una pared de nave blanca: la acuarela del toldo verde que yo conocía —la había visto nacer en un pasillo de la Stamps, un día en que dije vas a construir esto en el tiempo verbal de lo seguro.

Debajo, en letras que yo leería a cualquier distancia, en cualquier huso horario, con cualquier muro de por medio:

HONEY & DANNY'S —un lugar al que todo el mundo pueda volver.

Y el último mensaje de Mason, solo, después de un minuto entero:

Mason: ella bautizó su sueño con el nombre de tu hermano, so imbécil, para que él tenga un sitio calentito en el mundo, ya que su hermano se empeña en vivir en el hielo. el tribunal preguntó quién era danny. ¿sabes q dijo? «es una persona de mi familia».

Mason: eso era todo. no respondo nada más sobre el tema. el pez volador de seattle sigue pendiente.

Lo leí tres veces.

Solté el teléfono en la cama, crucé el piso hasta la cocina de revista y me quedé de pie frente a la encimera de piedra fría, en medio del olor a nada, con la bahía de Seattle encendida en la ventana y tres mil setecientos kilómetros de distancia pesando el peso exacto de dieciocho gramos de papel.

Es una persona de mi familia.

Presente.

Habló de Danny en presente. Nunca conoció a mi hermano y le dio una dirección, un toldo, un futuro con olor a canela —mientras yo, que cargué con su ataúd, usé su nombre de argamasa por segunda vez en la vida, exactamente como dijo Beau, exactamente como todo el mundo vio antes que yo, porque eso era lo que la pizarra táctica nunca mostraba: que fuera de mi muro no estaba solo ella.

Estaban todos. Había una familia entera que yo había construido sin darme cuenta, alrededor de un mostrador, sin firmar nada.

Y estaba él. Hasta a él lo había dejado fuera bajo llave —y ella, al otro lado, había abierto la puerta para que mi muerto entrara y se sentara.

Fui hasta la mochila. Saqué el post-it doblado en cuatro. Me senté en el borde de la cama con él en la mano, y por primera vez

en veinticuatro días mis dedos llegaron hasta el primer pliegue —y se detuvieron.

Si lo lees ahora, la llamas ahora. Borracho de culpa, roto, a las once de su noche, un mes después de decirle adiós en la puerta. Ella se merece algo más que tu debilidad con morriña. Si algún día abres ese papel, que sea el día en que tengas algo que ofrecer además de disculpas.

Devolví el post-it al bolsillo de la mochila. Apagué la luz. Y me quedé mirando el techo de un piso gris en Seattle, oyendo respirar a la ciudad equivocada, sabiendo tres cosas con la claridad insomne de las dos de la madrugada: Que el muro seguía en pie, perfecto, técnicamente impecable. Que de él hacia dentro no había quedado nada digno de protección.

Y que en algún lugar al este de allí, en una ciudad con olor a levadura, mi hermano muerto acababa de recibir de una panadera el lugar al que volver que su hermano vivo rechazó.

CAPÍTULO 40



«Los fuegos artificiales son lo más honesto que tiene el verano. Mucho ruido, mucha luz... y nadie mira lo que cae después.»

SADIE BROOKS

El Cuatro de Julio cayó en sábado, exactamente una semana después de Los Ángeles, y la casa del equipo tenía una tradición.

Me enteré por Quinn, que se enteró por Mason, que vino a preguntármelo con la delicadeza de quien desactiva una mina antipersona: todos los años, desde antes de cualquiera de los inquilinos actuales, la casa hacía la barbacoa del Cuatro —los que se quedaban en Ann Arbor en verano, más los allegados, más quien se dejara caer, parrilla en el patio desde el mediodía, y por la noche todo el mundo subía a pie hasta lo alto de Gallup Park para ver los fuegos estallar sobre el río Huron.

«Podemos cancelarlo», ofreció Mason, plantado en la puerta de la cocina, con cara de quien ofrece su propio brazo. «A nadie le importa la tradición. A Knox le importa, pero Knox llora a escondidas con los anuncios de aseguradoras, ya lo superará».

—No vais a cancelar el Cuatro de Julio por mi culpa.

—Cancelaríamos la Navidad, la Semana Santa y el cumpleaños de Knox por ti. En ese orden.

—Mason...

—Vale. —Se metió las manos en los bolsillos—. Pero ¿vas a ir?

Y ahí estaba la pregunta de verdad.

Porque una semana antes, en el pasillo de un hotel, yo había soltado un discurso entero sobre vivir mi vida con la puerta abierta y el horno encendido —no esperando, viviendo—, y los discursos, estaba descubriendo, eran fáciles de pronunciar y caros de mantener.

La semana había sido esto: despertarme a las cuatro y media con el pecho pesándome, llorar los ocho minutos reglamentarios de la ducha, trabajar, sonreír la sonrisa honesta posible, volver, y por la noche quedarme mirando el teléfono que no sonaba —no llamó, no escribió, no dio señales, el silencio ejecutando su plan con la disciplina que él le dedica a todo— y prohibirme escribir primero, porque una puerta abierta no es una puerta que persigue.

Ir a una fiesta en su casa. Comer de la parrilla que él encendía. Ver los fuegos desde el sitio donde los habríamos visto juntos.

—Iré —respondí—. Trae a los que falten; de la comida me encargo yo.

Porque esa era la otra cosa que había aprendido esa semana: las manos necesitaban tarea; si no, se inventaban duelo extra.



Horneé durante dos días.

Marnie me cedió el horno grande de la panadería después del cierre sin preguntar nada —solo dejó una nota encima del mostrador, «el horno cierra a medianoche, la dueña también», y apareció a las once y media en zapatillas de estar por casa para echarme personalmente, que era su versión de un abrazo.

Llevé a la barbacoa tres tartas, dos hornadas de pan de hamburguesa a escala industrial y una bandeja de cookies con pepitas de chocolate que hizo que Knox, al abrir la puerta, retrocediera un paso y anunciara a toda la casa: «HA TRAÍDO LOS COOKIES. Temporada oficialmente inaugurada. Que alguien esconda mi dignidad».

El patio se fue llenando despacio, a la manera del verano: Pereira y su novia, la que habla español dormida, novatos que ya eran de segundo, Cami con vestido y chanclas, Quinn con un cuaderno que juró que era «solo costumbre», Beau, que condujo dos horas «porque una tradición con estadística no se abandona», Luka en puesto fijo en la parrilla, porque aquel día descubrimos que el portero asa como defiende: inmóvil, infalible y sin aceptar consejos.

Y fue un buen día.

Esta es la parte que quiero registrar con honestidad, porque a la tristeza le gusta reescribir los días al por mayor: fue un buen día.

Hubo torneo de herraduras, hubo un Knox intentando explicarle el cricket a la novia de Pereira con ayuda de pinchos, hubo una Cami enseñándome a flotar en la piscina hinchable infantil que alguien había comprado «para los pies», hubo sol y cerveza barata y la familia de alquiler entera funcionando a todo volumen.

Durante horas seguidas, me reí de verdad. El dolor no se fue —se quedó sentado en un rincón del patio, paciente, esperando a que yo terminara—, pero compartió el espacio, civilizado, y aquella tarde empecé a sospechar lo que los meses acabarían confirmando: que iba a ser así.

No el dolor pasando. La vida cabiendo alrededor de él.

En el banco vacío no se sentó nadie. No se pusieron de acuerdo; yo vi que no se pusieron de acuerdo.

Su silla de siempre, en la punta de la mesa del patio, se pasó la barbacoa entera con un plato de plástico olvidado encima, y el patio entero fluyó a su alrededor como el agua alrededor de una piedra, y nadie dijo nada, y aquello —la ausencia con asiento reservado— fue a la vez lo más triste y lo más bonito del día.

Fue al caer la tarde cuando pillé a Mason.

Estaba junto a la valla, de espaldas a la fiesta, con el móvil en la mano —y en la pantalla, por encima de su hombro, lo vi: una foto del patio, recién hecha, todos alrededor de la parrilla de Luka, dorada de última hora de la tarde.

Y su pulgar detenido sobre el nombre en la lista de conversaciones. Calloway (Cuñado). El mensaje escrito, sin enviar: «tradición mantenida. Tu plato está en la mesa, idiota».

Vi a mi hermano quedarse allí un minuto entero, el pulgar suspendido, partido por la mitad delante de una valla —la hermana a un lado del país, el mejor amigo al otro, y él de guardia en la frontera, sin saber qué lealtad pisaba a cuál.

Entonces borró el mensaje, letra a letra, se guardó el móvil en el bolsillo y volvió a la fiesta con la sonrisa ya montada.

Lo intercepté en la mesa de las tartas.

—Mándale la foto —dije, en voz baja.

Se quedó helado con el cuchillo en el aire.

—Sadie...

—Me has oído. Mándasela. —Le corté un trozo, el más grande, le acerqué el plato: el gesto de nuestra familia, para que entendiera que no era una bronca—. Te prohibí elegir, ¿te acuerdas? Fue un decreto. Él te dejó fuera bajo llave junto conmigo, Mase,

pero tú tienes escalera y yo no —así que úsala. Mándale la foto, tómale el pelo, cuéntale lo del cricket de Knox. Alguien tiene que dejar la luz encendida al otro lado del muro. —La voz casi se sostuvo entera. Casi—. Solo... no me cuentes lo que responda. Eso todavía no lo aguanto. Mándasela y no me lo cuentes.

Mason me miró durante un largo segundo, con los ojos rojos en los bordes, y luego me atrajo por el cuello y me besó en lo alto de la cabeza, con olor a carbón y a hermano.

—Eres la persona más fuerte de este patio, y eso incluye al tipo que levanta ciento cuarenta kilos —murmuró contra mi frente. Y le mandó la foto, allí, delante de mí, y se guardó el móvil, y los dos volvimos a la fiesta sin mirar la pantalla ni una sola vez más.

Él respondió «gracias». Una palabra. Lo supe meses después, en el archivo de Mason, junto con todo lo demás. Una palabra, a las once de la noche de Seattle, de un hombre solo en un piso gris mirando la foto de un patio con su plato en la mesa. El muro respondía por telegrama. Pero respondía.



Subimos a ver los fuegos a las nueve, la tropa entera en procesión por el carril bici del Gallup, con sillas plegables, la bandeja con el resto de las cookies y Knox cargando la piscina infantil vacía en la cabeza «por motivos».

Encontramos nuestro trozo de césped en lo alto, el río Huron oscuro allá abajo, la ciudad entera desparramada en mantas alrededor —y a las nueve y media el cielo se abrió.

Los fuegos artificiales, descubrí, eran un pésimo sitio para esconderse de una misma.

Porque está oscuro, y todo el mundo mira hacia arriba, y el estruendo se traga cualquier sonido que hagas —y en el tercer

estallido dorado sobre el río, sin pedir permiso ni avisar, la semana entera me alcanzó.

Él tendría que estar aquí. Estaría exactamente aquí, detrás de mí, quejándose de la multitud y dejándome recostarme en su pecho, y señalaría los fuegos con la barbilla, y diría algo mínimo y exacto, y yo tenía la puerta abierta y el teléfono mudo y tres mil setecientos kilómetros y él tendría que estar aquí —y las lágrimas bajaron en la oscuridad, calientes y calladas, mientras el cielo estallaba en color y nadie lo veía.

Casi nadie.

Una mano encontró la mía sobre la manta, por el lado izquierdo. Quinn, los ojos fijos en el cielo, sin girarse, sin una palabra.

Dos segundos después, otra mano en mi hombro, por el lado derecho: Cami, también mirando hacia arriba, también muda. Y detrás de mí, una pierna larga de hermano se acomodó para que yo tuviera dónde recostarme, y un «los azules son los mejores y no admito debate» fue dicho por encima de mi cabeza en el tono de quien no espera respuesta.

Y así fue como vi los fuegos de mi primer verano sin él: llorando entera, a tamaño real, sin fingir —y sin estar sola, sostenida por tres pares de manos que no preguntaron nada, en medio de una ciudad que medio año antes yo no conocía y que ahora me sostenía por el revés.

El gran final estalló sobre el río, dorado e interminable, y la multitud hizo «ooooh», y Quinn me apretó la mano al ritmo antiguo —un pulso, dos: estoy aquí, estoy aquí—, y yo apreté de vuelta, y el cielo se fue apagando despacio, lleno de humo y de verano.

Aquella noche, en casa, escribí un post-it que no era para enviar.

Descubrí que iba a convertirse en un hábito —el primero de un taco entero que atravesó el verano conmigo, amarillos hablando

con nadie, pegados por dentro de la puerta de mi armario, donde solo yo los veía:

Los fuegos fueron bonitos. Tu plato se quedó en la mesa. La puerta sigue abierta. Yo sigo entera. Las dos cosas cansan. — S.

Lo pegué, apagué la luz y me dormí.

Faltaban dos semanas y media para la presentación en la Stamps, dieciséis días para que Cami me pillara horneando de madrugada y —aunque nadie llevara la cuenta— sesenta y seis días para que un hombre abriera un papel doblado en una habitación de niño en Cedar Hollow.

Pero eso la chica de la manta todavía no lo sabía.

Ella solo sabía hacer lo único que podía: despertarse al día siguiente a las cuatro y media —y encender el horno.

CAPÍTULO 41



«Todo el mundo cree que lo contrario de encogerse es no sentir. No lo es. Es sentir a tamaño real... y no pedir perdón por los metros cuadrados.»

SADIE BROOKS

Bajé del avión con los ojos hinchados detrás de las gafas de sol de Quinn y el corazón financiado en muchos plazos sin intereses, y lo primero que hice fue avisar a las dos mujeres que me esperaban en la zona de llegadas, sosteniendo un cartel que decía «JEFA», y que me abrazaron en sándwich durante cuarenta segundos en mitad del aeropuerto:

—Voy a estar mal. Muy mal, durante una buena temporada. Y no voy a fingir que no.

—Estupendo —dijo Quinn.

—Por fin —dijo Cami.

—Lo digo en serio. Nada de distraerme, nada de «él no te merecía», nada de planes de venganza que impliquen sus neumáticos. Voy a sentirlo todo, en el tamaño que venga. Yo solo... —la voz se me quebró en mitad de la terminal, y la dejé quebrarse— ...yo solo no quiero sentirlo sola. Es diferente.

—Lo sabemos —comentó Quinn, cogiéndome la maleta—. Estuvimos en la reunión en la que inventaste la diferencia.

Y así fue como atravesé el peor mes de mi vida: sintiéndolo todo, en el tamaño que vino, sin fingir —y sin estar sola.

Quiero dejar constancia de cómo fue, porque la niña de nueve años se merece leer esto algún día: dolió una barbaridad.

No voy a mentir. Había mañanas en que el despertador sonaba a las cuatro y media y el primer pensamiento del día, antes de que despertara defensa alguna, era él —el banco vacío, el café que nadie iba a beberse—, y yo lloraba en la ducha los ocho minutos reglamentarios e iba a trabajar con la cara lavada.

Estaba el reflejo del móvil: pasaba algo gracioso, el pulgar ya buscaba su nombre, y yo guardaba el teléfono como quien recoge la mano quemada.

Hubo el domingo en que abrí la nevera de casa y me encontré su botella de agua —el mismo estante, el mismo sitio, tres años de disciplina— que nadie de la casa había tenido el valor de quitar, y cerré la nevera, me senté en el suelo de la cocina y la casa entera fingió educadamente que no me había oído.

Pero —y esta es la parte que yo nunca había vivido, la parte que lo cambiaba todo— hice el duelo de mi tamaño. No encogí ni un centímetro de él para caber mejor en el paisaje.

Cuando Marnie preguntaba «¿cómo estás?», yo respondía «mal, gracias, la masa está lista» —las dos verdades, una al lado de la otra, sin sonrisa de mostrador por encima.

Cuando Mason rondaba la cocina con cara de culpa doble, sin saber a cuál de los dos serle leal, me senté con él en la mesa de los muffins y lo resolví por decreto:

—Tú no vas a elegir, Mase. Te lo prohíbo. Él es tu hermano de hielo y yo soy tu hermana de sangre, y vas a querernos a los dos, porque fuiste tú quien me enseñó que querer no es una alineación,

no tiene banquillo. —Y, más bajo—: Además, alguien tiene que quedarse al otro lado del muro. Para que no confunda silencio con desierto.

Mason se quedó un rato callado, dándole vueltas a la taza.

—¿Cuándo te convertiste en la más adulta de esta familia?

—Un martes, creo. Fue pasando.

Y hubo la noche —veintitrés días después de Los Ángeles, la peor de todas, la víspera de la presentación final— en que la teoría estuvo a punto de venirse abajo entera.

Yo estaba en la Honey & Rye cerrada, de madrugada, terminando la maqueta del proyecto con las manos temblándome de cafeína y de otra cosa, cuando me di cuenta de que estaba horneando.

Sin decidirlo. La tercera hornada de algo que nadie había pedido, para una vitrina que ya estaba llena —las manos me habían secuestrado y me habían llevado al sitio de siempre, el horno, el viejo refugio antiaéreo. Y en mitad de la cocina, cubierta de harina a las dos de la madrugada, oí la llave en la puerta.

Cami. En pijama debajo del abrigo, con el juego de llaves de repuesto que Marnie había repartido al consejo de guerra «para emergencias de fermentación emocional».

No preguntó nada. Se puso un delantal, se lavó las manos y se pasó una hora alcanzándome moldes y engrasando bandejas en silencio, hasta que me detuve en mitad de un glaseado y dije, mirando al bol:

—No ha llamado. Veintitrés días. Le dije que la puerta quedaba abierta y él no... ni el post-it ha leído, Cami, sé que no lo ha leído, siento que no lo ha leído. Puede que Quinn se equivoque. Puede que no sea miedo. Puede que sea la versión simple: se fue, y su vida le cupo entera en la maleta, y lo que no cabía era yo.

Cami terminó de engrasar el molde. Se limpió las manos en el delantal, despacio. Y entonces me miró, miró la cocina tomada por las bandejas, la vitrina ya imposible de vender entera —el mapa completo de mi madrugada— y dijo, bajito, con los ojos llenos:

—Sadie. Mira a tu alrededor. Se fue, te dejó justo de la manera que más miedo te daba que te dejaran, el mismo día en que juró que no lo haría... —le falló la voz— ...y aun así tú haces el café. Para su casa. Para sus amigos. Una panadería con el nombre de su hermano. —Negó despacio con la cabeza—. Yo te dije esa frase una vez de broma, al principio de todo, ¿te acuerdas? No sabía que te estaba definiendo. Tú eres la persona que hace el café aun así. Eso no es debilidad, y no es encogerse, y no es la niña de la ventana. Es tu tamaño real, Sadie. Siempre lo fue. —Me quitó la bandeja de la mano—. Ahora siéntate, que engrasar moldes llorando le saca burbujas a la masa, decía mi abuela.

Me senté. Lloré lo que tenía. Y a las tres y media de la madrugada, las dos nos comimos un cinnamon roll caliente sentadas en el suelo de la cocina, apoyadas contra el horno tibio, y su frase se asentó dentro de mí en el lugar donde las cosas se asientan para quedarse.

Aun así. Es mi tamaño. Siempre lo fue. La diferencia es que ahora soy yo la que sujeta la regla.



La muestra de verano fue un jueves, en la nave de luz blanca de la Stamps, y no voy a fingir modestia en mi propio archivo: lo bordé.

Veinte minutos, sin tartamudear, sin sonrisa fabricada —la identidad visual completa, la maqueta con el toldo verde, la carta dibujada a mano, el plan de negocio que Quinn me obligó a hacer «porque un sueño sin hoja de cálculo es solo un deseo con marco».

En el tribunal había un profesor visitante de Chicago, gente del sector, y al fondo de la sala, sentada torcida en una silla de estudiante, Marnie con sus gafas de media luna fingiendo que no se limpiaba el ojo con la manga.

En el slide final, el nombre. **HONEY & DANNY'S —un lugar al que todo el mundo pueda volver.**

Lo había decidido semanas antes, mucho antes de Los Ángeles —la decisión sobrevivió a la noche del hotel por pura cabezonería mía: el dolor no iba a confiscar lo que fue dado por amor.

Cuando la profesora visitante preguntó «¿quién es Danny?», la sala entera esperó, y yo respondí la verdad en su tamaño exacto:

—Es una persona de mi familia.

La Okafor, en la punta del tribunal, apuntó algo en su ficha.

Al final, cuando la nave se vació, se detuvo a mi lado, miró la maqueta durante un buen rato y dio dos golpes con los nudillos en la esquina de la mesa —su gesto, su notaría.

—El semestre pasado pediste perdón por una acuarela —dijo —. Hoy has defendido una empresa con nombre, alma y margen de beneficio. —Se acomodó el café en el brazo—. Nota máxima, Brooks. Y un consejo gratis, porque hoy estoy sentimental: sea lo que sea lo que te ha pasado este semestre —y claramente te ha pasado algo grande, para bien y para mal—, no lo devuelvas. Ni la parte que duele. Todo es material de construcción.

Y fue el sábado siguiente, a las seis y media de la mañana, en el mostrador de la Honey & Rye, cuando Marnie movió el tablero.

Llegó como siempre, colgó el abrigo como siempre, se ató el delantal —y entonces, en vez de irse a la parte de delante, se quedó. Me miró trabajar durante un minuto entero, de brazos cruzados, como el primer día. Y dijo:

—Sesenta y tres años. Es lo que cumplo en octubre.

—Lo sé. Ya estoy probando la tarta.

—No me interrumpas, que esto lo traigo ensayado. —Cogió su propia taza, la hizo girar entre las manos—. Cuarenta años de horno, niña. Mi rodilla protesta por las madrugadas, mi marido protesta por mi rodilla, y mi hija vive en Portland y quiere que vaya a conocer a los nietos antes de que les dé la vergüenza y se hagan adolescentes. Llevaba tiempo dándole largas a esta conversación porque este sitio es mi vida y yo no iba a entregarle mi vida a cualquiera. —Posó la taza sobre la piedra—. Y entonces entró aquí, en enero, una niña con manos de oro y síndrome de pedir perdón, y yo me pasé seis meses viendo cómo las manos se quedaban y el síndrome se marchaba. El jueves te vi defender una panadería con nombre y alma delante de un tribunal. El alma se veía desde el fondo de la nave.

Mi corazón empezó a entender antes que yo, y se disparó.

—Marnie...

—Sociedad —me interrumpió, seca, porque Marnie pide matrimonio como quien pide harina—. Progresiva. Entras ahora como socia gerente, te haces cargo de las madrugadas y de la producción, yo me quedo delante y con los libros y te enseño la parte que la universidad no enseña, que son las facturas, los proveedores y el cliente pesado. Cada año compras un trozo con tu parte de los beneficios. En cinco, siete años, esto es tuyo —y entonces cambias el letrero por el nombre que quieras. —Miró hacia la vitrina, y su voz hizo la única curva sentimental de la mañana—: Yo estuve en tu tribunal, niña. «Un lugar al que todo el mundo pueda volver». Esta esquina lleva cuarenta años haciendo eso. Yo solo nunca había sabido escribirlo.

Me quedé quieta, con las manos en la masa en el sentido más literal de la historia de la expresión, mirando a la mujer que me estaba ofreciendo —en un mostrador de Kerrytown, a las seis y media de la mañana, entre una hornada y otra— mi sueño entero, con dirección, toldo verde y plazo de escritura.

La raíz definitiva. En Ann Arbor. A tres mil setecientos kilómetros de Seattle.

—Tengo que contarte una cosa antes de responder —dije, y la voz me salió firme, y me sentí orgullosa de ella—. Tú sabes que Reed se fue. Lo que no sabes es que se fue creyendo que lo hacía para que esto pudiera pasar —mi vida, la raíz, este mostrador. Si acepto, hay una parte de mí que tiene miedo de estar demostrando que él tenía razón. De estar firmando su teoría.

Marnie me miró por encima de las gafas de media luna, y por su cara pasó algo entre la lástima y la pedagogía.

—Niña. —Se desató y se volvió a atar el delantal, su gesto de ordenar el pensamiento—. Si rechazas tu sueño para desmentir a un hombre, él sigue decidiendo tu vida —solo que desde lejos y al revés. Teoría suya, renuncia tuya: el hilo es el mismo, y quien sujeta la otra punta es él. —Empujó la taza en mi dirección, por la piedra, el gesto que inventé yo y que ahora usaban en mi contra—. Corta el hilo. Firma por el motivo correcto, que es: lo quieres, te lo mereces y es tuyo. Lo que el defensa hizo o dejó de hacer es problema de su conciencia, y la conciencia de un hombre callado trabaja despacio pero trabaja, te lo firmo.

Me reí y lloré al mismo tiempo, con harina hasta los codos, a las seis y cuarenta de la mañana.

Y firmé —un apretón de manos sobre la piedra del mostrador, que en la notaría de Marnie vale más que una firma legalizada— el primer contrato de la Honey & Rye bajo nueva gerencia progresiva.



La noticia atravesó mi mundo en círculos: el grito de Cami por teléfono, Quinn ya pautando «un reportaje sobre la sucesión en negocios históricos de Kerrytown, imparcialidad total, la socia solo es

mi mejor amiga», Mason apareciendo por la tarde con un ramo de espátulas de silicona porque «las flores se mueren y tú eres práctica», la cena en la casa del equipo en la que Knox levantó el vaso y dijo «por la jefa, ahora oficialmente jefa» y Luka remató, solemne, «el descuento para el equipo es cláusula», y yo miré alrededor de la mesa llena —mi familia de alquiler que se volvió de verdad— y sentí que la felicidad y la ausencia se repartían el pecho por la mitad, civilizadas, cada una en su lado, porque eso era lo que estaba aprendiendo: las dos viven juntas y la casa aguanta.

Fue al final de esa cena, en la cocina, secando platos, cuando Mason se plantó a mi lado con la cara de quien lleva horas cargando un recado y ha perdido la guerra contra él.

—Hay una cosa de la que te vas a enterar de todas formas, así que mejor por mí. —Se colgó el trapo del hombro—. Luka lo organizó con Doyle. Partido de exalumnos, en el Yost, segundo fin de semana de septiembre. Recaudación para el programa juvenil. Van a llamar a todos los de las últimas diez temporadas.

El plato se me quedó quieto en la mano.

—¿Va a venir?

—Confirmó anteayer. —Mason me miró de reojo, midiendo los daños—. El training camp de Seattle empieza el veintitrés. El partido es el trece. Viene, juega y se presenta allí diez días después. Matemáticamente perfecto, emocionalmente una bomba, muy típico de él. —Una pausa—. No tienes que ir, Sadie. Nadie va a pensar nada.

Terminé de secar el plato. Lo guardé en el armario, en su sitio exacto, porque ahora yo conocía los sitios exactos de aquella cocina —de aquella casa que había sido la primera en dejarme quedarme.

Septiembre. El Yost. Seis mil personas, los Children of Yost, su hielo, mi ciudad. A doce minutos a pie de mi toldo.

—Voy a ir —afirmé. Y el corazón me latió en los sitios correctos y en los equivocados al mismo tiempo, y lo dejé—. Es en mi patio donde van a jugar. Yo llevo los muffins.

Y que Dios se apiade de los dos.

CAPÍTULO 42



«Siempre supe volver a Cedar Hollow con los ojos cerrados. Lo difícil, descubrí a los veintidós, es volver con los ojos abiertos.»

REED CALLOWAY

El development camp terminó a finales de julio con una reunión de diez minutos que valía un veredicto.

El coordinador de la nariz torcida me recibió en una sala con cristalera hacia la pista, empujó una carpeta por encima de la mesa y fue al grano, porque en Seattle, descubrí, los hombres del hockey también hablan en dialecto Doyle:

—Evaluación del camp: primero del grupo en tres métricas, top tres en todas. El staff te quiere en el training camp de septiembre peleando por un puesto en la plantilla principal. Sin promesas: pelea. Pero pelea de verdad, no de relleno. —Se recostó —. Ahora la parte que no está en la carpeta. ¿Puedo?

—Puedes.

—Eres el jugador más profesional que he recibido en cinco años de camp. El primero en llegar, el último en irse, cero ruido. Y también eres el que está más solo. —Lo dijo sin dramatismo, un dato como los demás—. Yo jugué catorce años en esta liga,

Calloway. He visto carreras de todo tipo. Las que duran tienen una cosa en común, y no es el talento: es tener adónde volver cuando el cuerpo se rompe. Y el cuerpo se rompe. —Cerró la carpeta—. Agosto es tuyo. El club recomienda descanso activo, yo recomiendo lo demás. Vete a casa, esté donde esté eso para ti. Nos vemos el veintitrés de septiembre.

Vete a casa, esté donde esté eso.

Salí de la sala con la carpeta bajo el brazo y la frase atragantada, porque la respuesta honesta era un problema de geografía que ningún mapa resolvía: casa quedaba en una ciudad donde yo ya no vivía, en una panadería donde ya no era bienvenido por decisión propia, en una cocina cuyo olor había cambiado por una encimera de piedra fría con vistas a la bahía.

Aquella noche respondí al mensaje que llevaba un mes sin respuesta.

Reed: septiembre en yost. Voy.

Luka respondió en cuatro minutos, lo que en él era efusividad:

Luka: ok.

Y debajo, un minuto después, el segundo mensaje más largo que me ha mandado en la vida:

Luka: trae los patines buenos. Y lo demás también.

No pregunté qué era lo demás. Luka no explica. Luka deja la frase en el hielo y espera a que patines hasta ella.



Agosto pasó como pasa agosto para quien entrena solo con un plan doblado en el bolsillo: despacio en las horas y deprisa en las semanas.

Entrené dos veces al día, estudié el sistema de Seattle hasta soñar con él, y por la noche, en el piso gris, empecé a hacer algo que no hacía desde los trece años: listas en papel.

La primera lista se llamaba, en mi cabeza, lo que no puedo ofrecer —y era corta y honesta: la ciudad, la dirección, los próximos años de mapa.

El contrato estaba firmado, el training camp era el veintitrés, y ninguna versión decente de mí iba a romper aquello —ni ella querría que lo rompiera; me lo había dicho a la cara, en la puerta de la habitación del hotel, que el problema nunca había sido el mapa.

La segunda lista se llamaba lo que tengo, entonces —y esa tardó semanas, porque exigía una asignatura en la que me habían suspendido tres años seguidos: inventario del lado de dentro del muro.

Quedó así, en una hoja de cuaderno, con la letra cuadrada que Sadie llamaba «letra de marcador»:

1. La verdad dicha en público, que es la única moneda que ella nunca recibió de nadie —ni de su madre, que desapareció sin explicarse, ni de mí, que lo expliqué todo mal en una habitación de hotel.

2. Un plan con fechas, no con promesas. La offseason entera en Ann Arbor, de abril a septiembre —la NHL me debe por lo menos eso: cinco meses al año de olor a levadura. Sus vacaciones en Seattle cuando ella quiera, si ella quiere, a su ritmo. Teléfono. Avión. La cuenta obscena que ella misma presupuestó.

3. El nombre de Danny fuera del muro, de una vez por todas.

4. Yo. Fuera de mi propia pared, a la intemperie, sin casco. Que es donde ella ha estado todo este tiempo.

Releí la lista unas cuarenta veces en agosto. Cada relectura terminaba en el mismo sitio: en una pregunta con dirección en Kerrytown y en una palabra que ella me había dado en la puerta —

una puerta abierta es una invitación; una puerta de par en par es una corriente de aire— que yo había tardado dos meses en traducir del todo.

Ella no me había echado. Me había dado las reglas de reentrada.

El día tres de septiembre le entregué las llaves del piso gris al conserje para la inspección de salida, facturé dos maletas —una para el hotel del training camp y la otra, la más grande, en un vuelo a Detroit—, y el día ocho aterricé en Michigan con diez días de antelación y un desvío de doscientos kilómetros que hacer antes de cualquier Yost.

Cedar Hollow primero. Hay órdenes que el cuerpo conoce.



Mi madre estaba en el jardín cuando el coche de alquiler entró en la calle, arrodillada en un parterre con guantes de lona, y no se levantó al verme bajar —terminó de afianzar el plantón que estaba plantando, se sacudió la tierra de los guantes y solo entonces me miró, desde abajo, con el sol de septiembre en los ojos grises.

—Diez días antes del camp —dijo, en vez de hola—. Y con cara de venir a confesarte.

—Hola a ti también, mamá.

—Entra. Hay sopa. —Recogió las herramientas—. Y la artillería está lista desde julio, así que come primero, que un hombre recibiendo una bronca con el estómago vacío se desmaya y se pierde los mejores pasajes.

Comimos en la cocina del calendario de los Red Wings, y me dejó comer en paz, que era su manera de cargar las piezas. Y cuando posé la cuchara, ella posó la suya, cruzó las manos sobre la mesa y disparó la primera salva con la puntería de treinta años:

—Yo crie a dos niños en esta casa. Uno salió un martes y no volvió porque no pudo. El otro lleva tres años saliendo poco a poco, pudiendo. —No parpadeó—. Yo enterré a un hijo, Reed. Me niego a ver cómo el otro se entierra en vida por método, con esa cara de quien organiza su propia ausencia. Así que hoy me vas a escuchar entera, sin la mandíbula apretada, porque llevo dos meses esperando y una madre que espera cobra con intereses.

Y habló.

Veinte minutos, quizá treinta —del vestido azul arreglado, de Los Ángeles, de cómo vio marcar la demolición desde la segunda fila y no dijo nada, porque «un aviso dado dos veces se convierte en correa, y yo avisé a la niña, que era quien podía usar el aviso». Habló de la habitación de Danny —«tú te crees que no sé lo que dicen, que es enfermizo, que me quedé parada en el tiempo; yo no me quedé parada en el tiempo, niño, yo elegí lo que se queda, que es distinto, y tu panadera lo entendió en treinta segundos de pasillo»— y entonces, sin cambiar de tono, abrió la puerta que esta familia llevaba cerrada más tiempo que ninguna habitación:

—Y habló tu padre.

Levanté los ojos. Ella los sostuvo.

—Tenías siete años, así que tu memoria se contó la historia que se podía cargar: que se fue y punto. Yo lo permití. Un niño necesita una historia con principio y final. Pero ya no tienes siete años, y la historia entera ahora es herramienta, así que toma: tu padre no se fue de una vez. Se fue por método, durante dos años. Primero dejó de llevaros al lago, porque «os estorbaba el entrenamiento». Después dejó de cenar, porque «llegaba tarde y no quería molestar». Después dormía en el sofá, porque «se levantaba temprano y no quería despertar a nadie». Cada peldaño de su salida tenía una explicación generosa, Reed. Bajaba la escalera de la familia diciendo que era por nuestro bien, y cuando llegó a la puerta ya llevaba dos años viviendo en el peldaño. —Respiró, y la voz no le tembló, porque Ellen Calloway no tiembla; apunta—: En Los

Ángeles, por lo que la niña me contó por carta —porque ella me cuenta las cosas, esa es su diferencia con todos vosotros—, usaste las palabras «devolverte tu vida». Hijo. Yo oí esa frase por primera vez hace quince años, en la puerta de esta cocina, de la boca de un hombre con tu mandíbula. Él también se lo creía cuando lo decía.

El reloj de la cocina hizo tictac en un silencio que duró un invierno.

Yo siempre supe que el miedo tenía dos plantas. La de arriba, amueblada por Danny: a quien amas te lo pueden arrancar. Ese lo conocía, lo nombraba, llevaba su acreditación. Pero debajo, en el sótano sin luz, vivía el otro —el que yo nunca había dejado que nadie encendiera: quien ama se va por bondad.

Despacio. Explicándose. Yo me había pasado la vida jurando no ser mi padre y había ejecutado su salida paso a paso, con su dicción, peldaño a peldaño generoso —la diferencia es que yo hice en una noche lo que a él le llevó dos años, porque siempre fui más eficiente que aquel hombre en todo.

—Me convertí en él —dije, y la voz salió de un lugar hondo y nuevo.

—No. —Mi madre estiró la mano por encima de la mesa y me sujetó la muñeca, firme, su cariño de poca práctica y puntería perfecta—. Él nunca volvió a desmontar lo que hizo. Tú estás sentado en mi cocina con dos maletas y diez días de antelación. —Apretó—. La diferencia entre vosotros dos empieza mañana por la mañana. Hoy vas a subir, y vas a hacer lo que viniste a hacer y llevas aplazando desde el umbral.

—¿Qué cosa?

Se levantó, recogió los platos y respondió de espaldas, en el tono de quien cierra la jornada:

—Reed. Soy tu madre. Sé que hay un papel amarillo en esa mochila igual que sabía de los cigarrillos de Danny detrás del canalón. Esta familia lo esconde todo en el mismo bolsillo. —Abrió el

grifo—. Sube. Usa la habitación que quieras. Una de las dos es especialista en guardar cosas que hay que mirar de frente.

Subí con la mochila.

Pasé por delante de la puerta de mi habitación —el póster de Detroit, la cama estrecha, el niño que fui esperando ahí dentro— y no entré.

Seguí hasta el final del pasillo y abrí la otra.

La habitación de Danny me recibió como siempre: limpia, quieta, detenida en el aire de hace tres años.

La cama hecha. La cazadora en la silla. El póster gemelo del mío. Y la estantería de trofeos con el hueco vacío en el medio —el agujero con la forma exacta del trofeo estatal que estaba, en ese momento, envuelto en plástico de burbujas dentro de la maleta grande que yo había facturado a Detroit, porque parte del plan de septiembre, el punto tres de la lista, empezaba por devolver lo que le robé al muerto para tapiar al vivo.

Me senté en el borde de la cama de mi hermano. La mochila en el regazo. Y saqué del bolsillo interior, de junto a los documentos, el post-it doblado en cuatro que había atravesado conmigo un draft, un adiós, un verano entero y tres mil setecientos kilómetros —dieciocho gramos de papel amarillo con setenta y tres días de valor acumulando intereses.

Si algún día abres ese papel, que sea el día en que tengas algo que ofrecer además de disculpas.

Yo tenía una lista de cuatro puntos en letra de marcador. Tenía un trofeo en un vuelo a Detroit. Tenía un partido en el Yost en cinco días y un plan del tamaño de mi valor.

Era el día.

Desdoblé el primer pliegue. El segundo. El papel se abrió en mi mano como se abren las cosas que esperaron demasiado —de golpe, sin ceremonia—, y su letra redonda subió del papel entera,

con el corazoncito en la «i» y todo, escrita a oscuras en un salón de draft mientras mi nombre no era pronunciado, sobre el regazo, deprisa, para un hombre al que ella veía hundirse en la silla de al lado:

Reed.

Están eligiendo en el orden equivocado. Déjalos.

A ti ya te eligieron —primera ronda, primera elección, en una cocina a las seis de la mañana, por unanimidad del tribunal.

El equipo es pequeño, pero la afición es ruidosa y el horno nunca se apaga.

— S.

Lo leí. Lo releí. Lo volví a leer.

Y entonces el capitán de los Michigan Wolverines, trigésima octava elección del draft, un metro noventa de defensa profesional entrenado toda la vida para no hacer ruido —sentado en la cama de su hermano muerto, en una habitación que elige lo que se queda, sujetando dieciocho gramos de papel—, lloré.

Por primera vez desde la llamada de las tres de la madrugada, lloré entero, sin dividirlo en plazos, sin convertirlo en bloqueo, sin hora de acabar.

Por Danny. Por mi padre bajando la escalera por bondad. Por los tres años de casa silenciosa. Por un salón en Los Ángeles donde, mientras treinta y dos equipos pasaban de largo, la única persona cuya elección importaba me había seleccionado por escrito —y yo llevé la selección cerrada en el bolsillo durante setenta y tres días porque sabía, el muro siempre lo supo, que era exactamente eso lo que estaba escrito.

Abajo, mi madre encendió la radio de la cocina, bajito —una canción antigua cualquiera, de las que cantaba cuando la casa era de cuatro—, y no subió.

Ella lo sabía. Las madres de habitaciones detenidas lo saben todo sobre el ruido que hace la cosa viva cuando vuelve.

Ella me eligió en público, en una pantalla de treinta y dos mesas, sin decir una palabra.

Me tocaba a mí devolvérselo —con ruido.

CAPÍTULO 43



«Él me dijo adiós en una habitación de hotel, a oscuras, sin testigos. Deberían haberme avisado de que la disculpa vendría con seis mil».

SADIE BROOKS

La caja llegó a la Honey & Rye la mañana del partido, a las siete y diez, entregada por un repartidor de mensajería que le hizo firmar dos veces a Marnie «porque el remitente contrató un seguro de artículo frágil por el valor de un coche de segunda mano».

Dentro, envuelto en plástico de burbujas con un cuidado obsesivo, casi militar —cada esquina protegida por partida doble, la cinta cortada recta—, había un trofeo. Antiguo, dorado, con un patinador en lo alto y una placa en la base: CAMPEONATO ESTATAL DE MICHIGAN — DIVISIÓN JUVENIL — DANIEL «DANNY» CALLOWAY — MVP.

Y, pegado al pecho del patinador dorado, un post-it amarillo. Letra cuadrada. Letra de marcador.

Pasó tres años en mi habitación, tapiado conmigo. Ningún trofeo se merece eso. Su madre y yo lo hemos hablado: estará mejor en un lugar al que todo el mundo pueda volver. Si la socia

gerente acepta la donación, el pago es en el Yost, hoy, a las 19 h. —R.

Lo leí con el delantal puesto, con la panadería llenándose de clientela de sábado, y tuve que sentarme en su banco —en el banco de siempre, que seguía siendo suyo por decreto silencioso de mi corazón— porque las piernas se declararon en huelga.

Marnie lo leyó por encima de mi hombro, sin pedir permiso, porque a estas alturas de mi vida ya nadie lo pedía.

Miró el trofeo. Miró el estante de encima del mostrador, aquel donde estaban las teteras antiguas de decoración. Y dijo, seca, ya retirando las teteras:

—Ve a por el alcohol y el trapo bueno. Un socio nuevo no entra lleno de polvo.

—Marnie, todavía no he dicho que...

—Niña —me miró por encima de las gafas de media luna—, el hombre ha mandado al hermano por delante. Eso no es un regalo, es una petición de asilo. —Colocó el trofeo en el centro del estante, lo ajustó medio centímetro, retrocedió para evaluarlo—. Y el asilo, en esta casa, se concede. Ahora termina la hornada, que hoy sales a las cinco. Yo cubro la tarde. —Y, de espaldas, en el tono de quien comenta el tiempo—: Haz muffins. El doble. Los sábados de partido vacían la vitrina.



El Yost en septiembre, en un partido benéfico de exalumnos, no debería estar lleno.

Estaba abarrotado.

Seis mil personas para ver a diez temporadas de historia calzarse los patines otra vez —los nombres que los Children of Yost

corearon durante una década, los que llegaron a la NHL y los que se hicieron dentistas, todos en el mismo hielo, con el dinero de las entradas destinado al programa juvenil.

Quinn había hecho el reportaje de portada el jueves —«VUELVEN LOS FANTASMAS DEL YOST», titular suyo, «con dedicatoria», explicación suya. Beau estaba en nuestra fila con una bandera nueva y la estadística resucitada por decreto propio —«un partido benéfico pone el marcador de la vida a cero, Alvarez, es la regla». Cami, con acreditación de staff, había subido a sentarse con nosotros «porque hoy no vendo a nadie, hoy animo».

Y a mi derecha, con abrigo gris y columna de acero, oliendo a jabón de lavanda y a determinación, estaba Ellen Calloway —que me había llamado el miércoles para preguntarme, sin preámbulo, «¿a qué hora me recoges?», como si lo de llevarla en coche estuviera acordado desde siempre.

Con Ellen, todo está acordado desde siempre. A una simplemente la van avisando.

—¿Él sabe que ha venido usted? —pregunté, mientras la arena se llenaba.

—Sabe que existo. El resto es sorpresa. —Se acomodó el abrigo—. Las familias de esta casa funcionan a base de emboscada afectuosa. Ya aprenderás.

Ya aprenderás.

Futuro. Guardé el tiempo verbal en el bote hermético y no dije nada.

Y entonces las luces bajaron, «The Victors» estalló, y ellos entraron en el hielo —dos décadas de Wolverines en fila, los actuales de azul, los exalumnos de blanco, Mason recibiendo el rugido de los estudiantes, Knox levantando el stick, Luka con máscara nueva bajo los aplausos del año en que se convertiría en dueño de aquel equipo.

Y él.

Número setenta y siete, de blanco, con la C descosida de la manga, porque un exalumno ya no es capitán —pero el Yost no leyó el memorando: cuando el locutor dijo Reed Calloway, la arena entera se puso en pie y gritó su apellido en tres golpes, CALL-O-WAY, CALL-O-WAY, y yo vi, desde nuestro sitio junto al cristal, al hombre que pasó un verano a tres mil setecientos kilómetros de mí deslizarse hasta la línea azul, detenerse y cerrar los ojos.

Un segundo de más.

A mi lado, Ellen Calloway me cogió la mano sin pedirla y no la soltó.

El partido en sí fue una fiesta —hockey de exhibición, marcador flojo, Doyle «entrenando» a los dos equipos a la vez con corbata y silbato, goles celebrados con coreografía, Knox derribando a Mason por pura añoranza y los dos rodando por el hielo como oseznos.

Reed jugó suelto, limpio, bonito —y dos veces, en las pausas, patinó despacio por nuestra zona del cristal y miró.

No a la arena. A mí. Nuestro segundo, devuelto en público, sin esconderse —y la segunda vez, Cami me apretó el brazo hasta dejarme marca y Ellen fingió soberbiamente que no veía nada.

Fue en el descanso entre el segundo y el tercer periodo cuando ocurrió.

Las luces volvieron a bajar, medio inesperado, y el locutor pidió atención: la organización del evento tenía un anuncio sobre el programa juvenil. Una alfombra extendida sobre el hielo, un micrófono de pie en el círculo central.

Y Doyle —Doyle en persona, que odia los micrófonos más de lo que odia un penalti tonto— patinó hasta allí con zapatos de vestir, con el trotecito de quien se niega a caerse delante de seis mil personas, y dijo:

—Buenas noches. Odio los micrófonos. —La arena rio—. Así que seré breve y cederé la palabra. El programa juvenil de esta ciudad formó a la mitad de los hombres que hay en este hielo. A partir de esta temporada, contará con un fondo permanente de becas para niños que aman este deporte y no pueden pagárselo. El fondo tiene nombre, y tiene padrino fundador, y el padrino se empeñó —contra mi consejo, que conste— en explicar el nombre personalmente. —Soltó el micrófono en el pie como quien suelta un peso caliente—. Calloway. Te toca. Y no la fastidies, que te entrené cuatro años.

El Yost entero se convirtió en un zumbido.

Y Reed Calloway —el Iceman, el hombre que en cuatro años no dio una frase aprovechable en una entrevista ni bajo tortura, el fantasma al que Quinn nunca consiguió citar— cruzó el hielo con los patines, de uniforme blanco, cogió el micrófono con la mano enguantada y miró a seis mil personas con la cara de quien mira un disco que le llega a cien por hora.

A mi lado, Ellen dejó de respirar. Al otro, Quinn encendió la grabadora del móvil con la mano temblorosa, susurrando «Dios mío, va a hablar, necesito esto archivado con énfasis».

—Buenas noches. —Su voz salió por la megafonía de la arena, grave, firme, extraña de tan pública—. Yo también odio los micrófonos. El coach me lo enseñó todo, incluso eso. —Risas en la arena; él esperó a que pasaran, como espera el replay—. Voy a contar una historia corta, porque es lo acordado, y porque las historias largas no son mi deporte.

Respiró. Vi sus hombros subir y bajar, el gesto de antes del bloqueo.

—Yo tenía un hermano. —El Yost enmudeció de golpe, seis mil personas convertidas en una iglesia—. Se llamaba Danny. Era mejor que yo —eso no es modestia, es estadística; los veteranos de Michigan que lo vieron jugar lo saben. Él me enseñó a patinar en un lago de Cedar Hollow, empujándome en trineo cuesta abajo, y me

enseñó a frenar, y me enseñó todo lo que hay entre una cosa y la otra. Murió hace tres años y medio, un martes, y yo me pasé esos tres años y medio haciendo con su nombre lo que no era. —La voz se le quebró; él dejó que se quebrara, en el micrófono, delante de todos—. Usé a mi hermano de pared. Jugué «por él» de una manera que era, en realidad, contra todo: contra sentir, contra recordar bien, contra dejar que nadie se acercara. Quien sufre hace eso, lo descubrí. Convierte el amor en muro, porque un muro parece más seguro que una puerta. —Una pausa. El hielo crujió en alguna parte, alto en el silencio—. Este año, una persona me enseñó la diferencia. Me enseñó que quien perdemos no quiere convertirse en ladrillo. Quiere convertirse en lugar. Ella lo entendió tan antes que yo que bautizó su sueño —una panadería aquí en Kerrytown, búsquenla, el cinnamon roll justifica la caminata— con el nombre de mi hermano, al que nunca conoció, para que él «tenga un sitio calentito en el mundo». —Su rostro se giró, despacio, y aun a treinta metros, aun con el cristal, aun con seis mil personas, los ojos gris tormenta encontraron los míos como los encontraron la primera vez, en mitad de un partido, una vida atrás—. Así que el fondo de becas se llama Fondo Danny Calloway, y la primera donación ya está hecha, y habrá un niño de Cedar Hollow o de donde sea aprendiendo a frenar en el hielo con su dinero, cada año, para siempre. Porque mi hermano termina de enseñar lo que empezó. Él era así. Odiaba dejar un entrenamiento a medias.

El Yost se vino abajo.

No el rugido del gol —otra cosa, más honda, seis mil personas de pie aplaudiendo a un muerto y a un vivo al mismo tiempo, y Ellen Calloway a mi lado llorando en silencio absoluto, con la barbilla alta, como lloran las mujeres de Cedar Hollow: sin perder la compostura y sin perder una lágrima, todas contadas, todas debidas.

El aplauso duró un minuto entero. Reed esperó, inmóvil en el círculo central.

Y cuando la arena se asentó, hizo lo que partió la noche en un antes y un después:

—Esto era lo que estaba acordado que iba a decir. —Miró hacia el banquillo, donde Doyle puso de inmediato la cara de quien ha olfateado un desvío de guion—. Hay una parte más que no está en lo acordado, y le pido disculpas por adelantado al coach, porque él me enseñó a no improvisar nunca —pero también me enseñó que los partidos importantes se deciden en los detalles, y yo estoy en mitad del partido más importante que he jugado en mi vida, y voy perdiendo por uno. —Giró el cuerpo, los patines rayando despacio, hasta quedar de frente a nuestra zona. Al cristal. A mí. Y levantó el micrófono otra vez—: Sadie Brooks.

Seis mil cabezas se volvieron hacia mí.

La pantalla gigante —la pantalla, Dios mío— me encontró en dos segundos, porque los operadores de cámara de las arenas olfatean las historias mejor que los periodistas, y de pronto mi cara medía seis metros de alto encima del hielo, con la mano de Ellen aplastando la mía y el corazón latiéndome en el cuello, en las orejas, en las rodillas.

—Una vez te dije que no sé hacer discursos. —Su voz llenó la arena, y estaba firme, y estaba entera, y no había un solo ladrillo en ella—. Así que voy a hacer un marcador, que es el idioma que tengo. —Respiró—. En junio, en un salón de Los Ángeles, treinta y dos equipos pasaron de largo ante mí en televisión nacional. Dolió. Pero el marcador verdadero de aquella noche no lo retransmitió nadie: en mitad de la peor hora de mi vida, una persona en mi mesa me eligió por escrito, en primera ronda, sin ceremonia y sin cámaras. Y yo —el Yost en silencio absoluto ahora, el hielo crujiendo, mi vida entera detenida dentro de un segundo—, yo rechacé el contrato, porque soy el idiota mejor entrenado de este estado. Le dije que le estaba devolviendo su vida. Descubrí tarde que esa frase es de otro hombre, que estaba en mi sangre y no en mi boca, y que la única vida que devolví en aquella habitación de hotel fue la mía, a la caja fuerte de donde ella me había sacado. —Dio un paso de cuchilla

hacia el cristal. Otro—. Así que, ante seis mil testigos, ante mi madre, que la estoy viendo ahí y que me va a emboscar después, ante mi equipo, mi entrenador y mi hermano, que ahora tiene dirección en esta ciudad: Sadie. He venido a firmar. Tarde, en público, con ruido —como te merecías desde el principio. Si la puerta sigue abierta. —Y su mano enguantada subió al pecho del uniforme blanco, al lugar exacto, y sacó de dentro —pegado ahí, viajando ahí, claro que ahí— un post-it amarillo, que levantó hacia el cristal como quien levanta un documento—: He traído mi respuesta por escrito. Pero solo vale entregada en mano.

El Yost estalló.

No sé describir el sonido. Sé que la pantalla alternaba entre mi cara y la suya, que los Children of Yost empezaron a cantar algo con mi nombre que nunca sabré cómo aprendieron tan rápido, que Cami chillaba, que Beau chillaba más, que Quinn lo grababa todo llorando y maldiciendo a su propia mano por temblar, y que Ellen Calloway —la columna de acero, la artillería de Cedar Hollow— se volvió hacia mí con la cara mojada y la voz firme y me dio la orden más innecesaria de la historia de las órdenes:

—Ve, niña. Emboscada afectuosa. Así es como funciona esta familia.

No me acuerdo de bajar la grada. Me acuerdo de Mason —de uniforme, riendo y llorando a la vez—, abriendo la portezuela del banquillo desde dentro, me acuerdo de Doyle fingiendo protestar y señalando el camino de la alfombra con el silbato, me acuerdo de pisar la alfombra azul sobre el hielo con las piernas de gelatina y seis mil personas de pie.

Y me acuerdo de él.

Viniendo hacia mí con los patines, despacio, enorme, blanco, con el post-it en la mano y el rostro —el rostro sin ningún muro, ningún ladrillo, ninguna línea azul, el rostro del lago, el de la foto de la nevera, el que conocí una vez durante medio segundo en la

oscuridad de una cocina y me pasé un año entero excavando de vuelta hacia la luz.

Se detuvo delante de mí. La arena entera desapareció.

—¿Has hecho muffins? —preguntó, bajo, solo para mí, ronco.

—Dos cajas. Marnie dice que los sábados de partido vacían la vitrina.

—¿Aceptó el trofeo?

—Estante del medio. Lo limpió con el trapo bueno. Dijo que era una petición de asilo.

—Lo era. —Tragó saliva; vi el gesto bajar—. ¿Y la otra petición?

Me tendió el post-it. Lo cogí con las dos manos, porque las dos me temblaban, y lo desdoblé, y leí, en la letra cuadrada de marcador, mojada en los bordes por un partido entero junto al pecho, su respuesta al papel que atravesó un verano cerrado:

Acepto el contrato. Todos los términos. Cláusula única: la primera ronda es para siempre. — R.

P. D.: abrimos a las seis.

Levanté los ojos, desbordada, e hice la última pregunta del marcador, la que faltaba, con un hilo de voz que solo él oyó:

—¿Y la corriente de aire, capitán? Porque la puerta está abierta, pero tú vives a tres mil setecientos kiló...

—Después. —Dio el último paso, y las manos enguantadas subieron a mi cara con el cuidado de quien sostiene algo recién salido del horno—. Hay plan, hay fechas, hay de todo —lo revisarás cláusula por cláusula, conozco a la socia. Pero ahora, Sadie Brooks, delante de mi madre, de tu hermano y de seis mil personas: quédate.

Mi palabra. Devuelta con intereses, con ruido, con pantalla gigante.

Y me besó en el círculo central del Yost Ice Arena, levantándome de la alfombra azul hacia el interior del mayor rugido que esa madera vieja ha sostenido jamás, con los Children of Yost cantando, Mason aullando en el banquillo, Knox golpeando el hielo con el stick, Luka —me lo contaron después, yo estaba ocupada— sonriendo de verdad, en público, por segunda vez en la década, y una mujer de abrigo gris en la grada tomando nota mental, con la puntería de siempre, de que sus nietos iban a nacer con olor a canela.

Los martes deberían estar prohibidos, pensé, en mitad del beso, con el post-it arrugado en el puño cerrado contra su pecho. Pero los sábados... los sábados podían durar para siempre.

CAPÍTULO 44



«Firmé un contrato profesional en julio. Tres testigos, diez páginas. El de mi vida se firmó en un piso con olor a canela... y la pluma era otra».

REED CALLOWAY

Salir del Yost aquella noche llevó una hora y cuarenta minutos.

Porque primero quedaba el resto del tercer periodo —que los dos equipos jugaron entre risas, y que yo jugué con el corazón latiéndome fuera del pecho y la arena tomándome el pelo a cada bloqueo, CU-ÑA-DO, CU-ÑA-DO, cortesía de una grada estudiantil que aprende demasiado rápido y de un delantero rubio al que vi enseñando el ritmo con los brazos.

Después vino el vestuario, donde fui juzgado formalmente por un tribunal de toalla mojada: Knox me sentenció a «no volver a ser nunca más así de pesado, porque he llorado delante de los novatos, Calloway, hay vídeo»; Doyle pasó por mi lado, se detuvo, dijo «ha sido el peor improvisado técnicamente y el mejor que he visto en mi vida, no lo hagas nunca más, hazlo siempre» y se marchó antes de la réplica; y Luka, en la taquilla de al lado, me apretó el hombro y dijo solo «trajiste los patines buenos y lo

demás», cerrando una cuenta que había abierto por mensaje en julio, porque Luka nunca olvida un disco dejado en el hielo.

Y quedó la salida, donde mi madre y Sadie me esperaban una al lado de la otra —las dos cogidas del brazo, lo que me asustó más que cualquier defensa de mi carrera—, y Ellen Calloway me abrazó delante de todos, tres segundos contados, el récord de la década, y me dijo al oído, bajo, solo nuestro:

—La diferencia empezó hoy. Él nunca hizo esto. —Y se apartó acomodándose el abrigo, la artillería recogida, y anunció que iba a dormir en la casa del equipo «porque Mason ofreció su habitación y quiero ver con mis propios ojos la pocilga donde mi hijo vivió cuatro años», y Mason palideció calculando el estado del baño, y la familia entera —la de sangre, la de hielo, la de harina— se despidió en la acera del Yost bajo el frío nuevo de septiembre, con abrazos y planes de desayuno, y nadie, ni una sola persona, preguntó adónde íbamos Sadie y yo.

La emboscada afectuosa tenía esas cosas. La retirada coordinada también era un abrazo.

El apartamento de ella estaba encima de una tienda de discos en Liberty Street —se había mudado en agosto, me lo contó por el camino, a pie, las manos entrelazadas dentro del bolsillo de mi abrigo: la habitación en la casa del equipo, devuelta —«la jefa ahora visita, no vive; Knox lloró, niégalo si él lo desmiente»—, un piso pequeño de un dormitorio con salón y ventana a la calle, a diez minutos de la panadería.

Subimos una escalera estrecha que crujía en el tercer peldaño, ella abrió la puerta, encendió la luz —y yo me quedé parado en el umbral, porque la casa me golpeó entera de una vez.

Era ella en forma de dirección.

Plantas en la ventana. La maqueta de la Honey & Danny's en una estantería, con el toldo verde en miniatura. Acuarelas en la pared —el lago de Cedar Hollow, lo reconocí al segundo paso,

pintado de memoria, desde el ángulo exacto del pantalán. Una cocina pequeña e impecable donde cada herramienta tenía su gancho y su sitio. Y en la puerta de la nevera, sujetos con imanes, en columna cronológica como quien cuelga medallas —los post-its.

Todos. El del muffin. El «Pasó.» con mi línea debajo. El de la tarta. Los de las semanas de contrabando, bloquea con el cuerpo, el croissant del jueves. Y, en lo alto de la columna, con un imán nuevo, los dos de hoy: el suyo, abierto y viajado, y el mío, arrugado de en medio del beso.

—Lo guardaste todo —dije, y la voz me salió rara.

—Soy la conservadora del archivo. —Colgó el abrigo, fingiendo naturalidad, pero tenía las orejas rojas—. Hay gente que guarda fotos. Nosotros nunca tuvimos fotos, capitán. Nosotros tuvimos papelería.

Crucé el salón hasta la nevera y me quedé mirando la columna amarilla —casi un año de nosotros dos en dieciocho gramos por entrega, preservado en la puerta de una nevera por una mujer a la que yo había dejado en el pasillo de un hotel—, y algo en mi pecho se apretó con la fuerza suficiente para que necesitara un segundo.

—Sadie. La conversación de las cláusulas. —Me volví. Ella estaba apoyada en la pequeña encimera de la cocina, con jersey, los rizos sueltos, estudiándome—. Antes que ninguna otra cosa esta noche, quiero tenerla entera. Porque lo del Yost fue el gesto, y el gesto te lo debía, pero tú no eres mujer de vivir de gestos. Eres socia gerente. Vas a querer los números.

La comisura de su boca subió.

—Míralo, aprendiendo un idioma nuevo.

—Me pasé el verano estudiando. —Aparté la silla de su mesita, me senté de frente, los codos en las rodillas, y abrí la pizarra táctica de mi vida ante el tribunal más importante al que me he enfrentado jamás—: Cláusula uno: el calendario. La temporada va

de septiembre a abril —hasta junio, si el equipo llega lejos. En ese periodo, vivo en Seattle, o en la ciudad de la filial, y viajo la mitad de los días. Esa parte no tiene arreglo, solo tiene verdad: va a ser teléfono, husos horarios malos y visitas cuando el calendario abra un hueco. Diciembre tiene una ventana en Navidad. Febrero tiene el parón del All-Star. Ya miré tus festivos de la Stamps y los turnos de la panadería —los mandó Marnie, por cierto, contesta los correos más rápido que mi agente. —Sadie soltó una risa incrédula; yo seguí —: Cláusula dos: la offseason. De abril a septiembre, cinco meses al año, vivo aquí. Ann Arbor. No «de visita»: vivo. El entrenamiento de offseason se hace en cualquier hielo, y esta ciudad tiene hielo y tiene todo lo demás. Ya hablé con un preparador de Detroit que atiende a jugadores de la liga en verano. Cinco meses al año de banco de panadería, todos los años, durante los próximos diez o hasta que la rodilla proteste. Esa cláusula no es negociable —es mi ancla, no la tuya.

Ella se había quedado quieta, los brazos cruzados deshaciéndose despacio.

—Cláusula tres —continué, y esa era la que más veces había reescrito en mi cabeza—: Tus visitas a Seattle ocurren si tú quieres y cuando tú quieras, a tu ritmo, alrededor de tu agenda —de la sociedad, de las clases, de las madrugadas. Yo no vuelvo a hacer tus cuentas por ti, Sadie. Ni siquiera la cuenta buena. Si en un invierno entero no puedes venir, nos vemos en diciembre y el contrato sigue en pie. Tú no eres un anexo de mi calendario. Eso muere hoy, aquí, por escrito si quieres.

—Reed...

—Cláusula cuatro. —Respiré—. La cláusula de rescisión. Porque los contratos honestos la tienen. Si un día esto se te queda pequeño —la distancia, los husos, la vida a medias durante meses—, me lo dices a la cara, y yo escucho sin muro. Lo que hice en Los Ángeles, decidir por los dos y llamarlo protección, queda prohibido ante notario: si el miedo vuelve —y vuelve, mi madre me explicó de dónde viene, hoy mismo te cuento esa historia, es sobre mi padre y

es la última puerta que faltaba—, hablo contigo antes de construir nada. Te enseño el ladrillo antes de asentarlo. Es lo máximo que puede prometer un albañil en rehabilitación. —Abrí las manos—. Fin de la propuesta. El tribunal puede preguntar lo que quiera.

El apartamento quedó en silencio.

Abajo, en Liberty, pasó un coche con música. Sadie me miró durante un buen rato, los ojos color miel haciendo ese trabajo que hacen, el de leer por debajo —y entonces se despegó de la encimera, cruzó el salón despacio, se detuvo de pie delante de mí, entre mis rodillas, y me sujetó la cara con las dos manos.

—Aprobado con una enmienda —dijo, ronca—. Cláusula cinco: en las madrugadas de partido fuera, cuando estés en una habitación de hotel en cualquier huso horario idiota, me llamas. Aunque sea un minuto. Aunque sea solo respiración. Porque me pasé un verano descubriendo que aguanto la distancia, Reed —lo que no aguanto es el silencio. El silencio es tu ladrillo de compañía. Es él el que queda prohibido.

—Enmienda aceptada.

—Entonces firma —susurró.

Entonces la besé.

Y el beso empezó como una firma y en diez segundos se convirtió en otra cosa, porque llevaba un año entero dentro —los setenta y tres días del papel cerrado, el verano de husos horarios, el pasillo del hotel, todo cobrándose de una vez—, y ella tiró de mi jersey y yo me levanté de la silla y la alcé por la cintura, y ella me enroscó las piernas riéndose dentro del beso, y crucé su apartamento por primera vez cargando a la dueña, tirando una planta que los dos ignoramos solemnemente, hasta la puerta del dormitorio que ella señaló con la mano sin despegar su boca de la mía.

Su dormitorio era pequeño y era ella: colcha clara, más acuarelas, la ventana a la calle con la cortina fina dejando entrar el

neón de la tienda de discos —rosa, parpadeando despacio, y los dos nos dimos cuenta al mismo tiempo y nos reímos al mismo tiempo, frente contra frente, jadeando.

—El motel —dijo ella.

—El universo tiene un guionista perezoso.

—O romántico. —Tiró del bajo de mi camiseta hacia arriba, y sus manos se abrieron en mi pecho, en su sitio, el sitio de la primera mañana a oscuras—. Esta vez no interrumpe nadie.

La tendí sobre la colcha clara con el cuidado de quien tiende una masa reposada, y ella se rio de mi cara de concentración y tiró de mí hacia abajo con ella, y durante un largo rato fue solo eso: redescubrimiento.

Despacio a propósito, despacio por venganza contra el verano entero —cada prenda negociada con la boca, cada trozo de piel reaprendido y cotejado contra la memoria.

Reencontré la harina de nacimiento de las pecas en sus hombros, la pequeña cicatriz de quemadura de horno en el antebrazo, el sitio detrás de la oreja que la eriza entera, y cobré los intereses de cada uno.

Ella redescubrió la cicatriz nueva de mi hombro —camp de julio, un disco en una trifulca— y la besó despacio, y besó la costilla que un día vendó, y fue subiendo los besos por el pecho con una lentitud criminal hasta que mi respiración se volvió cosa pública.

—Sadie. —La voz salió de un lugar hondo—. Mírame.

Me miró. Los rizos desparramados sobre la colcha clara, los ojos color miel enormes en el neón rosa, la boca roja de nosotros.

—¿Qué echaste de menos? —preguntó, en un hilo, y no era un juego —era la pregunta de verdad, la de quien pasó un verano al otro lado del silencio.

—Todo. —Bajé la mano por su contorno, del cuello a la curva de la cintura, coleccionando el temblor—. Tu voz a las cinco y cuarenta. El olor. Tu manera de tomarte mi lado del mostrador. —La mano se detuvo en su cadera; ella cogió aire—. Pero de noche, en el piso gris, era esto: el peso. Tú durmiendo en mi brazo. Compré una almohada nueva tres veces, Sadie. No era la almohada.

Una lágrima se le escurrió hacia dentro del pelo, y ella se rio a la vez, mojado, y tiró de mi cuello.

—Entonces ven aquí.

El resto del mundo se cerró.

Quedó solo el dormitorio pequeño, el neón rosa respirando en la cortina, y nosotros dos reaprendiendo la única conversación que nunca necesitó post-it.

Cuando por fin la tuve —despacio, los ojos en los ojos porque ella me sujetó la cara y ordenó quédate aquí, mirando, quiero verte volver—, el mundo hizo de nuevo eso que solo hace con ella: se quedó quieto de la manera llena, habitada, y ella dijo mi nombre como si firmara, y yo dije el suyo como quien llega, y nos movimos juntos en el idioma antiguo, sin prisa, la distancia pagándose a interés bajo y plazo largo, sus manos clavadas en mi espalda escribiendo algo que nunca voy a leer y siempre voy a saber.

En algún momento ella lloró —poco, sin drama, el desbordamiento de quien aguantó de pie un verano entero—, y yo besé las lágrimas sin detener el resto, porque ya sabíamos, desde un motel, que en nuestra lengua la sal y la risa vivían en la misma frase.

Y cuando se deshizo debajo de mí, con la cara en mi cuello y mi nombre rompiéndose por la mitad, yo me fui con ella —entero, sin muros, sin sobras, como se llega a casa después de tres mil setecientos kilómetros.

Después, mucho después, nos quedamos en el desorden tibio de la colcha, ella dibujando círculos perezosos en mi pecho, el

neón rosa parpadeando, su ciudad —nuestra— murmurando abajo.

—Reed. La historia de tu padre. Dijiste que me la contabas hoy.

Y se la conté.

A oscuras, con su mano encima de mi corazón haciendo el trabajo de siempre, le conté la escalera entera: los peldaños generosos, el «no quiero molestar», el «devolverte tu vida» que estaba en mi sangre antes de estar en mi boca, la artillería de mi madre en la cocina de Cedar Hollow, el llanto en la habitación de Danny.

Ella lo escuchó todo como ella escucha —sin lástima, sin manual—, y al final se quedó un rato callada, y dijo, contra mi hombro:

—Un martes, la madre que se va. Un sábado, el padre que baja la escalera. —Levantó la cara, la barbilla apoyada en mi pecho —. A los dos nos entrenó gente que sabía marcharse, capitán. Y míranos aquí: uno con la puerta abierta, la otra con el billete de vuelta comprado. —Su sonrisa llegó despacio, la de verdad—. Deberíamos dar clases.

—Deberíamos dormir. Abres a las seis.

—Abrimos a las seis. —Apagó la lamparita y se encajó en mi brazo, en su sitio, el peso exacto que ninguna almohada de Seattle supo imitar—. La socia gerente pone en el turno de madrugada a quien ella quiera, y usted está convocado. Va a aprender a laminar masa antes del training camp. Es la cláusula seis. Acabo de escribirla.

—Yo bloqueo discos a cien por...

—...por hora, lo sé, ya aprenderás. —Bostezó en mitad de la broma, derritiéndose ya—. Buenas noches, primera ronda.

Yo me quedé despierto un poco más, como se queda uno las noches que sabe que va a querer recordar enteras —memorizando el

peso, el olor a canela en la almohada, la columna de post-its brillando levemente en la puerta de la nevera del salón, el neón rosa contando el tiempo despacio.

Diez días para el camp. Un calendario entero de husos horarios y añoranza por delante. Y, por primera vez desde una llamada a las tres de la madrugada, ningún muro en obras en ninguna parte de mí.

El coordinador de Seattle me había preguntado dónde quedaba mi casa.

Ella dormía pesando en mi brazo, con harina eterna en las cutículas y el contrato mejor negociado de mi vida respirando despacio contra mi pecho.

CAPÍTULO 45



«Todos los misterios de mi vida los ha resuelto una mujer con un café en la mano. Mi abuela, la Marnie, la Okafor. Era cuestión de tiempo que fuera la Quinn».

SADIE BROOKS

Los nueve días entre el Yost y el embarque se convirtieron, por decreto colectivo, en una semana de fiesta a cámara lenta.

Reed cumplió la cláusula seis con una seriedad que conmovió a la cocina entera: apareció en la Honey & Rye todas las madrugadas a las cinco, con delantal —Marnie mandó bordarle BECARIO en el pecho, «porque la jerarquía se aprende pronto»—, y se pasó la semana laminando masa bajo mi supervisión y la guasa técnica de la casa.

Era, que quede registrado para la historia, un desastre de exactitud: lo medía todo, lo cronometraba todo, trataba la mantequilla como a un rival de playoff, y al tercer día produjo el croissant más geométricamente perfecto y espiritualmente vacío que ha visto este condado.

—Está técnicamente correcto —diagnosticó Marnie, masticando despacio, con cara de informe pericial—. Y no tiene alma

ninguna. Igualito que tú en enero. —Devolvió el resto a la bandeja —. Repítelo hasta que le salga un defecto, niño. El alma vive en el defecto.

Lo repitió.

Al quinto día salió un croissant torcido, demasiado dorado de un lado, con una oreja abierta —y delicioso de una manera que el perfecto no había sido.

Marnie se lo comió entero, en silencio, y al final dijo solo «hum», que en su notaría es un diploma. Reed guardó la foto del croissant torcido en el móvil como quien guarda una estadística de carrera.

Yo no hice ningún comentario. Hice tres, pero solo después.

Y fue ese jueves, a las seis y media de la mañana, con el mostrador llenándose y el becario en el fregadero, cuando Quinn Alvarez entró en la panadería con el portátil bajo el brazo, la coleta de los días importantes y la expresión que yo conocía de un reportaje de portada y dos escándalos estudiantiles.

—Cerradme diez minutos —dijo, sin hola—. Los dos. Asunto: emoji.

El estómago se me hizo el nudo antiguo. Reed cerró el grifo.

Nos sentamos a la mesa del rincón, y Quinn abrió el portátil con la ceremonia de quien abre un dosier, porque a todos los efectos lo era.

—Nunca archivé el caso —empezó—. Vosotros seguisteis con vuestra vida, e hicisteis bien, pero quedó un cabo suelto que me lleva molestando desde marzo: cómo sabía Tara lo de la firma del cupcake. La foto, la explicó la prima. El emoji, no. Era del grupo de la casa. Cinco personas. Y yo me negaba a aceptar las dos hipótesis disponibles, porque una era «alguien de los cinco lo filtró», que es imposible, y la otra era «coincidencia», que es la palabra que usa un periodista cuando se rinde. Yo no me rindo. —Giró la pantalla hacia

nosotros—. El martes vino a verme el novato. El primo de la prima. Solo, sin que yo lo llamara. El chaval cargó con el peso en la conciencia toda la offseason y, ahora que Tara se ha graduado y ha desaparecido de Ann Arbor, reunió el valor. Me trajo esto.

En la pantalla, una captura de una conversación antigua —y necesité tres segundos para entender lo que estaba viendo, y cuando lo entendí, el aire se me escapó.

Era un pantallazo del grupo del equipo. De finales de enero, de mi primera semana en la casa. Y dentro de él, reenviado, había un pantallazo del grupo de la casa —una secuencia de mensajes míos de aquellos primeros días: yo avisando de que había dejado cookies en la encimera, con mi firma de siempre, el cupcake, tres mensajes seguidos, 🧁 🧁 ?? .

Y encima del pantallazo, el pie de quien lo reenvió al grupo del equipo:

Mason: GENTE la loca llegó hace 4 días y ya ha tomado el control de la casa por vía alimentaria. Estamos secuestrados y felices. Mirad esto 🧁

Reed soltó el aire despacio.

Yo me quedé mirando la pantalla, y todo encajó de golpe, con todos sus pisos: el pantallazo inocente de Mason, en enero, orgulloso de su hermana nueva, para sesenta personas del grupo extendido del equipo —novatos, staff, allegados.

El novato. La prima del novato. Tara, comiendo con la prima en marzo, olfateando la foto del Skeeps, preguntando ¿hay algo más de esa chica? —y recibiendo en bandeja, de un pantallazo de dos meses antes, la firma que transformaría una foto anónima en una acusación con remitente.

—No fue nadie de dentro —empezó Quinn, cerrando el portátil despacio—. Fue la cosa más tonta y más inocente del mundo: un hermano presumiendo. Tara solo recogió lo que estaba caído. Es lo que hacen las víboras: no invaden; recogen. —Me miró a

mí, y después miró a Reed, y su voz hizo la curva rara, la de la amiga por debajo de la editora—: Y el maple. El ??. El novato lo confirmó: fue idea de la prima, instruida por Tara. «Ponle una hojita canadiense al lado». A propósito. Para que, si alguien de la casa investigaba, la primera sospecha cayera sobre el canadiense de la casa. —Dejó que la frase se asentara—. Ella no quería solo exponeros. Quería que os mirarais torcido por dentro. Era veneno de segunda dosis.

Reed se quedó un largo momento en silencio, la mandíbula trabajando —y vi, por primera vez en cinco días, un ladrillo antiguo dar señales de vida: la rabia fría, la del aparcamiento del Skeeps.

Y lo vi elegir soltarla. Los hombros bajaron. Negó despacio con la cabeza y dijo, mirando a la mesa:

—Seis meses. Plantó una desconfianza de seis meses con dos emojis. —Levantó los ojos hacia Quinn—. Y aun así perdió. Contra una reportera universitaria con un archivo.

—Editora —corrigió Quinn, recogiendo el portátil—. Y no fue el archivo lo que ganó. Fue el siguiente hecho, que voy a decir una vez y negaré para siempre: esta casa vuestra tiene un defecto estructural que ninguna víbora entendió. Os peleáis, desaparecéis, os hacéis daño, os cambiáis de huso horario —y nadie le suelta la mano a nadie. El veneno necesita una rendija. Vosotros no tenéis rendijas. Tenéis puerta. Es arquitectónicamente diferente. —Se levantó, se colgó la mochila y cerró la jornada sentimental al estilo de la casa—: El reportaje no existe, el novato queda absuelto, el dosier «VÍBORA» va al archivo muerto con énfasis. Sadie, lo de siempre para llevar. Becario: el cinnamon roll de ayer estaba mediocre, el de hoy que se ande con cuidado.



Contárselo a Mason fue la parte que temí para nada.

Lo hicimos el viernes por la noche, en la cocina de la casa del equipo —la mesa de los muffins, el tribunal natural de la familia—, con Knox y Luka de testigos porque el asunto rozaba a Knox y porque en esa casa la privacidad es una leyenda urbana.

Quinn expuso el caso en cuatro minutos. El pantallazo apareció en la pantalla improvisada del portátil. Y Mason Brooks, el hombre que se ríe de todo, se puso blanco, luego rojo, y luego hizo lo que yo llevaba toda la vida viéndole hacer con la culpa: intentó tragársela solo.

—Fui yo. —La voz salió sin ninguna broma dentro—. La puerta de entrada fui yo. Si no me hubiera exhibido en el grupo del equipo como un idiota...

—Entonces Tara habría encontrado otra puerta —cortó Reed, tranquilo, antes de que yo pudiera—. Ella tenía la foto, Mason. Con la foto, iba a ir a por el resto hasta encontrarlo. Tú mandaste un pantallazo orgulloso de tu hermana en enero. Si eso es un delito, quiero ver al jurado: la mitad de los mensajes que mandas son presumiendo de alguien de esta mesa.

—Es verdad —confirmó Luka—. La semana pasada fueron nueve sobre el pase de Pereira.

—¡El pase era bueno!

—Era razonable —dijo Knox. Y entonces el gigante se giró hacia el portátil, releyó la parte de la hojita de a bordo e hizo algo que nadie esperaba: se rio. Bajo, grave, negando con la cabeza—. Me usó de cebo. A mí. —Miró alrededor, casi con orgullo ofendido—. Y no coló ni un día. ¿Alguien de aquí sospechó de mí? ¿Uno de vosotros, una vez, durante un minuto?

La mesa respondió en un coro desorganizado —«no», «claro que no», «tú no sabes ni borrar el historial, Knox, imagínate conspirar»—, y Knox se recostó en la silla con la expresión de quien acaba de recibir un trofeo, y Mason se fue descongelando poco a

poco en medio del barullo, y yo vi cómo la familia le disolvía la culpa en guasa, que es el disolvente oficial de la casa.

Al final, señaló a Reed, todavía medio embargado:

—Tenías todo el derecho a echarme esta en cara.

—Lo sé. —Reed cogió un cookie de la bandeja—. La estoy cambiando por la amnistía de la mochila. La condicional acaba hoy.

—La condicional es vitalicia...

—Que decida el jurado —dijo Luka, y levantó la mano, y la mesa votó, y la mochila de Mason fue oficialmente devuelta a su dueño por cuatro votos a uno —con la abstención técnica de Quinn («conflicto de intereses editorial»)— y el voto derrotado dejando constancia de su protesta formal y robando dos cookies en compensación.

Yo miré aquella mesa —mi hermano riéndose con los ojos húmedos, el gigante canadiense orgulloso de ser inocentable, el portero contando votos, mi defensa con el delantal bordado escondido en la maleta— y pensé en la frase de Quinn.

Vosotros no tenéis rendijas. Tenéis puerta.

Hace varios meses yo empujé una puerta trasera a oscuras, muerta de miedo, con un molde de muffins de bandera blanca.

Mira el tamaño que tenía la casa por dentro.



El aeropuerto de Detroit, lunes, cinco y cuarenta de la mañana.

Él se empeñó en el horario —«es nuestra hora, no voy a estrenar la añoranza en horario comercial»—, y yo me empeñé en conducir, y Ellen le mandó con él un termo de chocolate caliente con

una nota que ninguno de los dos ha abierto todavía, porque la emboscada afectuosa también se respeta en sus tiempos.

En el mostrador de facturación, su maleta grande se adelantó; en la de mano, envuelto en papel de horno con una competencia nueva, iba un croissant torcido, demasiado dorado de un lado, hecho por sus manos a las cuatro de la madrugada —«para que el primer café de Seattle tenga defecto», explicó, y yo no lloré por poco y por orgullo profesional.

Nos detuvimos en el límite de la zona de embarque, donde se detienen las parejas de aeropuerto, en ese medio metro de suelo que el mundo entero conoce.

—Diciembre —dijo él.

—Diciembre. La ventana de Navidad. Ya está en la pizarra de la panadería, Marnie dibujó unos patines. Parecen un pato, pero la intención cuenta.

—Y el teléfono todas las noches de partido fuera. Cláusula cinco.

—Aunque sea solo respiración.

—Aunque sea solo respiración. —Me sujetó la cara con las dos manos, el pulgar haciendo el arco de siempre en la mejilla, y me miró de aquella manera de memorizar, la de guardar en el bolsillo interior—. Sadie. La última vez que crucé el país, fui levantando muro a cada kilómetro. Esta vez voy midiendo la distancia de la vuelta. Es el mismo mapa. No es el mismo viaje.

—Lo sé, capitán. —Me puse de puntillas, le arreglé el cuello que no necesitaba arreglo, solo porque mis manos pidieron la tarea —. Ve. Pelea por el puesto. Bloquea con el cuerpo. Y cuando el locutor de allí diga tu nombre, recuerda que tienes una grada entera aquí dentro —cabe en cualquier huso horario, viajamos bien.

Me besó —despacio, hondo, sin ninguna prisa de avión, el beso de quien ahora sabe que despedida y adiós son palabras

diferentes— y apoyó la frente en la mía, y nos quedamos allí el tiempo que el embarque permitió, respirando el mismo medio metro.

—Te llamo desde allí —dijo, retrocediendo de espaldas, la maleta de mano con el croissant torcido en la mano derecha.

—Vas a perder el vuelo.

—Yo nunca perdí nada yéndome. —Se detuvo un paso antes de la fila, y la comisura de su boca subió, la casi-sonrisa número uno del catálogo, la mía—: Solo quedándome. Y fue la mejor derrota de mi vida.

Y entró en la fila, y pasó el control, y se giró una última vez —el segundo de más, a la luz del día, delante de todo el mundo—, y desapareció en el pasillo de cristal.

Me quedé allí hasta que el panel cambió el estado del vuelo.

Después me sequé la cara con método, una mejilla cada vez, me ajusté la correa del bolso y crucé la terminal de vuelta hacia el aparcamiento, hacia el Civic moribundo que el mecánico de Kerrytown había resucitado bajo protesta en primavera, hacia la I-94 en dirección a Ann Arbor —donde una panadería abría a las seis, una sociedad progresiva esperaba a la socia y una columna de post-its amarillos sujetaba la puerta de la nevera y todo lo demás.

La niña de la ventana esperaba coches que no volvían. La mujer de la panadería despide aviones que vuelven en diciembre.

La diferencia entre las dos no es la espera. Es que una esperaba en el lugar de los otros —y la otra espera en el suyo.

CAPÍTULO 46



«Aprendí geografía por los hornos: una ciudad buena es donde crece el pan. Nadie me preparó para amar un lugar donde la masa se reseca en ocho minutos».

SADIE BROOKS

Palm Springs me recibió con cuarenta y un grados y un hombre con gorra esperando en la zona de llegadas con un cartel de cartón.

BROOKS, S. — SOCIA GERENTE — VISITA OFICIAL DE INSPECCIÓN, decía el cartel, en letra cuadrada de marcador, con un corazoncito en la «i» de «oficial» —dibujado torcido, claramente contra la voluntad de la mano que lo hizo, lo que lo convertía, según mi evaluación técnica, en la cosa más romántica que ha producido jamás el estado de California.

—Has hecho un cartel —dije, soltando la maleta.

—Tú hiciste una pancarta una vez. Te la debía.

—Eso fue en abril, y todavía no ha pasado. —Era octubre; la pancarta del BECARIO SÉNIOR no existiría hasta dentro de seis meses. Pero los dos ya vivíamos así aquel año: en cláusulas y en promesas con fecha, el calendario entero garabateado a los dos lados del país, y algunas cosas las acordábamos tan firme que se

volvían más reales que el presente—. Te estás adelantando en la cronología, capitán.

—Estoy entrenando. —Me alcanzó, me quitó la maleta de la mano y me miró de arriba abajo con un hambre callada de treinta días que hizo desaparecer el aeropuerto entero—. Hola, socia.

—Hola, primera ronda.

El beso duró lo suficiente para que una señora con visera rosa aplaudiera bajito al pasar. El desierto, decidí allí mismo, empezaba bien.



Tenía ocho días.

La matemática de la visita se había negociado con precisión de tratado: la ventana de octubre entre dos bloques de partidos suyos, la semana en que la panadería aguantaba sin mí, porque Marnie había contratado a Dee para las tardes, el billete comprado con mi parte de los beneficios del primer trimestre de la sociedad —me empeñé, él protestó, yo cité la cláusula tres, él se retiró refunfuñando que «la cláusula tres no contemplaba la cabezonería presupuestaria», yo registré la enmienda y pagué de todos modos.

Su apartamento estaba en un complejo bajo de estuco color arena, con una piscina que no usaba nadie y un limonero en el patio —y cuando abrió la puerta, me quedé parada en el umbral, porque yo me había preparado para el piso gris de Seattle, el que me describió por teléfono en una de las llamadas largas de septiembre, la encimera de piedra muerta y el olor a nada.

No era él.

Era pequeño, alquilado y amueblado de equipo —pero en la pared de la cocina, enmarcada, estaba una acuarela mía del toldo

verde que yo había mandado por correo en septiembre «para la pared menos fea».

En la estantería, el portarretratos con la foto que Quinn hizo en el Yost, nosotros dos en el círculo central. En la nevera, sujetos con imanes de gasolinera, en una columna que empezaba torcida e iba encontrando la alineación: post-its.

Los míos, los que yo venía mandando dentro de las cartas —porque las cartas también se habían convertido en un hábito nuestro, papel yendo y viniendo por encima del país como un servicio postal particular—, y otros, nuevos, con su letra, que fui a leer de cerca con el corazón en la boca: llamarla 22 h de ella, entreno 6 h, comprar levadura, y en lo alto, solo, sin ninguna función de recordatorio: 73 días fue el récord. Nunca más.

—Has hecho una columna —comenté, con la voz fallándome en la última sílaba.

—La nevera tenía cara de Seattle. —Posó mi maleta, vino por detrás, me envolvió en los brazos con la barbilla en lo alto de mi cabeza, los dos mirando la puerta amarilla de papeles—. Ahora vivo mejor. Aprendí de una especialista.

Comprar levadura, decía el tercer post-it. Me giré dentro del abrazo.

—Reed. ¿Por qué tienes levadura?

Su mandíbula hizo el gesto mínimo de quien ha sido pillado.

—Aquí hay un horno. Pequeño. Eléctrico, una vergüenza. Intento el cinnamon roll los domingos. Sale mal todas las veces. Pero el apartamento se queda con olor a cosa buena durante una tarde, y el domingo era el peor día, así que ahora es el menos malo. Marnie me manda las correcciones por carta. Dice que soy el peor alumno por correspondencia de la historia del oficio.

Lloré allí mismo, en mitad de la cocina alquilada, riéndome a la vez, y besé a aquel hombre con sabor a desierto y a domingo, y el

resto de la tarde no pertenece a esta crónica —solo dejo constancia de que la colcha era clara, de que no había ningún neón rosa y no hizo la menor falta, y de que treinta días de cláusula cinco por teléfono son un combustible que la ciencia debería tratar con más respeto.



La pista de la filial estaba entre una autopista y un outlet, un bloque de hormigón refrigerado clavado en el desierto como un iceberg testarudo, y atravesar sus puertas —del calor blanco de fuera al frío de dentro— era cambiar de planeta en cuatro pasos.

Fui a los dos partidos de la semana. Y tengo que dejar constancia de lo que era el hockey de allí, porque nadie lo romantiza y alguien debería: cuatro mil asientos con dos tercios llenos, familias con camisetas desteñidas, un locutor que también vendía rifas en el descanso, una sirena de gol prestada de un camión de bomberos.

Nada de Children of Yost, nada de «CALL-O-WAY» en tres golpes. Cuando el número setenta y siete tocó el disco por primera vez, aplaudieron con educación, como se aplaude a un empleado competente.

Y él jugó como si fuera la final de la Big Ten.

Veintiún minutos la primera noche, veintitrés la segunda. Mató penaltis, bloqueó con la espinilla, con el guante, una vez con un sitio que hizo que la fila entera soltara un «ooh» y que su novia calculara el vendaje.

Organizó, señaló, agarró a los de diecinueve años por el cuello de la camiseta de la manera correcta. En el segundo partido, un delantero rival derribó a su portero novato después del pitido, y antes de que el árbitro se girara, el setenta y siete ya estaba allí, plantado delante del chaval caído, dos metros de «no» —y oí, dos asientos a mi izquierda, a un señor con la gorra del equipo decirle a

su nieto: «mira al defensa nuevo. Ese no se queda aquí abajo mucho tiempo, acuérdate de lo que te digo».

Después del segundo partido, en el pasillo de las familias —versión desierto: paredes de hormigón, una fuente de agua, esposas y novias de jugadores en un sofá colectivo de vestuario—, conocí su vida a tamaño real.

Reyes, un ala de veintiocho años con tres hijos y nueve temporadas de ligas menores, que me estrechó la mano con las dos suyas: «así que usted existe. El capitán sin letra habla poco, pero cuando habla, la mitad es panadería».

El portero novato, diecinueve años y acento de Quebec, que se sonrojó y dijo que Reed lo obligaba a comer bien en los viajes. Y la mujer de Reyes, Carla, veterana de aquel sofá, que me midió con la rapidez de quien ya ha visto pasar a cien novias por pasillos así, aprobó lo que vio y me entregó el veredicto de la cofradía:

—Te llama todas las noches de viaje. Todas. Los chicos se burlan, ¿sabías? En el autobús. A las diez y media en punto, Calloway desaparece hacia el fondo con los auriculares. —Sonrió, cansada y firme, una profesora de la vida en la que yo me estaba matriculando—. Nueve temporadas, cariño. Yo sé leer autobuses. Los que llaman siempre llegan enteros a casa. Son los que dejan de llamar los que se nos pierden por el camino.

Al día siguiente llevé cinnamon rolls al vestuario —dos bandejas, horneadas de madrugada en el horno eléctrico vergonzoso, que reseca la masa en ocho minutos y me obligó a una ingeniería de baño maría que Marnie va a escuchar con todo detalle —, y así fue como la «jefa» cruzó el país: al tercer rollo, Reyes declaró lealtad eterna, el portero novato pidió la receta para su madre, y un defensa compañero de pareja de Reed resumió la semana con la boca llena:

—Calloway, cásate con ella antes de que se case el equipo.

—Está en el orden del día —respondió Reed, impasible, atándose el patín.

El vestuario aulló. Yo fingí soberbiamente que no había oído nada, y guardé está en el orden del día en el bote hermético, en el estante de las cosas que todavía no tienen fecha.



La despedida fue el lunes por la mañana, en la misma zona de llegadas del cartel, ahora de salidas.

Los ocho días habían pasado como pasan las ventanas: de una vez. La maleta iba más ligera de rollos y más pesada de limones del árbol del patio —«para Marnie; soborno de corresponsal». Y en el límite de la zona de embarque, en el medio metro de suelo que el mundo entero conoce, hicimos lo que hacen las parejas de aeropuerto: quedarnos.

—Diciembre —dijo él, la frente en la mía.

—Diciembre. Cuarenta y nueve días. No es que los cuente.

—Cincuenta y uno. No es que los cuente.

—Tu cuenta está mal, capitán.

—Mi cuenta tiene escala en Denver, socia. Confía en el profesional del calendario.

Me reí en mitad del casi llanto, que era nuestra manera, y él me sujetó la cara con las dos manos e hizo el arco del pulgar en la mejilla, y dijo, bajo, la frase que llevé en el bolsillo del abrigo durante tres mil setecientos kilómetros:

—Gracias por venir a ver. No el partido. Esto. —Su barbilla señaló el desierto entero detrás de nosotros, la pista-iceberg, el apartamento color arena, la vida pequeña y testaruda que estaba construyendo ladrillo a ladrillo —por primera vez en su vida, con

puerta—. Ahora, cuando hablemos a las diez y media, ya sabes cómo es el sitio desde donde llamo.

—Lo sé. —Me puse de puntillas, le arreglé el cuello que no lo necesitaba—. Hay una acuarela en la pared menos fea, levadura en la nevera y olor a domingo. —El último beso, corto, sellado—. No es un piso gris, Reed. Vives bien.

Él sonrió —entero, de los dos lados, a la luz del desierto—, y yo crucé el control, y me giré una última vez, el segundo de más, y él estaba allí, claro que estaba, con el cartel de cartón doblado bajo el brazo porque «un cartel bueno se reutiliza en diciembre».

En el avión, sobre algún cuadrado marrón de la mitad del país, escribí en el bloc amarillo, para pegarlo en la puerta de dentro de mi armario al llegar:

Visita oficial de inspección: aprobado con matrícula de honor. El desierto huele a canela los domingos. La culpa es mía y lo firmo. Cincuenta y un días. Confía en el profesional. — S.

Y allá abajo, en algún autobús rumbo a Tucson, a las diez y media en punto de la noche siguiente, un teléfono iba a vibrar al fondo del autobús —y un defensa iba a contestar al primer tono, como todas las noches, porque son los que dejan de llamar los que se nos pierden por el camino.

Nosotros nunca más nos perdimos por el camino.

CAPÍTULO 47



«El hockey lo mide todo: minutos, bloqueos, más/menos, salario. Mi primera temporada profesional yo la medí en llamadas contestadas al primer tono».

REED CALLOWAY

El training camp de Seattle duró tres semanas y me enseñó la diferencia entre ser el mejor del hielo y ser el mejor para la plantilla.

Peleé por el puesto con todo lo que me dio Michigan —el primero en llegar, el último en irse, el fantasma otra vez—, y en el último corte, el primer entrenador me llamó a la sala con el coordinador de la nariz torcida y me entregó el veredicto en dialecto de liga grande: una plantilla de nueve defensas se cierra con ocho, el octavo tiene contrato garantizado y diez años de carretera, y el noveno, que era yo, iba a empezar la temporada en la filial.

—Palm Springs —dijo el entrenador—. Desierto, calor, pista buena, veinte minutos de partido por noche en todas las situaciones. No vas allí de castigo, Calloway. Vas a jugar mucho. Un defensa se hace con minutos, no con banquillo. La primera lesión aquí arriba, el primer nombre de la lista es el tuyo. Mantén el teléfono cargado.

Salí de la sala, crucé el aparcamiento, me senté en el coche y llamé a Ann Arbor antes de arrancar el motor —cláusula cinco, aplicación extensiva—, y lo conté todo de una vez, sin editar, sin envolver, el muro jubilado hasta en el fracaso.

—Desierto —dijo Sadie, al otro lado, con ruido de batidora de fondo—. Mi defensa de Michigan derritiéndose a cuarenta grados. Ellen va a mandar protector solar por carta con instrucciones de uso.

—¿No estás decepcionada?

—Reed. Vas a jugar veinte minutos por noche cobrando por ello, a una llamada de distancia, con el mismo número de husos horarios que Seattle. La geografía de la añoranza no ha cambiado nada, y la de tu desarrollo ha mejorado. —Una pausa; la batidora se detuvo—. Y está la parte principal.

—¿Que es?

—Me has llamado desde el aparcamiento. Antes de arrancar el motor. —Su voz sonrió—. Hace un año habrías conducido tres horas hacia dentro de un muro primero. Yo mido la temporada así, capitán. Ve allí a ser el mejor jugador de ese desierto.

Fui.

Y la temporada se convirtió en eso que nadie romantiza y que yo aprendí a amar: la vida de las ligas menores.

Autobús otra vez —la liga de desarrollo todavía va en autobús—, ciudades pequeñas de California y de Texas, pabellones con la mitad del alma del Yost y el doble del calor, y veinte, a veces veintidós minutos de hielo por noche, matando penaltis, sacando el disco, aprendiendo el juego de los hombres de treinta años que bajan de la NHL sabiendo cosas que ninguna universidad enseña.

En noviembre yo era el defensa más utilizado del equipo. En diciembre, capitán asistente —la «A» cosida donde la «C» vivió cuatro años, y mandé la foto a un grupo llamado INQUILINOS & LA JEFA y recibí de vuelta: de Mason, «DEGRADADO DE LETRA, lo

acepto con humildad»; de Knox, «la letra es adorno, la jefa es la jefa»; de Luka, «A de aprendiz»; y de ella, solo un post-it fotografiado en la puerta de la nevera, la A es de «Aconteció», y aquella noche jugué como si el desierto fuera un lago helado.

La cláusula cinco no falló ni una noche. Ni una.

Habitación de hotel en Bakersfield, en Tucson, en El Paso —el teléfono en la oreja, a veces veinte minutos de todo, a veces noventa segundos de nada: su respiración, su horno zumbando al otro lado del país, «buenas noches, primera ronda», «buenas noches, socia».

Las noches de partido de ella —porque la Honey & Rye se convirtió en su vida en la cancha, y yo aprendí a animar a una panadería como se anima a un equipo—, era ella quien llamaba: el día en que la Honey & Danny's se dio de alta oficialmente, y yo escuché la firma del contrato de sociedad en directo, el arañar de la pluma y Marnie diciendo «ahora sí» al fondo; el día del reportaje de Quinn sobre «la sucesión más dulce de Kerrytown»; la madrugada en que probó la carta nueva y me hizo juzgar a ciegas, por teléfono, tres descripciones de tarta, y yo elegí la que tenía «demasiada canela, según los cobardes», y gané el derecho a ponerle nombre, y la tarta se llama Segundo Periodo y nadie en Ann Arbor lo entiende y nosotros dos sí.

Y llegó diciembre.

La ventana de Navidad: seis días en Ann Arbor, con nieve de verdad, la ciudad de lucecitas, y la pizarra de la panadería con el dibujo de Marnie que era efectivamente un pato con patines, indefendible.

Laminé masa de madrugada —el bordado de BECARIO se había convertido, por decreto de ella, en BECARIO SÉNIOR—, jugué en la pista comunitaria con el equipo entero el día veintiséis, cené en Cedar Hollow con las dos familias en la misma mesa, Ellen y Sadie conspirando en código de recetas, Mason y Beau disputándose quién contaba mi peor historia, y al final de la noche mi madre me paró en

la cocina, miró todo aquello por la puerta —la casa llena, ruidosa, viva— y dijo solo, en su dialecto:

—¿Lo oyes? —Lo oí: risas, platos, Knox perdiendo a las cartas—. Tres años de silencio, niño. Y bastó con que abrieras la cerradura. —Me entregó la bandeja—. Lleva la tarta. Y la niña ha dicho que vuestra habitación es la tuya antigua, así que quita el póster de Detroit, que ahora da conflicto de intereses.

Vuestra habitación.

Llevé la bandeja y dejé el póster, porque no hay conflicto de intereses que borre un lago.

Fue también ese diciembre cuando los satélites de la familia empezaron a moverse —cosas que registré de lejos, por los canales de siempre. Luka, capitán ahora, había adoptado madrugadas en la pista comunitaria —«el Yost tiene demasiada gente», explicación oficial—, y Mason juraba que volvía de los entrenamientos de las seis de la mañana «raro, o sea, más raro que su estándar, canturreando, Luka, CANTURREANDO», y que había rumores de una patinadora artística que entrenaba a la misma hora y que nadie tenía el valor de preguntar.

Y Beau apareció en una de las llamadas de grupo con una historia confusa sobre la nueva fisioterapeuta jefa del fútbol, «una mujer imposible, Calloway, im-po-si-ble, me VETÓ del entrenamiento por un tobillo, A MÍ, el tobillo era mío», con la indignación específica que yo ya vi nacer una vez en esta crónica y sé exactamente dónde termina. No dije nada. Uno no estropea un replay.

En febrero, sonó el teléfono.

Martes, seis de la mañana en el desierto, y el número del coordinador de Seattle en la pantalla: dos defensas de arriba lesionados el mismo fin de semana, haz la maleta, el vuelo sale a las once, juegas el jueves.

La llamé desde la terminal del aeropuerto de Palm Springs —las cinco y cuarenta en Ann Arbor, nuestra hora, ella ya con el

delantal— y dije las palabras que habíamos acordado guardar para cuando fueran verdad:

—Sadie. Me han llamado. Subo hoy.

Su grito asustó a una fila de embarque entera en California y, por el sonido, a una hornada de croissants en Michigan.

Mi debut en la NHL fue un jueves, en Seattle, contra Vancouver, dieciocho minutos y once segundos de hielo, dos bloqueos, un más/menos de cero y una asistencia secundaria que no merecí y acepté.

En el calentamiento, patiné hasta la línea azul, me detuve, cerré los ojos un segundo de más —llegamos, Danny; tardamos por el camino correcto— y cuando el locutor anunció la alineación y dijo Reed Calloway, en un pabellón a tres mil setecientos kilómetros de casa, donde hace un año nadie sabía mi nombre, una afición entera cupo en un huso horario: mi madre y Sadie viéndolo juntas en el apartamento de Liberty Street, la casa del equipo en pleno en un bar de Ann Arbor con Knox mandando un vídeo de cada bloqueo mío como si fuera un gol, Marnie abriendo la panadería más tarde el viernes «por motivo de fuerza mayor deportiva», y en el descanso del segundo periodo, en mi móvil en el vestuario, una foto: la puerta de la nevera de ella, un post-it nuevo en lo alto de la columna.

La primera ronda es para siempre. — S.

Me quedé en la liga grande hasta el final de la temporada. Seattle no llegó a los playoffs —equipo nuevo, año de construcción —, y mi último partido fue un sábado de mediados de abril; el lunes, el coordinador me llamó a la reunión de fin de año, hojeó los números y dijo: «el puesto es tuyo para perderlo en septiembre. Vete a casa, Calloway. Ahora sé que la tienes».

El miércoles aterricé en Detroit con dos maletas y cinco meses por delante.

Ella me estaba esperando fuera de la zona de llegadas, a las cinco y cuarenta de la tarde —nuestra hora tiene dos ediciones

diarias, sostiene ella—, apoyada en el Civic seminuevo que sustituyó al moribundo con honores militares —el mecánico de Kerrytown se había negado, por escrito, a resucitarlo por segunda vez—, con vestido de primavera y harina en las cutículas, sosteniendo un vaso de café y una pancarta de cartón escrita a mano, con un corazoncito en la «i»:

CALLOWAY, R. — BECARIO SÉNIOR — PRESENTARSE A LAS 5 H

Solté las maletas en el asfalto y besé a la socia gerente de la Honey & Rye en mitad del paso de peatones, bajo la protesta de dos bocinas y la bendición de un guardia que fingió no ver nada, y ella se rio dentro del beso de esa manera que recalibra cualquier temporada, y dijo contra mi boca la frase con la que esta crónica siempre supo que iba a cerrar su primer año:

—Bienvenido de vuelta, capitán. Abrimos a las seis.

La offseason empezó la madrugada siguiente, con dos delantales colgados uno al lado del otro en un gancho de Kerrytown.

Me pasé la vida creyendo que una casa era algo que se cierra con llave. Es algo que se hornea. Todos los días, antes del sol. Con defecto, que si no, no tiene alma.

Y la nuestra nunca más se quedó en silencio.

EPÍLOGO



«El azúcar derrite el hielo. Eso me enseñaron. Lo que nadie me contó es lo que hace el agua después: riega».

SADIE BROOKS

Casi dos inviernos después de que un molde de muffins cruzara una puerta trasera a oscuras, la nieve de diciembre caía sobre Kerrytown como la cobertura de un pastelero competente —despacio, en capas, sin prisa por terminar—, y había un hombre de dos metros colgado de una escalera delante de mi panadería, discutiendo con un letrero.

—Está torcido —dijo Knox, desde arriba, sujetando el cartel nuevo.

—Está perfecto —afirmó Mason, desde abajo, de brazos cruzados, sin ayudar.

—Dos centímetros caído hacia la izquierda.

—Es encanto. Pregúntale a la jefa.

Los dos me miraron. Yo miré el letrero —madera y metal, letras doradas sobre verde musgo, diseñado por mí en un tablero de

la Stamps y ejecutado por un carpintero de Ypsilanti que cobró caro y valió cada céntimo:

HONEY & DANNY'S — un lugar al que todo el mundo pueda volver

—Dejad los dos centímetros —decidí, con la voz medio estrangulada, porque una socia gerente también se atraganta—. El alma vive en el defecto.

Marnie había mandado la orden desde Portland en noviembre, por carta, porque Marnie descubrió a los nietos y el correo postal en la misma jubilación y ahora se comunicaba exclusivamente en papel timbrado de la paciencia ajena: «La escritura va a su ritmo, el toldo no tiene por qué esperar. Cambia el cartel en Navidad. Quiero foto. Si el nombre nuevo no está colgado el día 24, vuelvo, y eso no lo quiere nadie».

La sociedad progresiva seguía progresiva —todavía faltaban años de plazos para que la esquina fuera mía sobre el papel—, pero Marnie siempre supo antes que nadie lo que ya era verdad antes del notario.

De pronto, Ellen Calloway, con su abrigo gris, entrando con una caja de cristal en las manos —la receta del chocolate caliente del lago, versión física, donada oficialmente al archivo de la casa—, se detuvo bajo el letrero nuevo durante un largo minuto, en la nieve, con la barbilla alta, antes de entrar, entregarme la caja y decir, en su dialecto:

—Él quedó bien en el cartel. —Tres segundos de pausa, el récord emocional intacto—. Los dos centímetros están torcidos.

—Es encanto, doña Ellen.

—Hum. —Colgó el abrigo—. Aprendéis rápido en esta familia.

Y Reed.

Reed estaba detrás del mostrador, en mi lado del mostrador, con delantal —el bordado ahora decía SOCIO BECARIO, ascenso de

Navidad, porque su segunda temporada en Seattle se había convertido en la primera con contrato de los mayores, titularidad y una «A» en la camiseta, pero en esta esquina de Kerrytown la jerarquía era otra y él se empeñaba en respetarla.

La ventana de diciembre nos daba seis días al año de este milagro logístico: el defensa más utilizado de la plantilla de Seattle laminando masa a las cinco de la mañana con harina en la ceja, atendiendo a clientes de Ann Arbor que fingían heroicamente no reconocerlo y le pedían un autógrafo en la servilleta al salir.

Cuando la familia entera cupo en las mesas juntadas —y cupo; yo había diseñado el salón para que cupiera—, Reed golpeó la taza con la cuchara, lo que era novedad histórica suficiente para silenciar la mesa al primer toque.

—Dos ceremonias —anunció, en tono de pizarra táctica—. Primera: la carta de invierno. —Sacó de detrás del mostrador el marco que yo le había visto colgar por la tarde, misteriosamente torcido, y que ahora giró hacia la mesa. La carta nueva, con mi letra, con las ilustraciones de la casa. Y en la última línea de la sección de cafés, un artículo que yo no había escrito:

EL CAPITÁN — café solo, sin azúcar, cara de pocos amigos. Se sirve en el banco de la punta. Acompaña pregunta.

—Yo no escribí eso —dije.

—Lo sé. Marnie mandó la receta desde Portland. —Fue saliendo de detrás del mostrador, despacio, enorme, con el rostro del lago—. Dice que el artículo llevaba dos años en desarrollo y que «al ingrediente que faltaba por fin le dio la vergüenza». Yo solo lo ejecuté. Soy bueno ejecutando pizarras.

—Reed. ¿Qué pregunta es esa que acompaña al...?

Se detuvo delante de mí.

Y sacó del bolsillo del delantal un post-it amarillo, doblado en cuatro, y me lo entregó —y la mesa entera dejó de respirar de una

forma tan sincronizada que debía de estar ensayada, y probablemente lo estaba, porque Cami ya lloraba desde antes, y Quinn ya grababa.

Lo desdoblé.

Una palabra. Letra de marcador, cuadrada, firme:

Sadie.

Solo el nombre. Mi nombre, devuelto —el espejo exacto de una bolsita de papel de estraza en un vestuario, dos inviernos atrás, de un post-it que lo empezó todo por decir Reed y nada más.

Y cuando levanté los ojos, desbordada, el capitán asistente de Seattle, trigésima octava elección del draft, primera elección de mi cocina por unanimidad eterna del tribunal, estaba arrodillado en el suelo de tarima de la Honey & Danny's, entre el mostrador y las mesas juntadas, con una cajita abierta en la mano y la arena entera de nuestra vida en silencio absoluto detrás de él.

—Sadie Brooks. —La voz salió firme y ronca al mismo tiempo, el marcador y el lago en la misma frase—. Revisé el contrato. Falta una cláusula, y no cabe en un post-it, así que vine a negociarla en mano, que es como valen las cosas en esta casa. —Respiró, y la casi-sonrisa número uno subió entera, sin casi ninguno —: Cásate conmigo. Cláusula siete. Vitalicia, sin rescisión, con fuero en el partido judicial donde esté el horno. Yo pongo la defensa, los husos horarios y el café de filtro malo. Tú traes todo lo demás, que siempre fue tuyo.

Dicen —Quinn tiene el vídeo, «archivado con énfasis, disponible previa entrega de un trozo de tarta»— que tardé cuatro segundos en responder, y que en esos cuatro segundos Mason ya lloraba en el hombro de Ellen y Knox aplastaba la mano de alguien, Beau susurraba «estadísticamente dice que sí» y Luka lo mandó callar con una mirada.

No me acuerdo de los cuatro segundos.

Me acuerdo de lo que hice en ellos: cogí el bolígrafo del bolsillo del delantal —una socia va armada—, escribí en el dorso de su post-it, lo doblé y lo devolví a la mano que sostenía la cajita, porque en esta familia los contratos se responden por escrito.

Él lo desdobló. Lo leyó.

Y Reed Calloway se rio —alto, entero, de los dos lados, la risa de la foto de la nevera, la risa que yo excavé de debajo de tres años de hielo y que ahora era mía para siempre—, y se levantó y me alzó del suelo y me besó bajo el letrero nuevo, con la familia en pie aplaudiendo y la nieve cayendo fuera sobre Kerrytown entera, y en el post-it doblado en su mano, con mi letra redonda con corazoncito en la «i», estaba escrito mi voto, el único posible, el que resume esta crónica mejor que cualquier discurso:

Aconteció. Acontece. Acontecerá. — S. P. D.: abrimos a las seis. Incluso el día de la boda. Marnie lo cobra.



Me escapé un minuto afuera, sola, crucé la calle y me giré para mirar.

La nieve caía sobre las letras doradas.

HONEY & DANNY'S, dos centímetros torcida, encendida contra el azul del anochecer. A través de la vitrina empañada, la luz cálida derramaba sobre el hielo de la acera las siluetas de todos los que yo amaba, y en el mostrador, en el estante del medio, un patinador dorado montaba guardia sobre la esquina donde un hermano al que nunca conocí ahora tenía dirección, olor a canela y una beca enseñando a los niños a frenar en el hielo todos los inviernos, para siempre.

La puerta se abrió. La campanilla tintineó. Él cruzó la calle sin abrigo, testarudo, y se detuvo detrás de mí, y me envolvió por la

espalda en los brazos enormes, la barbilla en lo alto de mi cabeza, y nos quedamos los dos mirando nuestra vida encendida al otro lado de la calle, bajo la nieve.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En la niña de la ventana. —Apoyé la nuca en su pecho—. Se pasó tantos años mirando de dentro hacia fuera, esperando un coche. Y mira. —Señalé la vitrina con la barbilla—. Ahora mira de fuera hacia dentro, y está todo ahí. Todos los que se quedan. Y ni siquiera tuvo que merecerlo con tartas. Solo tuvo que... —la palabra llegó sola, redonda, cálida— ...abrir.

Reed se quedó un rato en silencio, del bueno, del nuestro.

Después me besó en lo alto de la cabeza y dijo, contra mi pelo, en el idioma que a los dos nos llevó una vida aprender y que ahora hablábamos sin acento:

—Ven. Hace frío aquí fuera.

—El frío nunca fue un problema para ti, capitán.

—No. —Me giró entre sus brazos, y sonrió, y en el gris tormenta no había ninguna tormenta, solo cielo. —Pero abrimos a las seis. Y nuestra casa es donde está el horno.

FIN

NOTA DEL AUTOR



Espero que tengáis una buena lectura y disfrutéis con esta nueva historia, y muchas gracias por la confianza.

Si te ha gustado la historia, valórala.

Tu valoración es muy importante para mí en este camino, en el que intento ofrecer momentos cada vez mejores a mis lectores, aprendiendo un poco más con cada libro.

Muchas gracias a todos los que le habéis dado una oportunidad a esta historia, ¡y espero que os gusten las próximas!

INSTAGRAM

FACEBOOK